LAURA HURO

# Cuando el silencio se rompa



LAURA HURO

# Cuando el silencio se rompa



LAURA HURO

# Cuando el silencio se rompa

SERIE CUANDO
LIBROS DOS

# CONTENIDO

NOTA DE LA AUTORA
PLAYLIST
PRÓLOGO
1
SKY
2
SKY
3
SKY
4
SKY
5
SKY
6
SKY
7
ANDREW
8
SKY
9
ANDREW
10
SKY

11
ANDREW
12
SKY
13
SKY
14
ANDREW
15
SKY
16
SKY
17
ANDREW
18
SKY
19
SKY
20
ANDREW
21
SKY
22
ANDREW
23
SKY
24
SKY
25
ANDREW
26
SKY

27
ANDREW
28
SKY
29
ANDREW
30
SKY
31
ANDREW
32
SKY
33
ANDREW
34
SKY
35
SKY
36
ANDREW
37
SKY
38
SKY
39
ANDREW
40
SKY
41
ANDREW
42
SKY

43
SKY
44
ANDREW
45
SKY
46
ANDREW
47
SKY
48
ANDREW
49
SKY
50
SKY
51
ANDREW
52
SKY
53
SKY
54
ANDREW
55
SKY
56
ANDREW
57
ANDREW
58
SKY

59
SKY
60
ANDREW
61
SKY
62
ANDREW
63
SKY
64
ANDREW
65
SKY
66
SKY
67
ANDREW
68
SKY
69
SKY
70
ANDREW
71
SKY
72
ANDREW
73
SKY
74
ANDREW

75
SKY
76
ANDREW
77
SKY
78
SKY
79
ANDREW
80
SKY
81
ANDREW
82
SKY
83
SKY
84
ANDREW
85
SKY
86
SKY
87
SKY
88
ANDREW
89
SKY
90
SKY

91
ANDREW
EPÍLOGO
SKY
EPÍLOGO
ANDREW
¡ESPERA!
SOBRE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS

Título: Cuando el silencio se rompa.
© 2026, Laura Huro.
De la cubierta y maquetación: 2026, Roma García.
De las ilustraciones de interior: 2026, Judit Alejandre.

Para que la trama goce de más realismo y se ajuste a mi idea de ficción, he tomado ciertas licencias sobre determinados lugares. Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A mis padres, Miguel y Carmen, gracias por dejarme seguir mi propio camino, por confiar en mí y en mis sueños, incluso cuando ni yo misma lo hacía.

Para quienes han perdido a su ser querido;
mientras los recordemos, jamás se irán del todo.

# NOTA DE LA AUTORA

Esta historia se desarrolla antes, durante y después del primer libro de la serie, **Cuando el destino quiera**. Aunque es autoconclusiva y puede leerse de manera independiente, como autora recomiendo seguir el orden de la serie. Espero que disfrutes de la lectura.

# PLAYLIST

*a thousand years* – Christina Perri
*Blinding Lights* – The Weeknd
*No Promises* – Shawn Mendes
*Naturally* – Selena Gomez & The Scene
*Hello* – Adelle
*Before You Go* – Lewis Capaldi
*The Best of Both Worlds* – Hannah Montana
*Since U Been Gone* – Kelly Clarkson
*Bound To You* – Christina Aguilera
*Never Enough* – Loren Allred
*Into You* – Ariana Grande
*Hands To Myself* – Selena Gomez
*Lover (Remix)* – Taylor Swift feat. Shawn Mendes

# PRÓLOGO

La brisa fría.

El olor a humedad.

Las finas gotas cayendo sobre mi cara.

La luz que emite la entrada de mi casa.

El miedo que cala en mis huesos.

Los nervios acelerando mi corazón.

Las voces gritando.

Mis lágrimas fusionándose con la lluvia.

Y, finalmente, dos disparos que lo silencian todo.

Jamás habría imaginado lo que la vida me había deparado por tan solo perseguir mi sueño.

# 1
# SKY

Las dos mujeres de mi vida, mi madre y mi abuela, siempre me habían contado que antes de hablar, aprendí a cantar. Supongo que era esa clase de niña cuyo futuro parecía estar claro para todos desde bien pequeña. Sin embargo, la primera vez que supe que quería ser cantante profesional fue a los seis años.

Una mañana, estando sentadas en el sofá de nuestro pequeño piso de dos habitaciones, con un salón-comedor con la cocina integrada, mi madre encendió el televisor y, nada más sonar la cabecera de la serie infantil que me encantaba y que me sabía de memoria, empecé a cantarla. Era pequeña, inexperta y siquiera había dado clases de canto, pero lo hice de la mejor manera que supe.

—Mira mi niña qué bien lo hace —soltó mi madre llena de orgullo.

Quizás porque me encantaba verla así de feliz, o porque me gustaba esa sensación de sacarle una sonrisa a la gente con tan solo mi voz, pero ahí, en ese mismo instante, descubrí que eso era lo que quería ser: cantante.

Unas semanas más tarde, y gracias a mi cabezonería y a que no me callaba en ningún momento, mi madre decidió apuntarme a clases de canto dos veces a la semana. Para mí, aprender las técnicas vocales con la señorita Chloe ya era todo un sueño cumplido, pero mi abuela me demostró que en la vida se puede querer más de una cosa a la vez.

Otro día, mientras pintaba un dibujo de la princesa Aurora en mi habitación, escuché a mi madre y a mi abuela hablar. Algo que no me gustaba de aquel piso eran las paredes, ya que eran demasiado finas. Siempre podía escuchar la televisión, aun estando a un

volumen bajo. Por lo que, aquella conversación que reinaba en el silencio no fue difícil oírla. Aunque no fue hasta que dijeron mi nombre cuando comencé a prestar realmente atención.

—Rose, Sky tiene talento. No puede quedarse en casa escondida. Necesita que el mundo la escuche, la vea —dijo mi abuela.

—Mamá, es solo una niña. Debería de hacer cosas de su edad: ir al parque o jugar con sus amigos, pero no ir a una audición. Además, ni siquiera está dando clases de interpretación —replicó mi madre mucho más seria.

—¡Por supuesto! Una cosa no va a quitar a la otra. Mira a Betthany, va a clase todos los días, saca buenas notas, es aplicada y en sus horas libres, por las tardes y algunos fines de semana, tiene las grabaciones. ¡Y ella tampoco sabía actuar! Pero ahora buscan eso, niños que sean niños.

Conocía a la Betthany que mi abuela había mencionado. Se trataba de una niña que iba conmigo a clase, que ya había salido en algunos anuncios de televisión. Nunca me había caído especialmente bien porque se las daba de alguien importante, como si fuese la protagonista de su propia serie.

La voz de mi madre no llegó a mis oídos y supe que era porque se lo estaba pensando. Unos segundos más tarde, volvió a hablar.

—Solo es una audición, ¿verdad? —preguntó algo insegura de su decisión. Mi abuela debió de responder con la cabeza, porque continuó—. Está bien, la llevamos. Si no la cogen, nuestra vida va a seguir igual que hasta ahora, ¿no?

—Así es, hija. Voy a llamar a Lisa para contárselo y que nos diga qué debemos llevar —anunció mi abuela mucho más animada.

—También dale las gracias por el chivatazo.

Escuché a la perfección las pisadas de mi abuela alejarse hacia la otra habitación y las de mi madre acercarse a mi puerta. Para cuando la abrió, simulé estar muy concentrada pintando el vestido rosa y que no había oído nada de su conversación. Ella entró, se sentó al borde de mi cama, la observé seriamente y habló:

—Sky, cariño, ¿a ti te gustaría salir en la televisión? —preguntó. Una pequeña sonrisa se escapó de mi boca. No lo había pensado,

pero ¿a qué niño no le gustaría eso? Asentí—. ¡Genial! Entonces lo que te voy a contar te va a hacer mucha ilusión.

Me lo contó todo, lo mismo que había escuchado unos minutos antes. Me hice la sorprendida, como si fuera la primera vez. Y se lo creyó. Tan mal no debía de actuar.

Según me dijo, Lisa, la abuela de Betthany, se había enterado de una audición para participar en un programa infantil. Lisa sabía que me gustaba cantar y que no lo hacía del todo mal, eso dijo mi madre, así que habló con mi abuela para ver si nos interesaba que yo la hiciese.

De esa forma, unos días después, me encontraba frente a tres adultos para demostrarles de lo que era capaz. Aún sin tener mucha idea de actuar, y controlando los nervios de la mejor manera que sabía hacer a esa corta edad, les debió de gustar mi forma de ser y la canción que les canté, una que llevaba ese tiempo ensayando, porque terminaron seleccionándome para el programa infantil: Los colores del arcoíris. Y, unas semanas más tarde, me puse delante de una cámara por primera vez.

El primer día de grabación fue mejor de lo que esperaba. Me sabía mis frases, me habían dado algunas chuches al terminar y pude cantar la canción de la cabecera con un par de niños más. Salí de aquel plató, tan grande y colorido, con una sonrisa amplia en mi rostro.

Durante los dos siguientes años en los que estuvieron en emisión las temporadas que grabé, mi vida en el colegió cambió. Finalmente, no habían seleccionado a Betthany y se pensó que se debía a que, en las audiciones, éramos una u otra, así que la tomó conmigo. Ella, junto a un par más, se encargaron de que toda la clase, y la de al lado, dejase de llamarme Sky Gallagher la rarita sin padre, mote que me gané después de tener que hacer un árbol genealógico de mi familia, a Sky Gallagher la del programa infantil, haciendo énfasis en la palabra infantil. Porque tener casi ocho años nos hacía supermayores y nada infantiles. Y aunque podría parecer algo bueno que me reconocieran como actriz, en realidad, no lo era.

Pero no me importaba. Me daba igual. Me daban igual. Porque estaba haciendo lo que me gustaba. Porque conocí a niños increíbles

que, al igual que a mí, les gustaba cantar y actuar. Porque tenía a mi abuela, siempre preocupada por mi bienestar. Porque tenía a mi madre a mi lado, ayudándome cuando más lo necesitaba: a recordar las líneas que más me costaban, haciéndome tortitas de chocolate y nata para chuparse los dedos y cantando nuestras canciones favoritas a todo volumen para subirme el ánimo. Y así continuó, hasta que ella dejó de estarlo.

# 2
# SKY

*Sky a los ocho años*

A las pocas semanas de cumplir los ocho años, comencé a ver a mi madre más cansada. Pensaba que sería culpa mía, porque siempre estaba ayudándome a estudiar para clases o el guion del programa. Poco a poco, ella se iba quedando más tiempo en la cama y mi abuela pasaba mucho más por casa. Se encargaba de cocinarnos y hasta de limpiar. Yo, como buenamente pude, intenté ayudar en todo lo posible. Sin embargo, seguía sin entender por qué mi madre ya no quería cantar conmigo, solo tumbarse en la cama. Unos días después de que mi abuela estuviese casi instalada con nosotras, escuché una conversación sin querer.

—Solo necesito descansar, mamá —balbuceó la voz de mi madre muy débil. Tanto que casi no conseguía oírla con claridad.

—Rose, llevas un mes sin salir de la cama. Soy yo la que tiene que traerte la comida y muchas veces ni te la terminas. Vamos al médico. Deja que ellos te curen para que puedas volver a ser la de antes.

—Mamá, no…

—No te pido que lo hagas por mí, Rose. —La interrumpió—. Y tampoco por ti. Te pido que lo hagas por tu hija, por Sky. Porque se merece tener de nuevo a su madre a su lado.

Aquello funcionó porque, unas horas más tarde, estábamos las tres sentadas en la consulta de la doctora Jones.

—Las pruebas no han salido como esperábamos y lo mejor va a ser ingresarla durante unos días mientras intentamos encontrar lo que le está haciendo que esté así, ¿de acuerdo?

Recuerdo muchas cosas de aquel momento. La cara de miedo de mi madre. Su llanto, después de un silencio absoluto. La mano en mi

espalda que puso mi abuela. El «todo irá bien» que no dejaba de repetir una y otra vez, aunque nunca supe si nos lo decía a nosotras o a ella misma. Mis lágrimas cuando me separé de mi madre.

—Tenemos que ser fuertes ahora, Cielo. Por mamá, ¿vale? —me informó mi abuela de vuelta a casa.

—Pero yo no quiero ser fuerte, abu, yo quiero estar con ella. ¿Por qué no me puedo quedar en el hospital? Seré buena. No haré ruido ni desordenaré nada. Por favor —supliqué, con ojos vidriosos.

—Solo serán unos días, cariño. De mientras, tienes que seguir yendo al colegio y al estudio. Yo misma te llevaré y luego me iré a estar con ella, ¿te parece bien? —No me contentó, pero asentí.

Aquella noche fue una de las primeras en las que recuerdo haberme dormido llorando por el miedo a perder a mi madre.

Unos días más tarde, al llegar de clase, mi abuela, cuyo rostro no había dejado de desmejorar debido al cansancio, me sentó en el sofá para hablar.

—Esta mañana ha pasado la doctora para explicarnos que ya saben lo que le pasa a mamá —me anunció.

—¿Entonces ya puede volver a casa? —pregunté ilusionada.

—No, cariño, aún no. Ahora que saben lo que tiene, deben de buscar un tratamiento que le funcione y la ayude.

Decepción y rabia. Esos eran los dos únicos sentimientos que tenía en aquel momento, pero como sabía que no era la única que lo estaba pasando, no me enfadé con nadie. Me lo guardé para mí, como si fuera un secreto que nadie pudiera saber. Lo que sí hice fue preguntar algo que me urgía saber.

—¿Cuánto van a tardar en curarla?

—Ay, Cielo, es complicado. La enfermedad que tiene mamá no tiene cura, pero sí medicamentos que la ayudarán a ponerse mejor. Solo necesita unos días más en el hospital.

Finalmente, esos días pasaron a ser semanas y esas semanas se convirtieron en dos meses. Veía a mi madre tres veces a la semana, cuando salía del colegio y los domingos cuando acababa de rodar. Mi abuela se encargó de mí, de mis estudios, de llevarme a plató y a las clases de canto. De todo. Como prometió. Para cuando me quise dar cuenta, tan solo faltaban cuatro días para mi noveno cumpleaños.

En una de mis visitas, mientras mi abuela había ido al baño antes de entrar, me quedé en la puerta esperando. Por eso, escuché una conversación entre la doctora y mi madre, donde le daban nombre a eso que le estaba impidiendo volver a casa conmigo.

—El tratamiento no está funcionando, doctora Jones. —Sonó desesperada.

—Lo sé, Rose, pero lo estamos intentando todo. Te hemos dado casi todo lo que tenemos para aliviarte con los síntomas de la ELA. Sé que es duro, pero también tienes que poner de tu parte. Hay estudios que demuestran que cuando un paciente es más receptivo y está de mejor humor, los medicamentos causan mejor efecto.

—¡Claro! Dime dónde hay una discoteca cerca y voy para allá —respondió en un tono muy sarcástico.

—Rose…

—Estoy cansada de estar aquí —escuché decir a mi madre con la voz temblorosa, como si se estuviese aguantando las ganas de llorar.

—Lo sé, Rose —dijo calmada, intentando tranquilizarla—. La semana pasada aprobaron un nuevo fármaco que, según se ha visto, está funcionando muy bien en pacientes con ELA. Según tu última analítica, eres apta para recibirlo, pero tienes que estar animada. Así que, tú decides, ¿quieres probar este nuevo tratamiento?

En su habitación se produjo el silencio que rompió mi madre unos instantes después.

—Está bien, conviérteme en un sujeto de prueba —bromeó algo más animada. La doctora Jones soltó una risita.

—Estupendo, pues déjame que haga el papeleo y ahora te lo traigo.

Escuché cómo se acercaba a la puerta e instintivamente me alejé. A la vez que mi abuela llegaba, la doctora la abrió. Al vernos, nos saludó y miró hacia dentro, para darle tiempo a mi madre a acicalarse un poco.

Al entrar, lo primero que me fijé era en que mi madre estaba sonriendo, como si aquellos síntomas de los que se había quejado hacía unos momentos no existieran. Pero por los cables que la

tenían conectada a algunas máquinas, las ojeras marcadas en su cara y que cada vez estaba más delgada, supe que fingía. Por mí.

—¡Cariño! ¡Ven y dale un abrazo a tu madre! —me pidió entusiasmada. Corrí hacia ella y lo hice, con cuidado por los cables. Noté cómo se ponía un poco más rígida y aguantaba la respiración.

—Venga, Cielo, déjame a mí también —bromeó mi abuela. Sin embargo, no la abrazó, sino que le dio un beso en la cabeza. Con ella, mi madre no contuvo la respiración.

No pasó mucho tiempo, cuando volvió a aparecer la doctora Jones con unos papeles que tuvo que firmar y un pequeño vaso blanco de plástico que contenía una pastilla dentro.

—¿Ahora? —preguntó mi madre, sin dejar de mirar dentro del vaso.

—Ahora.

Ella obedeció y, tras tomársela, continuamos charlando. De cómo me iban las clases, del programa, de los nuevos amigos que tenía allí. Siempre me hacía las mismas preguntas, así que mis respuestas ya eran autómatas: bien, bien y bien. Aunque eso no era del todo cierto, pero no la quería preocupar.

Las clases, tanto las del colegio como las de canto e interpretación, a las cuales me habían apuntado al poco de empezar a grabar la serie, me estaban yendo bien. Era aplicada e intentaba prestar atención al máximo. El programa también, casi nunca olvidaba mis frases y siempre hacia caso al director. Pero esos amigos que había hecho, se estaban comenzando a alejar de mí.

Que mi madre estaba ingresada no era ningún secreto, ni nunca fue intención que lo fuese, así que los demás padres sabían por qué mi abuela ahora se tenía que encargar de mí. Un día, estaban tres compañeros hablando de la fiesta de cumpleaños a la que irían el siguiente viernes y cuando, inocentemente, pregunté cuál fiesta, me respondieron que yo no estaba invitada. No me habría importado, de no ser por la explicación que me dio uno de ellos.

—Mi madre dice que tu abuela también necesita descansar y que no le va a hacer llevarte a un cumpleaños con más niños. Que ya tiene bastante contigo y tu madre.

Odiaba a Arthur, un chico un par de años mayor que yo, y no era un secreto. Por eso, me habría dado igual no ir. Es más, no quería ir. Pero una cosa era no ir por decisión propia y otra por dar pena.

Escucharle decir aquello me enfureció un poco porque yo no era ninguna carga para mi abuela. Sin embargo, también me di cuenta de un detalle del que, hasta ese momento, no había sido consciente: desde que mi madre estaba ingresada, no me habían invitado a ningún cumpleaños.

—Ya le has dicho a la abu lo que quieres para tu cumple, ¿verdad? —preguntó mi madre, sacándome de mis pensamientos.

—¡Sí! —respondí ilusionada. Lo primero que le pedí fue que mi madre volviese a casa, pero después de que me explicara que eso no estaba en sus manos, le pedí un piano. No lo sabía tocar, pero la señorita Chloe me comentó que ella también podría darme clases, al menos para comenzar.

—Esta niñita quiere un piano, Rose. ¡Un piano! Está dispuesta a que todos los vecinos la escuchen cantar —bromeó mi abuela.

Mi madre soltó una pequeña risa, que se desvaneció casi al instante.

—Sky… —El tono que estaba usando no era de reprimenda, pero sí muy similar—, ¿y dónde vamos a meterlo?

—No… No lo sé. —No había pensado en ello. Por supuesto que no. Pero tenía razón, nuestra casa era tan pequeña que apenas cabía una estantería. Me decepcioné un poco, porque ya me había imaginado mis manos sobre las teclas, la música que saldría de ellas, la alegría de mi madre al verme hacerlo…—. Pues, abu, cambio de regalo: ¡Quiero una libreta!

Ni mi madre ni ella dijeron nada, simplemente se miraron. Una de las mayores de la serie, había traído una suya hacía unos días donde apuntaba todas sus ideas para componer canciones. Yo no sabía hacer eso, pero también quería aprender. Quizás la señorita Chloe pudiera enseñarme a crear mis propias canciones también.

# 3
# SKY

*Sky a los nueve años*

—¡Feliz cumpleaños, Cielo! —Me despertó la voz de mi abuela. Rápidamente, me puse en pie y la abracé—. He pensado que como hoy es un día especial, vamos a pasarlo diferente. ¿Qué te parece si en lugar de ir al colegio, vamos a dar una vuelta al parque?

—¡Sí! —respondí entusiasmada. ¿Qué niña de nueve años recién cumplidos rechazaría saltarse las clases para celebrar su cumpleaños?—. ¿Podemos ir a ver a mamá también?

—Ya veremos, Cielo.

Acto seguido, y con la esperanza de ver a mi madre en un día que no tocaba, me vestí con mi ropa favorita: un peto vaquero con una camiseta blanca de manga corta y unas zapatillas negras. Después, nos dirigimos hacia el parque.

La mañana fue muy divertida. Como era hora escolar, no había niños en los columpios, por lo que pude subirme a todo sin tener que esperar a que terminasen los demás. Antes, habíamos ido a una de mis pastelerías favoritas de toda California y nos tomamos un batido y un pastelito, ambos de chocolate.

—Venga, Cielo, vayamos a comer a casa —gritó desde el banco donde estaba sentada.

Mientras me bajaba del balancín con forma de dinosaurio, no podía dejar de pensar en que igual iríamos al hospital antes de irnos a casa, pero, tras ver el camino por el que íbamos, supe que no sería así.

—¿Te lo has pasado bien esta mañana? —Rompió mi abuela el silencio que se había formado.

—Sí —dije escuetamente.

Continuamos el trayecto en un nuevo silencio. No quería recordarle que quería ir porque sabía que verla en la cama de hospital era algo que también le dolía a ella. No quería que, después de todo, mi abuela sufriera más de la cuenta. Al igual que a mi madre, quería hacerla feliz. Aunque eso significase guardarme algunas cosas para mí.

Al cruzar el umbral de la puerta de mi casa, me paralicé por completo, quedándome clavada en el sitio. Tardé un poco más de lo esperado en reaccionar, hasta que no oí su voz.

—¿No vas a venir a abrazar a tu madre, cariño? —preguntó mi madre con una de las sonrisas más bonitas que recuerdo.

Su presencia en casa. Su voz. Su cara. Toda aquella situación hizo que corriese hacia ella y que, a su vez, comenzase a llorar. Seguramente, mi abuela, que nos estaba dando nuestro momento, debía de estar observando una escena muy enternecedora. Las dos abrazadas y llorando una sobre la otra.

—Felicidades, Sky —susurró en mi oído, causándome pequeñas cosquillas.

—Pero…, pero… —intenté hablar, sin éxito.

—Voy a dejarlo pasar, pero ¿no has notado algo distinto en casa, Cielo? —preguntó mi abuela visiblemente emocionada.

El piso no era grande, así que no me hizo falta observar mucho para darme cuenta de qué hablaba. El salón-comedor había cambiado de disposición. Donde antes estaba la televisión, ahora estaba el sofá. Y donde antes estaba el sofá, ahora había…

—¡Un piano! —grité—. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! —Continué eufórica.

Quizás fuera la forma en la que lo dije, los saltitos que había comenzado a dar o por la situación algo surrealista que estábamos viviendo, pero mis dos adultas favoritas se estaban riendo e hicieron que las tres terminásemos a carcajadas juntas.

—¿Cuánto te vas a quedar, mamá? —Necesité saber, una vez estuvimos más calmadas.

—¿Cuánto quieres que me quede? —La miré curiosa. No sabía si era una de esas preguntas cuya respuesta no quería escuchar o de

las que si lo decía en voz alta no se cumpliría. Sin embargo, a los nueve años, solo quería una cosa.

—Para siempre. Quiero que te quedes conmigo para siempre —solté algo miedosa. La abuela ya me había contado que la enfermedad de mi madre no tenía cura y «para siempre» era mucho tiempo.

—Entonces, ¡me quedaré para siempre! —me prometió muy segura, sin perder esa sonrisa que le llegaba a los ojos.

Recuerdo mi noveno cumpleaños como uno de los más felices. Mi madre había vuelto con nosotras y todo volvería a la normalidad, o eso esperaba. Después de comer unos macarrones con queso, que le salían increíblemente buenos a mi abuela, me senté frente al piano y empecé a tocar las teclas al azar. No sabía hacerlo, pero aprendería. Sería capaz de tocar una melodía que ellas amasen oír y que siempre me pidiesen tocar. Que fuera nuestra canción. De la familia. De nosotras tres.

# 4
# SKY

*Sky a los diez años*

Aunque mis nueve años prometían ser mucho mejores que mis ocho, eso no fue lo que ocurrió. Al principio, todo volvió a la normalidad. Mi abuela venía a visitarnos a casa de vez en cuando, como siempre había hecho. Mi madre era quién volvía a llevarme al estudio y a las clases; del colegio, canto y piano. Incluso los fines de semana que no me tocaba rodar, nos íbamos al parque las tres y terminábamos comiendo en un restaurante cerca de ahí. Al principio, todo era feliz. Yo era feliz. Sin embargo, no duró demasiado.

A los pocos meses, cuando ya me había acostumbrado a la nueva normalidad, mi madre comenzó a perder el equilibrio y a ser mucho más torpe. Empecé a estar junto a ella mientras cocinaba, por si necesitaba de mi ayuda, y así aprendí a cocinar. En sus peores días, ella se quedaba sentada en una silla cerca de mí para comprobar que seguía la receta perfectamente. Pero, aun siguiendo sus pasos, las comidas nunca tuvieron el mismo sabor.

Estuvimos así un par de semanas más, hasta que comenzó a masticar con dificultad y mi abuela se vio en la obligación de volver a internarla en el hospital. Según contó la doctora Jones, su enfermedad había avanzado más rápido de lo esperado y la nueva medicación había dejado de tener efecto en ella. Por eso, era necesario que se quedase allí.

—¿Hasta cuándo? —preguntó mi abuela, quitándomela de la cabeza.

—Déjanos hacerle unas pruebas más, pero, viendo cómo está avanzando, tenemos que ir considerando en ponerla en paliativos.

Para aquel entonces, no sabía qué significaba aquello. En el tiempo que mi madre había estado ingresada, había aprendido

muchas palabras nuevas, pero esa no. Sin embargo, por la cara que había puesto mi abuela, y por sus ojos vidriosos, supe que no era nada bueno.

Cuando la doctora se marchó, entramos con mi madre. Con el miedo a lo que pasaría, corrí hacia ella y me tumbé a su lado. Porque no sabía lo que nos depararía el futuro, pero lo que sí sabía era que no quería alejarme de ella. Unos días después, mi abuela me sentó en el sofá para explicármelo todo.

—Cielo, mamá está muy malita —comenzó a decir y sus ojos estaban aguantándose las lágrimas—. Esta mañana, la doctora Jones me ha dicho que van a empezar con cuidados paliativos.

—¿Eso qué es? —En ese tiempo, había querido preguntarlo muchas veces, pero como tenía miedo de oír la respuesta, no lo había hecho. Hasta ahora.

Con el mayor tacto que pudo, me lo explicó.

—Cuando una persona está muy malita y, al igual que mamá, tiene una enfermedad que no tiene cura y los medicamentos ya no la ayudan como deberían, se le dan cuidados paliativos. Así, se evita que tenga dolor y esté mejor y más cómoda.

De la mejor forma que mi joven mente lograba comprender, analicé las palabras que habían salido de su boca. Tenía diez años y ya era mayor. No podía comportarme como una niña pequeña. Debía de ser adulta y hacer como mi abuela, mantener la calma. Aunque por dentro estuviese temblando de terror.

—¿Se está muriendo? —dije con la voz quebrada.

Un silencio. Un silencio fue lo que me hizo falta para saber la respuesta. Sin embargo, ella lo quiso dejar claro.

—Sí, Cielo. Mamá se está muriendo.

Aquella noche, fue la segunda vez que me dormí llorando. Porque iba a perder a mi madre y no quería hacerlo. Pero, aprendí que, a veces, la vida no siempre nos da lo que queremos.

# 5
# SKY

*Sky a los once años*

Mi madre, Rose Gallagher, murió el nueve de abril de dos mil diez. Aquel mismo día, mi abuela me llevó a vivir a su casa, donde organizó el funeral de su única hija mientras me quedaba tumbada en la antigua habitación de mi madre.

Esa fue la tercera que me dormí llorando y también la última que conté porque, a medida que fueron pasando los días, perdí la cuenta.

Grabar un programa donde debía fingir que todo estaba bien y que era feliz, resultó ser mucho más difícil de lo que había imaginado. Estudiaba mis frases, y me las sabía a la perfección, pero al ponerme frente a la cámara, con los demás niños que continuaban con sus vidas, siendo niños normales, con familias más o menos estructurales y con sus padres vivos, me quedaba en blanco y no lograba decirlas.

Por suerte, el equipo fue comprensivo conmigo, al contrario que algunos compañeros. Comenzaron a mirarme con lástima, al igual que hacían sus padres. La palabra que más escuchaba susurrar cerca de mí era «pobrecita». El director fue de los primeros en venir a hablar conmigo después del funeral para hacerme entender y comprender que si necesitaba ayuda, de cualquier tipo, se la pidiese a él directamente.

El equipo nunca me presionó, ni me hizo sentirme de menos por olvidarme las frases o cambiar las melodías de las canciones. Nunca. Daba la sensación de que no era la primera en perder a un ser querido en mitad del programa, y de que no sería la última.

Aquel verano fue completamente distinto a los anteriores. Ese año, lo pasé eligiendo muebles y colores de pintura para mi nueva

habitación, esa misma en la que había crecido mi madre. Vaciarla había sido muy complicado porque sentía que la estaba eliminando, que quería olvidarla.

—No vamos a tirar nada, Cielo, solo lo vamos a guardar en el altillo. Si algún día quieres ver algo de ella, solo tienes que subir las escaleras, ¿vale? —prometió mi abuela.

Asentí y continué metiendo sus cosas en cajas de cartón. No paré de hacerlo hasta que un cuaderno rojo, que imitaba al cuero, me llamó la atención.

—Abu, ¿qué es esto?

—¡Dios! ¡Qué de tiempo sin verlo! —dijo acercándose a mí—. Este era su diario, o uno de ellos. Se lo compré cuando era una adolescente y siempre que lo terminaba, le regalaba otro igual. En algún lugar, debería de haber una caja llena de estos. Se negaba a tirarlos —soltó una pequeña risa—. ¿Te lo quieres quedar?

¿De verdad quería hacerlo? Quizás al leerlo podría conocer un poco más a mi madre, pero un diario era algo personal, algo en lo que se escribe con la esperanza de que nunca nadie lo lea. Queriendo mantener los secretos de mi madre lejos de todos, negué con la cabeza y lo dejé junto con las demás cosas.

—Está bien. Si cambias de opinión, ya sabes dónde está.

No tardamos mucho en dejar la habitación tan vacía que hasta había eco cuando hablábamos. A los días, la pintamos de un morado claro. Las dos juntas. Como el nuevo equipo que éramos. Y comenzamos a llenarla de las cosas que habíamos traído de la que era mi casa.

Como esta era mucho más grande de la que vivía, mi abuela la distribuyó de tal manera en la que el piano cupiera en ella sin problema. Además de una cama de matrimonio, un escritorio amplio y un armario que ocupaba una pared entera.

Para cuando acabó el verano, tenía un nuevo hogar, una nueva habitación y una nueva vida con mi abuela, la cual sabía que también estaba sufriendo y que se había centrado más en que yo estuviera bien que en ella misma. Desde hacía unos días, había un pensamiento que no dejaba de rondarme por la cabeza. Por eso, durante la cena, lo expresé en voz alta.

—Abu, no quiero volver a Los colores del arcoíris.

—¿Por qué dices eso, Cielo?

—Porque no tengo ganas de aprenderme los guiones y de no tener tiempo libre. Me ha gustado mucho irnos a pasear por ahí este verano. No quiero dejar de hacerlo porque tengas que llevarme a plató —solté. No era mentira, no del todo.

—Oh, Cielo… —dijo lastimosamente—. Pero eso solo lo podríamos hacer cuando hiciese bueno. ¿Estás segura de que esa es la razón?

Asentí, pero no se quedó convencida del todo. Por ello, después de armarme de valor, le intenté explicar cómo me sentía.

—En parte. No quiero dejar las clases de canto ni de piano, pero sí el programa. Quiero parar un poco.

Mi abuela me miró y, ahora ya convencida, me lanzó una pequeña sonrisa.

—Está bien, Cielo. Hablaré con el director, a ver cómo lo podemos hacer. Todo irá bien, ya verás.

Esa última frase, esa promesa, hizo que un par de lágrimas se cayeran, pero también que una sonrisa se escapase de mis labios. Me sentía aliviada.

Quizás no había podido pasar mucho tiempo con mi madre los últimos meses como me habría gustado, pero estaba dispuesta a pasar el máximo posible con mi abuela. Porque el «para siempre» tenía fecha de caducidad.

Con once años aprendí que la vida está llena de imprevistos y que las personas no viven eternamente, aunque nos lo hayan prometido. Aunque nosotros lo deseemos con todas nuestras fuerzas y se lo hayamos deseado a todas las estrellas fugaces que hayamos visto.

# 6
# SKY

*Sky a los trece años*

Mi abuela había estado criándome más como a una hija que como a una nieta. De hecho, gracias a que era una mujer muy guapa y que no aparentaba los sesenta y tres años que tenía, muchos creían que era mi madre. Con el tiempo, ella dejó de corregirles. Y yo también.

Mi décimo tercer cumpleaños fue similar a cómo había sido el anterior, pero diferente a como habían sido los demás. Desde que mi madre faltaba, mi vida se estaba llenando de momentos distintos a los de siempre.

Por la mañana, mi abuela me despertó cantándome el cumpleaños feliz con un donut de azúcar y una vela. Después de reírme por lo desafinada que había sonado, soplé y, suponiendo que iríamos de paseo, me vestí con unos vaqueros anchos, una camiseta blanca de manga corta y unas zapatillas de deporte negras. Tras mirarme al espejo una última vez, opté por atar mi larga melena oscura en una coleta alta.

—¿A dónde vamos a ir hoy? —pregunté. Sabía que no iría a clases porque, aquello que había hecho hacía unos años atrás, se había vuelto una tradición.

—¿Qué te parece si pasamos el día en el centro comercial?

—¡Vale! ¿Tengo tiempo para cambiarme?

—Sí, pero que sepas que estás preciosa, Cielo.

Le di las gracias y volví corriendo a mi habitación. Finalmente, lo único que había cambiado eran mis pies, ahora cubiertos por unas botas negras, y mi pelo, que opté por llevarlo suelto y completamente liso.

Unos treinta minutos después, ya estábamos bajando del taxi y nos dirigimos a desayunar en uno de nuestros restaurantes

favoritos. Porque sí, en los cumpleaños, nos permitíamos hacerlo dos veces. Tras comernos unas tortitas de sirope con chocolate y nata, que estaban buenísimas, comenzamos a caminar dando una vuelta. No teníamos intención de comprar, pero sí de echar un vistazo.

Estábamos hablando sobre algo de mi nueva profesora de piano, la señora Brown, cuando mi abuela paró su paso y se quedó quieta en el sitio, mirando el escaparate de una papelería. La observé y por sus ojos, que cada vez se estaban volviendo un poco más vidriosos, me preocupé.

—¿Qué pasa, abu? ¿Estás bien?

—Cielo, mira ese cuaderno.

Seguí con mi vista su dedo y encontré lo que le había causado aquel cambio tan repentino. Era un cuaderno rojo, parecido al cuero, cerrado por un botón de plata. Recordaba haberlo visto, pero no caía en dónde.

—Es el mismo que tenía tu madre —respondió a la pregunta que había en mi cabeza.

—¡Qué casualidad!

—No creo que sea eso, Cielo. —En un tono más serio, clavó sus ojos marrones en los míos—. Creo que es una señal que nos está mandando tu madre desde ahí arriba. Espérate aquí, ¿vale?

Sin darme tiempo a contestar, entró rápidamente en la tienda. Menos de cinco minutos después, la vi cruzar de nuevo la puerta. Solo que esta vez tenía una bolsa blanca en la mano.

—Abu, no hacía falta…

—A callar —me interrumpió—. Hace algún tiempo que quería regalarte uno, pero nunca lo he hecho. ¿Qué mejor momento que ahora y con uno que es igualito al que tenía tu madre?

Le di las gracias a la vez que cogía la bolsa. Quizás sí que era una señal de mi madre porque, ¿cuántas probabilidades había de que el mismo cuaderno estuviese donde pasábamos? Lo acepté, también, porque quería creer que, aunque una persona se fuese de este mundo, nunca se iba del todo. Que siempre nos observaba. Que siempre estaba con nosotros.

En su honor, para la hora de la comida fuimos a su restaurante favorito, donde servían una pasta para relamerse los dedos. De

cierta forma, era nuestra manera de decir que la recordábamos, que la echábamos de menos y que nos encantaría que estuviese ahí celebrando mi cumpleaños.

Cuando terminamos y nos marchamos, noté que los pasos de mi abuela eran mucho más rápidos que antes. Seguirle el ritmo era fácil, porque tampoco iba corriendo, pero era extraño. Tenía esa velocidad que indicaba que llegaba tarde a algún sitio. Y entonces lo vi.

—Abu, ¿qué es esto? —dije al llegar a la explanada del centro comercial.

Generalmente, ese claro solía estar vacío, pero en ese momento se encontraba ocupado por un pequeño escenario con un micrófono, un teclado de piano —similar al que tenía en casa— y unos altavoces bastante grandes. Frente a él, una cola considerable de jóvenes esperaba su turno para subir, sin contar las cuatro sillas y la mesa alargada dispuestas delante del escenario.

—¡Sorpresa! —anunció con su mejor sonrisa—. Me enteré de que hoy harían un *The X factor* juvenil en el centro comercial y no quería que perdieras la oportunidad.

La miré algo incrédula.

—Abu, hace mucho tiempo que no canto delante de la gente. —Desde que había dejado el programa, para ser más exactos.

—Cielo, te escucho cantar todos los días y sé que tienes una voz preciosa. Y no lo digo porque sea tu abuela. —Rio—. Cariño, deja que la gente vuelva a oírte cantar.

En ningún momento me enfadé con mi abuela por haberme hecho esa encerrona. Al final, yo tenía la última palabra. La conocía demasiado bien como para saber que lo había hecho con toda su buena fe. Así que, después de suspirar y revisar que la cola no era tan larga como para hacerle esperar tanto rato, acepté. No tenía nada que perder y haría feliz a mi abuela. Y eso era lo único que me importaba. Ese iba a ser mi regalo para ella.

—¡Cuánto me alegro, Cielo! ¡Va a salir todo genial! —dijo efusivamente.

Después, yo me puse a la cola, mientras ella me apuntaba al concurso. Se notaba que estaba emocionada e ilusionada. Solo

esperaba no defraudarla. Sí, seguía dando clases de canto, pero hacía tanto que no lo hacía públicamente que no sabía cómo iba a reaccionar. Porque una parte de mí tenía miedo de que pasase como cuando grababa el programa y terminase olvidando la canción.

A medida que la cola iba menguando, mis nervios fueron creciendo. Por suerte, escuchar a otras personas cantar, y a otras intentarlo, hizo la espera algo más amena. De vez en cuando, echaba un vistazo a mi abuela, que se encontraba sentada en el borde de la fuente. Al menos, parecía estar cómoda.

Cuando solo quedaban dos personas delante de mí, vino uno de los organizadores para preguntarnos qué canción queríamos cantar y si necesitábamos música o si la tocaríamos con algún instrumento. Por lo que nos contó, la tienda de música del centro comercial prestó al concurso el teclado de piano que había visto y una guitarra, que habían sacado hacía cuatro personas.

Irónicamente, me había pasado media hora escuchando a otros cantar y temiendo hacerlo mal, pero no me había dado cuenta en que yo también lo haría y que necesitaría una canción. Sin embargo, cuando se acercó a mí para apuntar mi petición, una voz dentro de mí me gritó cuál debía ser y así se lo hice saber.

Menos de diez minutos después, era mi turno. No tropecé ni me caí subiendo los escalones y para mí eso era todo un logro. La inseguridad se apoderó de mí al ver a tanta gente mirándome. Sobre todo, a esos cuatro jueces que opinarían sobre mi actuación. Pero todo eso desapareció cuando vi la cara de orgullo de mi abuela, la cual se encontraba en primerísima fila. ¿Cómo había llegado hasta allí? Era un misterio que nunca sabría.

—¡Hola! Dinos tu nombre, edad y qué vas a cantar, por favor —me pidió amablemente una de las juezas.

—Hola, me llamo Sky Gallagher, tengo trece años y…

—¿Trece años? —me interrumpió. Asentí—. ¡Creo que eres una de las concursantes más jóvenes en lo que llevamos de día! —Reí algo nerviosa.

—Dinos, Sky Gallagher, ¿qué nos vas a cantar? —preguntó esta vez un señor más mayor.

—*A thousand years* de Christina Perri.

—Vaya, esa es una muy buena canción. ¿Y cómo es que la has escogido? —quiso saber la mujer de antes.

—Por ella. —Señalé a mi abuela, que ahora tenía una sonrisa mucho más amplia que antes en la cara—. Es la canción favorita de mi abuela.

Desde la primera vez que la escuchó en la radio, no dejaba de subirle el volumen cada vez que la oía. De vez en cuando, me pedía que se la tocase, así que me la sabía de memoria. Los cuatro jueces se giraron a la vez y mi abuela los saludó.

—Eso es precioso, Sky. Solo hace falta verla para saber que está muy orgullosa de ti —mi abuela asintió efusivamente con la cabeza. Después, la jueza habló con el chico de realización—. Dale al *play* cuando ella esté lista.

—No, no —dije apresuradamente—. Voy a tocarla en el piano.

—¡Guau! Entonces, empieza cuando estés lista. Que vaya bien, Sky.

Me dirigí hacia el teclado y me encantaría decir que el lugar se quedó en silencio, esperando a escucharme, a que comenzase a tocar las primeras notas de la canción, pero no sucedió. Porque el centro comercial seguía con su vida, con su gente charlando, con el ruido de cajas contra el suelo, con el sonido de las pisadas de la gente.

Una vez sentada frente a él, miré a mi abuela por última vez. Sí, se notaba que estaba orgullosa de mí. Su sonrisa le hacía unas arrugas preciosas cerca de sus ojos, que brillaban como hacían tiempo que habían dejado de hacerlo. Discretamente, lancé una mirada hacia arriba, con la esperanza de que estuviese ahí mi madre. La saludé mentalmente y respiré hondo. Puse mis dedos sobre las teclas y empecé a cantar la canción favorita de mi segunda madre.

29 de mayo de 2012

~~Estimado diario~~, ~~Querido diario~~, Querido amigo,

Hoy he cumplido trece años y ha sido ¡UNA PASADA!

No te voy a aburrir con todo lo que ha organizado mi abuela, ni nuestra tradición de saltarme clases en mis cumples. Vengo a contarte las cosas bonitas que han pasado:

1. Te hemos encontrado. Mi madre, que murió hace dos años, tenía uno igualito que tú y la abu me lo ha comprado. «Señales que nos manda tu madre» ha dicho. Y, no sé, espero que así haya sido.
2. ¡He vuelto a cantar delante de gente! Sí, sí, después de un tiempo sin hacerlo, lo he vuelto a hacer en un concurso raro que había en el centro comercial (esto es su culpa, no me mires así), y ¡HE GANADO! Antes de que el presentador dijera al ganador, es decir a mí, el corazón me iba a mil, pero cuando ha dicho mi nombre… Me he puesto MUY MUY feliz, pero también algo triste. Aunque no he dejado que se me notase (las clases de actuación siguen funcionando).

Cuando hemos llegado a casa, se lo he dicho, porque no quería callármelo, y ha sido un poco así:

—Abu, estoy feliz por haber ganado, pero me he dado cuenta de que no se lo puedo contar a mamá y me siento un poco… triste.

—Oh, Cielo —ella siempre me llama así porque es de lo poco que sabe decir en español—, ¿por qué no se lo puedes contar? Yo hablo con tu abuelo y tu madre todo el tiempo.

—Lo he intentado, pero no me sale nada.

—Entonces, escríbeselo —me ha propuesto.

Así que, cuando encuentre las palabras adecuadas, le escribiré una carta a mamá y se la dejaré en su lápida. O quizás vaya y se la lea. No lo sé.

Bueno, amiguito, voy a ayudar a poner la mesa. Espero seguir llenándote de sentimientos y que haya más bonitos.

Con cariño,

Sky, la niña que quiere creer en las señales.

# 7
# ANDREW

*Andrew a los diecisiete años*

—¿Por qué no sigues mis pasos? —me preguntó Tom, mientras caminábamos de vuelta a casa.

Tom, además de ser mi mejor amigo desde siempre, era dos años mayor que yo. Eso quería decir que él ya estaba trabajando y que yo seguía sin saber qué quería hacer al terminar el curso. Por ese momento, no me gustaba pensar en el futuro porque mientras tuviese a mi amigo y nuestras tardes jugando al fútbol con los demás del barrio, todo me daba igual.

Sin embargo, aquella pregunta me dejó pensando un rato, todo el trayecto para ser más exactos. En el silencio que las calles de Manchester podían ofrecer, comencé a plantearme un futuro, por primera vez. Thomas era guardia de seguridad en algunos eventos privados de gente rica y, según me contaba, no estaba nada mal. Además, tampoco pagaban mal.

Por suerte, en mi casa no hacía falta dinero con urgencia, pero nunca venía mal tener algo extra y tener más libertad para mis caprichos, que consistían en unas zapatillas de deporte nuevas que había visto en la tienda deportiva de la esquina o en un balón de reemplazo por si el que teníamos se perdía, otra vez.

Tom y yo no solo éramos mejores amigos, sino que también vecinos. De esa forma, cuando llegamos a nuestro portal, le pude dar una respuesta, que lo pilló totalmente desprevenido.

—Venga, vale.

—¿Lo dices de verdad? —Asentí con una sonrisa que no tardó en imitar—. ¡Genial, tío! A partir de ahora, te entrenaré para que te pongas como yo —me indicó mientras levantaba sus brazos para marcar músculos.

Nos parecíamos mucho físicamente. Ambos castaños, ojos marrones, narices similares y unas estaturas iguales, aunque él dijera que me sacaba dos centímetros. En lo que sí que nos diferenciábamos era en nuestro cuerpo. Mientras que el mío estaba todo lo fuerte que el deporte que hacía jugando permitía, el suyo lo estaba por las horas que se pasaba en el gimnasio. Por todo eso, muchos pensaban que éramos hermanos y cuando eso ocurría les seguíamos el juego.

—¿También me vas a decir qué tengo que comer, papá? —Me burlé de él.

—De hecho, sí —respondió serio—. Andrew, este trabajo requiere estar en forma y, si de verdad quieres trabajar conmigo, debes cumplir unos requisitos. El lunes vamos a mi *gym* y te apuntas. Desde hoy, nada de alcohol, drogas o lo que sea que hagan los de tu edad —informó.

—Tenemos prácticamente la misma edad, Thomas.

—Cállate —respondió dándome un leve golpecito en el hombro. Desde que se había graduado, me trataba como si fuese un niño mucho más pequeño. Lo hacía de broma, pero, aun así, me molestaba.

—¡Qué ganas de pasar lista en la entrada! —solté para meterme con él.

Realmente, no sabía en qué consistía su trabajo, aparte de controlar quién entraba. Cuando le preguntaba, decía que era secreto y que se le caería el pelo si contaba a quién había conocido o lo que había hecho. Siempre había creído que lo decía para hacerse el interesante y mucho más guay con las chicas, cosa que funcionaba casi el cien por cien de las veces.

—Serás… —Dejó la frase en el aire—. A veces sí, paso lista para comprobar que los invitados estén, bueno, invitados, pero otras tengo que asegurarme de que no se cuelan objetos prohibidos o evitar que haya peleas. Una vez hasta acompañé a un VIP a una reunión.

—Vale, eso suena muy bien —respondí sincero.

—Porque lo es. Ahora, ¿vamos a subir o nos vamos a quedar aquí fuera con el frío? —Me dio una palmadita en la espalda y

entramos.

Durante la cena, se lo conté a mis padres y los dos, además de sorprendidos por la noticia, me animaron a hacerlo. Gracias a Tom, sabían que no iba a ser un trabajo peligroso y que su pequeño, como les encantaba llamarme, iba a estar a salvo siempre.

Aquella noche me fui a dormir con un único pensamiento: Qué ganas de empezar a trabajar.

# 8
# SKY

*Sky a los diecisiete años*

No solo gané el concurso y me dieron un cheque por valor a mil dólares para gastar en el propio centro comercial. También había conseguido un contrato con una productora de televisión. Uno de los jueces, que más tarde se presentó como Wilson, tenía un muy buen amigo en la industria y le mandó mi actuación, de la cual yo no era consciente de que la estaban grabando. Unos días después, recibí su llamada para ofrecerme una prueba para un nuevo programa musical, que se emitiría en uno de los canales más vistos de todo el país.

De esta manera, y gracias a que mi abuela había querido llevarme al concurso, volví a trabajar en la actuación y la música. Y no fue hasta que entré a la sala para hacer la prueba que me di cuenta de cuánto lo había echado de menos.

La primera vez que pisé el plató, no solo estaba nerviosa, sino también aterrada. Tenía miedo de que ese bloqueo, ese vacío, que había estado sintiendo las últimas semanas en mi programa infantil se repitiera. Sin embargo, y supongo que gracias a que mi vida personal estaba más calmada, nunca volvió a pasar.

Con el paso del tiempo, la serie se fue haciendo más y más famosa, hasta el punto de dar el salto internacionalmente y empezarse a emitir en Asia y Europa. Las caminatas mañaneras con mi abuela dejaron de ser nuestro momento de paz, por lo que me veía obligada a llevar gafas de sol y una gorra para evitar ser reconocida. A medida que crecía, también lo hacía mi popularidad. Para cuando cumplí diecisiete, mis seguidores en redes sociales ya superaban a la población de Los Ángeles en aquel momento. Y era extraño, pero me gustaba.

Entrar a los mensajes privados de Instagram era como jugar a la ruleta rusa porque nunca sabía qué me iba a encontrar. Había de varios tipos: los de los seguidores, que adoraban la serie, o a mí, y me deseaban los buenos días o me alababan la vestimenta de la última fotografía que había subido o me pedían que cantase en sus cumpleaños; los raritos, que sentían la necesidad de contarme cosas que no necesitaba saber, como las veces que veían mis vídeos y lo que hacían con ellos; los raritos supremos, que eran similares a los anteriores, pero también incluían las cosas que me harían cuando me vieran; y los *haters*. A esos les daba igual de qué fuera la fotografía, una taza, un trozo de pan, mi cara o un atardecer, lo iban a criticar.

Como buena adolescente, empecé a salir de fiesta. Generalmente, lo hacía con algunos de mis compañeros de la serie, como Josh, mi coprotagonista. Así que, gracias a los *paparazzi* que también nos habían comenzado a seguir, empezaron a aparecer los primeros rumores amorosos. Porque todo el mundo sabía que un chico y una chica no podían ser solo amigos.

Josh hacía de Ben, el interés amoroso de mi personaje, Jen, y solo bastó una fotografía de nosotros dos juntos dándonos la mano saliendo de una discoteca para que todo el mundo creyera que también estábamos juntos fuera de la pantalla. Pero todo tenía su parte mala.

La relación entre los dos se volvió algo más fría de cara al público. Decidimos dejar de hacer planes los dos, como ir a dar una vuelta, comer o salir de fiesta, porque ninguno estaba cómodo con aquello. Eso fue así hasta que Marcus Thompson, nuestro publicista, nos reunió a los dos.

—Chicos, hemos estado revisando los datos de la audiencia y tenemos un problema —nos soltó nada más sentarnos en las sillas.

Josh y yo nos miramos con los ojos abiertos. Sorprendidos, pero también temerosos. Nunca había trabajado en una serie que fuese cancelada y quería que siguiese así. «Pero siempre hay una primera vez para todo», pensé.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó mi compañero.

—Nos hemos fijado en que nada más salir vuestra fotografía juntos, y todos esos rumores, la audiencia aumentó y se mantuvieron fieles durante un tiempo. Sin embargo —hizo una pausa—, en el momento en el que os habéis distanciado públicamente, los espectadores están bajando más y más.

—No lo entiendo —dejé escapar sin querer.

—No os voy a decir que finjáis una relación, aunque eso estoy seguro de que funcionaría a la perfección, pero sí que os dejéis ver juntos. La cadena nos ha dado un ultimátum: o aumentamos la audiencia o no renovamos. Hacedlo por la serie, chicos. Por favor. —Sonó a una orden y a una súplica a la vez.

Me quedé sin palabras. Comprendía lo que nos había dicho, pero a la vez no. Me negaba a fingir que salía con mi amigo para tener mejores números e intentar salvar la serie, pero tampoco quería perder el trabajo. Me gustaba ir allí, estar con el equipo, con los compañeros. Josh fue el que se encargó de romper el silencio en el que nos habíamos sumergido.

—Yo acepto, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Solo vamos a ser dos amigos siendo amigos. Nada de besos fuera de plató, ni de fingir que somos una pareja acaramelada ni nada de eso. Cuando me pregunten, porque lo harán, diré que solo somos amigos. Y si se ponen muy pesados, les digo que soy *gay* —soltó.

Que a Josh le gustaban los hombres no era ningún secreto, al menos para los que trabajábamos con él. Siempre me había dicho que no veía ninguna necesidad en ir contándolo por ahí, de igual manera que yo no contaba que me gustaban los chicos. Un día, me confesó que también tenía miedo de que, debido a la homofobia que aún quedaba en el mundo, si se sabía repercutiese negativamente a la serie.

—Josh, esto te lo he dicho siempre. Si el día de mañana quieres contárselo al mundo, hazlo. Nuestro trato hacia ti no va a cambiar en absoluto. Ahora bien, si solo lo vas a hacer para que la prensa os deje en paz, te recomiendo que no lo hagas. La intención de todo esto es justamente esa, que hablen de vosotros, de la química que

tenéis no solo en pantalla. Sed vosotros mismos, pero dejad que los rumores que se inventen la gente creen una historia tan bonita que los anime a ver la serie.

—Que hablen de nosotros juntos, ¿no? —preguntó Josh.

—Así es.

—Vale. Por mí, vale. Sky, ¿tú qué opinas?

Medité bien la respuesta. Si algo había aprendido del tiempo donde el rumor había estado en auge, era que algunos de esos raritos supremos habían evolucionado. Ya no solo creían que nos acostaríamos si nos llegásemos a cruzar por la calle, sino que sentían que era de su propiedad, que no podía salir con ningún otro chico que no fueran ellos. Mis mensajes también se llenaron de insultos de las admiradoras de Josh, junto con esos hombres. Pero eso era algo que siempre había sabido, que eran gajes del oficio y podía soportarlo.

—Perfecto. Acepto.

De esa manera fue cómo pasé mis diecisiete años. Rodando La melodía del amor, la cual al final sí que renovó por una última temporada, saliendo de fiesta con Josh y pasando el tiempo con mi abuela todo lo que el trabajo me permitía.

—¿Tomas algo en esas fiestas, Cielo? —Me sorprendió mi abuela durante uno de nuestros paseos.

—¿Qué me estás preguntando, abu?

—He oído cosas. —Se hizo la misteriosa—. Además, yo también he sido joven y sé que no siempre se toman buenas decisiones.

La miré rápidamente y descubrí que no solo su tono era serio, sino que su rostro también. Con toda la sinceridad del mundo, le contesté.

—No, abu, no tomo nada. Alguna copa sí que bebo, pero nada más. Te lo prometo.

No era la primera vez que le contaba lo que había estado bebiendo la noche anterior, así que aquello no le pilló por sorpresa. A pesar de ser menor de edad, en las zonas VIP de las discotecas, siempre nos servían alcohol. Muchas veces, eran los propios dueños que se acercaban para charlar con nosotros y, de paso, invitarnos a champán o bebidas altamente alcohólicas. Sin embargo, yo siempre

pedía una copa cuyo contenido era un noventa por ciento zumo y un diez por ciento alcohol. Porque en el momento en el que comencé a tener cámaras sobre mí constantemente, fui consciente de que todo lo que hacía tenía cierto impacto en los demás y no quería descubrir que le pasaría a mi carrera si me pillaban borracha o vomitando en mitad de la calle.

Era responsable de mis actos, aprendí lo que implicaba la fama, estaba disfrutando de mi trabajo y de pasar tiempo con mi abuela. Mis diecisiete fueron un buen año, sin duda alguna. Hasta que llegaron los dieciocho.

21 de octubre de 2016

Querido amigo,

Ayer pasó algo que tengo que contarte porque necesito hacerlo con alguien.

Josh y yo fuimos a la discoteca, esa de las luces verdes de neón. Estábamos en la sala VIP con otra gente, como siempre. Bailamos, reímos, bebimos… Lo normal. De repente, me fijo en un chico, de mi edad aproximadamente, que está hablando con el de seguridad y cómo este le deja pasar.

Yo no dejaba de mirarlo porque sentía curiosidad. Lo vi acercarse hacia nosotros y, por supuesto, hicimos contacto visual. ¿Sabes cuándo no puedes dejar de mirar una cosa, aunque sabes que deberías de hacerlo? Pues eso era lo que me estaba pasando. Cuando lo tuve casi delante, caí qué era lo que me estaba llamando tanto la atención de él. No era su vestimenta, que desentonaba un poco de nosotros, ni su sonrisa, que era un poco desconcertante, sino que era Arthur, mi antiguo compañero de Los colores del arcoíris. Y sonreí. No sé muy bien por qué, pero lo hice. Quizás porque me hacía ilusión reencontrarme con alguien con quién empecé en la actuación.

—¡Sky, cuánto tiempo! —dijo y me dio un abrazo. Sí. Me abrazó. Como si hubiésemos sido los mejores amigos de la infancia y no enemigos. Bueno, enemigos no, pero no nos llevábamos nada bien.

—¡Arthur! Y qué lo digas.

Esperaba hablar un poco con él y ya, pero se quedó toda la noche con nosotros y charlamos. Del programa infantil, de nuestras vidas, de cómo nos iba todo ahora… Y no sé cómo, pero en algún momento había dejado de ser Arthur el niñato para ser simplemente Arthur mi antiguo compañero.

Seguimos así, hasta que se acercó a mi oído y me susurró:

—Oye, mi hotel está aquí al lado. ¿Quieres venirte para que podamos seguir hablando con más tranquilidad?

No soy tonta, amigo, por supuesto que sabía que aquello iba con segundas, y aun así acepté.

Al llegar a su habitación, ya nos estábamos besando muy apasionadamente. Sus manos recorrían mi cuerpo y las mías el suyo.

Nos comenzamos a quitar la ropa, a tocar por todos los lugares y, finalmente, pasó. Anoche, me acosté con Arthur.

Tengo que reconocer que ha sido mi primera vez y que ha ido mucho mejor de lo que esperaba. Arthur ha estado muy atento en todo momento. Eso sí, hemos acordado que esto solo va a ser cosa de una única vez.

Me da igual, amigo. Me da igual haber perdido la virginidad con una persona a la que no quiero, porque ha sido con alguien con quién me he divertido. He disfrutado y me lo he pasado bien. Eso es lo único que importa.

He descubierto todas las emociones que se sienten al hacerlo y ha sido maravilloso. Espero repetir pronto, aunque no sea con Arthur. Quizás deba de dejar de pasar tanto tiempo con Josh en las discotecas y ponerme a hablar con otros chicos.

Pero el motivo por el que estoy aquí, sentada en mi habitación, escribiéndote es porque tengo un problema. O más bien, lo tendré nada más cruzar la puerta. Esta mañana, Josh me ha pasado el enlace a una noticia de cotilleos donde se nos ve a Arthur y a mí muy juntos. Demasiado. Así que, antes de enfrentarme a mi abu, debo comprender cómo me siento al respecto.

Por una parte, estoy contenta con todo lo que pasó, pero por otra me siento ¿avergonzada? ¿con miedo de que esto repercuta en la serie?

Lo único que sé es que no me arrepiento.

Espero que Josh no esté enfadado conmigo mañana cuando nos veamos para rodar. ¡Dios! Ni el resto del equipo. ¿Acaba de cagarla mucho?

Con cariño,

Sky, la chica que está sufriendo un dilema existencial.

# 9
# ANDREW

*Andrew a los veintiún años*

Otra noche más. Otro evento más. Desde que había comenzado a trabajar con Tom en su misma empresa, casi todos los meses tenía algún evento al que ir: presentaciones de productos, aperturas de tiendas de gente adinerada o, como aquel día, una exposición en una galería de arte. Generalmente, no estaban mal. Sin contar las veces en las que algunos se creían con el poder de ningunearme por tener muchos más ceros que yo en sus cuentas corrientes.

Tal y como me había prometido mi amigo, el sueldo era muy bueno y, gracias a que le caí bien al jefe en la entrevista, cuando le preguntamos sobre ir juntos no puso ninguna objeción.

—Un equipo solo estará seguro cuando cada miembro confíe su vida en el otro, sin vacilar ni un segundo. No hay mejor compañero que un hermano —nos dijo después de escuchar nuestra historia.

Esa noche, Tom estaba junto a mí custodiando la puerta. Nos encargábamos de revisar las invitaciones y de asegurarnos que no se colase nadie ni nada fuera de la lista de lo permitido. Mientras él le recogía la invitación a una señora mayor, lo observé un momento. Ninguno de los dos era ya un niño. Nuestros cuerpos, que trabajábamos diariamente en el gimnasio, habían cambiado. Crecido. Ahora, ya no solo teníamos un rostro similar, sino que también un cuerpo igual. La ligera diferencia que lo hacía más alto que yo, también había cambiado. Gracias a ese pequeño estirón durante mi último año como menor, le sacaba seis centímetros. Cinco y medio si le preguntaban a él. Aun así, continuábamos pareciendo hermanos.

—¿Qué miras? —preguntó nada más terminar con la mujer.

—Tu pelo. ¿De verdad quieres parecer un surfista? —Me metí con él. En los últimos meses, Tom había tomado la decisión de

dejarse crecer el pelo. En ese momento, lo tenía ya casi por debajo de la barbilla.

—¿Y tú un hombre lobo? —replicó haciendo alusión a mi barba perfectamente recortada.

—Está perfecta —contesté sonriéndole mientras la tocaba. Sí, lo estaba.

—Está horrible.

—Qué sabrás…

—Es cierto. Está perfecta. —Nos sorprendió una voz femenina a mi izquierda.

Habíamos estado tan centrados en nuestra conversación, que no habíamos visto llegar a aquella joven pelirroja. Ella se quedó quieta frente a mí.

—Disculpe, señorita —dije algo avergonzado.

—¡No pasa nada! Sois hermanos, ¿verdad? —quiso saber, lanzándonos una sonrisa preciosa.

—Sí, algo así —contestó Tom.

—¿Mejores amigos? —asentí y ella soltó una pequeña risa—. Se nota. Mi mejor amiga y yo somos iguales. Nos queremos, pero siempre que podemos nos metemos con la otra. El insulto es nuestra manera de expresar nuestro amor.

«¿Esta chica jamás pierde la sonrisa?», pensé y me permití observarla un poco más. Sus ojos verdes, llenos de vida y su vestido plateado largo, que se le adaptaba perfectamente a su cuerpo. Mientras seguía embobado, pude ver cómo sacaba una invitación de su bolso del mismo color y me la tendía. Aquello me devolvió a la realidad y, consciente de dónde estaba, la cogí, rozándole los dedos sin querer.

Con solo leer el papel, ya conocía su nombre: Megan Sinclair. No tuve que buscar demasiado en la lista para encontrarla y eso solo significaba una cosa. Algo que mis ojos sorprendidos debieron gritar.

—Sí, soy la hija de Sylas Sinclair. —«El dueño de la galería de arte», añadí mentalmente.

Le devolví la invitación con una sonrisa, que en algún momento me había contagiado, y le deseé una buena noche. Ella pasó por mi lado, ya que la puerta se encontraba a nuestras espaldas. Tom y yo

la seguimos con la mirada y, por eso, pudimos verla frenar en seco cuando estaba a un movimiento de entrar. Inclinó su cabeza hacia los lados, como si estuviese debatiéndose consigo misma, se dio media vuelta, clavó sus ojos en mí y caminó directa decidida donde yo estaba.

—Perdona, ¿podrías darme tu nombre? —Sus mejillas se habían teñido ligeramente de rosa.

—Andrew. Andrew Cooper —conseguí responder algo aturdido por la situación.

—¡Fantástico! Espero que pases una muy buena noche, Andrew Cooper.

—Igualmente, señorita Sinclair.

Contenta con nuestra conversación, se marchó mucho más rápido que la otra vez. Esta vez, sí que entró. Cuando desapareció de nuestra vista, Tom me dio un golpe en el hombro, como siempre hacía para llamar mi atención.

—¿Qué acaba de pasar?

—No tengo ni idea, tío.

No pensamos en ello mucho y seguimos con nuestro trabajo. Pasado un rato, a la exposición no le quedaba más de una hora, continuábamos en la puerta. Aun sabiendo que la gran mayoría de los asistentes ya se encontraban dentro. Las normas para aquella noche estaban claras: asegurarse de que solo pasasen los invitados y no permitir objetos prohibidos. Y eso era lo que haríamos.

Aunque nuestro trabajo en ese momento, en realidad, se centraba más en fijarnos en quién salía de la galería y asegurarnos de que pudiera volver a entrar sin ningún tipo de impedimento, y sin tener que enseñarnos de nuevo la invitación.

Al escuchar la puerta tras nosotros, nos giramos como llevábamos haciendo un rato y vimos salir a la chica pelirroja de antes, Megan. Ella tardó menos de un segundo en conectar su mirada con la mía y, con una nueva sonrisa, se acercó a nosotros. Solo que esta vez fue directa hacia Tom.

—Buenas noches, chicos. Eres Thomas Bell, ¿verdad? —Mi amigo asintió sorprendido—. ¡Perfecto! Mi padre quiere hablar

contigo. Te espera en su despacho. —Hizo una pausa y preguntó—. ¿Sabes dónde está?

—Sí, hemos estado antes allí —contestó—. Muchas gracias por avisar, señorita Sinclair. Os dejo, pareja.

Mi amigo se ganó una mirada asesina por mi parte y una risita por la de ella. Él, satisfecho, se marchó. No sin antes guiñarme un ojo.

—Andrew Cooper, ¿tienes fuego? —Saqué el mechero que siempre llevaba encima y se lo presté—. Gracias. ¿Quieres uno? —preguntó ofreciéndome un cigarro.

—No fumo, pero muchas gracias, señorita Sinclair.

Pude ver cómo sostenía su cigarro con la boca y estaba acercándose el mechero cuando se paró en seco al comprender mi respuesta. Clavó sus ojos verdes en mí y descubrí que se había sorprendido. Liberó su boca y habló.

—No fumas y llevas un mechero… ¿Por qué? —Antes de poder contestar, lo hizo ella por mí—. Porque no soy la primera que te pide fuego, ¿verdad?

—Efectivamente, señorita Sinclair. En estos eventos, muchos salen a tomar el aire o, al igual que usted, a fumar. No todos llevan uno encima y no me cuesta nada tenerlo en el bolsillo.

Ella asintió y, lejos de encendérselo, me lo devolvió y volvió a guardar el cigarro en la caja de la que lo había sacado. Aquella noche no hacía frío, pero tampoco tanto calor como para que su vestido de tirantes le diera comodidad. Me pregunté por qué no se había traído el abrigo, o una chaqueta.

—Andrew Cooper —volvió a llamar mi atención, alejándome de mis pensamientos—, puedes tutearme y llamarme Meg. Cada vez que me llamas por mi apellido me haces sentir que soy mi padre.

—Disculpe —me corregí—. Discúlpame, Meg.

—Mejor, ¿ves? Ahora vuelvo a ser joven —añadió, mientras se señalaba la cara—. Gracias por el mechero, Andrew Cooper.

—No hay de qué y Meg, solo Andrew —le indiqué. Si yo tenía que llamarla por su nombre, qué menos que ella hiciera lo mismo conmigo.

—Trato.

E hizo algo que no me esperaba. Extendió su mano derecha esperando a que yo la juntase con la mía y cerrase aquel extraño pacto que acabamos de crear. Por supuesto, lo hice. Su mano era suave, por eso no me importó quedarme en esa posición un poco más de lo esperado. Cuando oímos unas voces acercarse a nosotros, rompimos el contacto y nos separamos. Una pareja de unos sesenta años, esperaron a que les diera el visto bueno para regresar a dentro y, después de saludar a Meg, se marcharon.

Ella continuó allí, frente a mí, sin tener ninguna intención de volver a la galería. Así que retomé la conversación. Porque algo me estaba pasando. Me daba igual de qué habláramos, solo quería que lo siguiéramos haciendo.

—¿Qué es eso de que por hablarte de usted dejas de ser joven?

Ella rio e intentó explicármelo.

—Simplemente… He crecido en un mundo de adultos, todos hablándose de usted, «señor», «caballero»… Hubo un día en el que ya no era Meg o Megan sino la señorita Sinclair y no me gustó. Sentí que había dejado de ser una niña en ese preciso instante. Por eso, siempre que puedo y me lo permiten, intento que dejen de tratarme de usted. ¡Dios! Solo tengo… —Hizo una pausa y me miró de una forma que no logré entender. Luego, formuló una pregunta que no esperaba—. ¿Cuántos años crees que tengo, Andrew?

—¿Perdona?

—Siempre he querido saber qué edad aparento y casi todos con los que me rodeo lo saben. Así que, dime, Andrew, ¿cuántos años parece que tengo?

Acepté su reto, porque no dejaba de ser eso, y la miré con más atención. Como si su rostro fuera a darme una respuesta. Descubrí que, además de tener unos ojos verdes casi simétricos, su nariz y sus mejillas estaban recubiertas por unas pecas que no se veían a simple vista. Sus labios, que aún tenían rastro de brillo, eran gruesos. Ella, al darse cuenta que la estaba analizando, sonrió y dejó a la vista una dentadura perfecta y blanca. Tragué algo nervioso y subí hasta su mirada. Cuando ella hizo lo mismo, me dispuse a darle un número.

—No parece que tengas más de veinti…—me corté al ver cómo abría ligeramente los ojos. Sin duda, no estaba acertando. Me corregí y lo volví a intentar—. Dieci… —Su mirada se relajó e intenté adivinar cuál de todos los «dieci algo» era—. Dieciocho —escupí.

—¡Casi! Diecinueve —añadió con cierto tono de orgullo—. Los cumplí la semana pasada.

—En ese caso, felicidades atrasadas, Meg.

—Muchas gracias, Andrew —respondió algo tímida. Seguía sin entender a esa chica del todo, pero lo que sí sabía era que mi noche había mejorado muchísimo desde que empezamos a charlar—. ¿Y tú?

—¿Mi edad? —asintió—. Veintiuno. Los cumplí hace unos meses ya.

—¡Oh! En ese caso, felicidades atrasadas, o adelantadas. Lo que esté más cerca —dijo con una risa que me contagió rápidamente.

—Muchas gracias, Meg.

Por la forma en la que estábamos colocados, cada vez que se abría la puerta yo me veía forzado a girarme, pero Meg, que se encontraba frente a mí, no lo necesitaba. De esa manera, cuando escuché la puerta, antes de mirar, pude ver una mueca en su cara que solo llegué comprender al ver quién había salido.

—Señorita Sinclair —saludó mi amigo cuando se puso a mi lado.

—Thomas.

—El señor Sinclair quiere que nos vayamos a casa y descansemos. He intentado hacerle entender de que este es nuestro trabajo y le he recomendado que nos quedemos hasta que acabe la noche, pero no quiere. Así que, supongo que nos vamos —me informó.

—Mi padre suele ser un cabezota. Seguramente, te haya mencionado algo del frío y de la noche, ¿cierto? —Tom asintió—. ¡Ni siquiera hace frío! —dijo cómicamente—. Pero nunca se ha sentido bien haciendo trabajar a la gente hasta tan tarde. Si no ha echado a los del cáterin es porque los invitados se le echarían al cuello. Mi abuelo era aparcacoches y siempre nos ha contado historias de cuando le tocaba el turno de noche y… la verdad que son aterradoras —nos explicó.

—Sí, algo ha mencionado. También le he intentado hacer entender que hoy se está bien en la calle, pero…

—Cabezota. —Canturreó Meg.

—Ya, ya he visto.

Los tres nos quedamos mirando, esperando qué paso dar o qué decir. Fue Meg la que rompió ese silencio que se había creado.

—Entonces… ¿os vais ya?

Sabía que era una pregunta para los dos, pero la hizo con sus ojos clavados exclusivamente en mí.

—Eso parece.

—Te espero en el coche, tío. Un placer, señorita Sinclair.

Tom se marchó hacía donde lo tenía aparcado y nos dejó a los dos solos, de la misma manera que había estado unos minutos antes.

—Entonces… supongo que esto es un adiós —dijo con la mirada algo triste. Tendió su mano derecha, levantó la cabeza y sonrió—. Un placer, Andrew Cooper.

Imité su gesto y, volviendo a estar en contacto, respondí.

—Un placer, Megan Sinclair.

Fui yo el primero que se separó y el que echó a caminar. No había dado ni cuatro pasos cuando la escuché llamarme. Me giré y la vi acercarse rápidamente hacia mí.

—Andrew, ¿crees que…? ¿me darías…? ¿podrías…?

Estaba debatiéndose consigo misma sobre cómo preguntarme algo. Me pareció que estaba de lo más adorable. Solté una pequeña risa y la interrumpí.

—Meg, ¿me podrías dar tu número de teléfono?

—Perdona, ¿qué? —Por un momento, el alma se me cayó a los pies. Quizás había malinterpretado sus intenciones—. ¡Sí! ¡Sí! ¡Claro! —respondió con una risita nerviosa y yo recuperé la respiración—. De hecho, eso era lo que trataba de decirte.

Los dos volvimos a lanzarnos una sonrisa, a la vez que intercambiamos los móviles para apuntarnos los números. Cuando nos los devolvimos, nos despedimos con un «hasta pronto» y no un «hasta siempre».

Al llegar al coche, Tom se quedó mirándome atentamente. Me abroché el cinturón, ya que suponía que esperaba a eso para arrancar, pero no lo hizo. Continuó con su vista fija en mí.

—¿Y bien? —quiso saber—. ¿Qué tal te ha ido con la señorita Sinclair? ¿Os he dejado tiempo suficiente? Porque he intentado quedarme dentro lo máximo posible, pero he visto al jefe de cáterin lanzándome una mirada asesina cuando me ha visto quieto durante un rato.

—¿Qué has hecho qué? —Resoplé. Aunque, en realidad, estaba agradecido por aquello. Y, en el momento que empecé a narrarle todo lo que había pasado, giró la llave del contacto y nos fuimos a casa mientras hablaba de Megan Sinclair, esa chica tan peculiar que acababa de conocer.

# 10
# SKY

*Sky a los dieciocho años*

El último día de grabación de La melodía del amor empezó muy bien. Nada más despertarme, olí las tortitas que estaba haciendo mi abuela. Así que, siendo lo más rápida posible, me arreglé y me puse ropa cómoda. En el estudio, se encargarían de mi pelo y de darme otras prendas que encajaban mejor con mi personaje. Fui hacia la cocina y me encontré a mi abuela esperándome sentada en la mesa, frente a un plato lleno de tortitas con sirope de chocolate. Mis favoritas.

—¡Madre mía! ¡Cuánta comida! —exclamé. Después le di el beso diario en la mejilla de buenos días y tomé asiento frente a ella.

—Buenos días para ti también, Cielo. —Rio—. Hoy es un día especial y quería que lo empezaras de la misma manera. Come, come —me ordenó.

Como rechazar la comida que te ofrecía una abuela era delito, le hice caso y me serví un par.

—Sabes que no voy a poder con todo esto yo sola, ¿verdad?

Ella se sirvió otra y empezamos a charlar sobre cómo creeríamos que sería el día. El estudio había organizar una fiesta de despedida para todos los trabajadores, y familiares, de la serie. De esa manera, podríamos cerrar aquel capítulo de nuestras vidas acompañados por nuestros seres queridos.

—Voy a ser la persona más mayor de la sala —se quejó en broma.

—Pero, ¿qué dices, abu? Por lo que sé, también va la hermana del director y, a juzgar la foto que vi, es mayor que tú. Debe tener, mínimo, cincuenta y cinco años —respondí sacándole la lengua.

Con el paso del tiempo, mi abuela seguía sin aparentar su edad. Pasaban los años y quizás tenía una nueva arruga, pero ni en un millón de años nadie sería capaz de adivinar su edad. De hecho, cuando la conocieron los del equipo creyeron que era demasiado joven para ser mi abuela.

—Ah, ¿sí? Entonces, voy.

Ambas nos reímos juntas, de esa manera tan nuestra, tan especial que siempre hacíamos. Un tiempo atrás, había descubierto que me reía de la misma manera que lo hacía ella. Con el mismo tono. Con las mismas pausas. Al final, me contagió su forma de hacerlo.

Al terminar de desayunar, y de recoger lo propio, salí por la puerta de casa, no sin antes despedirme de ella con otro beso en la mejilla.

—Nos vemos a las cinco, abu. ¡Te quiero! —le recordé mientras me marchaba.

—Allí estaré, Cielo. ¡Te quiero! —gritó para asegurarse de que la escuchaba con claridad. Como si diez metros fuese demasiada distancia.

Cerré la puerta como hacía todos los días. Me dirigí al estudio en un coche, como siempre. Aquel día, todo fue transcurriendo de la misma manera, a excepción de algunas lágrimas al terminar de rodar las últimas escenas de la serie.

La fiesta comenzó a las cinco, pero los familiares habían llegado casi media hora antes. Así que, mis últimos treinta minutos los había pasado saludando a mujeres, maridos, hijos y hermanos del equipo. Sin embargo, en cada saludo, beso y abrazo, solo buscaba a mi alrededor a la única persona que me había asegurado que estaría allí.

—Perdona, ¿habéis visto a mi abuela? —le pregunté a Josh, que se encontraba junto a sus padres.

—Lo cierto es que no. Puede que haya pillado tráfico —sugirió. Asentí porque tenía razón. Debido a las horas, era la opción más probable.

Me despedí de ellos y me fui hacia una zona más tranquila para poder llamarla. Por lo general, si iba a llegar tarde me habría avisado

y eso solo me hacía ponerme más nerviosa de lo normal. Marqué su número y antes siquiera de sonar el primer pitido sonó una voz al otro lado.

—El número al que intenta llamar está apagado o fuera de cobertura. Por favor, inténtelo más tarde.

Eso también era normal. Mi abuela manejaba las nuevas tecnologías, se había apuntado a un curso para aprender, pero siempre olvidaba que su teléfono no tenía una batería infinita y solía tardar un par de horas en darse cuenta de que lo tenía apagado.

Pero en ese momento, tenía una sensación horrible cerca del corazón que no dejaba de crecer. Quizás era ansiedad. Quizás otra cosa. Los nervios, ahora juntados por el miedo al no saber, no paraban de hacerse más fuertes. Me dirigí a la entrada del estudio y permanecí allí cinco, diez y hasta quince minutos esperándolo. Y nada. No apareció ningún taxi ni mi abuela. Una voz en mi cabeza estaba gritando que algo no iba bien.

—¿Todavía nada? —preguntó Josh sorprendiéndome por la espalda.

—No. Y tiene el teléfono apagado. No sé, Josh, tengo la sensación de que algo no está bien.

—¿Has mirado lo del tráfico? Podría haber habido un accidente y tener las carreteras colapsadas —intentó tranquilizarme.

—Sí. La aplicación dice que no hay problemas en ninguna.

—Vale. —Se quedó pensativo un segundo y, después de poner sus manos en mis hombros y de obligarme a mirarle, continuó—. Vamos a hacer una cosa. Voy a por el coche, vamos a tu casa y vemos si sigue ahí. Quizás se haya dormido y se le ha ido la hora.

Pensé en su propuesta. No era un mal plan, en realidad. Y tampoco una mala razón por la cual no estuviera aún ahí. Sin embargo, no podía ser la responsable de que se perdiese la fiesta, ni dejar que se fuera sin su familia. Además, solo era una sensación que seguía creciendo por mi ansiedad, así que me negué.

—No, no hace falta que vengas. Puedo ir yo sola, no te preocupes —sonreí débilmente y supo que iba a seguir su plan.

—¿Estás segura, Sky? —preguntó lentamente, con sus ojos clavados en los míos. Éramos buenos amigos, sabría si le mentía.

—Sí, tranquilo.

—Vale. Cualquier cosa, tengo el móvil en la mano, ¿entendido? —asentí, me dio un abrazo y, mientras él se alejaba, yo pedí un taxi.

Menos de treinta y cinco minutos después, ya me encontraba en la calle de casa. Desde fuera, se veía la luz encendida, por lo que supe inmediatamente que mi abuela estaba dentro. Apresuradamente, llegué a la puerta, metí mis llaves en la cerradura y, al abrirla, me congelé.

Mi abuela, mi segunda madre, se encontraba tirada en el suelo inmóvil.

20 de septiembre de 2017

Ayer, Marie Gallagher, mi abuela, murió de un infarto.

Son las tres de la mañana y no puedo dormir. Si cierro los ojos, solo la veo a ella. En el suelo. Con la ropa tan elegante que había decidido ponerse para la fiesta.

Solo me apetece llorar, pero también gritar.

Desde que la encontré hasta ahora tengo los recuerdos borrosos. No sé cómo conseguí llamar a la ambulancia, ni a Josh. Recuerdo abrazar a mi abuela, sentir que me apartaban y a Josh aparecer con una manzanilla.

Sé que también han venido sus padres y que me han dicho que se encargarían de todo. Que esto era demasiado duro para alguien tan joven. Creo que se me ha olvidado darles las gracias, debería de hacerlo cuando los vea de nuevo. ¿Soy una mala nieta por no encargarme del funeral? No lo sé, pero parece que sí.

Josh no ha querido dejarme sola y se ha quedado a dormir en el sofá. Le dije que se podía venir a mi cama, pero me ha dicho que prefiere darme espacio, por si quiero llorar o desahogarme de cualquier otra forma. Aunque me ha dejado claro que si necesito compañía, que vaya a buscarlo. Creo que a él tampoco le he dado las gracias.

Esto me parece tan surrealista. Es una pesadilla, ¿verdad? Porque no lo entiendo. ¿Por qué se ha tenido que ir mi abuela? De todas las personas del mundo, ¿por qué ella? ¿por qué tan pronto?

Ya he pasado por esto. Sé lo que implica perder a alguien. Ya no habrá más besos por la mañana, ni paseos matinales, ni sus platos de comida que tan bien le quedaban, ni verla en la primera fila de todo lo que haga. Ya no volveré a verla. Fin.

Perder a mi madre fue duro, pero ella lo hizo un poco más llevadero. Ahora, ¿quién me ayudará con su pérdida?

Tengo dieciocho años y no sé qué va a ser de mí, qué me depara el futuro. No sé cómo voy a seguir mi vida ahora. Dios, ¡ni siquiera tengo edad para beber legalmente! Tengo dieciocho años y, oficialmente, me he quedado huérfana. Mi familia se ha ido y me han dejado aquí. Sola. Me he quedado completa y absolutamente

sola en un mundo demasiado grande y duro. En un mundo demasiado injusto.

12 de noviembre de 2017

Hola, amigo,

Estos dos últimos meses han sido bastante duros y han habido cambios importantes en mi vida.

De lo poco que recuerdo del funeral, sé que fue precioso. No sabía que mi abuela lo tenía todo tan bien planeado, pero supongo que eso son cosas que una no piensa cuando es joven. Asistieron sus amigas, algunos vecinos y muchos de mis compañeros. Vino hasta Arthur. Sí, ESE Arthur.

—Me he enterado por las redes sociales y aquí estoy. Para todo lo que necesites —dijo.

Después de que Arthur me dijera aquello, le invité a pasar la noche en casa porque no quería estar sola y no me parecía correcto abusar de la amistad de Josh.

Él, al contrario que mi amigo, sí que aceptó dormir en mi cama. Al principio, solo estábamos abrazados, en silencio, en la oscuridad de mi habitación, pero, poco a poco… Mi mente estaba en mil cosas a la vez y no se callaba. Continuaba sin poder cerrar los ojos más de veinte minutos seguidos y Arthur se dio cuenta.

Empezó a acariciarme el brazo, después la cabeza, luego el cuello… Unos cuantos toqueteos y un «Me molesta la camiseta para acariciarte la espalda, ¿te la puedo quitar?» después, nos terminamos acostando. Fue distinto a la primera vez, completamente diferente. Más sucio, podría decirse.

Y no te lo voy a ocultar: me vino genial. Terminé tan cansada que, después de casi cuarenta y ocho horas sin poder dormir, logré descansar algo.

Arthur se quedó unos días más, en los cuales pasaba prácticamente lo mismo. Llegué a pensar que no sabría dormirme sin tener sexo, porque lo estaba convirtiendo en una rutina insana.

El sexo sin ningún tipo de sentimiento de por medio era algo que no había pensado repetir, y menos con él, pero lo cierto es que me vino genial para desconectar de mi realidad y, luego, para poder dormir algo.

Una semana después del funeral, se marchó a Florida a grabar una serie y, desde entonces, no hemos hablado más. Y no me

molesta. Él tiene su vida y yo la mía. Y está bien.

Volver a casa los días posteriores a su muerte, era mucho más extraño que ahora. Al final, tenía que acostumbrarme a no verla en el sofá viendo una de sus telenovelas o en la cocina preparando algún plato que seguro que estaría riquísimo. Pero también me daba miedo cada vez que abría la puerta, por si me la volvía a encontrar ahí, tirada en el suelo.

La primera noche sola fue extraña. Me sentí insegura en mi propia casa. Me daba miedo cualquier ruido y, por supuesto, no dormí nada. Por la mañana, contraté una alarma y la pusieron a los días.

Y esa noche, con mi nueva alarma instalada, pude dormir un poco. Menos mal, porque no había café suficiente que me ayudase a mantenerme despierta mucho más tiempo.

Para cuando pasó el mes, la sensación de inseguridad había cesado y también empecé a enderezarme un poco más en mi vida. Aproveché esa energía y recogí la casa. Cuando estaba guardando los libros en su sitio, se cayó un sobre rectangular blanco de uno de ellos. Extrañada, lo recogí y lo observé con curiosidad.

En uno de los lados, se podía leer mi nombre con la letra de mi abuela. Aturdida, dejé los libros en la estantería y me senté en el sofá. No sabía qué había dentro, pero estaba convencida de que era un mensaje de ella hacia mí. Una señal, como le gustaba tanto decirme. Nerviosa, y algo temblorosa, lo abrí.

Se trataba de una carta, que dejaré escondida aquí siempre, que escribió el día que murió. En ella, dice que está muy orgullosa de mí y de lo mucho que he trabajado para llegar a dónde he llegado. Pero mi parte favorita es cuando dice que le encanta escucharme cantar y oír mi voz.

Porque en el momento que la leí, caí en la cuenta de una cosa: antes de ser actriz, yo quería ser cantante.

Actualmente, mi vida es un ochenta por ciento actuación y un veinte por ciento música, porque la serie así lo requería. Pero ahora que he terminado de grabarla, he tomado una decisión: Voy a centrarme en mi carrera musical.

Por eso te he dicho, amigo, que mi vida ha cambiado en estos dos meses. No solo porque, poco a poco, estoy saliendo del duelo, sino porque ya no voy a aceptar más películas o series. De ahora en adelante, me centraré en la música. Para enorgullecer más a mi abuela. Porque a mi madre también le encantaba escucharme. Porque cantar me hace feliz y casi lo había olvidado.

Con cariño,

Sky, la chica que está aprendiendo a vivir.

Querida Cielo,

Hacía tanto tiempo que no escribía una carta, que espero que me disculpes si algo no está correctamente. Quería escribirte porque soy una fiel creyente de que las personas no solo necesitamos oír cosas buenas, sino también leerlas.

Nunca me he cansado de estar a tu lado, apoyándote. Desde que naciste, supe que no quería ser solo tu abuela, también tu confidente. Espero estar consiguiéndolo.

Quiero que sepas que estoy muy orgullosa de ti, Cielo. Me encanta ver en la mujercita que te estás convirtiendo y en cómo estás cumpliendo todos tus objetivos. ¿Has visto lo que se consigue con trabajo duro? Eso sí, sigue disfrutando de la vida: sal con tus amigos, diviértete, viaja… A poder ser, conmigo.

También quiero decirte que me encanta oírte cantar. Ya sea mientras te duchas o cuando ensayas para los capítulos. Me encanta tu voz. El día que des tu primer concierto, búscame en la primera fila porque ahí estaré yo.

Estoy tan orgullosa de ti, Cielo. De que, a pesar de todo lo que has tenido que pasar, hayas continuado estudiando, aprendiendo y luchando.

¡Espero que nos lo hayamos pasado genial en la fiesta!

Nunca te olvides de tu abuela joven, por favor.

Con mucho cariño,

La abu Marie

PD: ¿Puedes volver a cantar *A thousand years*? Hace mucho que no lo haces y lo echo de menos.

# 11
# ANDREW

*Andrew a los veintidós años*

Tom y yo nos habíamos ido a vivir juntos hacía unas semanas. Fue su idea, en realidad, la de compartir piso y así poder irnos de las casas de nuestros padres.

—Somos jóvenes, tenemos un trabajo estable y podemos mantenernos por nosotros mismos —dijo intentando convencerme, sin saber que no era necesario. En el momento que lo había propuesto, ya sabía que iba a aceptar.

Tardamos unos días en colocar nuestras cosas y en hacer «nuestro» aquel piso alquilado, pero lo logramos. Un día, cuando las cajas ya habían dejado de formar parte de nuestro mobiliario, le pedí un favor.

—¿Crees que podrías no venir en toda la noche?

—¿Me estás echando de mi propia casa, Andrew? —comentó, haciéndose el ofendido.

—¿Puede ser? —sonreí.

Mi amigo me miró e hizo aquella pregunta que yo sabía que llevaba tiempo queriendo hacer.

—¿Es que acaso viene Meg hoy? —Sus cejas comenzaron a elevarse. Tanto, que temía que se le salieran de la frente.

Mi respuesta llegó a modo de una pequeña risa. Desde que nos habíamos conocido en ese evento, hacía ya casi un año, Meg y yo no habíamos dejado de hablar y de quedar. Fue ella la que, esa misma noche, envió el primer mensaje. Ni siquiera me había dado tiempo a llegar a casa. Y me encantó que hubiese tomado la iniciativa.

Al principio, nuestras conversaciones eran normales, llenas de preguntas triviales, pero que nos ayudaban a conocernos más. A medida que pasaba el tiempo, nos estábamos volviendo más

cercanos. Por eso, decidimos quedar por primera vez después de un mes hablando. Habíamos ido al cine, a restaurantes y a galerías de arte, de las que su padre era el dueño.

Desde que firmé el contrato, Meg se moría de ganas por venir a ver el piso, como era lógico, y yo quería que lo hiciese, pero no iba a permitirlo hasta que estuviese perfecto. Como esa noche. Y si para ello debía de echar a mi mejor amigo para tener un poco de intimidad, lo haría.

—Está bien —accedió—. Me voy, pero con una condición.

—Miedo me das —murmuré a la vez que me cruzaba de brazos, como si fueran un escudo que pudieran protegerme de lo que estuviese a punto de decir.

—Que le digas lo que sientes —sentenció.

Desde que él la conoció, no dejaba de decirme que me gustaba y que, a juzgar por cómo me miraba, yo a ella también. Después de casi un año quedando, Meg nunca había mencionado nada al respecto, y yo tampoco. Pero, a decir verdad, mi amigo me conocía demasiado bien: sí, me gustaba Meg. Sin embargo, estaba tan bien con ella a mi lado, que temía perderla si se lo decía.

—Yo no… —comencé a mentir.

—Al menos, inténtalo esta noche, Andrew —me interrumpió—. Tenemos varias velas en el cajón de la cocina. Decora la mesa y cocínale uno de esos platos que tan bien te salen. Estaréis los dos solos. No hay mejor momento para hacerlo —hice un amago de hablar, pero me cortó—. Y no me digas que no te gusta porque solo me hace falta verte la cara cuando estás con ella. Esa chica te hace feliz y tú a ella también. Confía en mí, hermanito.

—Vale —respondí casi en un susurro. Tom, al cual parecía hacerle más ilusión todo eso que a mí, me dio un abrazo. De esos que incluían palmadas en la espalda.

—¿A qué hora me tengo que marchar?

***

Meg era puntual, y así me lo había demostrado todas las veces que habíamos quedado. Por eso, cuando a las diecinueve en punto

sonó el timbre, supe que era ella. Antes de abrir arriba, volví a echar un vistazo rápido al salón para asegurarme de que todo estaba como debía: la mesa cubierta de un mantel elegante y dos velas que iluminaban lo suficiente para no cenar a oscuras, la luz de encima encendida, pero con menos potencia para dar un toque más íntimo, y el resto del piso recogido.

—¡Qué bien huele! —soltó Meg nada más entrar por la puerta.

La cena estaba terminándose de hacer en el horno y su olor se impregnó por toda la casa. Nos saludamos como siempre, con un abrazo, y me entregó una bolsa alargada con una de sus sonrisas, que tanto me gustaban.

—Os he traído una botella de vino para celebrar vuestra reciente independencia.

La acepté y la dejé sobre la mesa. Aquello hizo que se fijase en ese espacio.

—¿No está Thomas hoy?

—No, se ha ido a cenar a casa de sus padres y me ha dicho que se quedará allí a dormir. —No le mentí, era exactamente lo que iba a pasar.

—Genial, entonces.

Nos quedamos un rato en silencio, mirándonos y con una sonrisa en nuestras caras. De no haber sido por el sonido del horno, habría estado en esa posición mucho más tiempo.

Como era de esperar, la cena transcurrió sin ningún problema. El pollo relleno le gustó y su vino lo acompañó a la perfección. Cuando terminamos, y después de recoger todo, nos sentamos en el sofá con nuestras copas, llenas de nuevo.

—No me imaginaba tu casa así —dijo después de dar un sorbo. Al ritmo que íbamos, Tom no llegaría a probar la botella.

—¿Y cómo la imaginabas? —pregunté curioso.

Se encogió de hombros y volvió a mirar a su alrededor. El piso no era nada del otro mundo. Tenía dos habitaciones de matrimonio, un baño con bañera, una cocina moderna y un salón donde cabía una mesa para cuatro, un sofá mediano, una mesita y una televisión sin ningún problema. A pesar de que veníamos de mundos diferentes, nunca me había sentido inferior a ella.

La primera vez que fui a su casa pensé que era todo lo que un rico podía desear: techos alto, demasiadas habitaciones como para darles uso, baños privados, piscinas climatizadas y hasta contaba con un ala para el servicio. Pero nunca me había avergonzado por mi nivel social o económico. Y ni ella, ni sus padres, había mencionado nada al respecto.

—No sé… No te veo mucho en estas paredes. —Reflexionó. Mi cara mostró sorpresa, pero también curiosidad—. Quizás al rodearme de tantos artistas me ha afectado más de lo que pensaba. Pero… —Mientras buscaba las palabras adecuadas, volvió a dar un sorbo a su copa—, tú eres un chico que a simple vista pareces de una manera, pero por dentro eres completamente distinto. Eres sorprendente.

—¿Y este sitio no es así? —Aproveché para acercarme un poco más a ella. Lo suficiente cerca como para poder ver sus pecas sin mucho esfuerzo. Lo suficiente lejos como para darle comodidad.

—No mucho —susurró y su mirada dejó de estar puesta en mis ojos para bajar sutilmente a mi boca.

Puede que el alcohol que habíamos tomado estuviese haciendo efecto, o que las palabras de Tom estuvieran incrustadas en mi cabeza, pero entendí aquel desliz, aquel gesto, como una invitación y una declaración de intenciones. Lentamente, coloqué mi mano en su mejilla y se la acaricié con el pulgar. Viendo que no hacía ápice de apartarse, rompí esa distancia que me moría por romper desde hacía tanto tiempo. Por fin, nuestros labios se unieron en un beso con el que llevaba soñando meses.

Podríamos haber permanecido en esa posición horas, pero al sonar la alarma de su teléfono, el hechizo en el que estábamos se rompió y nos apartamos, con sonrisas en nuestros labios hinchados.

—¡Perdón! Es la alarma para ver mi serie favorita —se disculpó algo avergonzada. No sabía si por el beso o por la alarma, pero deseaba que fuera por lo último porque me moría de ganas de repetirlo.

—¿Tienes un recordatorio para ver una serie? —pregunté algo burlón, para quitarme la duda.

—¡Sí! Verás, el capítulo que emiten hoy lo dieron ayer en Estados Unidos, de donde es, así que no he podido entrar a redes sociales en todo el día para evitar los *spoilers*. Por eso tengo una alarma semanal, para verla nada más emitirse en Reino Unido y así poder volver a usar mi querido Twitter sin miedo —me explicó.

—¿Dónde la echan? —quise saber, a la vez que me movía para coger el mando de la televisión.

—¡Oh, no! No hace falta, ya la veré mañana —Intentó convencerme, pero no funcionó.

—Ahora siento curiosidad.

Meg asintió, me quitó el mando de las manos y no tardó mucho en ponerla. Menos de cinco minutos después, ya sonaba la sintonía de la cabecera. Ella se acomodó en el sofá, preparada para disfrutar del nuevo capítulo. No tenía intención de molestarla, pero a cada nueva escena, me surgían preguntas.

—¿Ese es el protagonista? —pregunté al ver a un chico moreno.

—No, ese es Garret, el hermano de Ben, el protagonista. Él escondió la carta de su hermano a Jen, la protagonista.

—¿Y por qué haría tal cosa?

—Porque… —Sus respuestas llegaban sin perder la vista de la pantalla. No sabía cómo lo hacía, pero era capaz de hablarme y seguir metida dentro de su serie. Por eso, al ver que el tal Garret estaba a punto de besarse con una chica, se interrumpió a sí misma para gritarle al televisor—. ¿Pero qué hace? ¿Qué hace?

—¿Por qué está mal eso? —Meg estaba adorable, enfadada o sorprendida, no sabría decirlo con seguridad, por un personaje ficticio.

—¡Porque es la novia de su mejor amigo! —me gritó, ahora sí, mirándome. Me sorprendió aquel tono, pero también me resultó divertido. Ella se arrepintió nada más hacerlo—. ¡Perdón! A veces, me entusiasmo demasiado con la historia.

—Estás muy mona cuando te pones intensa. —Sus mejillas comenzaron a cambiar de color—. Además, me ha gustado que me grites —le susurré vacilante arqueando una ceja. Su rostro ya tenía el mismo tono que el vino que estábamos tomando.

Avergonzada, aunque por su mirada sabía que no del todo, volvió a clavar su vista en la pantalla. Los minutos fueron pasando y así estuvimos un rato más: ella reaccionando a las actitudes de los personajes y yo haciendo preguntas, algunas solo para sacarla de quicio y otras porque sentía curiosidad. Nunca se lo iba a reconocer, pero no era tan mala como imaginaba. No era el público al que iba destinado, pero no estaba mal.

En ese momento, Jen, la protagonista, estaba terminando de cantar una canción sobre quererse a uno mismo y, la verdad, cantaba genial. Ben, su novio en la ficción, y por los rumores que había leído Meg también en la vida real, estaba escuchándola desde la sala de la puerta y le dijo exactamente lo que yo estaba pensando, que lo había hecho increíble.

—¿La acaba de llamar Armonía? —pregunté sorprendido, y no en el buen sentido.

—¡Sí! Porque para él, ella es la armonía perfecta. ¿A que es precioso?

Quise burlarme de lo absurdo que me parecía llamar Armonía a alguien que te gustaba, pero al ver la cara que puso Meg, lo ilusionada que estaba, no pude. Simplemente, asentí.

—Sin duda, es… original —añadí.

Ella sonrió, aprobando mi comentario. Y, en un movimiento rápido, posó un beso en mis labios.

—Lo es, pero solo para ellos dos.

Volví a asentir porque tenía razón. Los protagonistas de La melodía perfecta tenían un apodo ideal para ellos. Ahora solo debía de encontrar uno igual para Meg.

# 12
# SKY

*Sky a los veinte años*

Hacía dos años desde que me había quedado completamente sola en el mundo y todavía había algunas noches en las que me dormía llorando. El primer año lo pasé rodeada de papeles, mientras lidiaba con el duelo. Por suerte, los padres de Josh continuaron ayudándome, resolvieron mis dudas y me asesoraron cuando más perdida estaba.

Al poco del funeral, durante la lectura del testamento, descubrí que mi abuela me había dejado en herencia la casa en la que llevaba viviendo los últimos siete años. Aquello me quitó un peso de encima. Gracias a la serie, tenía bastante dinero ahorrado, pero no sabía si iba a ser suficiente para comprársela a la inmobiliaria. Porque no quería que cayese en manos de extraños. Al fin y al cabo, ahí vivió mi familia. Esas paredes eran testigo de las cenas divertidas que organizaban mis abuelos, los primeros pasos de mi madre, mis primeros conciertos privados… Esa casa era parte de mi historia familiar y me negaba a renunciar a ella.

Una vez legalmente ya fue mía, estuve varias semanas pensando qué hacer. Podía reformarla y redecorarla a mi gusto, pero también podía dejarla tal y como estaba. Finalmente, me decanté por esa última opción, en un intento de mantener lo más vivo posible el recuerdo de mi familia. Como si convertirla en una cápsula del tiempo los fuese a traer de vuelta.

—¿Te vas a quedar en tu habitación? —quiso saber Josh, una noche que vino a cenar.

Asentí. Desde el mismo día que todo pasó, lo supe. No quería quitar las cosas de mi abuela, ni dormir en su colchón sin ella, ni en el que había sido el rincón privado de mis abuelos. No sería lo

correcto y, por eso mismo, me decanté quedarme en la mía. Era un poco más pequeña, pero también había sido de mi madre y aquello, en cierta forma, siempre me había hecho sentirme un poco más unida a ella.

—¿Y estarás bien? —preguntó con delicadeza.

Estar bien era un estado que implicaba muchas cosas. Demasiadas. Podría haberle mentido, pero le respondí con sinceridad.

—No lo sé.

Cuando Josh estaba preocupado se le formaban unas arruguitas muy adorables en el entrecejo. Sus ojos estaban serios y su boca no mostraba ninguna sonrisa, pero esa frente era la que me hacía saber que no estaba enfadado, sino preocupado por mí.

—Sky, esto te lo voy a preguntar desde el máximo respeto posible, pero, ¿estás segura de que quieres vivir en esta casa? Al fin y al cabo, aquí fue donde…

—Sí —le interrumpí. Sabía lo que iba a decir—. Nunca voy a olvidar lo que vi. Puede que siempre sienta miedo al abrir la puerta, pero esto era de mi familia. De cierta manera, lo siento como mi legado. Y soy la única que puede mantenerlo, ¿entiendes?

—Lo sé, Sky, pero… —Se me quedó mirando, analizando mi rostro mientras él intentaba dar con las palabras adecuadas. Era complicado entender mis razones, ni yo misma las entendía, y lo sabía—. Muy bien. Solo espero que me sigas invitando a cenar japonés más veces, incluso ahora que no trabajaremos juntos.

—Por supuesto —sonreí—. ¿Ya has tenido la primera lectura de guion?

Así de rápido cambiamos de tema. Así de rápido dejé de ser la huérfana desempleada y triste, para ser la amiga del protagonista de la que sería la próxima sensación de la televisión. Y aunque me habría encantado mantener aquella promesa e invitarle todas las semanas, no tardamos mucho en romperla. O más bien, él no tardó mucho en estar ocupado y no poder venir.

Su serie empezó a hacerse viral incluso antes de estrenarse. Por lo que su vida, tal y como la conocíamos, cambió drásticamente de la noche a la mañana. Tenía grabaciones, entrevistas y hasta

encuentros con los seguidores. El poco tiempo libre que le quedaba lo usaba para descansar, como era evidente. Durante los primeros meses, seguíamos hablando por llamadas o mensajes, pero, poco a poco, dejamos de hacerlo con asiduidad y terminé perdiendo el contacto con una de las personas que más me importaban en la industria.

Sola, sin familia y sin apenas amigos, ya que consideraba a la gran mayoría meros compañeros, decidí centrarme en mí misma y mi futuro musical. Con los sentimientos a flor de piel, a consecuencia de lo vivido el último año, me senté frente aquel piano que me habían regalado a los diez años. Cerré los ojos, puse las manos sobre las teclas y dejé que fluyera. Los dedos comenzaron a moverse por sí solos, sin seguir ninguna orden de mi cerebro, y crearon una melodía que me estaba encantando. Un par de horas más tarde, no solo tenía la base de una canción nueva, sino que también tenía letra y título: *Lost stars*.[1]

El segundo año fue extraño, pero en el buen sentido. Una mañana fría de febrero, se me antojó hacer un bizcocho, así que fui al supermercado cercano para comprar la levadura que me faltaba. Sin embargo, no les quedaba y tuve que ir a uno más lejano. Seguía sin carnet de conducir, así que opté por ir caminando para despejarme un poco y hacer algo de deporte.

Mientras estaba concentrada buscando en el pasillo de la repostería, me topé con Will, uno de los compositores en mi serie, acompañado por su hija adolescente, que no debía de tener más de trece años.

—¡Sky! ¡Cuánto tiempo! —Me sorprendió.

—¡Y que lo digas!

Nos abrazamos y empezamos a charlar. Will no solo había creado casi todas las canciones que cantaba en La melodía del amor, sino que también había sido uno de los pocos a los que había enseñado alguna de mis composiciones. Porque siempre había querido cantar una canción propia, pero nunca sucedió.

—¿Qué estás haciendo ahora con tu vida? Hace mucho que no sé de ti —Esto último lo añadió con algo de lástima. Él había asistido

al funeral y sabía por qué no trabajaba.

—No gran cosa. Cocinar y componer algunas veces —conté con algo de vergüenza. No porque estuviese mal lo que hacía, sino porque sentía que no estaría a la altura de sus expectativas.

—¡Dios! Aún recuerdo esa canción que me cantaste sobre los sentimientos de Jen hacia Ben y cómo no sabía si se estaba enamorando o solo sentía una fuerte amistad hacia él. Era muy buena —recordó. Me sorprendió, por lo que solo pude responder con un «gracias»—. Cuando la escuché, supe que debía de estar en la serie. Pero no pude convencer al director, perdona.

Aquella confesión sí que me pilló por sorpresa completamente porque ese rechazo me había cambiado. Cuando la terminé de componer, orgullosa se la enseñé a mi abuela y a ella le encantó, así que, con esa fuerza que me había dado, se la mostré a él y a Max, otro de los compositores. No me dijeron nada, claro, pero por sus caras sabía que les había gustado. Los nervios continuaron hasta que, unos días más tarde, me dijeron que, lamentablemente, no estaría en la serie.

Eso me hundió, al menos un poco. No dejé de componer, pero sí que dejé de hacerlo para mi personaje. Dejé de conocer más a Jen a través de la música. Dejé de enseñarle al mundo, a los demás, mis creaciones. Porque quizás era buena, pero no lo suficiente como para destacar en la industria.

—¡Necesito escuchar esa canción! —dijo la chica claramente ilusionada, sacándome de mis pensamientos—. Dime que la vas a subir a algún sitio, por favor.

Su mirada era de súplica total y me sentía incapaz de decirle que no, que nunca la escucharía, que Jen murió con el último capítulo de la serie. Por suerte, Will me salvó de tener que contestar.

—Sky, ella es Margaret, mi hija. Y, como has podido observar, es una gran admiradora de la serie —nos presentó con una sonrisa que en algún momento me había contagiado.

—¡Y para no serlo, papá! La historia de amor entre Jen y Ben es de lo más bonito que va a haber nunca. Son el uno para el otro. Están destinados a estar juntos. Casi me da algo cuando Ben se

queda en coma. ¡Pensaba que se iba a morir! —comenzó a hablar casi sin respirar.

—Me alegro de que te haya gustado. Intentamos hacerlo lo mejor posible. ¿Te cuento un secreto? —asintió. Miré a ambos lados, como si me estuviese asegurando de que no hubiese nadie más, y me acerqué un poco más a ella—. Hasta que no nos dieron los guiones del inicio de temporada, yo también pensaba que se iba a morir. El único que sabía la verdad era Josh.

La boca de Margaret se abrió de una manera adorable que no pude hacer otra cosa más que soltar una pequeña carcajada, a la que se unió su padre.

—Sabes que ahora se lo va a contar a todas sus amigas, ¿verdad?

—Está bien. Te dejo dar la exclusiva, Margaret.

Ella y yo nos sumergimos en una conversación sobre la serie, aunque la que más hablaba era Margaret, durante un buen rato. Will se quedó quieto, a nuestro lado, escuchando atentamente. Hasta que, aprovechando una de las pocas pausas que hizo su hija, tomó la palabra.

—¿Tienes algún proyecto cercano?

—No —respondí clara y concisa.

—¿Y eso?

No tuve que pensar mucho en la respuesta.

—En estos últimos meses, me he dedicado a aprender a vivir por mí misma. A hacer cosas que nunca pensé que debería de hacer antes de independizarme. Entonces, no he estado muy pendiente de las audiciones, ni de nada.

—Claro. —Hizo una pausa, como si solo él pudiese oír una voz—. ¿Tú te sientes preparada para todo lo que tenga que venir? —asentí, extrañada a esa pregunta—. Estupendo. Como has dicho que estás componiendo, ¿te parece bien si hablo con un buen amigo mío que es productor musical a ver si está interesado en tu música?

—Eso… sería genial —logré responder, aún impactada por la propuesta.

Sin duda, cuando me levanté aquella mañana no me imaginaba que terminaría con una oportunidad tan importante. Nunca pensé

que, a mis veinte años, volvería a estar frente a un micrófono, haciendo lo que me gustaba. Lo que hacía sentirse orgullosa de mí a mi madre y mi abuela.

# 13
# SKY

No tardé mucho tiempo en recibir una llamada de un número que no reconocía. Al contestar, se presentó como Mason Scott, productor musical y C.E.O. del sello discográfico *Skyline Records*, del grupo *Moonrise Records*, una de las empresas más prestigiosas de la industria musical.

Will le había hablado muy bien de mí y de mis creaciones y estaba deseando escuchar algo mío. También me comentó que le gustaba mi voz, que había podido escuchar gracias a la banda sonora de la serie.

Estuvimos al teléfono cerca de dos horas, de las cuales no dejamos de charlar sobre lo que me gustaba escribir, los temas, mi inspiración, mi género favorito para cantar y con el que más estaba cómoda… Fue agradable volver a hablar de ello. Al final, había estado tan alejada de todos que no podía hacerlo con nadie.

—Muy bien, Sky, quedamos así. Mándame un vídeo de alguna de tus canciones y veremos qué puede hacer *Skyline Records* por ti —me repitió el señor Scott—. Que pases un buen día.

Después de darle las gracias, colgué una de las llamadas más importantes de mi vida. No sabía qué me depararía el futuro, si me aceptarían, si encajaría en el sello..., pero estaba emocionada, como hacía tiempo que no lo estaba.

Como no quería perder ni un minuto más, y tampoco iba a arriesgarme a hacerle esperar, abrí la cámara del teléfono y lo apoyé en el piano del salón, de modo que se me viera a mí y un poco las teclas. Después de un rápido cambio de *look*, ya que seguía con el pijama puesto, y de recogerme el cabello oscuro en una coleta alta, cogí la libreta que usaba para apuntar mis composiciones y me senté en la banqueta. Sin moverlo de posición, volví a desbloquear el móvil

y, ahora sí, con un reflejo decente, pulsé el botón rojo. Esperé a que reinase el silencio y, cuando apareció, lo rompí con la canción que había compuesto en uno de mis momentos más vulnerables: *Lost stars*.

*You were the lost stars in my sky,*
*Now I'm alone, asking why.*
*Like the wind that whispers a goodbye,*
*You're gone, and I'm left to cry.*[2]

Al terminar, paré el vídeo y me limpié las lágrimas que en algún momento habían comenzado a caer. No sabía cómo había quedado, ni quería saberlo porque, conociéndome, sería capaz de repetirlo una y otra vez. Pero quería naturalidad y estaba segura de que lo había conseguido. Con eso en mente, sin tan siquiera editarlo, y solo habiendo reproducido unos segundos para asegurarme de que se me escuchaba bien, se lo envié al señor Scott.

Y continué fingiendo que no pasaba nada. Que no estaba esperando saber si iba a cumplir un sueño o no. Fingí y seguí adelante. Aunque, por dentro, me moría de nervios.

Por suerte, el señor Scott no me hizo esperar demasiado. Una semana después, recibí su llamada.

—Sky, ¡bienvenida a *Skyline Records*!

De esa manera, los siguientes meses fueron una auténtica locura. Antes siquiera de firmar el contrato, opté por volver a contratar a una representante que me ayudase y guiase por el camino por el que me estaba embarcando yo sola. Mi primera representante fue mi madre, después mi abuela y, cuando mi última serie empezó a ganar popularidad, contraté al señor Swan, un hombre de unos cincuenta años que tenía mucha experiencia en televisión, que no siempre estaba cerca de mí. Sin embargo, iba a iniciarme en la música y quería a alguien experto en ello.

Tras ojear varias propuestas, me decanté por el que más me llamó la atención, Zoe Davis. Y no solo porque sus ojos caramelo destacasen e hicieran que no pudiese dejar de mirarla, sino porque con solo treinta y cuatro años ya había trabajado para gente de renombre en la industria.

Una vez estuvo todo formalizado, comenzó el caos. Todas las mañanas debía de ir al estudio para componer y grabar algunas canciones. Un día, mientras estábamos descansando, me acerqué al señor Scott para preguntarle por qué necesitábamos hacer tantas. Él me explicó que no todas iban a terminar en el álbum, pero no por ello deberíamos esforzarnos menos.

—Nunca se sabe cuál será la elegida y, por lo tanto, cuál formará parte de tu carta de presentación.

Ya habíamos hablado un par de veces de ese término. Al final, mi primer álbum iba a permitir a la gente conocerme como cantante, después de hacer una serie adolescente. De conocerme mejor a mí. A mi música. He de reconocer que tenía un poco de miedo de que siempre fuese a ser Sky, la protagonista de La melodía del amor, pero cuando firmé aquel contrato, también lo hice con una promesa del señor Scott.

—Te recordarán como Jen, pero te seguirán y amarán como Sky. Jen solo será tu pasado. Sky Gallagher, o como quieras llamarte artísticamente, será tu presente y tu futuro. Serás tú. Y será la razón por la que la gente haga cola durante horas e incluso días en la puerta de los pabellones en los que actúes.

Sabía que me estaba adulando, pero me gustó cómo sonó aquello. Desde que estaba en el sello, veía cada vez más factible el hecho de poder cumplir mi sueño y cantar mis emociones. Deseé que mi madre y mi abuela estuvieran junto a mí cuando eso pasase.

A los veinte años aprendí que la vida daba muchas vueltas y que siempre te podía sorprender. Descubrí que cada vez faltaba menos para que gente fuera de mi entorno escuchara mis composiciones. Y estaba asustada. Y nerviosa. Pero también ilusionada. Muy ilusionada.

# 14
# ANDREW

*Andrew a los veinticuatro años*

Llevaba casi cinco años trabajando al lado de Tom y no me quejaba. Sin embargo, en las últimas semanas, sentía que necesitaba algo más. Quizás fuera desde que Blake, un antiguo compañero con el que había coincidido en algún que otro evento, dejase nuestro trabajo para irse a Estados Unidos para hacer exactamente lo mismo. Cuando le pregunté del por qué, se limitó a encogerse de hombros.

—Me ha salido la oportunidad de hacer lo mismo, pero en un lugar completamente diferente. ¿Por qué iba a decir que no?

Me llamó la atención la forma en la que lo dijo, como si no le importase dejar toda su vida atrás.

—¿Y qué hay de tu familia? ¿No la vas a echar de menos?

—Por supuesto, tío, pero no puedo estancarme en un sitio por alguien más. Es mi vida, no la de ellos. Mi familia ha tenido su vida, sus oportunidades, sus experiencias. Yo también merezco eso.

Nunca lo había visto de esa manera, pero sí que me puse a reflexionar. Había aceptado el trabajo de guardia de seguridad porque Tom me lo había propuesto. Me mudé con él porque quise, pero también por práctico. Si echaba la vista atrás, la única decisión que había tomado por mi propia cuenta era la de querer empezar a salir con Meg y tener una relación con ella.

Ese día, algo se apoderó de mí porque busqué en mi teléfono «Trabajos similares a guardia de seguridad». Porque quería un cambio, pero mi trabajo actual me gustaba y no me importaba que fuese algo parecido. En la pantalla apareció una lista con todo tipo de propuestas: vigilantes de seguridad, investigador privado,

seguridad de centros comerciales…, pero el que más me llamó la atención fue la última: escolta privado.

Volví a realizar una nueva búsqueda, esta vez para saber qué se necesitaba para serlo en Manchester. Porque mudarme no entraba en mis planes. Pulsé sobre el primer enlace y leí toda la información con atención. Si estaba dispuesto a serlo, debería de sacarme unos cuantos cursos y obtener algunas licencias. «Nada es imposible», pensé. Continué así toda la tarde, hasta que el timbre sonó. Meg había llegado.

—Hola, guapísima —le dije con una sonrisa nada más abrirle. Me saludó y, tras un beso, dejó sus cosas en mi habitación y se sentó en el sofá, como siempre solía hacer.

Aquella noche, Tom había salido de fiesta con sus antiguos compañeros del instituto, por lo que tendríamos el piso para nosotros dos solos. Lejos de lo que pensaba mi amigo sobre lo que hacíamos cuando no había nadie, muchas veces solo hablábamos con más intimidad. Y ese día no fue distinto. Estuvimos viendo una película, cenando unas pizzas del italiano que había al final de mi calle, bebiendo un poco de vino y, por supuesto, charlando.

—¿Y a ti qué te pasa esta noche? Estás muy callado —preguntó Meg. Por lo visto, yo no lo había hecho tanto como pensaba.

—Nada —mentí. Desde que había leído las palabras «escolta privado» mi mente no paraba de repetirlas. Muchas veces, las miradas de Meg hablaban por sí solas y aquella fue una de esas. Sabía que mentía, que sí que me pasaba algo. Dispuesto a no tener secretos con ella, le hablé de cómo me sentía—. Es solo que… creo que quiero cambiar de trabajo.

Por la cara que puso, supe que la había pillado por sorpresa. Le expliqué todo lo que había leído y que sabía hasta ese momento. Todo.

—Entonces… ¿quieres ser guardaespaldas? —Su tono no era acusatorio, sino curiosa. Aunque había algo que no terminaba de comprender.

—Sí, eso parece —respondí con una ligera sonrisa.

—Entiendo —Se quedó pensativa. Por su mirada, parecía que en su mente hubiese un gran rompecabezas cuyas piezas se movían a

gran velocidad. Después de unos minutos, volvió a hablar—, pero… Eso es peligroso. Quiero decir, te van a obligar a llevar un arma.

—Supongo que… dependiendo para quién trabajase. Pero sí, probablemente tenga que llevar una pistola siempre encima. Aunque eso no significa que…

—No, Andrew —me interrumpió. Su rostro era serio—. No importa para quién trabajes, no importa si resultas ser el mejor con las armas. Nada de eso importa, Andrew, los guardaespaldas mueren. ¿Es que quieres eso? —soltó claramente alterada.

No comprendía su reacción. Ni por qué sus ojos se estaban poniendo vidriosos. Ni por qué me estaba gritando.

—Meg, no va a…

—¿Y tú cómo sabes eso? —volvió a cortarme—. No sabes quién va a ser tu cliente, ni qué enemigos va a tener o si va a estar en medio de algo turbio. No puedes prometerme que no te van a matar porque no lo sabes, Andrew.

—Meg, ¿qué pasa? —dije suavemente, en un intento de calmarla.

—¡Que no quiero eso para ti! —espetó casi al borde del llanto. Le cogí su cara con mis manos y la miré fijamente. Sabía que aquello la ayudaba a tranquilizarse y, nuevamente, funcionó. Algo más calmada, la solté y me lo explicó—. Richard, el amigo de mi padre, era coleccionista de arte y, cuando yo tenía trece años, contrató a un guardaespaldas. Los recuerdo a los dos a la perfección: agradables, amables, graciosos… Richard era como un tío para mí, así de cercanos estaban, ¿entiendes? —asentí—. Un día, quedó con un vendedor de arte. Nada ilegal, te lo prometo. Comenzó a mirar las obras, cuando apareció un hombre de repente que quería robarlas. Su guardaespaldas era muy bueno disparando, o eso decía Richard, pero, aun así, no pudo evitar que los dispararan a los dos. Él murió al instante, mientras que Richard está en una silla de ruedas para el resto de su vida. Desde ese día, no dejo de pensar que el peligro está en cualquier lado, que la muerte está demasiado cerca de todos nosotros. Por eso, amor, te pido que no juegues con la muerte. No te conviertas en guardaespaldas, por favor.

La súplica de su voz me hizo dar cuenta de lo mucho que me quería y también de lo mucho que la quería. Quizás ser escolta no era mi vocación, sino algo diferente. Al final, solo era una opción que había barajado, pero tampoco había buscado más alternativas.

—Está bien. Te prometo que no voy a ser guardaespaldas —dije y sellé esa promesa con un beso. Un beso con el que quería decirle que siempre estaría ahí para ella. Que nunca la iba a abandonar. Y que juntos la muerte nunca nos atraparía.

# 15
# SKY

*Sky a los veintiún años*

Los últimos meses con veinte años, los pasé ultimando los detalles del álbum, haciendo sesiones de fotos y grabando mi primer videoclip. Aunque mi opción como sencillo principal había sido *Lost stars*, el señor Scott me hizo tener otra perspectiva diferente.

—Como te tengo dicho desde el primer momento, si quieres que esta sea la primera canción de tu nueva etapa, lo hacemos, pero considero que es mejor esperar. Esta primera canción debe ser algo más movida y menos dolorosa. Queremos que sepan que Sky Gallagher viene a darlo todo. Y si publicamos *Lost stars*, podemos lanzar el mensaje de que sacarás un álbum triste o lleno de baladas. No podemos dar una primera imagen errónea.

Era agradable ser tratada como una persona y no como un producto, como había escuchado de otras discográficas. No sabía por qué, pero tenía la teoría de que Will se encargó de que así fuera. Finalmente, decidimos que *In my head*[3] sería la canción con la que me daría a conocer. Era rápida, movida, bailable. Y seguramente alguien se sentía identificada con la letra. La compuse hacía un tiempo, con el recuerdo de Arthur y en lo irónica que me había parecido haberlo odiado durante casi toda mi infancia y que después se convirtiese en mi primera vez. No estaba enamorada de él, pero sí era cierto que, cuando más sola me encontraba, solía divagar un poco en lo que podríamos haber sido. En lo que nos habríamos convertido de seguir viéndonos.

Por eso, un par de semanas después de tomar aquella decisión, me puse frente a una cámara de nuevo. Me encantaría decir que los años como actriz me había enseñado a no tener nervios, pero no era

así. Por primera vez en dos años, me ponía bajo un foco, tanto en sentido literal como figurado, y tenía mucho miedo de hacerlo mal.

Zoe, quién no se había separado de mí en ningún momento desde que la había contratado, notó mis nervios e intentó distraerme dándome algo de conversación.

—¿Crees que ese coche arrancará de verdad? —dijo señalándome el descapotable azul que tenía delante.

En el vídeo, mi personaje iba a ir conduciendo por una carretera nevada y turbulenta, pero como no teníamos demasiado presupuesto como para irnos a Alaska, o a algún lugar nevado de verdad, los encargados de grabación decidieron hacerlo en un croma verde. Una parte de mí se alegró porque no iba a pasar frío, pero otra temía por el resultado. No quería que mi primer videoclip oficial fuera cutre. Pero confiaba en ellos. Eran un estudio reputado. Por lo que ahí estábamos todo el equipo, en un hangar gigante, con paredes altas, con un coche frente a una pared de color verde neón.

—Yo diría que no —respondí con una sonrisa.

—¿Te imaginas subirte, que lo arrancas y nos atropellas a todos? —preguntó con una sonrisa mucho más amplia que la mía.

Algo que había descubierto sobre Zoe en el tiempo que llevábamos juntas era que tenía un humor un tanto oscuro y estrambótico. Aun así, me pilló por sorpresa. Esperaba algo sobre fugas, pero era Zoe. Ella era así y me encantaba.

—¿Tan mal crees que conduzco? —fingí ofenderme. Los nervios estaban desapareciendo. «Buen trabajo, Zoe», pensé. Finalmente, me había sacado el carnet de conducir. Después de varios intentos, eso sí. Pero gracias a su ayuda, logré sacármelo.

—Pues ahora que sacas el tema…

—¡Eh!

Para dejarme claro que me estaba vacilando, chocó ligeramente su hombro con el mío.

El señor Scott, que hasta ahora había estado hablando con los cámaras y el director, se acercó a nosotras.

—Sky, ¿preparada para grabar tu primer videoclip?

—Lista —respondí con una sonrisa. Menos nerviosa. Con ganas de hacerlo.

***

Mi cumpleaños empezó como los dos últimos, sin nadie que me despertase con un pastel o cantándome el cumpleaños feliz. Mentiría si dijera que ya me había acostumbrado, pero no. Aunque no me quedaba otra. Tenía que seguir hacia adelante. Sin embargo, no terminó como los anteriores.

Para cualquier americano que se precie, cumplir veintiuno es un momento único y especial. Por eso mismo, decidí celebrarlo a lo grande e invité a cenar a todo mi equipo, incluyendo al señor Scott y a Zoe, por supuesto. Quizás no era la forma más alocada de gritar a los cuatro vientos que ya podía beber alcohol legalmente, sin verme obligada a usar un carnet falso. El cual siempre negaría tener, por supuesto.

Sin embargo, mientras revisaba mis contactos para ver a quién más podía invitar, descubrí que me había alejado un poco más de la gente que solía ser mi amiga y que, por eso mismo, estaba un poco sola. Pero me hice la fuerte y no dejé que aquello me pasara factura en un día tan especial. No lo iba a permitir.

Después de ponerme un vestido rojo corto de manga larga y de recogerme mi media melena en una trenza que caía sobre mi hombro, me subí a mi coche, ese que me había comprado nada más aprobar, y me dirigí al restaurante.

Durante el trayecto, puse una de mis listas de reproducción motivacionales. Me gustó esa situación: conduciendo tranquilamente por la I-5 mientras resonaba *Blinding Lights* de The Weeknd por los altavoces. Tenía que reconocer que era ese tipo de persona que amaba sentir el ritmo de la canción en todo el cuerpo y si para ello tenía que subirle el volumen al máximo, lo hacía.

Seis canciones después, y con *No promises* de Shawn Mendes de fondo, paré frente al restaurante. Lo que más me llamó la atención fue ver a un hombre, vestido con un chaleco rojo y negro, con una camisa blanca debajo y unos pantalones negros, esperando frente a la puerta. Sabía que aquel lugar tenía aparcacoches porque era una de las razones por las que lo había escogido. Me bajé del coche y, tras saludarlo, le di las llaves. No desconfiaba de él, porque

era su trabajo, pero esperaba que me lo devolviese sin ningún rasguño.

Cuando me aseguré de que tenía bien colocado el vestido, entré al local. Nada más pasar por la puerta, había una chica pelirroja, que rondaría mi edad, con una sonrisa en su cara. Automáticamente, le imité el gesto, la saludé y le dije mi nombre, al que tenía la reserva hecha.

—Bienvenida, señorita Gallagher. Ya la están esperando. Acompáñeme, por favor.

Le di las gracias y nos pusimos rumbo hacia mi mesa. No tardé mucho en descubrir quiénes habían sido los primeros en llegar.

—¡Feliz cumpleaños, Sky! —dijeron ilusionados Zoe y Peter, uno de mis compositores, poniéndose de pie nada más verme.

—¡Feliz cumpleaños! —repitió el señor Scott, a la vez que los imitaba.

Les di un abrazo y me senté al lado de mi representante.

—¡Qué guapa vienes! Me encanta tu vestido —me dijo en un susurro. Algo tímida por el cumplido, le di las gracias—. ¿Cómo llevas el día?

—Sin más. Revelador en algunos sentidos. Curioso en otros… Pues eso, sin más.

—Qué misteriosa, Sky. ¿Qué has hecho hoy? Cuéntame mientras esperamos al resto, va.

Por el resto se refería a Mariah y Anna, mis otras dos compositoras. ¿Que por qué necesitaba tres ayudantes para crear mis canciones? En realidad, no lo hacía, pero el señor Scott me aconsejó tenerlos para mejorarlas o ayudarme en caso de sentirme atascada.

A sabiendas de que tenía seis ojos sobre mí, enumeré todo lo que había hecho.

—Lo de siempre: Despertarme, desayunar, componer, cocinar y comer. Después, ducharme, arreglarme y venir aquí —añadí graciosa.

—¡Qué vida más emocionante! —bromeó Peter.

Me caía bien. Tenía un par de años más que yo y muy buen sentido del humor, además de saber expresar a la perfección lo que

yo quería decir cuando las palabras no me salían. En general, los tres eran capaces de darle sentido a mis sentimientos, a entenderme incluso cuando ni yo misma lo hacía.

Iba a contestarle alguna tontería, pero las chicas llegaron justo a tiempo para hacernos cambiar de tema. Tras las felicitaciones y más abrazos, ya estábamos todos a los que había invitado. Al final, entre compromisos familiares y viajes, solo pudieron venir ellos cinco. Pero estaba bien. Porque eran cinco más que el año anterior. Y estaba feliz de pasar ese día con ellos.

# 16
# SKY

La cena fue mucho mejor de lo esperado. Temía juntarme con las mismas personas que veía diariamente, que fuese incómodo o descubriésemos que no teníamos nada en común, pero fue todo lo contrario. Por ejemplo, Peter y yo descubrimos que a ambos nos gustaba la comida japonesa o que el señor Scott tenía un mejor amigo que era el C.E.O. de otro sello de *Moonrise Records*, *Starlight Records*.

—Entramos a trabajar el mismo día y nos hicimos amigos. Y miradnos ahora, ambos con nuestro propio sello —nos contó.

Sentí un poco de envidia. Debía de estar bien tener a alguien que estuviese pasando por lo mismo que yo, o similar, y poder hablar libremente de ello. Debía de estar bien sentirse comprendida al cien por cien.

—¿Tienes algún plan para ahora? —preguntó Zoe, sacándome de mis pensamientos, mientras veíamos alejarse el coche del señor Scott.

—*Nope*, ¿qué propones?

—¿Qué te parece si utilizas ese carnet totalmente válido en una discoteca? —dijo. Miré al resto y, a juzgar sus caras, supe que era muy buena idea. Acepté sin pensarlo.

Zoe no conducía, por lo que se subió a mi coche. Anna, Mariah y Peter se fueron en el de este último.

—Oye, si vamos a beber, ¿cómo vamos a volver a casa? Porque no voy a conducir borracha —le comenté a mi representante.

—Ya contaba con ello. Había pensado en pedir un taxi y mañana volver al club a por los coches. ¿Te parece bien? —asentí y volvimos a quedarnos en silencio. Solo podía oírse el sonido de las ruedas

sobre el asfalto y la canción que siempre me traía buenos recuerdos: *Naturally* de Selena Gomez.

***

Llevábamos cerca de dos horas bailando, bebiendo y disfrutando de mi fiesta de cumpleaños. Al poco de llegar, Anna, quién ya sabíamos que no era mucho de estar en estos lugares, se marchó. Eso sí, no sin antes agradecerle haber pasado un rato con nosotros. Peter había desaparecido hacía una media hora. Casualmente, a la misma vez que un chico rubio de ojos azules guapísimo con el que no había dejado de hablar. Por lo que, en ese momento, estábamos Zoe, Mariah y yo en la barra esperando a ser atendidas.

—Estás usando tu carnet, ¿verdad? —preguntó Mariah. Ella era dos años mayor que yo y me contó que estaba tan acostumbrada a dar el falso que, durante su primer mes siendo legal, continuó haciéndolo.

—Por supuesto. Aprendí de tu error —dije guiñándole un ojo burlón.

Para cuando volvimos a la pista, *7 rings* de Ariana Grande estaba en su mejor parte. Aquella noche volví a disfrutar como hacía tiempo que no lo hacía. Reí de nuevo, cuando casi se me había olvidado esa sensación. Volví a ser esa Sky que quería comerse el mundo y que no tenía ninguna preocupación. Y es que, la noche de mis veintiún años, comencé a sentirme como la Sky de hacía unos años: sin preocupaciones y permitiéndose ser feliz.

30 de mayo de 2020

Querido amigo,

Hace mucho tiempo que no te escribo. He tenido ganas de hacerlo, pero siempre lo dejaba y lo dejaba y nunca lo hacía. Pero hoy es diferente. Hoy quiero que sea diferente.

Quizás porque ya tengo 21 años. Quizás porque vuelvo a ver luz al final de ese túnel en el que me sentía atrapada.

Me costará retomar el hábito de escribirte, lo sé, pero prometo que volveré a hacerlo, amigo.

Te echaba de menos.

Con cariño,

Sky, con una nueva versión de mí.

19 de junio de 2020

Querido amigo,

¡MI CANCIÓN ES LA NÚMERO 8 DE LA LISTA DE REPRODUCCIÓN MÁS FAMOSA DE SPOTIFY!

Hace unos días, salió mi primer single, *In my head*, y está yendo genial. La primera vez que la escuché en la radio me puse a chillar de la emoción. Supongo que esa es una reacción normal, pero estaba en el supermercado haciendo la compra semanal y… Ha quedado una buena anécdota para futuras entrevistas, jajaja.

Poco a poco, está llegando a muchísimas personas. Y no solo porque la estén usando gente que admiro dentro del mundo (¡incluido Josh!), sino porque una chica ha hecho un baile en TikTok y todos la están copiando.

El señor Scott me ha dicho que, si la cosa sigue así, la siguiente que puedo sacar es *Lost stars* para que el público me conozca también en ese aspecto.

Sinceramente, amigo, estoy muy orgullosa de mí misma. De todo lo que estoy consiguiendo. Aunque me da algo de miedo pensar en cómo reaccionará el público, mi público, con la nueva canción. Me da miedo ser una de esas artistas a la que solo le triunfa una canción. No quiero ser una *one-hit*.

También me asusta que una canción tan importante para mí se quede en el olvido. Pero te prometo que, pase lo que pase, no me voy a hundir.

Y volviendo a lo de Josh… Cuando vi su historia, le contesté y estuvimos charlando un rato, como en los viejos tiempos. No creo que volvamos a retomar aquella amistad, que con el tiempo se ha enfriado demasiado, pero si nos vemos en algún evento —a los cuales ya están volviéndome a invitar—, sé que nos saludaremos con muchísimas ganas.

Con cariño,

Sky, ¡LA PUÑETERA NÚMERO 8!

16 de septiembre de 2020

Querido amigo,

El verano ha terminado y el señor Scott ha considerado que es el momento perfecto para avanzar con mi música. La semana pasada salió *Lost Stars* y… ¡A la gente le está gustando muchísimo! He visto varios vídeos donde reaccionan a la canción ¡y terminan llorando!

Hacer llorar a una persona con mi música: tachado de la lista de cosas que conseguir como cantante. En realidad, no tengo ninguna lista, pero de tenerla, estaría.

Además, he visto en redes algunos vídeos que usan la canción mientras ponen imágenes de seres queridos que perdieron. El señor Scott me ha comentado que, hoy en día, las redes sociales son muy importantes para los músicos y que, por eso mismo, cree que va por buen camino.

Estoy ansiosa por ver qué me depara el futuro.

Por cierto, tengo que darte una noticia. Una sin importancia, casi: ¡EL MES QUE VIENE SALE MI PRIMER ÁLBUM!

Con cariño,

Sky, «la que solo sabe sacar temazos» —una seguidora en Twitter hace unos días.

# 17
# ANDREW

*Andrew a los veinticinco años*

Desde hacía cuatro meses, Meg y yo habíamos dado el gran paso de irnos a vivir juntos. El piso en el que vivíamos era más grande que el anterior donde estaba con Tom. En lugar de tener dos habitaciones, tenía tres. Para el futuro, pensamos. Los techos eran más altos y, en general, todo parecía mucho más amplio. También entendí a lo que se refirió Meg la primera vez que visitó mi piso porque, ahora, cualquiera que entrase en casa siempre nos decía que era muy nosotros. No solo por las fotos, que habíamos decidido poner por el salón, sino por las paredes, blancas y de colores pasteles como ella, y los muebles algo más oscuros, como le gustaba describirme. Sin duda, salir con una organizadora de exposiciones tenía sus ventajas, como saber de decoración.

Tal y como le había prometido a Meg, no me había convertido en guardaespaldas. Aunque sí que me saqué todos los cursos y las licencias necesarias para serlo. Simplemente, para quitarme esas ganas, pero también por si me ayudaba a conseguir puntos de cara a un ascenso en mi trabajo. Al principio, no le hizo mucha ilusión que lo hiciera, pero después de explicarle mis motivos, se quedó más relajada y apoyó mi decisión.

Nuestra relación cada día iba a mejor. A pesar de los casi cuatro años que hacía que nos conocíamos, siempre aprendíamos algo nuevo sobre el otro. Por eso, aquella noche cenando, mientras me explicaba entre risas cómo terminó metida por equivocación en el coche del cantante que le gustaba tras asistir a su concierto, supe que no podía esperar más.

—Cásate conmigo, Meg.

Ella dejó de hablar. Se quedó quieta. Parecía que se había convertido en piedra. Clavó su mirada en mí, intentando entender si lo que acababa de salir por mi boca era real o solo un chiste más. Cuando no encontró la broma, abrió mucho los ojos y esbozó una sonrisa que me acababa de dar la respuesta.

—¡Sí! ¡Sí! —gritó eufórica.

Entre risas, me levanté y la besé para celebrar que acabábamos de dar un paso más en nuestra relación. Que había aceptado ser mi presente y también mi futuro. Que íbamos a estar toda la vida juntos, queriéndonos.

—Espera, espera —le pedí cuando nos pusimos de pie, dispuestos a celebrarlo en nuestra habitación.

Muy a mi pesar, rompí aquel beso, me separé de ella y fui directo al perchero de la entrada, donde reposaba mi chaqueta, esa que me ponía todos los días para ir a trabajar. Cogí la pequeña caja del bolsillo interior delantero y volví a Meg.

—Hay que hacerlo bien.

Puse mi rodilla derecha en el suelo, abrí el estuche, mostrando el anillo de compromiso que había comprado hacia unos meses, y repetí la pregunta.

—Megan Sinclair, ¿quieres casarte conmigo?

—¡Sí! ¡Sí, quiero!

Emocionada, se abalanzó sobre mí, haciéndome caer hacia atrás. Entre risas, y con ella tumbada aún encima de mí, le coloqué ese anillo que supe que sería para ella nada más verlo por primera vez. Más felices que antes, si eso era posible, nos volvimos a sumergir el uno en el otro, sin movernos del lugar. Todo ese sitio era nuestro hogar y lo íbamos a celebrar a lo grande.

# 18
# SKY

*Sky a los veintidós años*

Había pasado ya unos meses desde que había salido mi primer álbum, *With love, me*[4], y mi vida seguía cambiando y evolucionando constantemente. En redes sociales ya me había hecho un nombre, gracias a mis dos primeras canciones virales. Acudía a eventos relacionados con la música, como entregas de premios o lanzamientos musicales. Hacía entrevistas en programas de televisión que siempre había visto. Conocí a mucha gente que admiraba. Todo iba cuesta arriba, más o menos.

Porque ser más conocida, significaba que más gente opinaba sobre mí. Ya no solo leía comentarios positivos en redes sociales, ahora también se juntaban los famosos *haters*, esas personas que no tenían nada mejor que hacer en sus vidas que esconderse detrás de una pantalla para criticar e insultar a otros sin tener consecuencias reales.

Por suerte, haber sido la protagonista de una serie juvenil me había enseñado a manejar muy bien la situación. Porque mi público eran chicas de unos catorce años que no sabían diferenciar entre realidad y ficción. Y, por eso, siempre que mi personaje hacía algo que no les gustaba, venían a mí a pagar sus frustraciones.

—Si quieres estar más tranquila, podemos contratar a un guardaespaldas. Podría acompañarte a donde vayas y asegurarse de que estás bien en todo momento —propuso Zoe, después de mostrarle algunos comentarios.

—¿No lo ves un poco exagerado?

—Tu seguridad nunca lo es. Si sientes que lo necesitas, nadie te puede hacer cambiar de opinión.

—No sé, Zoe. —Dudé. Medité un poco y le di una respuesta—. Creo que por el momento no lo necesito. Solo son mensajes ofensivos. Nada más.

—Muy bien, pero si cambias de parecer, avísame.

Esa decisión se mantuvo durante un tiempo, hasta que las cosas comenzaron a ponerse más serias. Una noche, al llegar a casa después de un evento, entré como siempre había hecho. Abrí la puerta, encendí la luz, fui a mi habitación, me quité los zapatos y, antes de desabrocharme el vestido que llevaba, tuve una extraña sensación que me hizo mirar a través de mi ventana. No tardé ni un milisegundo en encontrar el motivo de mis pelos de punta. Un señor que rondaría los cincuenta, calvo, tenía puesta su vista en mí.

Mi casa, la de mi madre en su juventud, la de mis abuelos durante todo el matrimonio, no se encontraba en una urbanización, ni estaba protegida por muros altos. Ni siquiera tenía vallas. Simplemente, estaba en mitad de una calle, como muchas otras. Por lo que, mi primer instinto fue chillar. Grité por el susto de ver a alguien extraño fijándose en mí. Él sonrió y yo enmudecí. Porque comprendí que no estaba ahí por casualidad, sino por mí. Ese hombre, ese extraño, había descubierto dónde vivía.

Después de dedicarme una de las sonrisas más espeluznantes que había visto en toda mi vida, se marchó corriendo. Tardé unos segundos en ser consciente de todo lo sucedido, así que, para cuando llamé a la policía, y estuvieron allí conmigo, ya no había rastro de él.

—Si lo vuelve a ver, llámenos antes, señorita Gallagher —me recriminó el oficial antes de marcharse. O, al menos, así lo sentí yo.

«Perdona por no haber sabido reaccionar ante un mirón, señor agente», pensé.

Aquella noche fue una de las primeras veces que me sentí insegura en mi propio hogar. Y odiaba esa sensación. Tener miedo a asomarme por la ventana por si volviese a estar. Tener miedo hasta de cuando el cartero llamaba a la puerta. Lo odiaba, pero, aun así, no hice nada.

Al día siguiente, gracias a unos compromisos ya programados que no podía cancelar, lo pasé fuera de casa. Mientras estaba en la

grabación de un *podcast* bastante reconocido en redes, comía con el señor Scott —donde hablamos de una posible pequeña gira con la intención de impulsar un poco más mi álbum— e iba a un evento por la noche que derivó en una fiesta de la que no me fui hasta que el sol ya comenzaba a asomarse, no estuve pensando en el problema del día anterior y lo agradecí.

En la fiesta me tomé dos margaritas. El primero porque me apetecía. El segundo porque necesitaba fuerzas y ánimo para volver a casa. Antes de entrar, miré a mí alrededor y, una vez me aseguré de que estaba sola, metí la llave en la cerradura, la giré y abrí sin ningún inconveniente. La sorpresa me esperaba al pulsar el interruptor de la luz.

Cuando se iluminó, pude ver mi sofá de una forma muy clara. Para ser más exactos, pude ver al mismo hombre del día anterior tumbado en él. Por lo visto, la luz de lámpara debió de interrumpir su siesta porque se despertó. Lo siguiente pasó tan rápido, que no tengo recuerdos claros. Sentí miedo y dejé de notar mi cuerpo, como si mi alma hubiese huido y me hubiese abandonado ahí con él. El extraño se levantó y comenzó a acercarse a mí con una sonrisa igual que la de la noche anterior. Mis pies parecían estar pegados con pegamento extra fuerte en el suelo porque no se movieron, a pesar de los gritos que estaba pegando internamente.

—Sky, amor mío. ¡Ya has llegado a casa! Llevo toda la noche esperándote —dijo con su voz repulsiva. Nuevamente, no pude moverme. Una parte de mí creía que eso no estaba pasando. Que era una situación tan surrealista como para ser verdad. Que me habría desmayado y sería una pesadilla.

Cada paso que daba, mi corazón aumentaba un latido. Cada vez estaba más cerca. Y no fue hasta que se puso frente a mí y me apartó un mechón de la cara que no volví a mí y me eché hacia atrás. Contenta con que mi cerebro volviese a cooperar, recordé ese movimiento de autodefensa que había aprendido para un capítulo de la serie. Levanté mi rodilla derecha con todas las fuerzas que tenía y se la clavé a la altura del estómago. Aquello sirvió para que retrocediese un poco. Lo justo para poder salir corriendo de mi propia casa.

Asustada, y con las pulsaciones a mil por hora, corrí calle abajo todo lo bien que sabía hacer en tacones. Con el aire frío en la cara y el vaho saliendo de mi boca, llamé a la puerta de la primera casa que tenía las luces encendidas. Era de madrugada y, por alguna razón, mi instinto de supervivencia se preocupaba por los demás y optó por pararse en la que sabía que no despertaría a nadie.

—Por favor, un señor se ha colado en mi casa —conseguí explicarle rápidamente a la señora mayor que me acababa de abrir.

Solo bastó una mirada rápida para responderme con mi misma urgencia.

—Pasa, niña, pasa.

Le hice caso y desde allí llamé a la policía, como había tenido que hacer la noche anterior. Para cuando el sol ya iluminaba las calles, los agentes me habían tomado declaración y recogido algunos objetos de casa.

—Nos los llevaremos para ver si las huellas son de alguien más, a parte de las de usted. Con un poco de suerte, podremos identificarle pronto —me informó la policía en el salón de mi vecina.

Le di las gracias y vi cómo se marchaba. Después, volví con Patty, que se encontraba en la cocina haciendo otra tila. Desde que había aparecido por su puerta, no se había separado de mí en ningún momento y había intentado que me tranquilizase a base de tilas.

—¿Estás segura de que quieres dormir en casa tú sola? —preguntó amablemente. Cuando conoces a tanta gente, llega un momento en el que entiendes el tono con el que hablan. Y ella lo dijo con preocupación. Algo me indicaba que, de habérselo pedido, me habría dejado quedarme allí.

—La verdad es que no —me sinceré ladeando una sonrisa—. Creo que me voy a ir a un hotel.

—Bien que haces. ¿Y si llamas a un amigo o amiga para tener algo de compañía? Yo no me muevo de aquí hasta que vengan —dijo estirando su mano por la mesa y agarrando la mía. Ese apretón solo me confirmó una cosa: no quería estar sola.

—Sí, es muy buena idea. —Me levanté y antes de salir de la cocina, volví a dirigirme a ella—. Muchas gracias, Patty.

—No hay de qué. Mi nieta tiene tu edad y no me gustaría que estuviese sola en una situación como esta.

Le volví a dar las gracias y me alejé. Busqué el número de Zoe en mis contactos y la llamé. Tardé unos minutos en ponerla al día, pero me prometió que en menos de media hora estaría allí. En ese tiempo, mientras me tomaba mi tercera tila del día, sentada frente a Patty, solo pude pensar en que no quería seguir viviendo con ese miedo constantemente. Ni volver a sentarme en mi sofá. Ni siquiera estaba segura de que el extraño solo hubiese tocado eso.

A mis veintidós años acepté que merecía sentirme protegida en todo momento y que si para hacerlo debía de contratar a un guardaespaldas que me ayudase a evitar situaciones como aquella, lo haría.

22 de agosto de 2021

Querido amigo,

Disculpa que no te haya escrito en todos estos meses, pero mi vida ha sido un caos últimamente y apenas he tenido tiempo ni para respirar.

Voy a ir por partes.

Sobre el acosador: Resulta que en uno de los objetos que se llevaron, encontraron huellas, así que lo pudieron identificar rápidamente porque estaba fichado por la policía. Por lo visto, es uno de los que me pusieron la alarma hace unos años. Según me contaron unos agentes, su casa estaba llena de copias de las llaves de seguridad, además de fotografías (algunas mías y de otras mujeres) y un par de recortes de cuando hacía la serie. Sospechan que alguna entrevista mía reciente le recordó que tenía acceso a mi casa y eso fue lo que hizo. Me alegra saber que ese hombre ya no va a volver a hacer nada así, la verdad.

Sobre el guardaespaldas: Zoe y yo hemos estado dos semanas mirando currículums. ¡Dos semanas! Pero todos eran DEMASIADO. Te prometo que, con tan solo verlos, sabrías a lo que me refiero. Entonces, vi a Neil. Tiene cuarenta años, está casado y tiene dos hijas pequeñas que son adorables. Empezó a trabajar a la semana siguiente de escogerle y todo ha ido superbien. Puede parecer una tontería, pero hasta que no lo he tenido a mi lado, no me he vuelto a sentir segura en casa.

Sobre lo que ha pasado después: ¡Me he mudado! Sinceramente, era una decisión que iba a tener que tomar tarde o temprano. Como me dijo hace tiempo Josh, no podía vivir permanentemente en aquella cápsula del tiempo. Se podría decir que fue el acosador el que me dio el empujón de tomar esa decisión. Eso sí, no he vendido la casa. No sé si la voy a alquilar, a reformar o si se va a convertir en un sitio de desconexión, pero lo que sí sé es que no quiero deshacerme de ella. Menos del sofá. Lo tiré al día siguiente, junto a mi ropa interior.

Pero no solo tengo hogar nuevo, sino también ciudad. He decidido poner un poco de distancia entre Glendale y yo y me he cambiado de estado. Ahora vivo en Oregón. En Portland, para ser

más exactos. Me apetecía un cambio de aires y esta ha sido la única manera que se me ha ocurrido.

En cuanto a mi nueva casa… Es grande. Con lo que he ido ganando con el álbum y lo que tenía guardado, he decidido apostar por mi seguridad y ahora vivo en una que está rodeada por muros de cemento y piedra altos, además de un jardín enorme, para poder pasear si lo necesito. Por dentro también lo es. Tiene unas cuantas habitaciones, que ya veré para qué serán utilizadas, piscina, cine privado y gimnasio, que ya te digo que no va a ser mi sala más utilizada.

En conclusión, tengo un guardaespaldas que me cae genial, un nuevo hogar que me hace sentirme a salvo y he comenzado a componer una canción cuya melodía no dejaba de oír en mi cabeza. Creo que se llamará *Am I?*[5], pero aún no lo tengo asegurado.

Este tiempo he aprendido que la vida está llena de sorpresas y que improvisar según van viniendo las cosas también te puede llevar a algo increíble, como una nueva casa en la que puedes tocar el piano a cualquier hora sin que los vecinos se enfaden.

Con cariño,

Sky, la que nunca creyó que viviría con un hombre pegado a ella.

10 de septiembre de 2021

Querido amigo,

He estado guardando este secreto durante tantos días que, por fin, puedo decirlo en voz alta sin temor a que se gafe: ¡VOY A EMPEZAR UNA GIRA POR ESTADOS UNIDOS!

Hace unos meses, el señor Scott me habló de la posibilidad de hacer una pequeña gira por aquí para agradecer a los seguidores que han comprado mi álbum y que escuchan mi música diariamente. ¿Te puedes creer que tengo más de 600.000 oyentes mensuales en Spotify? Yo tampoco.

Desde ese día no se lo he contado a nadie porque temía que al final no se hiciese y sentirme avergonzada. ¡Pero todo ha salido genial! Esta mañana me ha llamado el señor Scott y me lo ha confirmado: durante noviembre y hasta mediados de diciembre estaré de gira.

Estoy nerviosa porque vamos a avisar con muy poco de tiempo, pero confío en que, al menos, vamos a llenar un 50% de los sitios. Porque la gente la lleva pidiendo tiempo, pero una cosa es querer y otra poder. Aunque hemos hecho todo lo posible para que las entradas sean los más baratas posibles, sin que la discográfica pierda dinero, claro.

Quiero que esto sea rentable y poder vivir de la música, pero no quiero que mis seguidores se endeuden o se queden con las ganas por culpa del dinero. ¿Y sabes lo que me ha dicho el señor Scott?

—Creo que eres la primera artista que me lo pide. —Se rio y añadió—. Sin problema. Veremos cómo lo podemos hacer.

Sin duda, estoy muy agradecida por el equipo que tengo. También nerviosa, como no paro de decirte, perdón.

Con cariño,

Sky, la chica nerviosa por su primera gira estadounidense.

2 de noviembre de 2021

Querido amigo,

Estoy AGOTADA. En mayúsculas y no te lo pongo en colores diferentes porque solo tengo conmigo el bolígrafo. Por suerte, es un agotamiento bonito y es que… ¡Acabo de dar mi primer concierto!

La ciudad elegida para comenzar ha sido Los Ángeles, mi antiguo hogar. De hecho, ha sido idea mía. Para mí, era importante empezar aquí, donde todo comenzó. No sé si tiene sentido. Ha sido todo muy emotivo cuando he subido al escenario.

Te iba a decir que tendrías que haber estado ahí, pero… eres un papel. Es que a veces se me olvida que no eres una persona. ¿Quizás debería de dejar de llamarte amigo? *Nope*, así es como te bauticé y así es como te llamas.

Volviendo al tema del concierto, ha sido muy emotivo el momento en el que he pisado el escenario. La sala, que tiene capacidad para 4.000 personas y que ha tenido un 97% de ocupación, me ha recibido entre aplausos y vítores. Luego he comenzado a cantar ¡y se sabían las canciones!

Que sí, que tiene sentido que vayas a un concierto y te las sepas, pero me ha sorprendido muchísimo.

Después, cuando he terminado, y con la compañía de Neil, he bajado a saludar algunos seguidores que aún continuaban por allí. Me he hecho un montón de fotos con ellos. Creo que estoy en una nube o en un sueño. Si es esto último: QUE NADIE ME DESPIERTE, POR FAVOR.

Sé que esto te va a sorprender (no), pero he llorado. Como te digo, ha sido todo tan emotivo, tan significativo, tan tanto, que cuando estaba cantando *Lost stars*, en mi ciudad, en la de mi familia, se me ha escapado alguna lágrima. Vale, quién dice alguna dice que he tenido que parar la canción porque no podía seguir, pero tú me entiendes, ¿verdad?

Las echo muchísimo de menos y me encantaría que hubieran estado ahí conmigo. De hecho, cuando he salido, lo primero que he hecho ha sido mirar a la primera fila, buscando a mi abuela sonriente ahí, como hace unos años en el centro comercial. Obviamente, no estaba, pero… Estoy feliz y contenta por todo lo que

estoy logrando, de verdad, pero también me siento algo triste. Porque ya no están. Porque mi madre nunca me podrá ver encima de un escenario. Porque no las volveré a ver.

Además, hace unas semanas estuve mirando fotografías antiguas y he descubierto que uno de mis mayores miedos se ha cumplido: no recuerdo la voz de mi madre. Y lo intento, pero no puedo. Intento recordar su tono, esa melodía que tenía, pero solo me encuentro con mi propia voz imitando a la suya, de una manera nefasta.

En la mudanza, me llevé a casa algunas cosas de mi abuela y de mi madre. Quizás haya alguna cinta, porque necesito volver a escucharla.

Madre mía, si estoy feliz, ¿por qué estoy llorando?

Voy a tumbarme en la cama del hotel en el que me quedo esta noche, a ver si consigo descansar un poco. Ha sido un día intenso y creo que me está pasando factura.

Con cariño,

Sky, la que daría lo que fuera por ver a su familia en la primera fila de su concierto.

22 de diciembre de 2021

Querido amigo,

Hace unas semanas, estuve hablando con el señor Scott sobre alguna forma de agradecer a todos los fans por haber venido a los conciertos. No todos han sido *sold outs*, ¡pero el último sí! Así que le canté un poco de la canción que compuse hace unos meses, *Am I?*, y le gustó tanto que me mandó a un estudio de Portland para grabarla. Porque haberme mudado de ciudad no ha afectado en nada a la hora de trabajar. Aunque sí que me dijo que algunas veces debería de volver al estudio de Los Ángeles, pero porque él no podía desplazarse tanto como quisiera por motivos familiares.

Total, la grabé y la lanzamos hace unos días, cuando terminó la gira, y me complace anunciar que: ¡ES NÚMERO UNO!

No sé cómo ha pasado, pero todos la están escuchando, poniendola en discotecas y utilizándolas en redes. ¡Y estoy en el número uno en las listas de música más importantes del país!

Además, ¡he entrado en el top 10 de las canciones más escuchadas de Europa!

Esto está siendo una auténtica locura. El señor Scott está feliz viendo todo el éxito que estoy teniendo y me ha dicho que las siguientes dos semanas las voy a pasar haciendo entrevistas para promocionarla más. Sé que va a ser duro, pero ¡me muero de ganas!

Con cariño,

Sky, ¿es este mi salto internacional con mi música?

# 19
# SKY

—Señorita Sky, nos tenemos que marchar —informó Neil desde la puerta de mi habitación.

—Sí, perdón —respondí, dándome más prisa aún.

Aunque siempre intentaba ser una persona puntual, algunas veces no calculaba bien el tiempo y pasaba lo que en ese momento: aún no me había puesto los zapatos y tendríamos que haber salido hacía cinco minutos. Por suerte, íbamos al estudio de grabación y, aunque después tendría que oír una pequeña reprimenda por parte del señor Scott, no sería el fin del mundo por llegar un poco más tarde.

Como si estuviésemos huyendo, bajamos rápidamente las escaleras hasta el monovolumen negro, el cual se había vuelto mi medio de transporte habitual desde la llegada de mi guardaespaldas. Me senté en la parte trasera, nos abrochamos los cinturones y arrancó.

Durante ese trayecto, que tantas veces habíamos hecho en ese mismo mes, me cansé de mirar mis redes y la ventanilla, así que opté por observar un poco más a Neil. Lo cierto era que, desde la primera vez que vi su fotografía, tuve una buena sensación. Su traje dejaba claro que debajo tenía un cuerpo trabajado en el gimnasio, tal y como nos demostró cuando cargó con Zoe y conmigo a la vez. Su pelo, del que muchos a su edad estarían envidiosos, era corto y negro, pero también con toques grisáceos.

Nuestra relación guardaespaldas-cliente estaba comenzando a transformarse en una amistad. Y me encantaba. Me gustaba volver de fiesta y poder hablarle de todas esas personas con las que habíamos estado, con sus critiqueos incluidos.

Para cuando llegamos al estudio, continuaba sumergida en mis pensamientos. No fue hasta que apagó el motor que reaccioné y me desabroché el cinturón. Estaba dispuesta a bajarme, cuando vi a Neil hacer una rotación demasiado peligrosa para cualquier ser humano. Clavó sus ojos marrones en mí y, con mirada seria, rompió el silencio.

—Señorita Sky, ¿va todo bien?

Aparentemente, debía de haber puesto alguna cara durante el trayecto.

—Sí —dije convencida.

—¿Está segura? Si quiere charlar o pensar, puedo dar otra vuelta a la manzana.

—No, tranquilo. Además, ya llegamos tarde. Es mejor no hacerles esperar más.

Hizo una mueca, pero asintió.

—Está bien, espere aquí —me ordenó antes de salir para abrirme la puerta. Odiaba esa costumbre y estaba dispuesta a quitársela. Y si de paso dejaba de hablarme de usted, mejor.

Como siempre, entramos y nos dirigimos hacia la única sala que tenía el letrero «*Recording*» en un verde neón. El equipo al completo ya estaba allí, así que todos clavaron sus miradas en nosotros.

—Hombre, mira quiénes se dignan a venir —nos reprochó el señor Scott, sentado en un sillón.

—Perdón. —Canturreé, mientras ponía cara de niña buena.

Después de saludarles a todos, nos pusimos manos a la obra. Mi segundo álbum estaba comenzando a tomar forma. El señor Scott lo quería sacar en mayo, cerca de mi cumpleaños, y dado que nos encontrábamos a principios de febrero, teníamos muy poco tiempo. Por suerte, para este disco volvía a contar con mis compositores favoritos. Y menos mal. Había veces que seguía sintiendo que algunas de mis canciones eran malas y jamás deberían de ver la luz, pero ellos siempre me ayudaban a ver lo positivo. O lo intentaban.

***

—¿Podemos repetir? —dije al micrófono que tenía frente a mí.

Cuando el tiempo de composición terminaba, empezaba la sesión de grabación de los temas que ya teníamos hechos. Así, adelantábamos trabajo. En ese mismo instante, me encontraba dentro de la cabina, tras un cristal gigante que me permitía ver al equipo, pero no escucharles, a menos que pulsaran el botón correcto. Esa vez, fue el señor Scott quién lo presionó.

—Ha sonado muy bien, Sky. No hay por qué volver a hacerlo.

No me gustaba cuando hacía eso. Para él, que tenía experiencia, lo que yo hacía estaba bien, pero yo necesitaba que fuera perfecto. Esa maldita nota aguda sostenida se me estaba resistiendo y sentía que no quedaba todo lo limpia que debía de sonar. Era la segunda vez que lo hacía, pero necesitaba hacerlo una vez más.

—¿Por favor? —supliqué. Esperé que dar lástima me ayudase. La canción me gustaba mucho y quería que estuviese en mi álbum, así que sentía demasiada presión. No quería que nadie la pudiese criticar.

—Está bien, pero solo una vez más, Sky. Después, pasamos a las voces secundarias.

Algo más contenta, tomé un sorbo de agua de mi botella, respiré hondo y una vez me sentí cómoda y preparada, les di la señal para que lanzaran la pista. Y no voy a negarlo. Esa vez, lo clavé.

Dos horas después, ya teníamos casi terminada *Off my mind*[6], una canción pop-rock con un ritmo increíble y con la que esperaba ver bailar a todo el público en un próximo concierto. Y, por fin, terminamos la jornada del día.

—Sky, ¿quieres que vaya a tu casa y revisemos la agenda de las próximas semanas? —preguntó Zoe, antes de subirme al monovolumen.

Estaba cansada y me apetecía tumbarme en el sofá para ver alguna película, pero, definitivamente, no quería pensar en lo ocupada que iba a ser mi vida.

—Esta noche no, por favor.

—Está bien. ¡Descansad! —nos dijo y se marchó.

El trayecto de vuelta a casa comenzó de la misma manera que la ida: en silencio. Hasta que cierto guardaespaldas me sacó de mi mente vacía.

—¿Va todo bien, señorita Sky? —asentí—. Antes también la he notado algo distante, por eso le pregunto.

Le dediqué una de mis mejores sonrisas, que podía ver gracias al retrovisor central, en un intento de tranquilizarle. Lo cierto era que, desde hacía unas semanas, notaba mis emociones un poco descontroladas. En general, estaba contenta y agradecida por todo lo que tenía, pero en algunos momentos, me ponía triste de repente. Siempre había creído que lo ocultaba bien, hasta ese momento.

—Estoy bien —comenté.

Aunque nos conociéramos desde hacía poco, Neil me transmitía confianza. Quizás, por eso, me decanté por él. Y, por lo mismo, mientras unas ganas de llorar iban creciendo, expresé en voz alta aquello que llevaba tanto tiempo reprimiendo y negando:

—Es solo que… echo de menos a mi familia.

Con solo pronunciar esas palabras, me sentí vulnerable. Sentía que estaba dándole pena y lo odiaba. Odié cuando en los funerales me miraron con cara de pena. Odié cuando cuchichearon un «qué lástima» al darse cuenta de que ya no tenía a más familia. Por eso, había optado por guardarme esos sentimientos. Porque no quería repetirlo. Pero, algunas veces, estaba bien poder hablar de aquello que se me pasaba por la cabeza con alguien de confianza.

Neil no dijo nada. Probablemente porque no esperaba esa confesión. No solía hablar mucho de ellas, en realidad. Con el tiempo, había dejado de mencionarlas a los demás, salvo para contar algunas anécdotas. Con algo de preocupación en su rostro, paró el coche a un lado de la carretera, volvió a girarse para poder clavar su mirada en mí y habló.

—Señorita Sky… Sé que perder a alguien a quién quieres duele mucho, que te deja un vacío enorme y que parece no tener solución, pero ¿sabe qué? Las personas que queremos nunca se van del todo. Están con nosotros en cada acción que hacemos, en cada gesto que tenemos y en cada sentimiento que sentimos. Todo lo que nos

enseñaron sigue en nosotros porque las personas estamos hechas de pedazos de quienes hemos querido.

Ese nudo creciente que sentía se deshizo y las lágrimas comenzaron a salir sin control. Lloré en silencio, bajo la atenta mirada de mi guardaespaldas. De mi confidente. Sin miedo a lo que pensase de mí. En mitad de ninguna parte. Bajo una luna que ya empezaba a iluminar la noche.

23 de marzo de 2022

Querido amigo,

¿Te he contado lo bueno que es Neil? Al día siguiente de mi momento sensible en el coche (del cual ahora me arrepiento por la vergüenza), apareció con un peluche de un oso marrón claro pequeño, que ahora mismo está en la cama de la habitación de invitados.

—A mis hijas les animan estas cosas cuando están un poco tristes. Espero que también le sirva —me dijo al dármelo.

Y, en cierta forma, ha funcionado. Al terminar del estudio, me he tirado en el sofá abrazada a él. Para cuando ha terminado la película, me he sentido mejor. Más liberada. Incluso con menos dolor de cabeza.

Tengo ganas de terminar de grabar el álbum porque quiero hacerle un regalo a Neil y a su familia: un viaje a alguna ciudad bonita. Aunque eso solo podrá ser cuando tenga la agenda más liberada (según Zoe).

Con cariño,

Sky, la que abraza peluches para descansar.

7 de abril de 2022

Querido amigo,

Ha pasado un tiempo desde que no te escribo desde esta cama. Es extraño estar de vuelta en mi casa de Los Ángeles. Supongo que por eso no puedo dormir. Solo estoy aquí porque mañana se cumplen 12 años desde que mi madre me dejó y he venido a hacer lo mismo que hago todos los años: ir al cementerio a verla, dejarle flores frescas y desayunar con ella.

Cuando le conté mi viaje a Neil quiso acompañarme, pero prefería estar sola en esta fecha y así se lo hice saber. Costó un poco convencerle de que iba a estar bien, pero después de recordarle que el acosador de L.A. sigue en prisión y de que no tengo ninguna amenaza grave, lo logré.

Ahora, tumbada en la que era mi cama, me doy cuenta de que no me habría importado estar acompañada. Es la primera vez que estoy aquí desde que me mudé y no pensé que fuese a ser tan duro.

Nota mental: Dejar que el año que viene venga Neil.

Esta tarde, después de dejar la maleta, he ido a visitar a Patty, mi vecina, ¡y está igual! Me da la sensación de que tiene el remedio de la eterna juventud porque, sino, no me lo explico. Me ha dejado entrar en su casa y nos hemos puesto al día, mientras bebíamos una taza de té.

Me ha contado que su nieta está saliendo con un chico encantador y que ve mucho futuro a esa pareja. Y, entonces, me ha hecho la pregunta que me hacen algunos periodistas.

—Y tú, cariño, ¿no tienes novio?

De la sorpresa, me he quedado callada, así que ha añadido rápidamente:

—O novia. Lo importante es que os queráis.

Me he reído por ese comentario, sí. Pero también porque no sabía cómo explicarle que yo no tenía novios, pero sí rollos de una noche sin morirme de la vergüenza. Casi siempre que salgo de fiesta, termino liándome con alguno. En los baños, en su coche, en su casa… Nunca en la mía. No sé. No me gusta que vean dónde vivo.

—Patty, lamento informarte que soy una soltera heterosexual —le he contestado.

—No lamentes nada, cariño, eres joven. Disfruta de la vida. Ya llegará el hombre adecuado para ti.

—Qué segura estás. —Me he reído.

—Será que creo en eso que todo el mundo tiene a alguien en el mundo y tarde o temprano lo terminará encontrando.

Y, con esa frase, ha dado por finalizado el tema de conversación y ha comenzado a explicarme los cotilleos del vecindario. Porque sí, amigo, soy muy cotilla y nunca digo que no a enterarme de lo que hace un vecino con el otro (casi llegar a las manos por podar un seto), quién está liado con el otro (esto es una teoría de Patty) o quién se ha mudado (una familia con dos niños pequeños).

Sin duda, visitar a mi vecina salvadora, como me gusta llamarla, ha servido para que me despeje y desconecte un poco de todo, incluso de lo que vendrá mañana.

Voy a dejarte por hoy porque ya noto mi cuerpo pesado. A ver si consigo dormir algo. Deséame suerte, amigo.

Con cariño,

Sky, la chica que va a dormir menos de cinco horas.

8 de abril de 2022

Hola amigo,

¿He llorado hoy? Muchísimo. Que lo iba a hacer en el cementerio al ver las lápidas de mis madres, era un hecho. Pueden pasar veinte años que seguiré llorando. Después, mientras estaba sentada en mitad de las dos y me comía un sándwich, les he comenzado a contar mi vida y, otra vez, se me han escapado algunas lágrimas.

No les estaba contando nada malo, simplemente… He vuelto a ser consciente de que nunca más volverán a contestarme y me ha dolido. Hay veces que creo no tener superadas sus muertes y luego hay otras en las que pienso que quizás esta sea mi manera de superar los duelos.

Al llegar a casa del cementerio, he llamado a Neil, el cual me ha despertado esta mañana con un mensaje avisándome de que estaba en Los Ángeles por si lo necesitaba, y ha venido. No quería su protección, tan solo un amigo con el que charlar cara a cara. Y no por teléfono, como lo habría hecho con Zoe, ya que sigue en Portland.

No le he preguntado en qué hotel se hospeda, pero debe ser uno cercano porque ha tardado menos de quince minutos en llegar. Nada más verme, me ha abrazado fuerte.

—Sé que lo necesita.

Y tenía razón. Lo necesitaba.

Hemos charlado durante horas. Más bien, yo lo he hecho. Hoy ha sido el día perfecto para sacar todo lo que llevaba guardando tanto tiempo: perder a mi madre tan pequeña, perder a mi abuela repentinamente, quedarme sola, el dolor que sigo sintiendo…

Neil ha estado escuchándome atentamente y, cuando he terminado, me ha dicho algo que jamás olvidaré.

—Sky, habrá días en los que recordarlas te duela tanto como si hubiese pasado ayer, pero otros en los que sonreirás al hacerlo. Y ambos son totalmente válidos. El duelo no sigue un camino recto. Cada uno lo lleva a su manera.

En efecto, he vuelto a llorar al escucharlo. ~~Creo que…~~ Estoy convencida de que mi cabeza necesitaba escuchar exactamente eso: está bien sentirse así.

Ha sido un día intenso y tengo la cabeza a punto de explotar, pero antes de dormir quería informarte de todo porque te lo debo.

Buenas noches, amigo.

Con cariño,

Sky, la más sensible del mundo.

6 de mayo de 2022

Querido amigo,

¡Es hoy! ¡Es hoy! Hoy sale mi segundo álbum *Lost & Found*[7] y estoy muy nerviosa.

En realidad, hace quince minutos que ha salido, pero tengo tanto miedo de mirar las redes sociales que no tengo ni idea de lo que está opinando el público. Sé que si fueras una persona ahora mismo habrías puesto los ojos en blanco y me dirías algo como:

—¿Puedes ser la adulta que se supone que eres y coger tu móvil?

Pero cuesta, amigo. Cuesta porque ¿y si solo funcionó el primero? ¿y si soy de esas artistas que caen en el olvido tras el primero? ¿y si solo les gustan las canciones que ya han escuchado y odian el resto?

Vale, ya paro. Voy a meterme en Twitter, mi red social tóxica favorita por excelencia. Si ahí gusta, en el resto también.

MADRE MÍA. MADRE MÍA. MADRE MÍA.

En menos de una hora casi todo mi álbum está posicionado en el top 50 de iTunes. En Twitter lo están AMANDO, en Instagram muchísima gente me está etiquetando para que sepa que lo están escuchando, y en TikTok ya hay varios vídeos reaccionando a las canciones. ¿Disculpa? ¿Es esto un sueño?

También he recibido mensajes por parte del equipo dándome la enhorabuena, como si todo esto no fuese gracias a ellos. Yo compongo y canto, pero ellos hacen la magia.

Voy a seguir leyendo comentarios porque NO PUEDO PARAR.

Con cariño,

Sky, actualmente con DOS DISCOS en el mercado.

28 de mayo de 2022

Querido amigo,

Me paso rápidamente para contarte que mañana es mi vigésimo tercer cumpleaños, y nuestro aniversario, y no lo voy a celebrar. Parece algo trágico, lo sé, pero realmente es todo lo contrario. Debido a una cancelación de última hora, mañana tengo que acudir a una gala de premios y no puedo saltármela, por lo que se va a tener que posponer la fiesta que quería hacer con el equipo. Pero no pasa nada. Soplaré las velas cuando me levante y unos días más tardes. Más deseos que pedir. Esta es la filosofía que quiero adoptar, amigo.

Este año he aprendido que está bien hablar de cómo nos sentimos con las personas que confiamos y que echar de menos a quienes faltan también está bien. Que todo es más fácil cuando les das voz a tus sentimientos.

Con cariño,

Sky, la futura cumpleañera.

25 de junio de 2022

Querido amigo,

Mi vida este último mes ha sido una locura. Han pasado muchas cosas y estoy muy agradecida por ello. Mi single *Am I?* lleva en el top 3 de varias *playlists* importantes de aplicaciones de música y de radios.

Por ese motivo, he estado haciendo muchas más entrevistas, donde hablo de mi inspiración para las canciones, un poco de mi vida e incluso del cambio de la actuación a la música. ¡Está siendo tan genial! Tengo que reconocer que al principio estaba un poco nerviosa, pero lo he dominado rápidamente.

¿Y sabes qué? En unas semanas tengo un evento que me muero de ganas por ir. Es el estreno de una obra de teatro musical y tiene muy buena pinta. Como siempre, voy con Zoe, por lo que seguro que me lo pasaré genial.

Tengo que marcharme, pero te prometo que me pasaré pronto.

Con cariño,

Sky, a la que entrevistan en diez minutos y está aquí escribiendo en su diario.

# 20
# ANDREW

*Andrew a los veintiséis años*

Las noches en las que ni Meg ni yo trabajábamos, eran bastante rutinarias. Por las tardes, veíamos películas o nos poníamos al día con nuestras series y terminábamos haciendo la cena los dos. En ese tiempo viviendo juntos, habíamos descubierto cuáles eran los mejores platos de cada uno, por lo que aprovechábamos para aprendernos las recetas del otro. Para aprender de nosotros. Sin embargo, todo eso cambiaba cuando uno tenía que trabajar.

Aquel día, mientras ella asistía a una exposición de arte, me encargué de cocinar y de dejarlo todo preparado para su regreso, que no iba a ser muy tarde. Con la cena ya lista, me puse cómodo en el sofá y llamé a Blake, mi antiguo compañero de trabajo, para preguntarle por su vida.

Aunque no éramos muy cercanos cuando estaba en Manchester, desde que me había llamado la atención ser escolta privado —y descubrí que él ahora se dedicaba a ello— solíamos hablar más a menudo. A pesar de no haberme decantado por su profesión, seguimos interesándonos el uno por el otro. Siempre que mencionaba algo de su trabajo, me preguntaba cómo habría sido mi vida de haber roto la promesa que le hice a mi prometida.

—Tío, ¿es que vives en una zona conflictiva o qué? —bromeó Blake al escuchar las sirenas de fondo.

Nuestro barrio era uno de los mejores de todo Manchester, pero eso no quería decir que no hubiera pequeños incidentes que requiriesen de la policía o la ambulancia. Por eso, ni me moví del sitio, ni eché un vistazo por la ventana, porque era normal. Porque todo lo que estaba pasando era lo normal.

—Por supuesto, amigo mío. Porque voy a permitir que mi mujer esté insegura por las noches —le repliqué.

—Ahora que la mencionas… ¿Cómo van los nervios por la boda?

Meg y yo aún no nos habíamos dado el sí quiero, pero no faltaba mucho para hacerlo. Dos meses, para ser más concretos. A las pocas semanas de comprometernos, decidimos que lo haríamos en abril. Pero por las ganas, ya nos referíamos públicamente así: como marido y mujer.

Pasé la siguiente media hora charlando con él sobre ello, de los preparativos, las confirmaciones de última hora, las llamadas interminables con la organizadora… Blake aún no sabía todo lo que suponía casarse y se notaba en sus respuestas.

—Qué coñazo, tío. ¿No es más fácil ir a un juzgado y ya está? Sin complicaciones.

—Cuando te comprometas, verás cómo querrás celebrar la mejor fiesta del mundo con tu familia y amigos para demostrarles lo mucho que quieres a tu esposa —le expliqué.

Yo también había sido de esos que creían que era mejor lo eficaz, pero cuando Meg mencionó su boda de ensueño, supe que quería eso para ella. Porque querer a alguien implicaba ceder en algunas cosas, como pasar de una celebración en un juzgado pequeño a una en una iglesia enorme rodeados de todos nuestros seres queridos. Le escuché resoplar a través del teléfono y sonreí. Sabía que también le iba a pasar y pensaba soltarle un gran «te lo dije».

Blake cambió rápidamente de tema y pasó a explicarme algún que otro secreto sobre su nuevo protegido, un actor bastante famoso. Me estaba explicando el efecto que tenía cuando iba a las discotecas, cuando sonó mi timbre. Me levanté del sofá y abrí, sin tan siquiera mirar por la mirilla ni despegarme el móvil de la oreja.

Algunas veces creía poseer el don de poder leer los rostros de las personas. A veces, con solo mirarles por unos segundos, descubría sus intenciones. Por eso, al ver a dos agentes de policía frente a mí, lo único que pude hacer fue despedirme de Blake y colgarle.

—Buenas noches, caballero. Este es el domicilio de Megan Sinclair, ¿cierto? —preguntó la joven agente.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—Sí, así es, agente. Soy su prometido Andrew Cooper, ¿qué ha ocurrido?

—Verá, señor Cooper, hace aproximadamente una hora, a un par de calles de aquí, se ha producido un intento de robo hacia su prometida Megan. Un par de testigos, afirman que luchó y se defendió, pero el atacante tenía un cuchillo y… —A juzgar por sus ojos, era una novata.

—¿Dónde está? ¿En qué hospital está? —la interrumpí desesperadamente.

Ahora el otro agente, el que contaba con experiencia, continuó el relato omitiendo mis preguntas.

—El atacante la hirió gravemente y huyó del lugar. Para cuando los paramédicos llegaron, ya era demasiado tarde. Lamentamos mucho su pérdida, señor Cooper.

Y entonces fui consciente de todo. De la hora que era. De que Meg nunca tardaba tanto en volver de trabajar. De lo relajado que había estado porque «nunca pasa nada». De lo poco que me habían importado las sirenas. Esas que, a juzgar por los tiempos, probablemente eran para socorrer a Meg. Quizás, si me hubiese asomado a la ventana la habría visto. Quizás, podría haber bajado a ayudarla. Quizás, podría haberla protegido. Quizás, ella seguiría viva. Quizás.

***

Los siguientes días están entremezclados y borrosos. El funeral de Meg se celebró en la misma iglesia en la que íbamos a darnos el sí quiero, por decisión de sus padres. Fue extraño ver a toda la gente allí reunida, pero no para celebrar nuestro amor, sino para honrar su memoria.

La gente se fue acercando a mí para darme el pésame y yo continuaba sin saber qué decir. La única razón por la que no salí corriendo de allí fue porque tenía a Tom a mi lado en todo momento.

Desde que había llamado a nuestros padres para contárselo, no había dicho más. Estaba roto por perderla, pero también enfadado. Conmigo mismo por no poder hacer nada. Con los testigos que no hicieron nada por ayudarla. ¿Tanto costaba lanzar un grito para asustar al atacante? ¿O pasar cerca de ella para interrumpir el robo?

La primera noche en el piso fue una tortura. La razón me decía que no volvería a verla, pero mi corazón me obligaba a mirar hacia la puerta por si acaso apareciese de nuevo. Aquel día, me quedé dormido en el sofá porque no me atrevía a hacerlo en la que era nuestra cama. Y así seguí durante el tiempo que continué en esa casa. Porque cada rincón era un recordatorio doloroso de que ya no estaba. De que la había perdido para siempre y de que jamás la recuperaría.

# 21
# SKY

*Sky a los veintitrés años*

—Creo que voy a explotar —dijo Zoe al ver llegar el postre, un bizcocho de chocolate relleno del mismo sabor.

—Nadie te ha obligado a pedirlo —respondí mirándola divertida.

—Hablar de negocios me da hambre, pero en cuanto se termina el tema… mi gula desaparece.

Me había fijado en ella un par de veces en las reuniones y tenía razón. Desde que el señor Scott había empezado a hablar de los conciertos que haría, las ciudades cerradas y de todo lo que tendríamos que preparar en pocas semanas para tenerlo todo preparado, Zoe no había dejado de probar bocado. Y de apuntar cosas en su agenda. De eso también.

El camarero dejó el dulce frente a mi representante y se marchó entre los resoplidos de esta.

—Lo que hago por los negocios… —soltó en un tono dramático, pero divertido, mientras se metía un trozo en la boca.

El señor Scott y yo nos reímos por la situación, pero lo hicimos aún más cuando exclamó:

—¡Madre mía! ¡Esto está buenísimo!

Yo, que también me había llenado, opté por no pedir nada más. Aunque lo de Zoe tenía muy buena pinta y se me estaba empezando a hacer la boca agua.

—Entonces —dijo el señor Scott, sacándome de mis pensamientos—, ¿todo entendido y apuntado?

Ambas asentimos. Con todo lo que teníamos, podríamos repasarla juntas más tarde, o cuando tuviese alguna duda. Zoe era muy organizada y, sin duda, agradecía esa cualidad de ella. Más de

una vez me había evitado algún pequeño problema en las entrevistas a las que había asistido las últimas semanas.

—Perfecto.

Media hora después, ya estábamos en la puerta del restaurante listos para marcharnos por caminos opuestos. Zoe vendría a mi casa, junto a Neil, que había estado cerca de nosotros durante la comida, para prepararnos para el evento que teníamos en unas horas.

—Intenta no llegar tarde esta vez, Sky —me pidió el señor Scott.

Asentí algo avergonzada y nos despedimos con un pequeño abrazo. Tras eso, nos dirigimos los tres hacia el monovolumen.

—Tendrás la ropa en una percha, ¿verdad? —quiso saber Zoe, una vez sentadas en la parte trasera.

—¿Por quién me tomas?

Lo cierto era que nada más recibir el vestido, lo dejé tal y como venía en mi armario. Tenía miedo de mancharlo o de arrugarlo.

—Así me gusta.

La conversación terminó a la vez que Neil arrancó e hicimos el trayecto de vuelta a casa en silencio. Pero no de esos incómodos, sino de los que te acompañan, que te permiten pensar, que te dan espacio, pero que te hacen sentirte en compañía. Al llegar, Zoe fue la primera en bajarse y, en paso ligero, subió a mi habitación para descubrir si lo que le había dicho era cierto.

—¡Mira qué preciosidad! —exclamó nada más abrir la funda que lo protegía.

Tenía razón. Era muy bonito y por eso mismo me había decantado por él. Frente a mí, se encontraba un vestido palabra de honor dividido en dos partes. La superior era ajustada y brillante en tonos plateados, además de un escote en forma de corazón que se abría hasta el ombligo. Mientras que la inferior era corta, hasta la altura de la mitad de mis muslos, de un color crema y de tul.

Antes de ponérmelo, Zoe me sentó en la silla frente al tocador y me maquilló. Podríamos haber contratado a un profesional, pero como aquel vestido no pedía nada complejo y ella fue maquilladora durante un tiempo, decidimos que ella sería la encargada de ponerme un poco más guapa.

—Sky, tengo que comentarte una cosa —soltó una vez estuve metida en mi vestido.

—Cuéntame, ¿ha pasado algo? —Su rostro era serio y no auguraba nada bueno.

—Esta noche no podré acompañarte al teatro. —Mi cara reflejaba mi sorpresa, pero no dije nada—. Mi madre me llamó anoche y he de volver a Los Ángeles con ella. Lo siento.

Intenté encontrar las palabras adecuadas. Por supuesto, no la iba a obligar a venir conmigo, pero siempre habíamos ido juntas a los eventos y no sabía qué pasaría. Respiré hondo e hice la pregunta que realmente importaba y que toda buena amiga debía de hacer.

—¿Va todo bien?

—No lo sé, Sky. Solo sé que mi padre no está muy bien y que debo estar con él —me explicó a medida que se le iban poniendo los ojos vidriosos—, pero Neil estará toda la noche contigo y ocupará mi lugar si es necesario. Él se encargará de la prensa, ya le he explicado cómo lo hago, y te llevará a la fiesta de después. Lo tenemos todo controlado, Sky —dijo esbozando una pequeña sonrisa.

—¿Por qué no te fuiste anoche nada más recibir la llamada? ¿Y por qué no me lo habías contado antes? —No estaba enfadada, y esperaba estar usando el tono adecuado para ello.

—Porque teníamos esta mañana la reunión y podía esperar —solté un chasquido—. Y porque te conozco. Sé cómo eres. Sé que, de habértelo dicho, habrías priorizado llevarme al aeropuerto y te habrías perdido el evento. Y no quiero que eso pase. Tienes que ir, incluso sin mí. Hagamos que esto sea una prueba.

—Yo no habría propuesto llevarte en coche… —Me hice la digna, pero a quién íbamos a engañar, por supuesto que lo habría hecho. Ella sonrió y con eso me bastó—. Espera, ¿una prueba?

—Sí, por si vuelve a pasar algo así. Por si no puedo acudir a otro evento. Veamos cómo va lo de hoy. No perdemos nada por probar.

Acepté algo entusiasmada y nerviosa. Quizás con Neil me iba bien y ella podría pasar más tiempo en Los Ángeles con su familia.

—Trato hecho. —Estiré mi mano derecha. Ella me imitó y nos dimos un apretón para cerrarlo, como si fuese un negocio.

—Estupendo. Ahora ponte los zapatos y sube al coche. Disfruta de la obra y no bebas mucho alcohol.

Le hice caso. Me despedí de ella con un abrazo, con la promesa de avisar al llegar y de llamarme si necesitaba hablar. Unos minutos más tarde, ya me encontraba en la parte trasera, observé a Neil y lo noté diferente. No tardé mucho en descubrir lo que era.

—¿Traje nuevo?

Él me miró desde el retrovisor central y con un tono totalmente serio, pero una mirada divertida, soltó:

—No pregunte, señorita Sky.

—¿Zoe?

—Zoe —respondió. Mi representante había hecho que mi guardaespaldas llevase un traje mucho más elegante que el que siempre llevaba. A simple vista podían parecer iguales, pero los detalles eran los que marcaban la diferencia. Como el bordado en los puños en la chaqueta o el pequeño estampado casi invisible en las mangas.

El camino hacia el teatro fue agradable, aunque seguía algo nerviosa. Y Neil, a juzgar por su tamborileo en el volante, también. Aparcó en uno de los garajes reservados para el evento, me abrió la puerta del coche —a pesar de decirle que no hacía falta— y nos dirigimos hacia la gran alfombra roja, donde los fotógrafos ya se encontraban haciendo su trabajo. Allí nos íbamos a reunir con todo tipo de celebridades, pasando de músicos a atletas a creadores de contenido. La fiesta de después prometía ser muy curiosa. Seguro que alguno montaría alguna escena y podría contarle el cotilleo al día siguiente a Zoe.

—Sky Gallagher, ¿cierto? —asentí a la chica que tenía frente a mí. Ella escribió mi nombre en la pizarra que llevaba consigo y me informó—. Vas después de esa pareja —señaló a unos que iban conjuntados; él con un traje y una corbata roja y ella con un vestido del mismo color. En el suelo hay una marca, quédate allí hasta que escuches la voz de mi compañero, ¿de acuerdo?

—Perfecto. —Intenté sonar confiada.

—Disculpe, ¿y yo? —Me sorprendió la voz de Neil algo insegura.

—¿Representante?

—Esta noche sí.

—Por detrás del *photocall* hay un camino que te permite llegar al otro lado sin tener que pasar por delante de los fotógrafos. Algunos representantes omiten mi recomendación, pero preferiría que sí la siguieses.

—Por el camino, entonces. —La chica sonrió, parecía estar contenta con la decisión.

Nos quedamos unos segundos en silencio, observando a la pareja. Cómo se agarraban de la cintura, cómo se besaban, cómo se separaban para hacerse fotografías en solitario… «Qué empalagosos». Hasta que la voz de la mujer lo rompió indicándome que ya podía salir.

Caminé hacia la marca, posé de la mejor manera que sabía a la vez que me llamaban a gritos los que tenía frente a mí. «Mira aquí, por favor», «Por aquí, Sky», «Señorita Gallagher, aquí»… Intenté hacer caso a todos ellos, hasta que escuché a un chico decir mi nombre. Miré a su dirección y vi que era del que me había hablado antes la otra mujer, así que, con un breve saludo, me despedí de los fotógrafos y caminé hacia él. Al llegar, le di las gracias y fui con Neil.

—¿Ahora eres *The Flash*? —pregunté. Como no lo entendió, se lo expliqué—. He visto que has tardado muy poco en llegar hasta aquí. ¿Has ido corriendo, Neil?

—Quizás la señorita Zoe me haya hecho venir en calidad de representante, pero no dejo de ser su guardaespaldas y no me gusta dejar de verla durante mucho tiempo, por lo que he caminado bastante rápido por ahí detrás.

Le lancé una sonrisa y nos dirigimos hacia la puerta custodiada por dos de seguridad. Una vez dentro, buscamos nuestros asientos, que se encontraban en la planta baja y fuimos hacia allí. Mientras caminaba por el largo pasillo, pude observar un poco mejor el lugar. Los techos altísimos tenían dibujados unos ángeles escondidos en las nubes con colores muy vivos. Los ángeles de las columnas, esculpidos en mármol, tocaban el arpa.

—Aquí es, señorita Sky. —Me sorprendió Neil.

Él se sentó en el más cercano al pasillo, por petición de él, y yo a su derecha. Pusimos nuestros teléfonos en silencio mientras la

gente a nuestro alrededor continuaba buscando los suyos y charlando los unos con los otros.

—¿No reconoce a nadie? —preguntó acercándose un poco a mí, para no hablar demasiado alto.

—Puede —no mentí. Tres filas más adelante, había visto a uno de mis antiguos compañeros de la serie infantil. No nos llevábamos mal, pero tampoco bien. Era una relación cordial. Y si podía fingir que no lo había visto, lo iba a hacer.

—¿Y no quiere saludarlo?

—*Nope*, estoy bien aquí.

Y así, murió aquella conversación. Por suerte, viendo que aún no iba a comenzar la obra, tenía que hablar con él de una cosa.

—Neil, ¿a tu familia y a ti os gusta la nieve? —Me lanzó una mirada, extrañado.

—Sí, ¿por qué?

—Es que… Llevas un tiempo trabajando para mí. No has faltado ningún día y ahora, además, se te hace ser representante y estaba pensando… ¿Qué te parecería si tú y tu familia os fuerais una semana de vacaciones a la nieve con todo pagado? —Su rostro mostraba la sorpresa que era evidente—. Quiero agradecerte todo lo que has hecho, y sigues haciendo, por mí y creo que regalarte tiempo con ellas es la mejor forma de hacerlo.

—Señorita Sky…

—No tienes que darme una respuesta ahora —le corté—. Solo piénsalo y me dices. Las fechas pueden ser cuando tú elijas, claro.

—Está bien, señorita Sky.

Antes de que las luces se apagaran, pude ver cómo continuaba con una sonrisa en la cara.

29 de julio de 2022

Querido amigo,

¡Tengo tanto que contarte!

La obra de teatro, que es una versión musical y moderna de Romeo y Julieta, fue increíble. Los actores cantan de maravilla y la historia es brutal. Después, como ya sabía, nos fuimos a la fiesta que organizaba la compañía. Al entrar a la sala, Neil me dijo lo de siempre.

—Estoy por aquí.

Y se apartó de mí. No sé si esto te lo he contado alguna vez, pero Neil es superbueno cuando salgo de fiesta. A la primera que fue estuvo un poco encima de mí. Demasiado cerca. Demasiado observador. Y no le culpo. Al final, hacía poco del incidente de mi casa, pero aquella noche tuvimos que poner algunas normas porque pretendiente que se me acercaba, pretendiente que se iba al verle ahí. Porque es lógico que la gente le tenga un poco de miedo. Así que acordamos que me quedaría en lugares donde él pudiese verme desde algo más lejos. Y eso hizo la otra noche.

Cuando fui a la barra a pedirme una bebida, vi a una chica que me sonaba muchísimo. Me fijé en ella, con su pelo rubio, un vestido verde de dos piezas precioso… Entonces, algo en mi cabeza hizo clic y lo supe. ¡Era una de las cantantes que sigo en TikTok! Así que, aprovechando que ella también estaba sola, me acerqué y le hablé. Porque no hay nada peor que estar sola en una fiesta tan grande como esa.

—Perdona, tú eres Madison Stone, ¿verdad?

Ella se giró ilusionada, supongo que al ser reconocida siendo una artista nueva, se me quedó mirando y, con una sonrisa amplia, soltó:

—¡Sí! ¡Y tú eres Sky Gallagher!

Y así pasé la fiesta: conversando con Madison durante toda la noche. Quizás, al principio, tenía otra intención, pero jamás me arrepentiré de haber tomado esa decisión.

Al llegar a casa, y cuando Neil ya se había marchado, le envié un mensaje a Zoe para preguntarle cómo iba todo. Me sorprendió que respondiera tan rápido, dado que eran las tres de la mañana. Me

preguntó si podía llamarme, a lo que accedí. De esa manera, tumbada en mi cama sin desmaquillarme, escuché cómo me contaba la situación de su padre, que se encontraba en el hospital recuperándose sin complicaciones de una neumonía. Por supuesto, me alegré por ella y empezamos a charlar del evento y de la fiesta.

—Os habréis intercambiado los números, ¿no? —quiso saber al terminar de hablar de Madison.

Me quedé callada porque, en efecto, se me había olvidado, amigo.

—Sky, ¿de verdad me estás diciendo que te pasas toda la noche hablando con una chica que, según tú, es muy simpática y agradable y no intercambiáis los números?

—Hoy en día nos movemos más por redes sociales… —intenté excusarme. La verdad era muy distinta, pero no se lo iba a reconocer.

—Claro… Espera un momento, anda —dijo y la escuché tocar la pantalla de su teléfono. Menos de dos minutos más tarde, gracias a Dios porque me estaba quedando dormida, volvió a hablar—. Su representante es Susan Carter y yo sí que tengo su contacto. ¿Quieres que le pregunte por el de Madison?

—Sí, por favor —respondí casi en un susurro.

Nada más despedirnos, me dormí al instante. Cuando me desperté, tenía un mensaje de Zoe con el número de Madison y le hablé. De verdad, amigo, esa chica me cayó muy bien. Está algo verde en el mundillo, pero es normal. Yo también lo estoy, y eso que llevo frente a las cámaras tantos años.

Estos días no hemos dejado de hablar. De nuestras carreras, de nuestros objetivos (ella cantar frente a miles de personas y yo dejar de ser conocida como Sky la actriz para ser Sky la cantante), de nuestros gustos (que son bastante similares) y… no sé, me siento muy bien. Siento que, por primera vez en mucho tiempo, puedo hablar de todo con alguien que no forme parte de mi equipo. ¿Será que estoy creando una nueva amistad? Después del desayuno que vamos a hacer mañana, te lo digo.

Con cariño,

Sky, la que habla con alguien a quien no le paga el sueldo.

# 22
# ANDREW

*Andrew a los veintisiete años*

Casi trescientos sesenta y cinco días después de quedarme solo en un piso demasiado grande, entendí que no podía seguir así. Aunque no me di cuenta gracias a una obra divina, sino a una de las personas que más me quería.

A los pocos días de morir Meg, retomé el trabajo. Necesitaba una distracción y una excusa para salir de casa, así que opté por centrarme en lo único que mantenía mi mente en otro lugar. Al tener que estar tan centrado en otras cosas, dejaba de pensar en ella y en lo miserable y culpable que me sentía.

Durante ese tiempo, había dividido mis horas entre el gimnasio y el trabajo. Con el paso de las semanas, mi familia y amigos no tardaron mucho en comprender que quería estar solo y que lo necesitaba. Por eso, dejaron de insistir para hacer planes, o incluso para verme. Ya no iba a cenar una vez al mes con mis padres, ni iba al gimnasio con Tom, porque cambié el horario, y tampoco lo invitaba a cenar. Me aparté de todo y de todos. Y no me importaba. Hasta esa noche.

Estaba tirado en el sofá, o la que ya se había convertido en mi cama, cuando el sonido del timbre me sorprendió. Con desgana, y algo enfadado por tener que moverme de la posición tan cómoda en la que me encontraba, me levanté a ver quién me molestaba. Mentiría si dijera que no eran horas, porque solo eran las siete de la tarde, pero había estado trabajando y quería descansar.

Nada más abrir, me encontré con un Tom claramente molesto. Llevaba casi dos meses sin hablar con él y asumí que aquello no iba conmigo.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa, tío? —Aparentemente, había asumido erróneamente.

—¿Disculpa? —Se tomó mi respuesta como invitación para entrar y me dejó frente a una puerta abierta vacía. Me giré hacia él, no sin antes cerrarla, para volver a preguntarle a qué venía todo aquello, pero se adelantó.

—Veo que sigues durmiendo ahí —comentó tras darle un repaso rápido al salón.

—¿Y qué?

—¿Se puede saber qué te pasa, Andrew? —repitió intentando sonar algo más calmado—. Has cambiado los horarios del trabajo y del gimnasio, ya no ves a tus padres, no respondes a mis llamadas, ¡ni siquiera sabía que te habías dejado la barba más larga! —gritó esto último.

—No sabía que tenía que consultarte acerca de los cambios que hiciera en mi cuerpo.

—¡Que te jodan, tío! —Hizo una pausa—. Lo que sea que te esté pasando, tiene que acabar aquí y ahora.

Aquello había sonado a una amenaza.

—¿Lo que sea que me esté pasando? ¿En serio? ¿Lo que sea que me esté pasando? —repetí furioso—. ¿Qué te parece que mataran a la mujer con la que iba a pasar el resto de mi vida a dos calles de aquí?

En algún momento, me había acercado a él. Estábamos demasiado cerca y, así, pude observar que los dos habíamos cambiado tanto que ya dudaba de que nos confundieran por hermanos. Su pelo estaba más largo, ahora le llegaba a los hombros como siempre había querido, mientras que el mío continuaba corto, aunque ya no estaba tan perfecto como antes. Su cara empezaba a mostrar algunas arrugas cerca de los ojos. En la mía solo había ojeras y una barba descuidada. Inconscientemente, no quería reconocerme en el espejo e hice lo más sencillo: dejarme crecer el pelo. Al analizarlo todo, sentí cómo la única parte que seguía entera se rompía en mil pedazos. Pero no me alejé de él, ni reaccioné. Continué en esa posición, mirándolo fijamente. Desafiándolo.

Esperando su contestación, en forma de insulto o de puñetazo en la cara. Me daba igual. Me lo merecía.

—Eres idiota, tío. —Se decantó por lo primero—. ¿Te crees que no lo sé? ¿Que solo tú la querías? ¡También era mi amiga! Y al perderla a ella, también perdí a mi hermano —dijo casi en un susurro.

Tom y yo nunca habíamos tenido miedo, ni prejuicios, a mostrarnos vulnerables el uno al otro. Cuando nos decíamos lo que sentíamos o que nos queríamos, lo hacíamos desde el corazón. Supongo que, tras tanto tiempo, escuchar a alguien a quien quería tanto cómo de dolido estaba por mi culpa, me hizo despertar.

Callé porque no sabía qué responder. Intenté encontrar las palabras y abrí la boca un par de veces, pero solo hubo silencio. Y lo odiaba porque me permitía pensar y eso era lo último que quería.

—Andrew, no puedes seguir así. Por favor.

Quizás fue el tono que usó, el cansancio acumulado de un día duro de trabajo o por haber escuchado lo que necesitaba oír, pero me abalancé sobre él y lo abracé entre las lágrimas que comenzaron a caer. De la misma manera que llevábamos meses sin hacer. En ese instante, entre los brazos de mi hermano mayor, fui consciente de que había creado un bucle destructivo. Que necesitaba hablar con él, desahogarme. Que quería volver a dormir en una cama. Que necesitaba volver a ser yo.

***

—Te vamos a echar muchísimo de menos, cariño —dijo mi madre mientras volvía a llenarme la cara de besos.

—Y yo a vosotros, mamá —respondí entre risas.

Habían pasado unos meses desde la visita de Tom a mi casa y, si echaba la vista atrás, la vida me había cambiado mucho más de lo esperado. Había dejado mi trabajo, me había mudado otra vez con mi hermano y había encontrado una nueva profesión.

Dejarlo fue algo premeditado y que pensé durante muchas semanas. No quería tomar una decisión tan importante a la ligera, pero volver a hablar con Blake me recordó lo mucho que necesitaba

un cambio de aires y lo mucho que me interesaba ser escolta privado. Era una sensación agridulce irme a Estados Unidos para trabajar en la misma empresa que Blake, porque dejaba a mi familia atrás, pero también porque rompía la promesa que una vez le había hecho a Meg.

—Deja de darle vueltas, campeón. —Me sacó de mis pensamientos Tom. Por supuesto, él ya conocía mis sentimientos—. Se lo prometiste en vida.

—Un vacío legal, ¿en serio? —Elevé mis cejas algo incrédulo. Hablar de ella continuaba doliendo, pero ya no tanto. Nuevamente, gracias a él.

—Un vacío legal, hermano —sonrió, y me dio un abrazo de despedida.

Después de decirle adiós a toda la familia, me subí al taxi que me llevaría al aeropuerto.

«Oregón, no seas muy duro conmigo, por favor».

# 23
# SKY

El verano estaba llegando a su fin y mis conversaciones con Madison se habían vuelto más frecuentes. Tal y como había creído, en muy poco tiempo, dejamos de ser dos desconocidas para ser amigas. Descubrimos que teníamos muchas cosas en común, que siempre encontrábamos temas de conversación y que nos ayudábamos en lo que podíamos. Madison no tenía mucha experiencia en el mundo de la música, pero yo tampoco. Podría decirse que, en cierta manera, estábamos aprendiendo y creciendo juntas.

Durante el mes de agosto, las dos habíamos estado tan centradas en crear nueva música que nos encerramos en nuestras casas y apenas salimos. Por eso, decidimos hacer una escapada durante un fin de semana de julio que esperábamos convertir en nuestra tradición. De no haber sido por las videollamadas con ella, no la habría visto durante todo ese tiempo. Y si no fuera por Zoe, que vino después de que le dieran el alta a su padre, y Neil, probablemente no habría tenido contacto con ningún humano en persona. Aunque estuvo bien trabajar en el silencio de mi propia casa, por mucho que el señor Scott me recordase reiteradamente de que no hacía falta que me pusiese a componer inmediatamente.

—¿Te lo has pensado ya? —le pregunté a Neil mientras tomábamos un café en el salón. Seguía sin entender por qué venía a casa todos los días. No corría ningún peligro, llevaba un tiempo sin recibir ninguna amenaza grave, y no había salido a la calle.

—¿El qué? —quiso saber Zoe.

—Le propuse a Neil lo de las vacaciones, pero aún no ha respondido.

—¡Dios, Neil! ¿Y qué te tienes que pensar?

Ambas nos echamos hacia adelante, apoyando nuestras caras en las manos que descansaban sobre la mesa, clavando nuestras miradas en él. Desde fuera, debía de ser una escena cómica, sin duda.

—No es tan fácil, señoritas.

—¿Por?

Neil observó a Zoe. Al ver que ella no se echaba atrás en ese duelo desafiante de miradas, suspiró y cedió.

—No es tan sencillo cuadrar los horarios con mi mujer y mis hijas.

—Podrías haberlo aceptado este mes e irte —recalcó Zoe.

—En verano, mis chicas se van a la casa del lago de mi cuñada. Tradiciones…

Por el tono que empleó, supe que las echaba de menos. Sabía lo duro que era volver a una casa y no encontrarte a quién más quieres. Quizás, si él hubiese tenido otros horarios u otro trabajo, él también habría podido ir con ellas.

—¿Y por Navidad? —propuso mi representante.

—La señorita Sky comienza la gira en unas semanas y para ese tiempo seguirá estándolo. No voy a ausentarme de mi trabajo en fechas tan importantes.

—Me parece bien, pero…

—¿Y qué tal en enero? —la interrumpí—. Te prometí que iríais a la nieve y por esa época hay muchos destinos posibles. Yo puedo prometerte que me quedaré una semana aquí, en casa, componiendo, viendo películas o lo que se me ocurra para no salir de casa y no correr ese riesgo que tanto temes —le expliqué.

—Las clases…

—Que se las salten —solté. Neil elevó las cejas a modo de sorpresa—. ¿Qué? Por faltar una semana al instituto no va a pasar nada. —No lo veía muy convencido, así que seguí—. Cuando era pequeña, mi abuela me dejaba saltarme las clases para celebrar mi cumpleaños. Sé que un día no es lo mismo que siete, pero es para algo especial. A mí me habría encantado faltar para irme a la nieve una semana completa.

Esperaba no haber dado pena al contar aquel dato de mi abuela. Neil sabía lo difícil que se me hacía mencionarla. Por eso, quizás, su rostro se relajó un poco.

—Si no tuviesen exámenes… —pensó en voz alta—. Está bien. Debo hablarlo con mis chicas primero, claro.

—¡Bien! —Aplaudimos ambas contentas.

Al fin, mi guardaespaldas iba a tener las vacaciones que tanto se merecía e iba a pasar más tiempo con su familia. Estaba ilusionada por él porque siempre que pudiese hacer que estuviesen más tiempo juntos, lo haría. Porque yo, mejor que nadie, sabía lo que era no poder disfrutar de quiénes más quería.

***

—Aire, por favor —supliqué sin aliento.

—Una vez más, Sky, y nos vamos —ordenó Tommy, mi coreógrafo.

Cuando en aquella comida de negocios el señor Scott me explicó que quería contar con unos pocos bailarines para mis conciertos, jamás pensé que también querría que yo hiciera las coreografías. Por suerte, no eran muy complicadas, pero llevaba dos horas sin parar y mis músculos comenzaban a resistirse y a doler.

—Vale.

—Venga. Y cinco, seis, siete, ocho…

Una de mis canciones, a la que ya empezaba a cogerle algo de manía al escucharla tanto, comenzó a sonar por los altavoces e hice los gestos que llevaba repitiendo los últimos días. Subir la mano derecha, mover la cadera en la misma dirección, bajar la mano, dar media vuelta, mover las caderas, dar otra media vuelta, mover el brazo derecho junto a la pierna izquierda y aguantar la posición. Todo sin perder la sonrisa, el ritmo y el oxígeno. Parecía fácil cuando lo hacía Tommy, pero no lo estaba siendo. Aunque, con la adrenalina que había generado al saber que sería la última vez del día, saqué fuerzas de donde no las tenía y lo clavé.

—Así me gusta. Esa energía que has sentido es la que quiero ver encima de los escenarios, ¿de acuerdo? —asentí tirada en el suelo,

intentando recobrar el aliento.

Una media hora después, con el aire volviendo a fluir sin dificultad por mis pulmones, me encontraba sentada en el asiento trasero del coche camino a casa.

—¿Ya lo tenéis todo?

Finalmente, Neil había accedido a tomarse esas vacaciones.

—En efecto, señorita Sky. —Algo que me gustaba de él era que por su tono de voz podía saber si estaba sonriendo o no, sin tener que mirarle. En ese momento, lo hacía.

—Tengo un trineo que hace años que no utilizo, si alguna de tus hijas lo quiere, es todo tuyo. —Busqué su mirada desde el espejo retrovisor y no tardé en encontrarla.

—De normal le diría que no, pero la pequeña lleva unos días pidiendo uno y estoy seguro de que le haría mucha ilusión.

—Por supuesto —sonreí.

Que sus hijas eran seguidoras mías era algo que le había conseguido sonsacar durante una comida. Una parte de mí se puso contenta al descubrirlo, pero otra sintió lástima por Neil. No solo tenía que verme todos los días, sino que también escuchar hablar de mí en casa.

Me puse un recordatorio en mi teléfono para no olvidarlo y al ver que tenía un nuevo mensaje de Madison, lo abrí. Las últimas semanas no nos habíamos visto tanto como nos habría gustado, pero, a veces, era difícil compaginar la vida adulta con la amistad.

**Mads**

Dime que esto que siento no será permanente

**Sky**

Si no me dices qué sientes, no te lo puedo asegurar

**Mads**

PERDÓN, LOS NERVIOS!!

Siento que me voy a dormir por el cansancio que tengo por no poder dormir de los nervios

Tiene sentido?

**Sky**

JAJAJA, SÍ

Y sí, se pasa. Te lo prometo

Al menos, después del primer concierto. Después, los seguirás teniendo, pero los sabrás controlar mejor porque ya sabrás a lo que te enfrentarás

Menos cuando saques álbum nuevo, una canción o vayas a un evento muy grande, como una entrega de premios y estés nominada o des uno. Entonces, ahí, volverán esos nervios que te impedirán dormir

Pero, por lo demás…, sí, aprenderás a tolerarlos

**Mads**

Ah, si SOLO es eso…

Las casualidades existían, aunque a Madison le gustara decir que era cosa del destino, porque íbamos a empezar nuestras giras con unas pocas semanas de diferencia, por lo que compartíamos muchas sensaciones y sentimientos. Sin embargo, a diferencia de ella, los míos no iban a ser los primeros conciertos que haría en toda mi vida. Pero la entendía porque no hacía mucho yo también me sentía así.

Los siguientes minutos los pasé intentando tranquilizarla un poco y poniéndome al día con ella, hasta que dejé de sentir la vibración del motor bajo mi cuerpo. Bloqueé el teléfono, lo guardé y, antes de salir, me disculpé con Neil.

—Perdón por haber estado con el móvil. He empezado a hablar con Mads y…

—No se preocupe, señorita Sky —me interrumpió—. Además, conducir en silencio también está bien —respondió con una sonrisa tranquilizadora.

Desde aquel día, evité que volviera a pasar. Prefería estar callada mirando por la ventanilla o escuchando música a estar sumergida en la pantalla del teléfono y hacer sentir a mi guardaespaldas que estaba solo y que no me importaba. Porque sí. Sí que me importaba.

25 de septiembre de 2022

Querido amigo,

La gira ya ha dado comienzo y ¡está yendo GENIAL!

He de reconocer que me puse un poco nerviosa en el primer concierto, porque tenía miedo de que no se presentase nadie (les he prohibido al señor Scott y a Zoe decirme cómo van las ventas de las entradas), pero fue genial. ¡Casi *sold out*! Independientemente de cuánta gente acudió, lo que más me emocionó fue ver cómo el público lo dio todo con mis canciones.

De nuevo, y de manera totalmente involuntaria, he vuelto a mirar a la primera fila esperando encontrarme a mi abuela. Por supuesto, no estaba. Sin embargo, esta vez solo ha dolido un momento, y no toda la gira como la otra vez. Se podría decir que estoy madurando, creciendo y superando el duelo. Creo que sí.

En otro orden de cosas, en unos días es el primer concierto de Mads y ¡me ha pedido que esté allí! Iba a ir igualmente, pero me ha hecho mucha ilusión que haya salido de ella invitarme en ese día tan importante y especial. Ella también estuvo en el que di en Portland la semana pasada y creo que le ha ayudado para ver un poco mejor cómo funcionan los conciertos de una manera más técnica, pero, a la vez, la veo más nerviosa. Espero, de corazón, que salga todo bien porque es lo que se merece.

Tengo que irme porque subo al escenario en diez minutos. ¿No te lo había mencionado? Pues sí. En lugar de estar con mi equipo, como se podría esperar, estoy encerrada en este camerino escribiéndote. Para que no pienses que no eres importante. Me ayudas a entenderme mucho más de lo que imaginas.

Con cariño,

Sky, la que estaría perdida sin ti.

10 de octubre de 2022

Querida amigo,

Ayer fue el concierto de Mads y MADRE MÍA. Como persona que la conoce bien, y que por ello puedo ser crítica sin ser cruel, he de reconocer que al principio se la notaba algo nerviosa, pero a medida que han pasado las canciones se ha ido soltando y ha estado INCREÍBLE.

He conocido a sus padres, que son supermajos, y a su productor musical, el señor Turner, quien ha aprovechado para contarme alguna anécdota de su mejor amigo, el señor Scott.

—¡Es el destino! —me ha gritado Mads cuando le he contado la historia de nuestros productores.

Y no sé, amigo, pero quizás de tanto repetirlo me lo esté comenzando a creer yo también. De alguna manera, parece como que estuviese escrito que ella y yo nos teníamos que conocer. Quizás, y no lo digo porque hoy esté de resaca y algo sensible, mi madre y mi abuela la han puesto en mi camino. Me gusta creer que, de ser así, eso quiere decir que ellas siguen aquí conmigo, de alguna forma.

Vale, Sky, cálmate.

¿Sabes por qué estoy sensible también? Porque cada día que te escribo veo que el final del diario está más cerca. Esta mañana he ido a comprar otro igual por Internet, para terminar con una colección como la de mi madre, y ponía que no les quedaba stock. He buscado en otras páginas y tiendas, pero en todas ponía exactamente lo mismo. Entonces, extrañada, he llamado a la papelería donde suelo comprarlos y la dueña, la señora Morgan, me ha dado una noticia horrible.

—Oh, cariño, según estoy viendo, van a dejar de fabricarlos y si están agotados no van a traer más.

¿Cómo se supone que voy a escribirte si no tengo páginas donde hacerlo? Me tendré que ir haciendo a la idea de cambiar de modelo, pero no será lo mismo. No será el mismo que mi abuela me regaló. No será el mismo en el que escribía mi madre. No será lo mismo.

Me gustaría decirte que dosificaré las veces que te escriba, que no te contaré demasiado, que intentaré ser más breve, pero tú y yo

sabemos que eso no va a pasar, amigo. Porque abrirme a ti es lo que me está permitiendo sentirme libre y más yo misma.

Con cariño,

Sky, la sensiblera resacosa del día.

# 24
# SKY

Enero se encontraba a la mitad y mi gira había llegado a su fin. El último concierto fue caótico y enérgico. Decidimos cerrar en Dallas y, en retrospectiva, fue una buena decisión. Como en casi todos, fue *sold out* y la gente parecía pasárselo increíblemente bien. No cantaban las canciones, las gritaban. Las vivían. Las sentían. Las hacían suyas. Y eso, como artista y compositora, era todo un orgullo y halago. Me bajé de aquel escenario con muchísima adrenalina, cargada de energía y muy emocionada.

Desde ese día, no dejaba de escribir, ya fuera en mi libreta o en hojas sueltas que terminaban caídas por el suelo de mi casa. Escribía pensamientos, sentimientos o ideas para futuras canciones. No sabía lo que me estaba pasando, pero sentía que haber cantado en Dallas me había dado un subidón permanente.

—¿Y qué pasó? —preguntó Mads en una de nuestras videollamadas nocturnas. Habíamos cogido esa rutina y, aunque no siempre podíamos por los horarios, si coincidíamos cinco minutos los íbamos a aprovechar.

—Que desapareció —solté frustrada.

Pude ver cómo se sorprendió. Normal. Le acababa de contar una de mis últimas historias no amorosas que se habían producido durante la gira. Un chico del equipo, de uno de los sitios donde actuaba, no dejaba de mirarme. Pensaba que era un seguidor, pero cuando se acercó supe que sus intenciones eran otras. Era muy directo y, para qué mentir, también guapo. Por eso, cuando escuché salir de su boca las palabras «me gustas, pero no solo como cantante» supe que quería seguir charlando con él y, quizás, algo más.

Solo hablamos durante varios días, incluso después de mi concierto, y todo fue genial. Hasta que una noche me dio las buenas noches. Cuando fui a desearle un buen día, como hacía siempre, descubrí que me tenía bloqueada de su número y de redes sociales. Revisé la conversación por si había dicho algo o si le había podido ofender algo, pero no encontré nada más que mensajes entre dos personas que se seguían el rollo para llegar a poder tener algo más.

—¿Quizás tenía novia, esta lo pilló y por eso te bloqueó? —Mi amiga intentó encontrarle una explicación lógica.

—No sé, Mads, solo sé que no entiendo a los hombres.

Ella, lejos de consolarme, se rio.

—Pero serás… —le recriminé casi contagiada por su risa.

—Lo siento, Sky. De verdad. Pero es que me he imaginado a la novia echándole la bronca por hablar contigo y… ay, qué escenario más absurdo acaba de crear mi mente —se disculpó, sin dejar de reírse. Porque la situación era absurda. Porque yo ni siquiera quería nada serio con él, pero me molestaba que me hubiese hecho una bomba de humo y hubiese desaparecido como si nada. Pero con la risa de Madison, lo malo se esfumaba.

—¿Sabes lo peor? —Ella levantó las cejas, curiosa—. ¡Que no es la primera vez que me pasa!

Las dos volvimos a estallar de la risa. No tenía gracia, pero era por el ambiente, el contexto y la compañía.

—¡No aprendo! —me grité divertida.

—Deberías de tatuarte un «No entiendo a los hombres» en el brazo para verlo todos los días y recordarlo siempre.

—Oye, pues ahora que lo dices…

—¡Sky, no! —me chilló algo asustada.

—¡Es broma! —la tranquilicé—, pero te lo voy a mandar por mensaje y lo voy a poner en favoritos para poder leerlo siempre que quiera.

Algo más calmadas, continuamos con la videollamada. Me contó cómo le iba la composición del nuevo tema, el cual aún no me dejaba escuchar ni saber el título, y yo lo que haría en las próximas semanas.

—O sea, vacaciones —aclaró mi amiga.

—No son vacaciones… —Dejé la frase en el aire.

Lo podía parecer porque iba a pasarme los días viendo películas y series e incluso leyendo un libro que TikTok no paraba de recomendarme, pero también iba a componer. Eso sí, todo eso sin salir de casa, ya que Neil sí que iba a irse de vacaciones de verdad. A veces no entendía ese nivel de seguridad. Salvo por algún que otro mensaje amenazante por redes, no había vivido ninguna otra situación similar por la que tuve que contratarle. Sin embargo, él decía que, si ya lo había intentado alguien una vez, seguramente otro lo repitiese. Por eso, estaba de arresto domiciliario hasta que él volviese. En realidad, tenía ganas de estar sola en casa, sin tener que pensar y pudiendo descansar. La gira me había agotado más de lo que creía y seguía arrastrando horas de sueño, aún días después.

—Vale, son vacaciones —cedí.

Tras un rato más de videollamada, colgamos deseándonos las buenas noches y prometiéndonos que nos veríamos pronto. Después, cumplí con lo dicho y le envié un mensaje que esperaba que sirviese como recordatorio para la Sky del futuro.

**Sky**

No entiendo a los hombres

# 25
# ANDREW

*Andrew a los veintiocho años*

—¡Feliz cumpleaños, hijo! —gritó mi padre desde el otro lado del teléfono. Nos separaba un océano, pero tenía la costumbre de hablar tan alto que lo podría oír sin necesidad de hacer una llamada.

—Muchas gracias, papá.

—¿Cómo llevas el cambio, chico? —quiso saber, en un tono algo más bajo. Gracias a Dios.

Esa era una muy buena pregunta. Nada más aterrizar en el aeropuerto de Portland, me esperaba Blake sujetando un cartel con mi nombre. Después, fuimos hacia su piso, donde dejé mi equipaje, y me llevó a las oficinas donde él trabajaba. Más bien, donde su jefe me esperaba para hacerme una entrevista. Me dieron igual el cambio horario y el *jetlag*, fui y la hice. Y lo clavé. No solo le gustaron mis referencias, sino que yo también. Me preguntó por el cambio de profesión y le expliqué el por qué necesitaba un nuevo comienzo. Aunque mi intención era dejar a Meg en Manchester, me sentí bien al hablar de ella.

—Mi más sentido pésame, Cooper. Por desgracia, has experimentado cosas que personas tan jóvenes no deberían de haberlo hecho. Leyendo la carta de recomendación de tu anterior jefe, sé que eres una persona capaz. Si quieres el puesto, es tuyo —soltó Jonathan Clark, mi nuevo jefe.

Las primeras semanas las pasé junto a Blake. Él debía de escoltar a un banquero, por lo que yo me dedicaba a estar a su lado y aprender, y comprender, mejor aquella profesión tan importante. Después, cuando el señor Clark comprobó que estaba listo para trabajar solo, me puso mi primer cliente: un creador de contenido. Y aunque odié a ese crío caprichoso todo el tiempo, me enorgulleció

terminar el servicio sin que sufriera ningún daño, ni cuando se corrió la voz de dónde estaba y empezaron a llegar multitudes de seguidores.

Poco a poco, iba cogiendo más confianza en mí mismo. En cuanto al trabajo, aprendía igual que actuaba: rápido. Con el paso de los meses, descubrí que volvía a ser yo, o una versión diferente, pero mejorada, de lo que fui en el pasado. Porque pensar en Meg continuaba doliendo, pero de distinta manera.

Alquilé un piso para mí solo en el centro de Portland, volví a dormir en una cama, me recorté la barba y hasta comencé a quedar con los compañeros del trabajo algunas noches. Blake siempre me había animado a ir con ellos, hasta que accedí. Fue una de las mejores cenas que había tenido en mucho tiempo: en compañía, con risas, anécdotas y halagos para todos los presentes.

—Muy bien, en realidad —contesté a mi padre.

—Me alegra mucho oír eso, hijo. Sabes que a nosotros nos entristece tenerte lejos, pero solo hace falta escuchar tu voz para darse cuenta de que ha sido la mejor decisión que has podido tomar. Cuando estabas aquí, apenas hacías otra cosa que trabajar y no venías a casa y… —Además de hablar demasiado alto, también le gustaba divagar y repetir las cosas varias veces.

—Felicidades, cariño —le interrumpió mi madre. Por supuesto, estaba en altavoz—. ¿Hoy tienes planes?

—Muchas gracias, mamá. Sí, voy con algunos del trabajo a tomar algo.

—Bien, bien. No quiero que pases tu cumpleaños solo —comentó en voz baja. Una de las cosas que le daban miedo de que me fuera a Estados Unidos, aparte del poco control de armas, era que estuviese solo y volviese a cerrarme en mí mismo. Aunque le había explicado un millón de veces que estaría con Blake, no se quedó tranquila hasta que le comencé a hablar de mis compañeros —. ¿Ya te ha llamado aquel hombre?

—No, aún no —reconocí.

Hacía unas semanas, les había contado sobre una charla de lo más interesante que había tenido. Una noche, mientras los chicos y yo bebíamos unas copas, se nos acercó un hombre del trabajo que

aún no conocía. Todos lo saludamos, pero se acercó a mí y se presentó.

—Soy Neil Preston y tú debes de ser Andrew Cooper, el otro británico, ¿verdad? —dijo ofreciéndome la mano.

—Así es —respondí y nos dimos un apretón. Aunque no lo conociera en persona, yo también sabía quién era: uno de los mejores hombres del señor Clark.

—Blake me ha hablado de ti —explicó—. Tu buena reputación te persigue.

—Bueno, yo no diría…

—No, hombre —me interrumpió sonriendo—. Nada de modestias. No solo él dice que haces un muy buen trabajo, también el jefe. Y a él no le gustan todos.

—Gracias, entonces.

Neil se sentó junto a mí y comenzamos a charlar durante un rato más. Me contó que, actualmente, era el guardaespaldas de una joven cantante. Por lo visto, antes de contratar los servicios del equipo, un seguidor se metió en su casa una noche y ella pasó tanto miedo que se decantó por tomar medidas.

—¿Y tú qué? ¿Clark te tiene en algo fijo o sigues rotando?

—Nada tan fijo como lo tuyo, desde luego.

Mis trabajos consistían en un par de días o una semana, como máximo.

—Estupendo. Si algún día necesito a alguien para el equipo, y estás disponible, te hablaré. No solo me has caído bien, sino que la gente habla muy bien de ti y quiero verte en acción.

Pensé que eso se lo decía a todos los nuevos empleados. Que era una falsa promesa. Pero me hizo ilusión que alguien ajeno a mi círculo confiase en mí. Esa fue la razón por la que se lo conté a Blake y también a mis padres. Porque quería demostrarles, y a mí mismo, que tomé una buena decisión al cambiar de país.

—Seguro que lo hará, cariño —soltó mi madre—. Mientras, sigue trabajando duro y dando lo mejor de ti.

—Así lo haré, mamá.

***

Cuando me desperté aquella mañana tuve un presentimiento. No sabía identificarlo como algo bueno o algo malo. O, quizás, solo fuese ansiedad acumulada por llevar dos días sin que el señor Clark encontrase un cliente digno, según él, y llevase ese tiempo en casa sin hacer nada, además de ir a entrenar o ver alguna de las películas de la televisión.

Estaba a punto de salir por la puerta para ir al gimnasio, cuando escuché el tono de mi teléfono. Al mirar quién llamaba, descubrí que no tenía guardado el número y, con desconfianza y algo desilusionado al ver que no era el señor Clark, respondí.

—Andrew Cooper.

—Andrew, soy Neil. He tenido un accidente haciendo esquí en la nieve y estaré de baja unos meses. Clark me ha dicho que estás libre, ¿quieres cubrir mi puesto?

—Sí, por supuesto —contesté sin pensarlo.

«Por supuesto que sí».

# 26
# SKY

Neil me había abandonado. Al final, mi idea para que se fuese con su familia a la nieve, no había resultado ser tan buena como esperaba. Y es que, contra todo pronóstico, Neil había tenido un accidente y se había lesionado la espalda, haciéndosele imposible trabajar. Así que, en parte, sí que me había abandonado.

—Encontraremos a una persona que esté a la altura —me dijo Zoe, en un intento de calmarme.

—Pero yo no quiero a otra persona, yo quiero a Neil —al decirlo, comprendí que había sonado muy infantil. Me senté recta en mi sofá y me expliqué—. Son muchos meses juntos y me cae muy bien. Puedo confiar en él y sabes, mejor que nadie, que no puedo decir eso de todo el mundo.

—Ya lo sé, Sky, pero a veces las cosas no pasan como querríamos y tenemos que adaptarnos a los cambios.

Puse mis ojos en blanco y volví a recostarme, pero sabía que tenía razón. No podía volver atrás en el tiempo y cambiar las cosas para que Neil no se hiciese daño. Solo me quedaba mirar hacia adelante y que fuera lo que tuviese que ser.

—Neil tiene una propuesta —añadió mi representante. La miré, temerosa por lo que fuese a decir—. Dice que hay un compañero dispuesto a cubrir su baja y que su jefe está encantado con él. Además, puede incorporarse inmediatamente. Solo tenemos que decírselo.

—¿Así? ¿Así de fácil y sencillo? —asintió—. No sé, Zoe… ¿Y si me quedo sin guardaespaldas hasta que Neil se recupere?

La cara que puso era similar a la que habría puesto mi abuela si a los quince le hubiese dicho que estaba embarazada. La misma.

—¿Qué? Después de lo de ese señor, no he vuelto a tener ningún susto más. Sí, es cierto que sigo teniendo mensajes raros y fotos de miembros de hombres que no he pedido, pero estoy bien. Puedo estar bien sola, como antes.

—Sky, te lo voy a decir muy claro: Eso no va a pasar —me rebatió—. Para empezar, porque el trabajo de un guardaespaldas no es solo protegerte de acosadores, sino asegurarse de que estás segura en todo momento; ya sea periodistas, fotógrafos o, sí, acosadores. Y para continuar, porque el evento al que fuiste con Neil no fue nada mal y no va a ser la última vez en la que yo no pueda acompañarte.

Entendía sus razones y sus motivos. Sin embargo, se me ocurrió algo para llegar a un punto intermedio.

—¿Y por qué no contratar a uno solo para los eventos? Así podría hacer todo eso que tú dices —propuse con una sonrisa, orgullosa de mí misma por haber llegado a esa conclusión.

—Lo siento, pero no —respondió al instante. Sin siquiera barajar esa posibilidad. Eso solo me daba a entender de que ya lo había hablado con el señor Scott y que tan solo se me estaba informando de la nueva situación. Cedí porque sabía que no me quedaba otra.

—Vale, ¿qué sabemos del nuevo?

Zoe sonrió, sacó su teléfono y empezó a leerme los datos que tenía sobre él. Se llamaba Andrew Cooper, era de Reino Unido, pero vivía desde hacía casi un año en Oregón. Trabajaba en la misma empresa que Neil y, según su jefe, era uno de los mejores.

—¿Ni un año y ya dice su jefe que es el mejor? —Me sorprendió —. Madre mía, ¿a qué se dedicaba en Reino Unido? ¿A proteger a la familia real? —pregunté extrañada.

—Sky, piensa lo que quieras, pero es una recomendación directa de Neil y en él sí que confiamos, ¿verdad? —asentí—. Entonces, ya está. Si te quedas más tranquila, solo será hasta que él se recupere y, si no te gusta, podríamos hablar de buscar a otro, ¿de acuerdo?

—Perfecto. Si no me gusta, siempre podemos encontrar a otra persona —repetí casi para mis adentros.

Por eso, ni cuarenta y ocho horas más tarde de esa conversación, Zoe y yo estábamos en el salón de casa esperando al

nuevo guardaespaldas. Como quería causarle una buena impresión, había comprado algo de té. Personalmente, no me gustaba, pero seguro que a él, siendo británico, sí y eso era lo único que importaba. Quería que se sintiese cómodo y causarle una buena impresión.

El sonido del timbre me sacó de mis pensamientos. Las dos nos levantamos del sofá, pero fue Zoe la que se dirigió hacia la puerta.

—¿Preparada?

—Sí —mentí y la abrió.

Por todo lo que sabía de él, supuse que mi nuevo guardaespaldas sería mayor. O, al menos, igual de mayor que Neil. Sin embargo, eso no era lo que veía en mi puerta. Zoe lo dejó pasar y, al cruzar el umbral, pude verle mucho mejor. Era un chico joven, moreno, que no debía de tener más de treinta años, con una barba que le hacía más serio de lo que esperaba que fuese y un cuerpo que estaba segura de que debía de pasar muchas horas en el gimnasio para tenerlo así. En definitiva, se le notaba preparado para cualquier cosa.

—¿Le gusta la casa, señor Cooper? —preguntó mi representante al verle ojear el lugar. Gracias a los techos altos, mis invitados siempre se quedaban asombrados.

—En efecto, señorita Davis. Por fuera no parece…

—Sí, es más grande por dentro —dije divertida, interrumpiéndole para hacer una referencia a *Doctor Who*, una serie británica que había visto alguna vez.

Él dejó de mirar a su alrededor para clavar sus ojos marrones sobre mí y, automáticamente, perdí la sonrisa y enmudecí. Su mirada causaba esa reacción, la de no saber hacer nada. Ni moverse, ni respirar. Porque, a decir verdad, daba bastante miedo.

—Señorita Gallagher —habló en tono serio y movió su mano para darme un apretón, el cual acepté.

—¡Hola! ¡Bienvenido! —solté algo efusiva. Estaba nerviosa y, a veces, me ponía así—. ¿Quiere algo de beber? Neil nos comentó que es británico, así que he comprado algunos tés que me han recomendado y que vienen directamente de Londres.

No contestó y no lo conocía para saber si eso era una señal buena o mala. Cuando pasó de mi comentario y se giró hacia Zoe para hablar de la seguridad de la casa, comprendí que era la segunda. Los dejé allí y fui hacia la cocina. Él no querría un té, pero yo necesitaba respirar un momento sin sentirme juzgada.

Una vez allí, desbloqueé mi móvil con la intención de enviarle un mensaje a Madison, pero recordé la absurda promesa que nos habíamos hecho unos días antes. Ella se encontraba en un retiro de composición y decidimos no hablarnos para que se centrase mejor. Mi amiga necesitaba tiempo para crear nuevas canciones y me alegraba, pero en ese momento quería hablar con ella. Más bien, lo necesitaba. Algo frustrada, respiré hondo y volví al salón.

—¡Sky! El señor Cooper me estaba comentando que deberíamos de aumentar la seguridad. Unas cuantas cámaras en el exterior, quizás otra en el interior…

—¡No! —espeté de golpe, sorprendiendo a ambos—. Lo siento, Zoe —dije más calmada—, pero no me sentiría cómoda sabiendo que alguien tiene acceso a todo lo que pasa aquí dentro. Vivimos en la era de Internet y no quiero que un ciberataque haga que mi intimidad termine vendida en la red oscura. *Nope*. Me niego.

—Dios, Sky, eso es muy específico, pero ¿qué ves por las noches? —preguntó mi representante divertida.

—No estoy… Es solo que no me daría seguridad. Quiero poder estar tranquila en mi casa sin pensar si mis imágenes ya están por ahí o aún no.

—Señorita Gallagher, nuestro equipo es uno de los mejores del mundo. Hacerse con el control de una de las nuestras, requeriría mucho esfuerzo, tiempo y, probablemente, dinero. No creo que nadie ponga tanto empeño para espiarla —tomó la palabra Andrew. Lo que tendría que haber sonado como una explicación, pareció una reprimenda, incluso un insulto. Había algo que no me terminaba de gustar de él.

—Lo siento, señor Cooper, pero no.

En la sala se hizo el silencio. Para cuando comenzó a convertirse en incómodo, el guardaespaldas y yo ya habíamos dejado de

mirarnos, o más bien de desafiarnos con las miradas. Zoe, que había estado pendiente de todo, se encargó de romperlo.

—Entonces, un tema menos del que hablar. Nada de cámaras en el interior.

Dio por finalizada la charla, pero no la presentación. Zoe fue a acompañarlo para hacerle una visita guiada por la casa, pero él tenía otros planes.

—Señorita Gallagher, ¿podría quedarse en la puerta hasta que haya revisado la casa?

—¿Disculpa? ¿Me está echando de mi propia casa? —pregunté incrédula.

—Para nada, señorita Gallagher. Me gustaría echar un vistazo con determinación, pero no quiero que esté cuestionando todo lo que hago o digo. Por eso, considero que usted debería de quedarse en la puerta, mientras la señorita Davis y yo hacemos esto.

—Zoe…

—¡Es una muy buena idea, señor Cooper! —lo animó Zoe. Traidora. Al menos, no hacía mal tiempo y no iba pasar frío.

Casi una media hora después, en la que había estado sentada en el jardín mirando las redes sociales, mi representante me llamó. Podía volver a unirme a ellos, al fin.

—¿Qué es eso? —Curioseé al ver al guardaespaldas escribir algo en su libreta.

—He ido apuntando varios puntos débiles que más tarde revisaré. Si le parece bien, claro, señorita Gallagher —me explicó usando aquel tonito que seguía sin comprender.

Neil siempre me había dicho que mi casa era segura, así que no sabía a lo que se refería.

—¿Puntos débiles? Vale, por qué no.

—Además, la señorita Davis no me ha querido abrir la puerta de su habitación, por lo que me gustaría poder…

—*Nope* —le corté tajantemente—. No hace falta, señor Cooper. Gracias.

—Entiendo que se pueda sentir un poco violentada por la situación, pero, tenga lo que tenga ahí dentro, necesito saber si es una habitación segura.

Probablemente, imaginaba que tendría algo muy vergonzoso a la vista. Sin embargo, no quería que entrase porque ya había caminado a sus anchas por mi casa.

—Lo siento, señor Cooper. En esa habitación no pueden entrar *muggles* como usted —respondí cortante. Y sí, haciendo una nueva referencia a un producto británico. Lo cierto era que se me escapó, pero esperaba haber sonado lo condescendiente que quería.

Un rato después, aún continuábamos en el salón. Mi nuevo guardaespaldas se había dedicado a leernos punto por punto, perdí la cuenta al llegar al dieciséis, de todo lo que había visto mal y hasta nos dio consejos para solventarlos. Antes de marcharse, me preguntó.

—Señorita Gallagher, usted no tiene cocinero privado, ¿cierto?

—En efecto, mi querido Watson —solté.

—¿Otra referencia, Sky? —me regañó Zoe.

—Perdón —dije avergonzada.

Había pasado demasiadas horas mirando y estudiando cosas de Reino Unido que mi cerebro necesitaba soltar toda esa información de alguna forma y, por lo visto, era a base de referencias absurdas. Sabía que me estaba pasando, pero no podía parar. Y al guardaespaldas pareció darle igual, a juzgar por la forma tan fría de despedirse de nosotras.

—Yo creo que ha ido bien, ¿no? —quiso saber Zoe. Se la veía ilusionada. Por mi parte, no sé cómo se habría percibido desde fuera, pero había sentido algo de miedo porque imponía, pero también frustración. Además de haberme sentido ofendida constantemente.

—Simplemente…, no es como Neil.

—¿Eso significa que puede empezar mañana?

—De acuerdo.

No quería defraudarla. Quizás mi primera impresión no había sido buena, pero seguro que, con el paso de los días, lograría comprenderlo. Quizás conseguía entender ese tono tan extraño que usaba. Además, ya había visto que yo era amable y que me interesaba por su país. Seguro que quería trabajar conmigo. Era imposible que le hubiese caído mal. Imposible.

# 27
# ANDREW

Esa chica iba a ser insufrible. Solo había necesitado esas horas con ella para saberlo. Estaba agradecido a Neil por la oportunidad, pero no tenía ni idea de cómo iba a aguantarla. De hecho, no sabía cómo Neil lo había hecho durante tanto tiempo.

Al día siguiente, tras confirmarse que sería el nuevo guardaespaldas de la cantante Sky Gallagher, llamé a mis padres para darles la noticia. No podía entretenerme demasiado, pero, debido a la diferencia horaria, era el único momento en el que podría hablar con ellos. En una llamada de no más de veinte minutos, me dio tiempo para explicárselo todo, incluidas mis primeras impresiones de mi nueva clienta.

—Parece que la pobre chica estaba nerviosa. —Rio mi madre al contarle lo del té y las referencias a Reino Unido.

—Mamá, solo le faltó llevar un casco de policía.

—Puede que haya caído en algunos tópicos, pero no olvides por qué necesitó a tu compañero en primer lugar. En el momento más vulnerable de su vida, confió en tu compañero y ahora debe de hacerlo contigo. No debe ser fácil para ella. Dale una tregua.

Las palabras de mi madre me dejaron pensando en que tenía razón.

—Está bien. Lo haré —prometí.

Al llegar a su casa, me esperaba Zoe Davis en la puerta, al igual que el día anterior. Me estuvo contando el horario de Sky y todos los sitios a los que debería de llevarla. Siempre había sido muy organizado, así que apunté todos los detalles en mi libreta. Después, me dio una copia de las llaves de la casa, que no debía de usar por mi cuenta bajo ningún concepto, y tras recalcarme que era muy

importante la puntualidad se marchó. Por primera vez, me quedé a solas con ella y no tenía ni idea de cómo iba a ir.

Permanecí sentado en una silla del salón unos veinte minutos, mientras seleccionaba las mejores rutas para llegar a tiempo a todo. Sin embargo, la casa estaba en silencio y era extraño. Gracias a su representante, sabía que Sky se encontraba allí, por lo que me empecé a impacientar e, incluso, preocupar. Además, según el horario, tenía una reunión muy importante en una hora, y el trayecto era de cuarenta y cinco minutos si no nos encontrábamos con mucho tráfico. Con toda la información en mente, opté por subir a la planta superior para buscarla.

Primero me dirigí hacia su habitación, la cual no había visto y que continuaba con la puerta cerrada. Di varios golpes, pero no hubo respuesta. Asumiendo que no me estaba ignorando, continué caminando sin un destino fijo. Ojeé todas las demás estancias que se encontraban abiertas y, para mi desgracia, vacías. Después, me fijé en una puerta cerrada y recordé lo que me contó Zoe Davis.

—Este es el estudio. Si está cerrado es porque, probablemente, Sky esté componiendo. Por lo general, recomiendo no abrirla. Si se la interrumpe, puede ponerse un poco… violenta.

Haciendo caso omiso a la advertencia, y comprobando que solo faltaban cinco minutos para marcharnos, la abrí con precaución. Sky estaba allí, tocando una melodía lenta y, por su cara, cargada de sentimiento. Desde mi posición, podía ver a la perfección a una artista concentrada en su creación. Con una mirada seria, pero apasionada. Tuve una sensación extraña, porque había algo en ella que me recordaba a cuando Meg pintaba. Solo que ella no era Meg. Era Sky, mi clienta, e íbamos a llegar tarde.

—Señorita Gallagher, deberíamos de marcharnos —anuncié sin elevar demasiado mi voz.

La música paró, después del sobresalto que pegó. Comprendí que la había asustado y que debería de haber hecho algún ruido al entrar para evitarlo. Cuando entendió lo que pasaba, respondió.

—¡Uy! Enseguida bajo —dijo con una sonrisa. Otra vez la notaba demasiado eufórica.

Miré mi reloj y le advertí.

—Tres minutos.

—¡Que sean dos! —me informó a la vez que salí del estudio.

Tal y como me había dicho, pasado ese tiempo, nos volvimos a ver en el salón.

—¡Hola! —saludó eufórica, de nuevo—. Perdona, llevo toda la noche con una melodía en la cabeza, me he metido en el estudio y… se me ha pasado la hora. ¡Menos mal que ya estaba vestida! —añadió, intentando ser divertida.

—No se preocupe, si salimos ahora estaremos a tiempo.

Me dirigí hacia la puerta, pero llamó mi atención y dejé de caminar.

—Oye, ¿puedo llamarte Andrew? —preguntó casi cohibida, con miedo.

—¿Perdone?

—Verás, a Neil nunca lo he llamado por su apellido. Me parece demasiado formal. Entonces, ¿puedo llamarte Andrew? —repitió, esta vez algo más segura.

Una de las reglas básicas de mi trabajo era que siempre había que mantener al cliente contento. Si ella quería llamarme por mi nombre, cedería. Todo por ganarme esa confianza que mi madre me había dicho que me costaría tener.

—De acuerdo.

—¡Genial, Andrew! —Celebró, como si fuese una pequeña victoria.

Una vez en el coche, volví a comprobar la ruta y arranqué en dirección a la reunión.

—Andrew. —Me sorprendió cuando llevábamos unos minutos en la carretera. La miré rápidamente por el retrovisor central, esperando a que continuase—. ¿Puedes no llamarme «señorita Gallagher»?

—Déjeme adivinar, Neil tampoco la llamaba así —contesté algo cansado. ¿Hasta qué punto tendría que hacer lo mismo que mi compañero?

—No, bueno, sí. Él me llama «señorita Sky». —Aprovechando el semáforo en rojo, me giré para hacer un breve contacto visual con ella, incrédulo—. Lo que pasa que Neil es… mayor —dijo con mucho

cuidado, como si él pudiese oírla—. Siempre he querido que me llame por mi nombre. Y tú no pareces mucho más mayor que yo. ¿Tienes treinta?

—Veintiocho —la corregí.

—Casi. Pero eso, eres joven y es raro que me hables de usted y me trates de señora. ¡Soy una post-adolescente!

El color verde frente a mí me salvó de decir lo que realmente pensaba en ese momento. Según la información que había estado leyendo de ella, Sky Gallagher tenía veintitrés años. Así que, sin decir nada y omitiendo su comentario, seguí centrado en llegar a nuestro destino.

—Entonces, ¿puedes tutearme y llamarme Sky?

En el momento en el que la conocí, supe que no lo iba a tener fácil. No sabía si se debía a que tenía demasiado ego o que quería ir de graciosa y no se le daba bien, pero tampoco quería ceder en todo. Lo principal en ese trabajo era el respeto y, sí, creía que eso aumentaba si se respetaban las formas. Por eso, volví a clavar mi vista brevemente en ella y seriamente, pero muy educado, respondí:

—No, gracias.

# 28
# SKY

—¿Perdona? —solté incrédula.

—Perdonada —respondió y, a través del retrovisor, pude ver cómo me guiñó un ojo. Me. Guiñó. Un. Ojo.

Ese chico, tal y como había creído desde un principio, iba a ser un dolor de muelas. No me caía bien y, como decían en las previsiones del tiempo, tampoco se esperaba que me fuese a caer bien. No sabía por qué le costaba aceptar aquella condición.

Mi día había comenzado regular. Esa noche, había tenido una pesadilla en la que estaban mi madre y mi abuela y debía de tocar una canción o un hombre las mataba. No recordaba la cara del hombre, pero no me extrañaría que fuese Andrew. Entonces, comenzaba a tocar el piano y sonó una melodía que no podía quitarme de la cabeza. Al despertar, continuaba ahí, por lo que me preparé rápido y fui al estudio a componerla.

Nada más escuchar las primeras notas, supe de qué quería que tratase y a quién quería dedicársela. Estaba ansiosa por acabarla y enseñársela al señor Scott. Porque aquella canción que había soñado, iba a ser el homenaje que las dos mujeres de mi vida se merecían.

Quizás, por todas las emociones que había tenido desde tan temprano, me encontraba un poco más irascible de lo normal, pero, en mi defensa, seguía siendo un idiota por no querer llamarme por mi nombre.

De camino a mi reunión, y en mitad del silencio que se había instaurado en el coche tras guiñarme el ojo, me tomé la libertad de compararlo con Neil. Físicamente, no se parecían en nada. Andrew estaba más musculado y su cara era muchísimo más seria. También que él daba miedo y mi anterior guardaespaldas no. En cuanto a

personalidad, eran polos opuestos. Y sí, no había estado con Andrew ni diez horas en total, pero ya creía saber cómo era. Desde el primer momento en el que conocí a Neil, pude hablar de todo porque me sentía cómoda a su lado. Sin embargo, con Andrew no me pasaba. Sentía que me juzgaría constantemente, dando igual lo que dijese o hiciese. No era cuestión de confianza, sino de lo que me transmitían.

—Ya hemos llegado, señorita Gallagher —habló, sacándome de mis pensamientos.

Comprobé la hora y descubrí que solo faltaban cinco minutos para que comenzase la reunión.

—Casi no llegamos, Andrew. Muy mal —le regañé como cuando un perro hacía algo mal. Por la prisa que me había metido, se notaba que no le gustaba ser impuntual.

—Lo lamento, señorita Gallagher. Para la próxima saldremos antes de casa para evitar los imprevistos del tráfico. Si mal no recuerdo, mañana a primera hora tiene una cita con el peluquero, por lo que estaré allí a las seis y media para recogerla.

—Eso es… demasiado temprano —conseguí decir. Sí, la tenía, pero a las ocho. Con cada respuesta que daba, más me confirmaba que no me había equivocado en mi primera impresión.

—Todo lo que sea necesario para que no llegue tan justa de tiempo a sus obligaciones, señorita Gallagher.

Una parte de mí se negaba a creer que aquella conversación estuviese siendo real. Quizás me estaba vacilando. O siendo condescendiente conmigo. Tal vez no supiese que era yo la que lo mantenía en el puesto. Pero había algo en su expresión que me hacía temer que, en el fondo, era una advertencia.

—Es una broma, ¿verdad? —quise saber, algo asustada.

Andrew no contestó, se limitó a bajar del coche y a abrirme la puerta. No me importó que lo hiciera. Salí, caminamos en silencio hasta la sala de reuniones de la discográfica, donde íbamos a pasar las siguientes horas hablando de mi nueva música y algunos planes de futuro, así como de eventos a los que debería de acudir para promocionarme o, simplemente, para que la gente no se olvidase de mí. Andrew abrió el portón, solo que esta vez, al pasar por delante de él, me dijo:

—Mañana lo descubrirá, señorita Gallagher.

Había frases que dependiendo del tono con las que se dijeran podían ser interpretadas de una forma u otra. A juzgar cómo había pronunciado esas palabras Andrew, sabía que el día siguiente iba a ser complicado.

***

Para la hora de la cena, ya me encontraba en casa. Tras un día tan agotador como el que acababa de tener, necesitaba esa tranquilidad que solo mi casa en silencio sabía darme. Un baño con sales, una *playlist* relajante y un *yakisoba* de pollo después, estaba lista para continuar con la composición de la canción. Sin embargo, ocurrió algo que no esperaba.

Sentada en la banqueta, y a punto de tocar la misma que por la mañana, mis dedos decidieron ponerse frente unas teclas totalmente distintas. Al presionarlas, los graves retumbaron en el estudio y me puse a jugar con más notas. Poco a poco, lo que había comenzado como una sorpresa, empezó a tener forma de una canción donde la frustración y la rabia eran el motor principal. No tardé mucho en comprender de dónde venía todo aquello. Esa noche, escribí dos frases de una canción que no sabía si se llegaría a publicar, pero que necesitaba sacar de mi corazón. Por lo que sí tenía claro es que estaba contando los días para que Neil volviera y apartase a Andrew de mi vista.

*You're not him, you're not the one I knew,*
*You don't make me smile the way he used to.*[8]

# 29
# ANDREW

Tal y como le había dicho a Sky, a las seis y veintiséis ya me encontraba en la puerta de su casa esperando a que marcase y treinta para entrar. Gracias a la ausencia de luz que había por las ventanas, supe que continuaba durmiendo y, por el genio que ya sabía que tenía, supe que no le haría ninguna gracia. Pero me daba igual. Quizás me estuviese jugando el puesto por tomarme esas libertades, pero ese era el efecto que tenía Sky en mí. No la soportaba y no me importaban mucho las represalias o consecuencias.

La noche anterior había intentado descubrir qué era lo que tanto me molestaba de ella, pero no lo descubrí. Di un par de vueltas en la cama y, cansado por la situación, opté por hacer lo más inteligente: mandarle un mensaje a mi compañero, el cuál sí la conocía.

**Andrew**

Buenas noches, Neil. Me comentaste que tenías un informe personal y más detallado sobre Sky Gallagher. ¿Podrías pasármelo? Muchas gracias.

No obtuve respuesta hasta que el reloj marcó las seis y veintinueve.

**Neil**

Buenos días, Andrew. Aquí te lo dejo. Y ten un poco de paciencia con ella, puede ser un poco intensa, pero es muy buena persona. Ánimo.

**Andrew**

Muchas gracias

No quería faltar a mi palabra, por lo que no pude entretenerme a charlar con él y me prometí llamarle más tarde. Cuando los dígitos cambiaron, metí la llave en la cerradura y abrí la puerta. Por el silencio, confirmé mis sospechas. Con mucha cautela, subí hasta la segunda planta y paré al llegar a su habitación. Descubrí que Sky dormía con la puerta abierta. Por desgracia, la oscuridad no me permitía ver mucho más allá de su silueta en la cama, así que, sin pensar demasiado, le puse remedio.

—¡Señorita Gallagher, llegamos tarde! —grité a pleno pulmón, a la vez que encendía la luz. Si ella no me había oído, estaba seguro de que sus vecinos sí.

Con la sala iluminada, pude ver sus movimientos mucho mejor. Cómo pasaba de estar abrazada a su almohada. Cómo se asustaba. Cómo me miraba muy enfadada, con su pelo alborotado y sus ojos casi cerrados.

—¡Dios, Andrew! —me recriminó, mientras se sentaba en el colchón y escondía su cabeza entre las piernas—. ¡El pulso me va a mil!

—Lo lamento —mentí y esperé que ella supiera que era así—. Ya le informé ayer que vendría a esta hora. No esperaba encontrarla dormida.

Ella levantó de nuevo su cabreada mirada y la clavó sobre mí.

—Claro, porque cuando has entrado y has visto mi casa a oscuras, has subido las escaleras y has venido a mi habitación, que estaba con la luz apagada, has pensado «¡Qué buena es Sky que, además de despierta, quiere jugar al escondite!», no te fastidia.

Debía de reconocerlo, eso había tenido gracia, pero reprimí la sonrisa porque no iba a darle el gusto de saberlo.

—Ya que está despierta, aproveche y arréglese. No me gustaría que llegase justa o tarde a su cita.

—¡Es dentro de dos horas! —respondió exasperada.

—En una hora y veinticuatro minutos, para ser exactos —informé tras mirar mi reloj.

Sky soltó un gruñido y se tumbó bocarriba con los ojos abiertos. Si le pasaba como a mí, sabía que no iba a volver a dormirse, que solo estaba organizando un poco su día antes de comenzarlo. Pero

como no la conocía apenas, me quedé en la puerta para asegurarme de que me hacía caso. Mientras ella seguía en su mundo, me tomé la libertad de observar su habitación.

La cama, que era más grande que una de matrimonio, estaba justo en el centro, perfectamente alineada con la puerta en la que estaba. A sus laterales había dos mesitas de noche. La de la derecha tenía una lámpara y en la de la izquierda reposaba su móvil sobre un cuaderno rojo pequeño. Desde mi posición, llegaba a ver que sus ventanas daban al jardín. Debajo de una de ellas, había un piano sobre su soporte y otra libreta, solo que abierta y negra. En las paredes laterales, estaban las dos puertas que, según lo que me comentó su representante, se trataban del baño y del vestidor. Sin duda, era una sala grande y amplia, gracias al blanco.

Cuando volví a comprobar si Sky seguía despierta, la encontré con su vista clavada en mí.

—¿Se puede saber qué haces? —quiso saber algo más tranquila, aunque visiblemente cansada.

—Estaba echando un vistazo a la habitación, ya que ayer no pude —le recriminé. Antes de darle tiempo a contestar, continué—. He visto un par de cosas que no me gustan. ¿Por qué duerme con las cortinas abiertas, señorita Gallagher?

—¿Por qué me gusta?

—No quiero meterme en su gusto, ni mucho menos, pero dejarlas abiertas podría causar problemas en cuanto a seguridad. La ventana da al jardín, pero eso no significa que nadie…

—Andrew, suficiente —me interrumpió—. Es muy temprano para tus cosas de seguridad obsesivo. Vete, siéntate en el sofá, hazte un té o un café, ¡me da igual!, pero vete. Déjame arreglarme tranquila.

Una de las razones por las que mi jefe estaba contento conmigo era porque decía que era de los pocos que sabía cuándo callar, asentir y obedecer. Y esa era una de esas veces.

—Como usted desee, señorita Gallagher.

Me dispuse a salir de la habitación, pero antes debía de decirle algo que sabía que la sacaría de quicio.

—Por cierto, bonito pijama.

Antes de llegar a las escaleras, la escuché ahogar un grito en su almohada. Y sonreí.

# 30
# SKY

—Por cierto, bonito pijama.

Lo dijo en ese tono que estaba comenzando a odiar. Sin embargo, esperé a que se marchase para mirarme y comprender a lo que se refería. Llevaba puesto uno de manga larga, pero el problema no era ese, sino más bien la frase que llevaba en mi pecho «Experta en siestas y otras actividades horizontales». Muerta de vergüenza, cogí mi almohada, la estampé contra mi cara y grité. No eran ni las siete y ya quería volver a dormirme y despertarme al día siguiente.

Una vez estuve vestida, con la ropa más sencilla que encontré, bajé a coger algo para comer. Iría a la peluquería para un tratamiento y un peinado, y contaba con pasarme toda la mañana allí, así que no quería morirme de hambre. Al bajar las escaleras, pude oler a café. No tardé mucho en comprender la situación: Andrew estaba en mi cocina haciéndose uno.

—Buenos días, señorita Gallagher —dijo nada más verme aparecer. Tras eso, cogió la taza que tenía frente a él y le dio un sorbo—. Como no me ha dicho cómo lo toma, en la cafetera tiene para que se lo prepare usted.

—Gracias —conseguí decir aún avergonzada por el maldito pijama. Nunca más iba a ponerme el regalo de Zoe.

En silencio, me lo preparé, con un poco de leche y azúcar, y le di un sorbo con la esperanza de que me activase y me diese fuerzas para todo lo que se venía. Mientras le daba otro, ya que no había funcionado, me permití mirar a Andrew. Era extraño verlo de aquella manera, tan calmado y relajado. Cualquiera diría que ese hombre era el mismo que me había gritado hacía menos de media hora.

—En diez minutos tendríamos que estar en el coche —me informó rompiendo la tranquilidad que había logrado tener.

—Te odio —solté por lo bajo. No lo decía en serio, pero tampoco en broma. Era más una verdad a medias.

Podía asegurar que, por un milisegundo, vi cómo sus ojos se habían achicado y que, detrás de la taza, se escondía una pequeña sonrisa. Volví a clavar mi vista en él, intentando descubrir si eran imaginaciones mías.

—Ocho minutos —anunció con seriedad.

Consciente de que se me acababa el tiempo, terminé mi bebida y cogí algunas galletas del armario. Esperaba que fueran suficientes para evitar tener que comer dentro de la peluquería. No me gustaba hacerlo desde una vez que, cuando era actriz y tenía a los fotógrafos encima, me hicieron fotos que terminaron en revistas del corazón acompañadas por comentarios criticando mi cuerpo. Como si una comida en una peluquería determinase mi estilo de vida. O como si ellos fuesen alguien para hablar sobre mi cuerpo.

Cuando a Andrew le pareció una hora prudente para marcharnos sin llegar tarde a mi cita, nos metimos en el monovolumen negro y fuimos dirección a prepararme para el evento que tenía a la noche.

***

—Estás preciosa, Sky —soltó Zoe al verme bajar por las escaleras de casa.

—Gracias —respondí modestamente.

—Jack ha hecho un gran trabajo.

—La modelo también ayuda, creo yo —le repliqué burlona.

Aunque sí que era cierto que mi peluquero me había dejado guapísima. Mi larga melena oscura, ahora se encontraba recogida en un moño bajo. Era algo sencillo, pero después de haber pasado toda la mañana sentada en una silla, aprendí que lo sencillo no siempre quería decir fácil. En cuanto al maquillaje, había optado por no ir muy llamativa, la sombra de ojos ligeramente oscura, los labios un poco rojizos y un pequeño toque de colorete cumplieron su cometido. Y todo aquello se complementaba estupendamente con

un vestido largo negro ajustado, sin cuello y de mangas largas, que me dejaba la espalda al descubierto. Zoe, después de rebuscar un poco en mi joyero, había logrado dar con unas pulseras doradas que me habían regalado hacía un tiempo y que encajaban con los pendientes del mismo tono que ella me había traído.

—No. —Me sorprendió la voz de Andrew, que se encontraba al lado de mi representante y le había pillado echándome una mirada rápida.

—No, ¿qué? —quise saber.

—Esos zapatos no. Cámbieselos.

No era una sugerencia, sino una orden. Me miré los pies y a los preciosos zapatos de tacón altos y finos que me habían prestado para la ocasión. Gracias a los años haciéndolo, era capaz de caminar con ellos sin caerme o romperme un tobillo.

—¿Por?

—¿Los va a llevar toda la noche, señorita Gallagher?

—Por supuesto que sí. ¿Algún problema, Andrew? —Fijé mi mirada con la suya, desafiándolo. A ver qué tenía que decir.

—No son adecuados —dijo muy calmado—. En caso de que, Dios no lo quiera, ocurriera una emergencia, tendría que salir corriendo y dudo mucho que pueda hacerlo sin ponerse en riesgo a sí misma o a los demás.

—¡Dios, Andrew! ¿Pero a dónde te crees que vamos? ¿A la guerra? —No reaccionó, así que me tomé la libertad de seguir—. Pues no. Vamos a un evento de maquillaje que organiza una revista de moda. Lo peor que puede pasar es que dos famosos se peleen en público.

Nos quedamos en silencio los dos. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de que seguíamos con los ojos clavados el uno en el otro. Y que Zoe seguía ahí con nosotros. Observándonos como si fuese un partido de tenis, pero decidió hablar y romper ese momento tenso.

—Bueno, aunque el señor Cooper sí que es un poco extremista, lleva algo de razón. Además, Sky, no me digas que estás cómoda porque me los he probado esta tarde y ese no es un adjetivo con el que pueda describir lo que he sentido. Por eso he traído más

opciones. Subamos arriba, busquemos otros y todos contentos, ¿de acuerdo?

No quería seguir discutiendo, al menos no frente a ella, así que accedí y me los cambié. Cuando volví a bajar con unos similares, pero más cómodos y con tacones más bajos, Andrew les dio el visto bueno.

Un poco más calmada, me marché hacia el coche y dejé a Zoe hablando con mi guardaespaldas sobre cómo debía ser la noche. De nuevo, ella no vendría al evento y estaba algo nerviosa. La primera vez me dejó con Neil y conocí a Madison. Las siguientes veces, éramos mi amiga y yo. Pero esta iba a ser diferente porque Madison estaba trabajando, mi representante tenía un vuelo en un par de horas y tenía un nuevo guardaespaldas. Aunque nunca se me había dado mal socializar, prefería estar rodeada de gente que me quería a tener que presentarme constantemente.

Durante el trayecto, quise preguntarle que de qué iba, qué le pasaba conmigo y gritarle mil insultos, pero no lo hice. Me callé porque… Realmente, no sabía por qué me callé. Lo único que entendía era que me sacaba de quicio y que me daba rabia ser la única que se sentía así con él. Porque si a Zoe le hubiese caído mal, ya estaría despedido.

Me pasé las siguientes horas entre el *photocall*, las presentaciones, pequeñas entrevistas, saludos y alguna que otra charla sobre cosméticos, un poco distraída por eso mismo. Porque estaba enfadada conmigo misma. Porque yo no era así. Porque mi madre y mi abuela me habían enseñado a ser buena y educada con todo el mundo. Y lo hacía, pero con Andrew era imposible, por alguna razón que seguía sin comprender. Por suerte, después había una fiesta en una discoteca cercana a la que, evidentemente, iba a acudir.

Cómo no, gracias a la organización de Zoe, mi guardaespaldas ya sabía la dirección, así que tan solo tuve que subirme de nuevo en el coche y dejar que me llevase. Y, otra vez, lo hicimos en silencio.

Al entrar al lugar, eché un vistazo rápido. Era una sala gigante, con un pequeño escenario donde estaba el DJ y varias luces de colores que invitaban a bailar hasta saciarse. La barra se encontraba

en el lado opuesto del escenario. Sin embargo, como la discoteca estaba avisada de nuestra llegada, si queríamos bebidas podríamos pedirlas desde la zona VIP.

Seguí con la vista a esos creadores de contenido que habían estado conmigo en el evento para ver cómo entraban en una puerta que conducía al ala privada. Me dirigí hacia allí, con Andrew detrás, cuando escuché la voz de uno de mi equipo gritar mi nombre.

—¡Peter! ¿Qué haces por aquí? —No recordaba haberlo visto antes.

—Hoy no vengo en calidad de compositor, Sky, sino de *influencer*. Me ha invitado la discoteca para estar en la zona privada —me explicó—. ¡Hola, Andrew Cooper! —saludó tras de mí, algo efusivo. Sin duda, la copa de su mano no debía de ser la primera porque no lo conocía como para hablarle así. Intuí que el señor Scott, o Zoe, lo había puesto al día. Él se limitó a mover su cabeza a modo de respuesta.

—¡Genial! ¿Vamos?

Poco rato después, ya estábamos subiendo las escaleras que nos conducían a la sala. Al llegar, comprobé que era muy similar a la de abajo, salvo que en lugar de haber un DJ había sillones, que parecían muy cómodos. Pero antes de comprobarlo, me pedí una copa. No sabía si iba a beber mucho esa noche, pero después del día que estaba teniendo, la necesitaba.

Un par de horas más tarde, y unas cuantas bebidas también, Peter me contó abruptamente su relato sobre lo mal que le iba en el amor y por qué creía que iba a morir solo rodeado de gatos, aun siendo alérgico, para ir al baño rápidamente. Aprovechando, y sabiendo que cuando volviese a hablar no podría parar, hice lo mismo. Al llegar, vi que no había nadie más. Pensé que eso se debía a que era uno exclusivo para esa ala.

Mientras me lavaba las manos, entró una chica morena corriendo a uno de los cubículos y escuché cómo comenzaba a echar hasta la primera papilla. Quizás porque me daba pena que estuviese sola, o porque me había parecido muy joven, me acerqué a ella.

—¿Estás bien? —Era una pregunta absurda, lo sabía.

—Estupendamente —respondió claramente borracha.

Al terminar, se puso de pie torpemente y, al pasar por mi lado, me miró con cara de pocos amigos. Luego, fue hacia los espejos para limpiarse la cara y la boca. Su maquillaje debía de ser del bueno porque casi no se le había movido.

Por alguna razón que no supe entender, continué en el sitio, observando sus movimientos. Al hacerlo, descubrí que la conocía. Era actriz y, aunque nunca habíamos trabajado juntas, sí que había visto alguna de sus películas.

—¿Qué? —me espetó. Clavó sus ojos marrones en los míos, esperando una respuesta.

—Eres Danielle Reed, ¿verdad? —Ella suavizó un poco su mirada, había acertado. Le di las gracias a mi cerebro por recordar su nombre.

—No me hago fotos —logró decir. Y es que, aunque hacía unos minutos había expulsado una gran cantidad de líquidos, estaba convencida de que sus venas ya no tenían sangre, sino alcohol. Seguía tambaleándose un poco. Le costaba pronunciar bien. Sin duda, borracha era una palabra que se quedaba corta para describirla.

—Ten cuidado, ¿vale? —En un movimiento muy torpe, logró cruzarse de brazos—. Estás en una discoteca con gente famosa, pero también con seguidores y periodistas. Hay móviles que están grabando por todas partes. Sé quién eres y sé a qué te dedicas, y ellos también. Un vídeo tuyo borracha en una fiesta, puede cerrarte muchas puertas. Y no creo que quieras que tu reputación y tu carrera se vayan al traste por pasarlo bien una noche.

Al decirlo, me di cuenta de que había parecido más una amenaza a un consejo. Ella no sabía por qué se lo decía, pero yo tampoco, sinceramente. No sabía por qué me estaba metiendo en su vida, en sus problemas. Ni siquiera sabía si su estado era puntual, pero lo había hecho. Porque estaba en aquel baño sola.

—Primero, no me conoces y no sabes lo que yo quiero o dejo de querer. Segundo, ¿es una amenaza? Tercero, un poco hipócrita viniendo de tu parte, ¿no crees?

—Yo también fui actriz y sé lo que exigen, por eso… —Antes de excusarme, me centré en lo último—. Yo no estoy borracha.

Que había bebido era un hecho, pero ni en sueños estaba a su nivel.

—Y, por último —continuó—, no te he pedido consejo. Así que, adiós —Se marchó y me dejó de nuevo sola.

Andrew no había entrado al baño de las mujeres, pero sí que se había quedado cerca de la puerta. Por eso, al salir, se acercó a mí.

—¿Va todo bien, señorita Gallagher? —De no haber sido Andrew, diría que hasta había sonado preocupado.

—¿Vas a quedarte de pie toda la noche? —Intenté no sonar borde, pero quizás el alcohol lo hubiese complicado un poco.

—Es mi trabajo.

—Ánimo.

Le di una palmadita en el hombro y volví con Peter.

29 de enero de 2023

Hola, amigo,

Ayer estuve de fiesta, son las seis de la tarde y creo que sigo de resaca. ¿Esto es lo que siente la gente mayor?

La fiesta duró tanto que cuando salimos de la discoteca, pudimos disfrutar de la salida del sol. Ha sido precioso. Estuve toda la noche con Peter (mi compositor) y siempre bajo la atentísima mirada de Andrew. En serio, creo que estoy empezando a desarrollar un sexto sentido o algo porque no dejo de SENTIR que me mira constantemente. Lo que no entiendo es por qué con Neil no me pasaba y con él sí.

En fin, cuando he llegado a casa me he desvestido como he podido y me he tirado en la cama. Sin desmaquillarme ni nada. Y no sabes lo mucho que me arrepiento ahora mismo de esa decisión. Supongo que me toca cambiar las sábanas y hacer la colada…

Pero hoy es un nuevo día, aunque sea por la tarde, y debo tener energía nueva. Y por eso te escribo. Últimamente siento que no lo hago tanto como querría por el miedo a quedarme sin páginas. De verdad, no sé qué haré cuando eso pase.

No sé cómo lo voy a hacer. Estoy desesperada. Por favor, amigo, ayúdame. Mándame una señal o escribe aquí tu respuesta para que cuando vuelva a abrirte pueda leerlo. Por favor.

Voy a darme un baño, tienes 30 minutos.

Con cariño,

Sky, la que espera un milagro mientras está resacosa.

# 31
# ANDREW

Después de dejar a Sky en su casa, me fui a mi piso para descansar. No sabía cuándo querría algo y necesitaba tumbarme en el colchón. Eso es lo que estaba haciendo en el momento en el que el sonido de la lluvia me despertó. O, más bien, cuando lo hicieron los truenos cayendo cerca de mí.

Algo sobresaltado y desubicado, me levanté, agarré mi teléfono y comprobé que tan solo había dormido cuatro horas. Conociéndome, sabía que no podría volver a conciliar el sueño, así que opté por levantarme. Me duché, tomé café, revisé el correo y, al acabar, abrí el archivo que me había enviado Neil, ya que aún no había tenido la oportunidad de leerlo.

El informe estaba muy bien. Además de los detalles básicos, como el nombre completo, el grupo sanguíneo o los nombres de sus familiares, también había incluido algunos datos y anotaciones que me serían muy útiles. Tal y como me había comentado Neil, su vida no había sido tan fácil como debería de haber sido. De pequeña, perdió a su madre y unos años después a su abuela, quedándose completamente sola antes de sus veinte.

La primera vez que vi a Sky, supe que se me hacía familiar, pero no fue hasta leer el nombre de una de sus series que caí. Era la protagonista de aquella serie que hacía unos años tanto le gustaba a Meg. Ser consciente de eso me dejó una sensación extraña porque lo primero que pensé en hacer fue llamar a Meg para contárselo, pero ya no podía.

Sacudí la cabeza para volver a la realidad y al presente. En la opinión personal que había escrito Neil, me di cuenta de que no conocíamos a la misma persona. «Tiene la cabeza en su sitio. Es

educada, atenta y con un gran corazón». Sin duda, esos adjetivos no describían a la Sky que había dejado en su casa hacía unas horas.

Me centré de nuevo en el archivo y vi que se desconocía quién era el padre de Sky. Estaba seguro de que mi compañero lo habría investigado, pero decidí que también lo haría yo.

Acerqué la libreta que usaba para apuntar las cosas importantes, como las personas que se habían acercado la noche anterior a Sky, busqué una nueva hoja y apunté «¿Quién es el padre?» en el margen superior. Con un poco de suerte, tendría una respuesta pronto. Después, pasé la siguiente hora transcribiendo mis notas al ordenador para enviárselas a mi jefe más tarde.

Al día siguiente, la lluvia no cesó. Parecía el fin del mundo. Por suerte, llevaba casi cuarenta y ocho horas sin salir de casa, gracias al día libre que me dio la representante de Sky. Pero eso no iba a ocurrir dos veces, por lo que comprobé que todas las ventanas estuvieran bien cerradas y fui a trabajar.

Nada más llegar, la encontré sentada en el sofá con un pijama de seda oscuro —nada parecido al que le había visto el otro día—, comiendo helado de chocolate y viendo una película.

—No esperaba que vinieras hoy. Y menos con la que está cayendo —dijo nada más verme.

—Solo es agua.

—Estoy viendo *Mamma Mia*, ¿quieres verla? —Me sorprendió.

Por lo general le habría dicho que no. Habría declinado su oferta y me hubiese quedado sentado en algún lugar de la casa, haciendo papeleo, pero ya no tenía nada más que hacer y algo en ella, en su mirada, me hizo querer quedarme allí.

—Vale.

En lugar de sentarme en el sillón, lo hice en el sofá, a su lado. Quizás porque estaba intentando encontrar a la Sky que Neil había descrito o porque quería descubrir qué le pasaba. A menos que fueran imaginaciones mías.

—¿Eso es helado de chocolate? —asintió—. ¿En invierno?

—Es algo así como una tradición.

Calló y ambos nos quedamos en silencio, viendo cómo una chica rubia estaba en la playa y empezaba a sonar una canción. Al

terminar la escena, me sorprendió su voz.

—No te voy a dar de mi bol.

—¿Perdone? —Me la quedé mirando. No sabía cómo Neil había usado la palabra amable para describirla.

—Te digo que si quieres helado de chocolate no te voy a dar de mi bol. —No me dio tiempo a responder—. En el congelador hay una tarrina y ya sabes dónde están las cosas en la cocina, ¿cierto? —asentí—. Pues si quieres, ya sabes lo que debes hacer.

Ella volvió a fijar su mirada en el televisor, a la par que yo me quedaba sin palabras. Fuera hacía demasiado frío y no me apetecía, pero ese gesto era de agradecer. Esa sí se parecía a la Sky que Neil debía conocer.

—¿Por qué comer helado en enero? —quise saber, aunque esperé a que terminase la canción para interrumpir. Me había fijado en que no le gustaba que hablase con la música.

—¿Y por qué no hacerlo? —soltó. Su tono no era borde, solo indiferente.

La película estaba llegando a su fin y nosotros habíamos permanecido en silencio casi todo el rato. No fue hasta que la protagonista estuvo a punto de casarse, cuando Sky lo rompió con una carcajada. Fijé mi mirada en ella. No comprendía lo que le había causado tanta gracia.

—Me acabo de dar cuenta de que cuando me case, si eso llega a pasar algún día, no voy a tener a nadie que me lleve al altar —me explicó con una sonrisa que se notaba forzada—. No es ningún secreto, así que supongo que sabrás lo de mi madre y mi abuela —asentí con la cabeza—. Pues… simplemente eso.

Suspiró y volvió a sonreír de una forma muy triste. Se metió una cucharada de helado en la boca y se centró en la pantalla. Conocía a Sky desde hacía muy poco, por lo que no sabía si aquel estado de tristeza era normal en ella. Pero recordé las notas de Neil y cómo decían que le costaba hablar de sus sentimientos.

—¿Estás bien? —pregunté calmado.

—Es la segunda vez en dos días que me lo preguntas —contestó clavando su mirada triste en los míos.

—Es la segunda vez en dos días que no me respondes —repliqué.

Cuando en la fiesta salió del baño, noté que la alegría con la que había entrado se había esfumado. Sin embargo, al preguntarle me dio una evasiva.

—¿Sí? —Se quedó pensativa—. Sí, puede ser. Por cierto, ¿ahora me tuteas? —Fingió sorprenderse.

—Puede que lo esté reconsiderando… —mentí. La verdad era que me había relajado y la había tratado como a alguien cercano. Pero sabía lo mucho que le molestaba, por lo que lo cambié solo para fastidiarla—. Responda a mi pregunta, señorita Gallagher, y veré qué hago.

Por un momento, vi cómo una pequeña sonrisa se dibujaba y quería escaparse de su boca, pero la contuvo y, con la canción de los créditos sonando de fondo, contestó con sinceridad.

—No mucho. No sé… Yo… No sé. —Desistió a encontrar las palabras correctas.

—¿De ahí el helado?

—Y la película. Cuando estoy así, no hay nada mejor que ponérmela y comer helado de chocolate. A veces puedo omitir la parte del helado, pero nunca de la película —me explicó.

—¿Y ayuda?

Se quedó pensativa, intentando descubrir si se sentía mejor ahora que la película había acabado y el bol casi vacío.

—No soluciona nada, pero supongo que sí.

—Me alegra oír eso, entonces.

Quedarnos en silencio mirándonos fijamente se estaba convirtiendo en lo común entre nosotros dos. Hasta que la canción dejó de sonar. La observé sin perder detalle de todos sus movimientos, cómo cogía el mando de la televisión para apagarla, cómo dejaba el bol en la mesa frente al sofá, cómo volvía a sentarse con las piernas cruzadas, cómo volvía a observarme, como si quisiera decir algo y estuviera luchando por hacerlo.

—Creo que no, que no estoy bien —soltó con una de esas sonrisas que poco tenían de felicidad—. El otro día, en la fiesta, me

encontré a una chica en el baño y desde ese momento estoy… que no sé cómo estoy.

—¿Qué pasó?

Gracias a mis notas de aquella noche, sabía el nombre de la joven: Danielle Reed, una actriz y cantante que, según Internet, nunca había tenido ninguna relación con Sky. Si me contaba algo grave, sabría contra quién tomar medidas.

—Entró al baño para vomitar. Estaba borracha. Muy borracha. Y sola, Andrew, completamente sola. Y puede que me metiera un poco en su vida, pero había fotógrafos por todas partes y la prensa es… —Trató de excusarse—. Pero verla ahí sola, en uno de sus peores momentos, hizo que me preguntase si no tendría una familia que se preocupase por ella.

—¿Y qué ha pasado desde entonces? —Sabía que debía de haber algo más.

—Mi cabeza. Eso ha pasado —dijo dándose un golpecito en la frente—. Ayer estuve bien. Con resaca, como era de esperar. El problema ha sido esta noche. Durante una pesadilla, he tenido la respuesta a esa pregunta, pero para mí.

—¿Para ti?

—Sí. No la recuerdo del todo, pero sí cómo una persona que no había visto nunca se acercaba a mí y me preguntaba «Y tú, ¿tienes una familia que se preocupe por ti?» y ahí me he despertado. —Sus ojos comenzaron a ponerse vidriosos, pero ella no iba a permitir que ninguna lágrima saliera. Por supuesto que no—. Y en estas estoy. Acabando de ver una película sobre una chica con una familia increíble y que tiene tres posibles padres. Igual no ha sido la mejor elección para hoy —soltó con una pequeña risa.

—Igual no. —Intenté no sonar brusco—. Permíteme decirte que con el poco tiempo que llevo aquí he visto que sí que tienes una familia. Puede que no sea de sangre, pero es una familia. Tu familia.

Asintió. Sabía lo que era perder a alguien a quién querías y echarla de menos todos los días. Mis padres estaban a kilómetros de mí, pero a una llamada de teléfono, si el horario lo permitía. En cambio, con quienes hemos perdido para siempre, no tenemos esa opción.

# 32
# SKY

Había pasado un par de días desde que me abrí, un poco, a Andrew. No tenía intención de hablar con él sobre el tema, pero así se dieron las cosas. Después de charlar, el día transcurrió sin ninguna conversación más. Y eso que intenté que hablase de él, pero contestaba muy escuetamente y luego cambiada de tema.

Cuando se marchó, la lluvia no había dejado de caer y, aunque me encantaba el sonido de las gotas sobre la ventana de mi habitación, decidí coger esos sentimientos y me metí en el estudio para intentar sacarlos de alguna manera.

Empezar canciones y no terminarlas era algo que se me daba especialmente bien, así que no fue de extrañar que optase por abrir una página en blanco de la libreta que reposaba sobre el piano y que siempre utilizaba para escribirlas.

Me senté en la banqueta e hice lo que mejor me ayudaba a la hora de componer: tocar teclas aleatoriamente. A veces, no sabía qué sonido estaba buscando hasta que sonaba la nota correcta y, a partir de esa, comenzaba a enlazarlas con otras hasta que formaba la base del borrador de una canción.

Pensé que mi cabeza necesitaba expresar ese sentimiento del miedo a la soledad que llevaba sintiendo las últimas horas, pero, en su lugar, empecé a tocar una melodía más rápida, similar a otra que comencé unos días atrás. No fue hasta que la terminé que comprendí lo que acababa de hacer: escribir una canción sobre mi nuevo guardaespaldas y lo poco que se parecía al anterior.

Mezclar la letra con la base no resultó ser muy complicado. Los versos que tenía encajaron a la perfección y continué escribiendo sobre esa odiosa comparativa, sobre cómo me sacaba de quicio su

soberbia y sobre esas pequeñas diferencias que había notado. Bastaron unas horas para terminar *Don't you dare*[9].

A la mañana siguiente me encontraba en la mesa de mi salón apuntando en una libreta todas las cosas que tenía que contarle a Madison y todas las actividades que quería que hiciésemos juntas. En unos días estaría de vuelta de su retiro de composición y eso significaba que tendríamos que quedar para ponernos al día. Y la había echado de menos cada día.

Escuché cómo la puerta de la calle se abría e instintivamente levanté mi vista hacia allí. Me encontré con Andrew con el pelo mojado y una cara que no animaba a hablarle. Aun así, lo hice.

—¿Sabes que hay una cosa que te protege de la lluvia, verdad? —Su respuesta llegó en forma de una de sus miradas, de esas que me hacían quedarme callada. Volví a centrarme en el papel, pero caí en la hora que era y sentí la necesidad de hacérselo saber—. Llegas tarde.

—Hoy no, por favor —dijo derrotado. Era extraño verlo de aquella manera a las ocho y media de la mañana.

—¿Quieres hablar?

—¿No deberíamos salir dentro de veinte minutos? Porque a menos que vayas a ir en pijama, creo que deberías de cambiarte —soltó señalando mi vestimenta.

Ahí estaba el Andrew de siempre. Pero tenía razón. Había estado tan centrada en lo mío que había perdido la noción del tiempo. Al pasar frente a él, le dije:

—En el baño tienes toallas secas. Por si quieres secarte el pelo, al menos.

—Gracias.

Y ambos nos pusimos manos a la obra. Él al baño y yo a mi habitación a ponerme la ropa que tenía preparada desde la noche anterior. Algo sencillo, pero también cómodo. Al final, íbamos a la reunión con el señor Scott y no necesitaba destacar de ninguna manera especial.

Para cuando unas horas más tarde volvimos a casa, la lluvia comenzaba a aflojar y la luz de fuera casi ya no era visible.

—Me muero de hambre, ¿te vas a quedar a cenar? —pregunté tirándome en el sofá.

Andrew había estado más callado de lo normal y durante la reunión pude verle consultar su teléfono un par de veces a través del cristal de sala. Nunca antes lo había visto tan centrado en su pantalla. Me incorporé para poder observarlo bien, pero él ya estaba con su móvil, otra vez.

—Disculpa, ¿qué me has dicho?

—Que si quieres quedarte a cenar.

—Ah, no, no puedo —respondió rápidamente—. En cuanto me digas que me puedo marchar, me iré a casa porque tengo… un asunto. Pero gracias.

—¿Un asunto? —Cotilleé.

Cuando yo tenía «un asunto» solía ser que había quedado con un chico. Pensé, ilusamente, que ese momento era el perfecto para que mi guardaespaldas se abriese a mí y me contase un poco más de su vida, como si tenía pareja.

Andrew elevó de nuevo su vista hacia mí. Leyó en mi rostro todo lo que pensaba y contestó seriamente, y hasta un poco ofendido.

—No ese tipo de asuntos, señorita Gallagher.

Algo decepcionada, volví a tumbarme. Después de nuestra charla, había conseguido que me tutease, pero aún se resistía a decir mi nombre. Por el momento.

—Entonces, voy a pedir una pizza para mí —anuncié.

Y mientras seleccionaba la que mejor pinta tenía en la fotografía, escuché una melodía que me resultaba vagamente familiar, pero que no terminaba de reconocer. Y procedía del último sitio del que pensé que podría venir: del teléfono de Andrew.

Creía que a las personas se las podía conocer por el sonido de llamada que usaban en sus móviles. Si utilizaban un sonido predeterminado podían ser prácticos, tradicionales o, incluso, un poco mayores. Si usaban una canción, eran más románticos. Si tenían algún sonido gracioso… a esos mejor tenerlos lejos. Y si tenían el teléfono en silencio eran de los míos. Aunque, debido a la pérdida de algunas llamadas importantes, estaba aprendiendo a tenerlo con sonido.

Andrew era de los segundos y me molestaba porque no encajaba con la idea que me había hecho de él. Yo tenía el estribillo de *Hello* de Adele porque era perfecta. Pero él tenía una canción instrumental que me sonaba muchísimo.

Mientras yo estaba un poco en shock por descubrir que mi guardaespaldas tenía música personalizada en su móvil, se alejó y se fue a la cocina. Supuse que para tener más intimidad. Y mi casa era grande, pero cuando soltó un insulto lo pude escuchar a la perfección. Aunque me moría de ganas por saber qué le había pasado, puse todo mi esfuerzo en quedarme quieta en el sofá. Y lo conseguí hasta que minutos más tardes volví a escuchar su voz claramente.

—Venga ya, no me jodas, tío.

# 33
# ANDREW

La mañana había comenzado mal. Fatal. Horrible, para ser más exactos. Esa noche, mi salón se había convertido en una pequeña piscina, seguramente debido a las fuertes lluvias de los últimos días. Lo limpié todo, revisé que no hubiese goteras y cerré la llave del agua lo más rápido que pude porque llegaba tarde al trabajo. Salí con tanta prisa que hasta me dejé el paraguas a la entrada.

Durante la reunión entre Sky y su equipo, y aprovechando que no se me requería estar dentro, me quedé en la puerta hablando por mensajes con Martha, mi casera. En aquel momento agradecí de que fuera una de esas señoras mayores que disfrutaba yendo a clases de informática con sus amigas de la tercera edad. Le expliqué todo lo ocurrido y me pidió permiso para ir a verlo para comprobar cómo continuaba, a lo que accedí. Pero la reunión terminó y no tenía noticias de ella, por lo que empezaba a impacientarme. Porque no podía ser una buena señal.

Fue al poco de volver a casa de Sky cuando me llamó. Había olvidado que tenía el móvil en sonido, así que cuando escuché las notas de la versión instrumental de *Before you go* de Lewis Capaldi, me disculpé y fui a la cocina a hablar.

Martha me explicó que no solo se había reventado una tubería, sino que, debido al temporal, se había visto afectado el edificio al completo. Irían a arreglarlo pronto para evitar otros problemas, pero, al ser una construcción antigua, no sería rápido.

—¡Joder! —Elevé un poco mi voz nada más colgar.

Necesitaba encontrar con urgencia un nuevo sitio donde quedarme durante mínimo una semana, como me había advertido mi casera. Sopesé mis opciones y, antes de llamar a cualquier hotel, decidí preguntarle a Blake, al cual no veía desde que había

comenzado a trabajar con Sky por falta de tiempo. Por suerte, no tardó en contestar. Después de un breve saludo, le puse al corriente de mi situación.

—Lo siento, Andrew, ayer me vine a Washington un par de semanas —respondió—. Si hubieses aceptado la copia de las llaves que te dije que te quedaras, ahora podrías tener una casa —me recriminó.

—Venga ya, no me jodas, tío —solté algo borde.

—¡Eh! Solo te digo que…

—Sí, lo sé. Perdón. Hoy no estoy teniendo un buen día. Disfruta de tus vacaciones, tío —dije intentando no pagarlo con él.

—Gracias y ánimo. Esta noche quiero que me mandes una foto de tu cama, que quiero asegurarme que duermes en una.

Si no hubiese estado tan frustrado, hasta me habría reído por aquel comentario. Nos despedimos y me puse a buscar hoteles cerca de casa de Sky inmediatamente. Dado que era mi única solución, no quería pensar en el dinero que me iba a gastar. Solo esperaba no dejarme todo mi primer sueldo.

—¿Va todo bien? —Me sorprendió una voz a mi espalda. Al darme la vuelta, vi a Sky mirarme con curiosidad desde el marco de la puerta.

—Claro.

—¿Sabes qué pasa? —dijo acercándose un poco—. Que no te creo. Has estado todo el día pendiente del móvil, dices que tienes un asunto —comenzó a enumerar, recalcando la última palabra—, te escucho insultar desde el salón… Así que dime, Andrew, ¿qué te pasa?

En ese mismo momento, descubrí que Sky también podía ser observadora cuando quería. O que yo debía de haber estado haciendo muy mal mi trabajo para que se diese cuenta.

—No es… —No sé si fue su mirada que seguía fija en mí o su cara que me aseguraba que seguiría insistiendo hasta descubrirlo, pero cedí—. Mi piso se ha inundado y estoy buscando un hotel donde pasar la semana —resumí lo más brevemente posible.

—¡Eso es horrible! ¿Y por qué no te quedas en casa de algún amigo?

—No está en la ciudad. Así que, si me lo permites, voy a seguir buscando hotel.

Al acabar mi frase, pude ver a través de sus ojos cómo se movían los engranajes de su cabeza. Planeaba algo, pero antes de saber qué era, se marchó al salón de nuevo y yo volví a centrarme en mi móvil.

Un rato después, tenía dos opciones que me gustaban. La primera era más barata, pero estaba más alejada. Mientras que la otra era justo lo contrario. Sopesé los pros y los contras y, una vez decantado por la más cercana, comencé a rellenar todos los datos para hacer la reserva.

—¡Suelta ese móvil! —me ordenó Sky, quién había venido corriendo. Me la quedé mirando y, por supuesto, no le hice caso—. Andrew, he hablado con Zoe y tenemos la solución a tu problema.

—No me gusta por dónde va esto…

Ni en un millón de años habría adivinado lo que estaba a punto de decir.

—¿Qué te parece quedarte a vivir aquí mientras arreglan tu piso?

# 34
# SKY

—No —soltó. Ni lo pensó, simplemente lo escupió.

—Escúchame, Andrew, tú necesitas una cama donde dormir y yo tengo varias habitaciones de invitados vacías. Nadie pierde.

Menos yo, en lo que a intimidad y privacidad respectaba. Porque cuando le conté a Zoe su problema, no esperaba que propusiera aquella locura. Y no quería aceptar, por muchas razones, pero Zoe tenía el don de la palabra y, al final, solo iba a ser una semana.

—Muchas gracias por el ofrecimiento, señorita Gallagher, pero no. No voy a quedarme aquí.

Supongo que aún no me conocía lo suficiente para saber que a cabezonería no me ganaba nadie. Realmente, no tenía sentido que, teniendo una habitación libre, y estando dispuesta a ello, prefiriera estar en un hotel.

—Sé que no es lo perfecto, pero es una tontería que no aceptes. Te lo estoy proponiendo de verdad. —Suavicé mi tono de voz, para que concordase con mis palabras.

Un gesto de duda se formó en él, pero se desvaneció rápidamente. Andrew se lo estaba pensando y creí que, si continuaba hablando, terminaría convenciéndolo.

—Entiendo que vivir conmigo no sea un sueño hecho realidad, pero podemos tener algunas normas o reglas de convivencia, para que los dos sigamos teniendo nuestro espacio.

—Eres muy amable, pero no. No voy a quedarme aquí. No. Es una locura —comenzó a decir.

—Si aceptas, haré caso de todas tus indicaciones sin rechistar, o rechistando un poco menos —rectifiqué.

Sus ojos se abrieron, sus cejas se elevaron y hasta vi algo que se podía interpretar como una sonrisa muy pequeña. Puede que no

quisiese que se quedase al principio, pero no me gustaba que me rechazasen un buen plan, por lo que, si tenía que ceder un poco, lo haría.

—Tentador —susurró lo suficientemente alto para que yo lo oyese.

Volvió a bajar la vista hacia la pantalla de su teléfono y después a mí. Parecía que su cabeza estuviese decidiendo a la vez que iba alternando entre el móvil y yo. Después de hacerlo un par de veces más, habló.

—Solo una semana —sonreí cuando comprendí que estaba aceptando.

—Hasta que arreglen tu piso —corregí.

—Una semana —respondió tajante—, pero con reglas.

—¡Genial! —solté irónica.

Mientras nos dábamos un apretón de manos, un escalofrío por todo mi cuerpo. Todo parecía indicar que iban a haber un millón de normas en mi propia casa.

# 35
# SKY

De haber sabido lo que se vendría después de que Andrew aceptase a quedarse, nunca se lo habría propuesto. Me habría ganado una reprimenda de Zoe, pero no habría tenido al obsesivo de la seguridad en casa veinticuatro horas al día.

Llevábamos dos días viviendo juntos, pero parecían dos años. La primera noche fue a su casa a por sus cosas y trajo una mochila con ropa y poco más. Le pregunté si no tenía más objetos personales, pero me respondió con un «No es de tu incumbencia» y se marchó hacia la habitación más alejada a la mía que tenía libre. No fue casualidad, lo hice apropósito. Una cosa era aceptar que se quedase y otra era ponerlo en la de al lado. Cuanta más distancia, mejor.

Después descubrí que tenía ciertas manías a la hora de dormir, como revisar cinco veces que la puerta está cerrada con llave y que la alarma está conectada. También para cocinar, debe estar todo colocado en el orden en el que se echan los ingredientes.

—Así es como se evita saltarse algún paso —me explicó cuando lo miré asombrada.

Por lo que, el segundo día de convivencia, tras llegar de una prueba de vestuario para un evento de moda que tendría en unos días, me comentó que tendríamos que hacer la famosa lista de normas que había mencionado. Accedí, porque ya había pensado en un par, y subí a mi habitación a escribirla. Aunque primero quería darme un baño, por lo que lo pospuse.

Una vez relajada, gracias a las sales que le ponía en el agua y a mi *playlist lofi* de confianza, me senté en la cama dispuesta a escribir esas cosas que no quería que pasaran. Sin embargo, me había dejado la libreta en el salón y no quería bajar a por ella, así que sacrifiqué algo muy preciado para mí para poder hacerla: arranqué

una hoja de mi diario personal, ese que siempre estaba en mi mesita.

Para muchos, quitarle un trozo de papel a un cuaderno era algo fácil, pero yo sabía que mi diario tenía fecha de caducidad y hacerlo me rompió un poco. Tenía que encontrar una solución antes de no tener un lugar donde escribir mis pensamientos.

Con lástima, comencé a anotarlo todo. Al igual que me pasaba cuando componía canciones, las palabras salieron casi sin pensarlas y, para cuando me quise dar cuenta, ya llevaba las diez que habíamos acordado, para que fuera más justo. Como no sabía qué más hacer, dejé la lista en el diario y me puse con el teléfono.

Desde que mi nuevo guardaespaldas había llegado a mi vida, no había prestado mucha atención a mis redes sociales. Seguía haciendo fotografías para subirlas luego, pero no estaba pendiente de ellas. Y en parte fue bonito descubrir que podía desconectar de aquella manera, pero por otro lado me dio miedo pensar en las consecuencias. Al final, si no permanecía conectada con mis seguidores, quién me aseguraría que seguirían apoyándome.

Con un poco de culpa, comencé a leer algunos de los mensajes privados que tenía. La mayoría eran chicas jóvenes compartiendo mi música en sus historias o vídeos. Otras incluso acababan de empezarse a ver La melodía del amor. Era curioso que aquella serie que había terminado hacía años siguiese atrayendo espectadores. Aunque ya no actuaba, me seguía emocionando cuando alababan mi actuación.

Y, después de tantos mensajes bonitos, comenzaron a aparecer los feos. Gente que criticaba mi música, mis letras o mi forma de vestir. Gente que no tenía nada mejor que hacer que meterse en Internet para insultar a alguien a quien no conocían. Y, entre tantos, leí uno que me dejó con una sensación extraña en el cuerpo.

Tuamigoelrespetuoso_673231: Recomendación de un amigo: ten cuidado a quién tienes a tu lado y lo que publicas. Puedo saber dónde y con quién estás, y los demás también. Puede que ellos no sean tan buenos como yo, pero no es tan complicado.

Algo que había empezado a hacer después del incidente con el acosador en Los Ángeles, era a no publicar mi ubicación a tiempo real. Es decir, jamás subía fotos de los lugares en los que estaba en ese momento. Generalmente, dejaba pasar unas cuantas horas, cuando ya me había marchado, o al día siguiente. Salvo en los conciertos y eventos públicos, rara vez un seguidor podía saber dónde me encontraba. Pero ese comentario hizo darme cuenta de que yo puedo controlar lo que subo, pero no lo de los demás. Quizás se refería a la fiesta del otro día, cuya única fotografía que había subido fue al día siguiente, pero me había hecho varias con otros asistentes, que seguramente subieron al instante.

No tuve tiempo para profundizar más en el tema porque la voz de Andrew se encargó de sacarme de mis pensamientos.

—¡A cenar! —dijo desde el piso de abajo.

Le hice una captura de pantalla, por si eliminaba la cuenta no perderlo, bloqueé el móvil y fui con él. Aunque no era la típica amenaza que solían hacerme, preferí no comentarle nada.

Esa noche, Andrew había decidido preparar tacos con carne que, a diferencia de la noche anterior, esa sí que estaba bien cocinada y no cruda. Cuando le dije que no hacía falta que hiciese la comida, él se excusó con que le gustaba hacerlo y que era lo menos que podía hacer. Era un gesto bonito y se lo agradecí, además de que se le daba bien.

Una vez terminamos, recogimos y volví a subir a mi habitación. Poco rato después, escuché cómo llamaba a la puerta con los nudillos.

—Señorita Gallagher, la lista —dijo nada más abrir. Corrí hacia mi diario, saqué la hoja, la doblé y se la entregué. Él, que ahora llevaba un pantalón deportivo con el que dudaba que durmiese, se sacó del bolsillo la libreta donde le había visto apuntar demasiadas cosas en ese tiempo, buscó una página en concreto. Al encontrarla, la arrancó y me la dio doblada, imitándome. Acto seguido, se marchó y leí lo que tenía en mis manos.

Desde el umbral de mi puerta, le grité:

—¡Idiota!

NORMAS DE LA CASA (por Sky):

1. No entres en mi habitación.
2. Menos caras serias. La vida es preciosa, Andrew. SONRÍE MÁS.
3. PROHIBIDO DESPERTARME. Tengo alarmas en el móvil y funcionan perfectamente. Gracias.
4. Prohibido mencionar cualquier aspecto físico mío. Mi pelo no está perfecto por las mañanas, lo sé, NO HACE FALTA QUE LO MENCIONES.
5. Deja de hacer ruiditos cuando haces ejercicio. Lo escucho desde el salón y es raro. ERES raro.
6. Si pongo una película y no te gusta, NO LA CRITIQUES. No la estoy viendo para pedirte tu opinión.
7. No contestes con monosílabos o cambies de tema si te hago una pregunta personal. Es agotador. Y también puedes responderlas.
8. Cuando hagas carne, recuerda que me gusta hecha. NO QUIERO VER LA SANGRE.
9. No revises las cerraduras echadas y la alarma puesta. Funcionan igual tanto si la activas una como cinco veces.
10. Mi habitación es mía. Solo mía.

NORMAS DE LA CASA (por Andrew):

1. No entres en mi habitación. Bajo. Ningún. Concepto.
2. Respeta las horas de descanso. Nada de hacer ruido hasta las tantas de la madrugada.
3. Mis armas no se tocan. No son un juguete.
4. Respeta los espacios comunes. No queremos ningún susto.
5. Si vas a tocar el piano, u otro instrumento, por la noche, utiliza auriculares.
6. Si hablas por teléfono, utiliza auriculares.
7. Nada de fiestas en casa. Solo es una semana, podrás vivir con ello.

8. La ropa en el armario. No en el sofá. No en la escalera. No en el suelo. En el armario.
9. Si me ves en el ordenador, no me molestes. Sí, también estoy trabajando.
10. No quieras saber qué pasa si entras en mi habitación.

# 36
# ANDREW

«Niñata», pensé al leer sus normas. Había esperado a estar sentado en la cama para descubrir lo que había escrito. Al igual que yo, había añadido la de no entrar en la habitación. Pero lejos de centrarse en normas que podíamos cumplir ambos, se centró en mí. Varias me parecían absurdas, en especial la dos. Quise tacharla, pero me resistí a hacerlo. Aunque no iba a cumplirla, desde luego.

Al vernos a la mañana siguiente, ninguno de los dos mencionó nada de lo que había apuntado el otro. Esperaba que aquel silencio significase que estábamos aceptando y que nos comprometíamos a intentar cumplirlas. O eso era lo que esperaba.

—Salimos en media hora, señorita Gallagher —informé.

Según la agenda, en menos de dos horas debíamos de estar en el estudio de grabación. Por lo visto, a una de las canciones le faltaban unos arreglos y algunas voces. No entendía gran cosa, pero mi trabajo no era hacerlo, sino asegurarme de que ella llegaba a tiempo, sana y salva.

—¡Oh, no! Justo ahora que iban a venir unos amigos para una fiesta… —Se burló, haciendo alusión a uno de mis puntos—. ¿Pero cuántas veces me has visto organizando una en mi propia casa?

Tenía razón. En el tiempo que la conocía, nunca. Sin embargo, nada me aseguraba de que ella no fuese a ser como un antiguo cliente que sí las hacía y que yo odiaba. Preparar la casa, revisar la lista de invitados, asegurarse de que no entre nadie sin invitación, comprobar que la seguridad de la casa continúa bien… Mucho trabajo que, si podía, me gustaba evitar. Por eso añadí aquella norma. Porque si, además de hacer todo eso, luego tenía que ayudar a recoger… prefería irme a dormir debajo de un puente.

Sky no me dejó darle una respuesta porque se marchó nada más decirlo. Uno de sus puntos era que evitase responder con evasivas a preguntas personales, cosa que no iba a dejar de hacer porque era mi clienta y no mi amiga, pero a eso sí podía contestarle y no me había dejado. Ella se lo perdía.

—Lista y preparada —me avisó unos minutos más tarde.

Le eché un vistazo rápido y, tras comprobar que su ropa y calzado eran adecuados, me coloqué el abrigo y nos marchamos.

—¿Podrías poner mi *playlist*? —preguntó al poco de arrancar.

Últimamente, habíamos estado haciendo los trayectos en silencio y ya me había acostumbrado a escuchar solo el motor. Sin embargo, era ella la que debía de estar cómoda y accedí. Al llegar a un semáforo en rojo, comprobé que tenía muchas. También, vi que organizaba la música en base a lo que le transmitían, sentimientos, situaciones y estados de ánimo.

—La de «Nostalgia» y sube el volumen —ordenó algo cortante —. Por favor —añadió más amable.

Nada más darle al botón de reproducción, comenzaron a sonar unas notas que conocía muy bien, ya que formaban parte de una serie que era cultura popular en Estados Unidos, pero también en Reino Unido y en cualquier parte del mundo.

—*You get the best of both worlds, without the shades, the hair, you can go anywhere.*[10]—Se animó a cantar más alto casi al final.

A medida que las canciones pasaban, ella se fue motivando más y más. Al principio del trayecto, había cantado en un susurro, pero cuando llevábamos casi quince minutos, ya lo hacía a pleno pulmón.

De vez en cuando, a través del retrovisor central, iba echándole un vistazo. En el poco tiempo que llevaba trabajando para ella, había conocido a muchas versiones de Sky. Estaba la insoportable, la fiestera algo borracha —a la que podía tolerar— y aquel día conocí a una nueva que no supe catalogar. Estaba sonriente, tranquila y divertida, nada que ver a cómo estaba en el desayuno.

—¿Ha pasado algo? —le pregunté, cuando me pilló mirándola.

—*Nope*, ¿por qué lo dices? —contestó automáticamente.

—Nada. Cosas mías, señorita Gallagher.

—La música es terapia para mí, Andrew. Y necesito esta energía que siento ahora mismo para meterme toda la mañana en el estudio para regrabar cosas que ya tenía listas. Me gustan mis canciones, pero ¿te haces una idea de lo que es escuchar la misma canción una y otra vez durante horas? A veces, es agotador. Y si escuchar a Hannah Montana, u otra película de mi infancia, me va a dar esa fuerza para hacerlo sin querer morirme, ¿por qué no hacerlo? —me explicó.

La verdad era que no podía comprenderla, pero sí que entendía lo que quería decir. Como mero espectador, también estaba cansado de escuchar cómo trabajaban horas y horas en la misma canción.

—Comprendo, señorita Gallagher. ¿Quieres que suba más el volumen?

Ella asintió con una amplia sonrisa.

# 37
# SKY

A los pocos días de que Madison volviera del retiro de composición, quedamos en mi casa para ponernos al día. Aunque ya habíamos hablado por teléfono la noche que llegó, necesitábamos vernos en persona porque había un asunto que no se podía tratar a distancia.

—¿Qué es eso de que tienes novio? Necesito detalles —le exigí a mi amiga mientras tomábamos un refresco en mi sofá. Andrew se había marchado a su habitación para darnos privacidad. Fue un gesto bonito por su parte.

Un rato después ya tenía bastante información sobre él. Se llamaba Charlie, tenía dos años más que ella, era un compositor bastante reconocido dentro y fuera de su sello y la cabaña a la que fueron era suya, así que la llevó de paseo a un lugar superbonito, según ella.

—¿Ya habéis tenido una cita oficial o solo os habéis dado besitos bajo el atardecer? —Le piqué. En el tema de los chicos, éramos muy distintas y me encantaba. Porque las amigas no tenían que ser iguales en todo, pero sí apoyarse, aun así.

—¡Sky! —me gritó poniéndose un poco roja. Mi amiga la vergonzosa era tan adorable—. No, aún no. Tenemos que ver nuestras agendas.

—¡Ala! Coordinando agendas y todo. Eso es que vais muy en serio, tía. —Ambas nos reímos. Ella sabía que jamás le diría algo malo, a menos que fuese lo que necesitaba oír.

—Pero mira que eres boba —sonrió—. Entonces…, ¿Andrew?

Ahora era su turno para cotillear. La puse al día de todo lo ocurrido. Neil lesionándose, Andrew viniendo a sustituirle, su personalidad tan…, la inundación de su casa, Zoe casi obligándome a acogerle y la lista de las normas de convivencia.

—El otro día me dijiste que daba miedo y, amiga mía, tenías razón. ¿Has visto cómo me ha mirado? Se parece mucho a la cara que pone mi madre cuando piso lo que acaba de fregar.

—¡Te lo dije! Aunque no voy a dejar que él lo sepa —susurré. No podía asegurarme de que no nos oyese.

—Entonces… ¿has hecho una lista? —asentí—. ¿Puedo leerla? —sonrió con toda su cara. A veces, Madison hacía un gesto que significaba otro, como aquello. Esa sonrisa tan bonita no quería decir otra cosa que dejar claro lo cotilla que era.

Antes de entregársela a Andrew, le hice una foto y eso fue lo que le enseñé.

—Creo que ha quedado claro que no quieres que entre en tu habitación. —Rio de nuevo—. ¿Y la de él?

—Está en mi habitación y siento que si vamos para allá nos podría oír y no sé qué haría si se entera que te la he enseñado.

—Madre mía, Sky, que es un trozo de papel, no un secreto sobre asesinato.

—Mads, con él nunca se sabe —le advertí.

Continuamos charlando de nosotras, de los nuevos chicos de nuestras vidas, su interés romántico y mi nuevo compañero de piso, de la música que habíamos creado en nuestras ausencias, de los planes de futuro. En algún momento, nos volvimos a fundir en un abrazo que tanto necesitaba. No sabía cómo había sobrevivido dos semanas sin hablar con mi mejor amiga.

# 38
# SKY

San Valentín estaba a la vuelta de la esquina y yo, como buena soltera, no tenía ningún plan. Por lo que, cuando Zoe me habló de la posibilidad de ir a un evento de moda para celebrar San Solterín, como ellos lo llamaban, acepté sin pensármelo.

A lo largo de mi carrera, los medios siempre habían hecho todo lo posible para relacionarme con cualquier chico con el que se me viese. Y puede que me pillasen besándome con alguno en la calle y que eso no ayudase a callar los rumores, pero, generalmente, solo eran amigos con los que me divertía unos días o una noche.

Por desgracia, ni Madison ni Zoe podían acudir a ese evento, por lo que me tocaba volver a estar a solas con mi guardaespaldas. La experiencia anterior no había ido tan mal, pero disfruté mucho más cuando me encontré con Peter, que cuando estaba sola.

Al verme aparecer en el salón arreglada, Andrew me hizo un rápido repaso, fijándose en mis zapatos. Como la última vez. Esta vez no eran tan altos, pero sí que tenían un tacón de infarto. Pero eran necesarios para acompañar al pantalón negro largo y la camisa del mismo color que llevaba puestos. Me sentía guapa. Incluso *sexy*.

—Sky, estás preciosa —comentó Zoe cuando me puse a su lado. De no ser por mi calzado, no sería más alta que ella. Mi estatura nunca había supuesto un complejo para mí, pero me gustaba ser un pelín más alta, aunque fuese gracias a los taconazos.

—No —dijo Andrew, creándome un déjà vu—. Demasiado arriesgado, señorita Gallagher.

—¡Pero si puedo correr a la perfección con ellos, mira!

Acto seguido, hice un intento para llegar a la mesa. Con la mala suerte que tropecé al dar la segunda zancada y me agarré a lo primero que pude. Más bien, me sujeté al brazo que Andrew ya

tenía puesto cerca de mí. No me había fijado hasta ese momento, pero era ágil. Y tenía un brazo fuerte. Muy fuerte. Solo bastó una mirada de las suyas para hacerme subir a la habitación a cambiármelos.

—¿Mejor? —pregunté algo borde en las escaleras, levantando mi pie para mostrar mi nueva elección.

—Siguen… —Si las miradas matasen, la que le estaba echando lo habría dejado fulminado en el suelo—. Mejor —rectificó.

—Sky, estás increíble. De verdad. Estoy segura de que hoy te lo vas a pasar estupendamente —soltó un poco pícara mi representante. Ella sabía que como me gustase un chico, sería capaz de cualquier cosa para pasar un buen rato.

—¿No crees que es demasiado abierta? —le pregunté algo indecisa. La camisa debía, según el estilista, llevarla abierta hasta el ombligo. Es decir, si la cinta de doble cara dejaba de funcionar, terminaría con uno de mis pechos al aire.

—Yo la veo perfecta, ¿verdad, Andrew? —Vi a mi guardaespaldas elevar las cejas, incrédulo. Pero accedió a contestar a la pregunta. Con un vistazo a mi cuerpo muy rápido, asintió—. ¿Ves? No se te va a ver nada que no se te haya visto en tus redes antes.

—Sí, tienes razón. Y si se me escapa un pecho…, pues otro más en Internet. ¡Genial! —dije en voz alta intentando autoconvencerme.

—¡Esa es la actitud!

Tras un breve abrazo, y después de volverme a asegurar de que llevaba la cinta bien pegada, mi guardaespaldas y yo nos dirigimos al coche. Esa noche tendría que ver ropa que jamás me pondría durante casi dos horas. Aunque lo mejor era la fiesta que vendría después.

Tener contactos en todas partes era un don que no se me daba del todo mal. Sin embargo, la razón por la que en esa fiesta iba a estar en la zona VIP era por Josh, el que una vez fue mi confidente y gran amigo.

—¡Sky! —me gritó nada más verme entrar en la discoteca. Me giré hacia él y nos dimos un abrazo. Uno de esos como los que nos dábamos cuando trabajábamos juntos: fuerte y con la falsa intención

de descubrir quién era capaz de romperle los huesos al otro antes—. ¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal te va todo?

—¡Ya ves! Muy bien. Metida hasta el fondo en la música, ¿y tú? He leído que vas a estar en esa película en la que medio Hollywood desea estar.

—¡Sí! Han pasado tantas cosas en mi vida que tengo que ponerte al día. ¿Una copa? —asentí—. Vamos para allá para estar más tranquilos, ¿te parece?

Aunque la pregunta parecía estar dirigida a mí, en realidad se la estaba haciendo a Andrew, ya que clavó su mirada en él. No los había presentado, pero debido a su traje, su postura y su posición, que era siempre tras de mí, intuyó rápidamente quién era. Mi guardaespaldas nos dio el visto bueno, como si lo hubiésemos necesitado, y nos dirigimos hacia la zona VIP del local.

—Conozco al dueño, así que le he preguntado si me dejaba entrar ahí y ha accedido sin problema. Esa es la ventaja de que su hija sea una gran seguidora, supongo… —me explicó contento.

Al llegar, un señor rubio, alto y mucho más musculado que Andrew, protegía un cordón rojo como si su vida dependiese de ello. Josh le dio su nombre y, tras comprobar la lista que tenía en su tableta y que yo iba con él, nos dejó pasar. Sin embargo, no a todos.

—Voy con ella. —Escuché la voz de Andrew a mis espaldas.

Me giré y ahí lo vi. El hombre tenía la mano sobre el pecho de mi guardaespaldas y le impedía el paso. Quizás porque la escena era demasiado graciosa, pero nunca negaré que sonreí al verla.

—Díselo, señorita Gallagher.

Por su tono, supe que me lo estaba ordenando, pero también notaba cierta desesperación en su voz y me encantaba verlo así, por lo que decidí jugar un poco más con él porque me había hecho cambiarme de zapatos, otra vez. Y, además, la primera vez que lo hizo no tuvo represalias. No era una persona vengativa, pero esa era mi oportunidad y no la iba a desaprovechar.

—Lo siento, pero no le conozco —mentí.

—Vamos, no me… —farfulló—. Eso no es cierto. Soy su guardaespaldas.

—¿Seguro que lo eres? —pregunté observándole, como quién intentaba reconocer una cara a lo lejos—. No sé…

Le sonreí, me di media vuelta, enlacé mi brazo con el de Josh, le pedí que me siguiera el juego y dimos varios pasos, alejándonos un poco de ellos.

—Caballero, debe marcharse o me veré obligado a llamar a seguridad —conseguí escuchar.

—Esto es… ¡Señorita Gallagher! —Continué dando pasos, pequeños, pero pasos—. ¡Sky! —gritó. Y ahí sí que me paralicé. Fue oír mi nombre de esa forma y mis pies dejaron de responder. Quizás porque nunca le había escuchado gritar tan fuerte o porque nunca antes me había llamado por mi nombre. En cualquier caso, solté a mi amigo y volví con Andrew.

—¡Oh! ¡Es verdad! ¡Es mi guardaespaldas! —expliqué entre risas falsas. El rubio, al comprender que había estado jugando con él y su tiempo, me lanzó una mirada de pocos amigos y le dejó entrar.

Al pasar, Andrew se acercó rápidamente a mí. Cara a cara, me miró desafiante. Si esperaba una disculpa, eso no iba a suceder. Clavó sus ojos en los míos y, con un tono mucho más grave del que siempre utilizaba, soltó:

—Esto no se va a quedar así.

Piel de gallina. Eso fue lo que sentí al escuchar su amenaza.

# 39
# ANDREW

Lo único que quería hacer en aquel momento era gritarle frente a todos. No sabía en qué momento le había parecido buena idea dejar atrás a su guardaespaldas. Nadie en su sano juicio lo habría hecho. Pero, quizás era eso. Era una irresponsable.

Continué haciendo mi trabajo, por el que me pagaban, pero cabreado. Saqué mi cuaderno de notas, ese donde apuntaba toda la información de las personas cercanas a Sky, o cualquier otra cosa sospechosa.

Para comenzar, debía de buscar información de ese tal Josh. Parecían conocerse desde hacía tiempo, pero, al igual que hice con Madison, debía de asegurarme de que era buena persona. O, al menos, de no tener segundas intenciones.

Esa misma tarde, mientras ella se cambiaba los zapatos por unos menos arriesgados, habíamos estado hablando su representante y yo sobre un tema bastante serio.

—Como sabrá, tengo acceso al correo profesional de Sky —comenzó a explicar—. Hace unos días, recibió uno que no me ha gustado. Como sabe, las amenazas que recibe Sky suelen ser por redes sociales y nunca llegan a nada más, pero ese correo…

—¿Qué ponía en él? —Según la información que me había pasado Neil, en la actualidad, todo estaba bien y controlado.

—Esto Sky no lo sabe porque lo eliminé nada más leerlo y espero que siga siendo así. No quiero que se preocupe —asentí. Ella miró hacia las escaleras, asegurándose de que no volvía, bajó un poco más su tono y continuó—. Bien, lo que me llamó especialmente la atención era que, entre otras cosas, le decía que se iba asegurar de que se quedase igual de sola que como cuando perdió a su familia.

Mi cuerpo se puso en alerta al escuchar esas palabras. Eso no se parecía en absoluto a lo que decían quienes la atacaban por Internet. Nunca habían usado su orfandad con tanta crueldad.

—¿Borró el mensaje?

—Sí, pero le hice una captura de pantalla antes. No quería que Sky lo leyese por accidente.

—Está bien. La necesitaré para que mi equipo pueda investigarlo. Dudo que nos lleve mucho, pero nunca está de más —intenté tranquilizarla—. Por eso no ha puesto objeciones sobre los zapatos, ¿cierto?

—Sí. El otro día lo vi correcto porque la conocía como para saber que le resultarían incómodos, pero hoy… —explicó—. De verdad que espero que no pase nada esta noche, pero si eso ocurriese… Quiero que esté a salvo.

—Por supuesto —comprendí lo que quería decir—. Ese es mi trabajo.

Justo cuando iba a darme las gracias, Sky volvió a aparecer por las escaleras y dimos por finalizada nuestra conversación. Por eso mismo, esa noche, no era el mejor momento para tener una pataleta de niña pequeña. Porque algo no iba bien y ahora más que nunca debía de hacer mi trabajo y protegerla.

# 40
# SKY

Ponernos al día nos llevó más tiempo del que pensábamos. Para cuando nos quisimos dar cuenta, habían pasado dos horas y llevábamos varias copas.

—¡Que me caso en dos meses! —gritó levantando su vaso para celebrarlo. Le imité y dimos un sorbo—. Sky, es la mujer más guapa del planeta. Te lo prometo.

—¡Por tu futura mujer! —Esta vez fui yo la que inició el brindis. La música estaba demasiado alta, pero sabíamos hacer sobresalir nuestras voces y, por eso, varios de la zona VIP se unieron a nosotros.

Una de las cosas de las que me tenía que poner al día era que, al conocer su ahora prometida, descubrió que era bisexual.

—Rachel era la maquilladora de la peli que hice hace un año —empezó a narrar—. Como me pasaba horas ahí sentado, aprovechábamos y hablábamos de todo. Nos caímos genial casi al instante. Cuando terminó el rodaje supe que no quería dejar de verla, así que le pedí el número y comenzamos a quedar. Y, no sé, Sky, poco a poco empecé a sentir algo que hacía mucho que no sentía. Me armé de valor, le pedí una cita y el resto es historia.

—¡Y ahora te vas a casar!

—¡Sí! Deberías de haberles visto la cara a mis padres cuando les conté que estaba saliendo con una mujer. ¡Tendría que haberlo grabado! —dijo entre risas.

Así fue cómo pasamos el tiempo. Charlando sobre todo lo que le quedaba por hacer y de mi futuro y sueños dentro del panorama musical. En algún punto de la noche, el DJ puso la música mucho más alta de lo que ya estaba, si eso era posible, por lo que me vi obligada a acercarme más a Josh para poder seguir escuchándole.

Cansada de estar inclinada hacia el costado, me senté en la mesa de cristal para poder estar frente a él.

—¿Sabes que tu guardaespaldas está mirando a todos lados con cara de pocos amigos y escribiendo en una libreta?

Automáticamente me giré, aunque ya me había hecho una imagen mental de lo que vería. Andrew sujetaba la misma libreta que el primer día en mi casa y tenía la misma cara de concentración que en ese momento. Puse mis ojos en blanco cuando él me pilló mirándolo y me volví de nuevo a mi amigo.

—Déjale, es un idiota. Seguramente, esté apuntando todas las posibles maneras de morir aquí.

—¡Dios, Sky!

Se sorprendió por la crudeza, pero, gracias al alcohol, terminamos los dos sumergidos en un ataque de risa. En uno de esos absurdos que ocurren cuando estás relajada y en confianza.

—Te he echado de menos —dijo con un tono más serio.

—Yo también.

Nos fundimos en un abrazo que esperábamos que dijera más que nuestras torpes y borrachas palabras.

11 de febrero de 2023

Hola, amigo,

Creo que sigo borracha, pero han pasado más de ocho horas desde que llegué a casa. ¿Es esto posible? ¿Me tengo que preocupar? Espero que no.

Te escribo porque te echo de menos. No he encontrado aún una solución a nuestro problema, pero sé que estoy cerca. Encontré unos cuadernos muy parecidos en eBay y los iba a comprar, pero me fijé en las reseñas y… bueno, definitivamente no voy a comprar nada que tenga dos estrellas de media con más de mil reseñas. Así que sigo buscando, amigo.

Pero no solo lo hago por eso, sino porque necesito explicarte algo. Ayer, durante la fiesta de la discoteca, me encontré con Josh y me ha encantado ponerme al día y hablar con él. De verdad, no sabía cuánto lo echaba de menos hasta que nos hemos reencontrado, pero… Hemos prometido volver a quedar, y quizás sí, pero me ha sonado a lo típico que se dice y luego nunca se hace. No sé, igual solo sea una sensación inducida por el alcohol. Hemos bebido mucho, aunque él más que yo.

Cuando hemos salido de la discoteca, Josh quería ir en coche, pero ni loca iba a dejarle conducir en su estado y, como su nueva casa está a medio camino de la mía, le hemos llevado nosotros. Eso sí, después de insistirle mucho a Andrew. Luego ya hemos llegado aquí y me he venido a la habitación para dormir. Esta vez sí que me he desmaquillado antes, jeje.

¿Te he contado que tengo compañero de piso? Porque sí, amigo, y no está tan mal como pensaba (guárdame este secreto). Sí, me saca de quicio muchas veces. Sí, tiene manías absurdas. Sí, tenemos una lista de convivencia. Pero, aun así, está bien no estar siempre sola en casa.

Porque, sin saberlo, había echado de menos el ruido en casa y que no proviniese de mí. Quizás solo diga esto porque me esté dando el bajonazo del alcohol.

Ahora tengo un poco de miedo de bajar, porque escucho a Andrew caminar y no quiero que me grite. Ayer no me porté muy bien con él, aunque se lo merecía. Al menos, un poquito.

Pero tengo sed.
Deséame suerte.
Con cariño,

Sky, la ebria de por vida, por lo visto.

# 41
# ANDREW

Después de la fiesta, y de tener que acercar a ese amigo suyo a su casa, cada uno nos fuimos a nuestras habitaciones. A pesar de lo que le había visto beber, subió sin ninguna complicación las escaleras y no tuve que ayudarla, como suponía que tendría que hacer.

Como me había ido a dormir más tarde lo normal, atrasé la alarma un par de horas, pero para cuando sonó llevaba despierto un buen rato. Por lo que, tras una ducha rápida, bajé al salón con el portátil para ponerme a trabajar. Supuse que Sky no se levantaría hasta mucho más tarde, así que traté de hacer el menor ruido posible. Aunque, por lo que me había hecho el día anterior, tenía ganas de hacer percusión con las ollas.

Una vez sentado frente a la pantalla, entré en mi correo para encontrarme justo lo que estaba buscando: la captura de pantalla de la amenaza. Al abrirlo, descubrí que Zoe debía de haberlo leído muchas veces porque ponía exactamente lo mismo que me había comentado. Se lo reenvié a mi jefe para que le echase un vistazo y me ayudase con los siguientes pasos que debíamos dar.

Después, saqué mi libreta y transcribí todas las notas, como hacía cada mañana. En la fiesta había tenido que volver a hablar con el de seguridad, ese que no quería dejarme pasar, para que me ayudase a identificar a algunas personas. Aunque no lo parecía de primeras, era bastante amable.

Al terminar, ya era la hora de comer y Sky continuaba sin bajar. Sopesé mis opciones: hacer la comida para mí solo y que ella comiera cuando quisiera o ir a su habitación, tocar la puerta hasta que la abriese y esperarla para comer. Aunque la primera opción era

mi favorita, decidí ser buen compañero de piso. Y si la despertaba, no me importaría.

Con cautela, subí las escaleras. Era absurdo lo que estaba haciendo y lo que iba a hacer. Debería de haber comido solo. Cuando estuve frente a su puerta, acerqué la oreja. Al no escuchar ningún ruido al otro lado, volví a preguntarme por qué había elegido la segunda opción. Una vez estuve decidido, levanté mi brazo derecho para chocar los nudillos. Cuatro golpes después, se abrió.

—Dios, ¿qué haces aquí?

—Buenos días para ti también. Iba a preguntarte si querías bajar a comer.

—¿Cómo sabías que estaba despierta? —quiso saber.

—No lo sabía, pero…

—Así que ibas a romper una de mis normas… —me interrumpió pensativa. Vi cómo los engranajes de su cabeza se movían a alta velocidad. La conocía lo suficiente como para saber que estaba ideando algo y que no me iba a gustar—. Supongo que eso me da permiso a saltarme una tuya. *Quid pro quo*.

—Técnicamente, no te he despertado y no he roto ninguna. De igual manera, solo quería saber si tenía que hacerte de comer o no. Después podrías haber seguido durmiendo.

—Técnicamente…, me da igual. ¡Qué ganas de cogerte la pistola! —soltó, mirándome desafiante. Estaba convencido de que esperaba que saltase, pero no iba a darle ese placer.

Le eché un vistazo rápido. Sky continuaba con su pijama de seda violeta oscuro, que simulaba ser un traje. Su rostro no mostraba signos de haber llevado maquillaje la noche anterior. Su pelo oscuro ya no estaba liso como hacía unas horas, ahora parecía estar hasta enredado. No sabía cuánto se movía durmiendo, pero todo indicaba que bastante. Aproveché para mirar tras ella. Su habitación estaba algo desordenada y su cama sin hacer, pero lo que me llamó la atención fue ver las cortinas cerradas, como le dije mi primer día.

—No voy a enseñarte a disparar, señorita Gallagher —le advertí.

—¿Ya no me llamas por mi nombre? Anoche sí lo hiciste —dijo con un tono que no conseguí captar. Cualquiera pensaría que lo

había dicho con doble sentido.

—Anoche… —Hice una pausa para pensar bien mis palabras. No podía hablarle de lo que sabía, por lo que intentando sonar calmado y serio, continué—. Espero que lo de anoche no se vuelva a repetir. Soy tu guardaespaldas. Tengo que estar cerca de ti. Te guste más o te guste menos. Es mi trabajo, ¿entendido? —Dejó esa pose desafiante y se limitó a asentir—. Y no. No voy a dejarte mis armas. Pero, si de verdad quieres saltarte alguna norma, elige otra.

—¿En serio?

—Sí. Ahora baja si quieres, voy a hacer algo de pasta.

No le di tiempo a contestar. La dejé allí de pie, en la puerta de su habitación, aunque un gritito muy agudo proveniente de su habitación y sus pasos rápidos me dijeron todo lo que quería saber: había ido a buscar la lista para ver cuál saltarse. Y me temía lo peor.

Ver las cortinas cerradas me hicieron darme cuenta de que, por muy mal que le pudiese caer, prestaba atención a lo que le mencionaba. Me reconfortaba saber que no me veía como un monstruo al que temer, sino como a un guardaespaldas al que respetar.

# 42
# SKY

Estuve en mi habitación releyendo sus normas hasta que me las aprendí. Sopesé cuál quería saltarme. Cuál quería romper. Cuando me dijo que no me enseñaría a disparar, lo agradecí. Nunca había sido una gran defensora de las armas y, aunque no me hacía ilusión tenerlas en casa, solo toleraba las de él.

Todavía no me había decantado si elegir una que le fuese a molestar o una que, realmente, no me gustase. Pero, en un acto de madurez, decidí escoger la que, para mí, no tenía ningún sentido: 5. Si vas a tocar el piano, u otro instrumento, por la noche, utiliza auriculares.

Desde que la había leído, sabía que la odiaba porque no soportaba ponerme cascos mientras tocaba el piano. Me gustaba sentir la música en todo mi cuerpo y no directamente en mis oídos, salvo cuando grababa las canciones. El estudio de mi casa estaba insonorizado, me había asegurado de ello, así que, por muy tarde que fuese, tampoco podría oír nada.

Y así se lo hice saber después de ayudarle a recoger la cocina tras comer. Quizás porque sabía que podría haber escogido otra mucho peor, aceptó al contarle lo de la insonorización.

—Está bien, pero si se escucha, tendrás que optar por otra.

Su móvil vibrando sobre la encimera evitó que diera alguna respuesta. Andrew contestó y me hizo un gesto para que lo dejase solo. Al fin y al cabo, la sala ya estaba como a él le gustaba. Me marché al salón para darle esa intimidad que buscaba y me senté en el sofá. Encendí la televisión, pero no le presté mucha atención a lo que había en la pantalla, ya que me puse con mi teléfono. Eran muchas las veces que hacía eso, tener sonido de fondo mientras hacía otra cosa.

Un rato después, me encontraba contestando un par de mensajes a Madison cuando se sentó en el sillón, como habíamos estado haciendo todas las veces que coincidíamos.

—Era mi casera, dice que en dos días podré volver a casa —me informó.

—Ah, qué bien —le contesté, levantando la vista del móvil.

En dos días tendría la casa sola para mí. Sin tener que respetar sus normas. Sin tener que ir con cuidado por las mañanas. Sin tener que usar auriculares en las videollamadas con mi amiga. Y, aun así, no me sentía todo lo contenta que debería. Porque en ese poco tiempo, me había acostumbrado a no estar sola. Porque no supe cuánto había echado de menos usar mi voz a cualquier hora, aunque fuese con Andrew, hasta que se mudó.

Mi teléfono fue el encargado de romper el silencio que se había instaurado en la sala y de hacer que dejase de mirarlo. El sonido que había escuchado no pertenecía a mi amiga, sino a un mensaje privado en una de mis redes sociales. La nueva actualización permitía que usuarios desconocidos enviasen privados a todas las cuentas, sin necesidad de seguirles, y había olvidado silenciarlas.

Como la conversación con mi guardaespaldas parecía haber muerto, opté por abrirlo y leerlo. Creí que sería de algún seguidor, pero me equivocaba.

Usuari_o_498dfg239: Veo que no has seguido mi consejo, Sky. Si no te alejas de ellos tú, lo tendré que hacer yo por ti.

Me quedé helada. Según parecía, se trataba de la misma persona que me había enviado otro mensaje unos días atrás. La primera vez que me lo envió, decidí bloquearle porque no me gustaba ese tono. Pero como no había límites a la hora de crearse cuentas nuevas… ahí estaba de nuevo.

—Señorita Gallagher, ¿va todo bien? —preguntó Andrew, visiblemente preocupado. Por lo visto, mi rostro debía de mostrar mi estado anímico.

—Sí, sí —logré decir como pude. Simplemente, un acosador más. Otro a la lista. No pasaría nada. No estaba segura del todo de

eso, pero me estaba intentando convencer.

—Te ha cambiado la cara. ¿Qué has leído? Enséñamelo —me ordenó, pero no con su tono autoritario, sino con uno más… dulce.

—No es nada, de verdad.

Extendió su mano hacia mí, esperando a que se lo diese. Pero no cedí. Clavé mis ojos en los de él y comencé a hablar.

—Andrew…

—Sky —me interrumpió, dejándome sorprendida. Era la segunda vez que decía mi nombre, solo que esta no lo hizo gritando. Su voz era suave y hasta tranquilizadora—. Dámelo, por favor.

Quizás fuera porque seguía aturdida por el mensaje, porque me había llamado por mi nombre o porque su mirada era de súplica total, pero cedí. Y solo bastaron dos segundos para que su cara cambiase totalmente.

—¿Este es el primero que te envía? —negué—. ¿Y por qué no me lo has dicho antes? Estoy aquí literalmente para esto. —Sonó molesto.

—Solo es un loco más. No tiene importancia —intenté excusarme.

—Sí que la tiene porque… —Se cortó así mismo y se puso de pie —. Voy a llamar a mi jefe. Vamos a hacer todo lo posible para descubrir quién hay detrás de estos mensajes, ¿de acuerdo? —asentí y salió del salón para hacer esa llamada. Con mi teléfono en la mano. Con mi amenaza. Y habiendo dicho mi nombre una vez más.

***

Dos días después, Andrew debía de marcharse. Aunque eso no fue lo que terminó pasando. Tras hablar con su jefe, y después con Zoe, acordaron que se quedaría un tiempo más, por si aquella persona decidía dejar las redes y dar un paso más, como intentar colarse en casa durante la noche. La verdad es que supieron meterme más miedo del que debería de haber tenido, así que acepté sin rechistar.

Una parte de mí estaba tranquila al saber que no estaría sola en casa, pero otra se sentía mal por obligarle a vivir en un lugar en el

que claramente no quería estar. Estaba segura de que preferiría poder volver a su casa, a su intimidad. Así que esos días evité molestarle y obedecí en todo lo que me ordenó.

—Como voy a quedarme más tiempo —comenzó a decir durante la cena—, creo que debería de repasar algunas normas. Podemos actualizarlas o cambiarlas, según veamos.

—Suena bien.

Andrew sacó de su bolsillo tres hojas: una en blanco, otra que contenía una copia de su lista y, por último, la que le di yo. Empezó a leerlas y a opinar cuál le parecía más razonable mantener o cambiar. Aunque me seguía sintiendo culpable por robarle su privacidad, yo también iba a vivir ahí y fui dando mi opinión. Discutimos en alguna, como en la de usar auriculares para las videollamadas, pero finalmente llegamos a un acuerdo. Para cuando terminamos de cenar, ya teníamos la nueva hecha.

—¿La ponemos en la nevera? —propuse. Era infantil hacerlo, lo sabía, pero aquella situación era tan extraña que encajaba hacerlo.

—Perfecto —Se levantó y se marchó a la cocina.

Unos minutos más tarde volvió, sin la hoja, pero con dos trozos de la tarta de chocolate que él mismo había comprado unas horas antes. Una vez sentado de nuevo y cada uno con su plato, pinché un trozo y lo levanté.

—Por lo que sea esto.

—Por lo que sea esto —repitió. Ambos chocamos en el aire nuestra comida a modo de brindis y nos los comimos.

Quizás, la convivencia no iba a ser tan distinta a como había sido. Quizás, en una semana descubrirían que los mensajes no eran gran cosa y volvería a casa. O, quizás, estaba bien sentirme aliviada al saber que él iba a estar ahí conmigo todos los días.

NORMAS DE LA CASA (por Sky y Andrew):

1. No entrar en la habitación del otro.
2. Se respetan las horas de descanso.
3. No tocar las armas.
4. No esconderle información al guardaespaldas.
5. Mantener las zonas comunes limpias.
6. No entrar en el estudio si la puerta está cerrada.
7. No mencionar las imperfecciones del otro.
8. Las películas se eligen alternamente.
9. No criticar el gusto del otro.
10. Solo se puede entrar en una habitación si se tiene permiso previo.

17 de marzo de 2023

Querido amigo,

Estas semanas están siendo un poco intensas. A los pocos días de que todo el mundo (solo mi equipo) descubriera que tengo un nuevo rarito acosándome por Internet, el señor Scott organizó una reunión de emergencia. Allí estuvimos hablando de qué pasos deberíamos de tomar si todo fuese a más. Hasta propuso cancelar los pocos conciertos que me quedaban por hacer.

—¡No! No vamos a cancelar nada por culpa de un pirado. Si hubiese cancelado algo cada vez que recibo un mensaje que no me gusta, no saldría de casa. Soy cantante. Soy mujer. Internet es anónimo. Es lo que hay —escupí furiosa. No puedo, ni quiero, poner mi vida en pausa por culpa de esa persona, amigo. Por supuesto, me gané las miradas de todos.

—Creo que lo que Sky quiere decir es que lo tenemos todo controlado —comenzó a defenderme Zoe—, por el momento. Solo han sido unos mensajes y no hay indicios de que haya ido a más. En caso de que eso llegase a pasar, tenemos al señor Cooper, quién ahora la vigila las veinticuatro horas del día. Cancelar los conciertos supondría tener que dar explicaciones a sus seguidores para que no se sintiesen engañados por Sky y que no afectase a su imagen. Además de la clara pérdida económica que supondría hacerlo.

—Qué bien te explicas —le susurré. Ella me sonrió y me dio un golpecito por debajo de la mesa.

—Está bien. Los conciertos siguen en pie —anunció el señor Scott—. Ahora bien, Sky, si vuelves a recibir una amenaza de ese estilo, háznoslo saber de inmediato.

—Claro.

Así que he estado un poco liados entre los ensayos, los conciertos y hablar con Madison. Que quizás es impresión mía, pero siento que nuestras conversaciones cada vez van a menos. No sé. Supongo que el cansancio también pasa factura.

En cuanto a la convivencia con Andrew, va bien. No he sentido que haya cambiado mucho a cuando sí tenía una fecha de ida. Los dos hacemos todo lo posible por cumplir las normas, aunque la de no criticar el gusto de los demás me resulte muy complicado cuando

pone una de sus películas europeas con subtítulos. No imaginaba que fuera tan estirado.

Por suerte, para celebrar que hace dos días terminé los conciertos, me han dejado planificar mi viaje obligatorio a Los Ángeles. Aunque no me motiva la razón por la que voy a ir, estoy deseando respirar el aire de mi otra ciudad. Y sí, Andrew también viene. No sé si quedarme en un hotel o en la que era mi hogar. ¿De verdad quiero que vea dónde me crie?

Con cariño,

Sky, la que necesita un respiro de todo.

29 de marzo de 2023

Hola, amigo,

Te estaba releyendo, como hago siempre que tengo ganas de contarte algo, pero luego termino por no hacerlo para no gastarte rápido, y he descubierto que no te he contado nada del novio de mi amiga.

El otro día lo conocí, por fin. Quedamos los cuatro, porque Andrew va a donde vaya yo, en una cafetería a las afueras de la ciudad. Mads me dijo que había sido idea de Charlie para que hubiese menos posibilidades de ser reconocida. Fue un gesto muy bonito, y así se lo hice saber cuando empezamos a hablar.

Fue agradable en todo momento y se le vía superatento con ella. Cada vez que se miraban, le veía los ojos de enamorada a mi amiga y me pareció precioso. Charlie me contó un poco sobre él, aunque ya lo sabía casi todo gracias a las videollamadas nocturnas que mantenía con su novia, pero me interesé igual. Mis años siendo actriz me han vuelto a servir para algo.

Estuvimos cerca de dos horas escuchando lo mucho que le había costado llegar hasta donde estaba y conseguir el puesto que tenía.

—¿Y la cabaña a la que fuisteis es tuya? Por lo que Mads me contó, tiene pinta de ser una pasada.

—Sí. —Rio nervioso y le lanzó una mirada a mi amiga.

—¿Qué? No dijiste que fuera un secreto. —Se le escapó una risita.

—Tienes razón, nena —le dio un beso en la frente y volvió a clavar sus ojos en mí—. Sí que lo es. Al final, es lo que tiene trabajar tanto, que te puedes permitir algunas cosas, como una cabaña para despejarte.

—Claro. Eso es genial —contesté. Me pareció una respuesta un poco simple, pero lo achaqué a que podría estar nervioso. Porque igual yo no imponía demasiado, pero el chico que me acompañaba a todos lados y que se encontraba justo a mi derecha, sí.

Ese tema de conversación murió ahí, pero vinieron otros. Más triviales, eso sí. Hasta que hizo una pregunta a la que no pude llegar a responder.

—Sky, ¿cómo es que tienes guardaespaldas?

No pude hacerlo no porque no supiese la razón o porque quisiese tener los motivos en secreto, sino porque Andrew, al oírlo, cambió su postura, se inclinó un poco más a él —estaba enfrente— y mirándolo a los ojos y en un tono muy serio, le soltó:

—Eso no le incumbe, señor Green.

Y no quiero decir que fue gracias a eso, pero después de eso todo estuvo más tenso y no tardamos mucho en dar por finalizada nuestra quedada. Eso sí, antes de irnos, me disculpé con Mads mientras le daba un abrazo. Me despedí de Charlie con otro y la promesa de volver a verle. Espero que se suelte un poco más.

Al llegar a casa, le tuve que preguntar a Andrew por su contestación.

—Tengo razón. Nadie necesita saber por qué tienes guardaespaldas, señorita Gallagher.

Sí, después de llamarme Sky en mi salón, ha vuelto a llamarme por mi apellido. Al menos, sé que sabe cómo me llamo y me he propuesto hacerle repetir mi nombre. Sin que él lo sepa, claro.

—¡Pero había formas de decirlo! —Elevé un poco mi voz.

—Estás en lo cierto. Me disculparé con él la próxima vez, ¿de acuerdo?

Por lo que solo queda esperar a que haya una próxima vez para comprobar si es verdad o no. Aunque Andrew nunca me ha dado motivos para no creer en sus palabras…

En cuanto a Mads, ¡en nada saca su álbum y estoy superorgullosa de ella! A pesar de ser catorce meses menor, en lo que a la música respecta, la veo como una hermana menor. Estoy deseando que el mundo descubra lo genial que es Madison.

Con cariño,

Sky, si Madison es mi hermana, ¿soy cuñada?

# 43
# SKY

La segunda semana de abril acababa de comenzar y eso significaba que ya me encontraba en suelo angelino. Tras mucho pensarlo, finalmente me había decantado por reservar dos habitaciones en un hotel en lugar de ir a mi antigua casa. Eso sí, a petición de mi guardaespaldas, debían de ser contiguas.

Una vez dejamos las maletas, la puerta que conectaba ambas habitaciones se abrió dejando ver a un Andrew calmado.

—Quiero que no eches la llave cuando te vayas a dormir —me ordenó con ese mismo tono que utilizaba para hablarme de la seguridad.

—Sí, claro, para que puedas entrar cuando quieras —me quejé. Me gané una mirada que decía mucho. Esa significaba «¿De verdad te crees que haría algo así de no ser estrictamente necesario?»—. Está bien.

—Estupendo. ¿Qué haremos hoy?

El único motivo por el que necesitaba estar esos días en Los Ángeles era para poder visitar la tumba de mi madre, por lo que no había pensado gran cosa. Como siempre me quedaba en casa, solía sentarme en el sofá y ver la televisión. Esos viajes siempre me ayudaban a desconectar, por muy contradictorio que sonase.

—¿Nada? —contesté indecisa.

—¿Hemos venido hasta aquí para quedarnos en el hotel? —dijo incrédulo.

Por lo visto, era momento para contarle la verdadera razón. No lo había hecho antes porque no me gustaba dar explicaciones, ni contar la historia de mi vida. Odiaba que la gente me mirase con cara de pena. Siendo lo más breve posible, hablé.

—Mañana harán doce años que murió mi madre. Hemos venido porque siempre visito su tumba en su aniversario.

Por primera vez, dejé sin palabras a Andrew. Se limitó a asentir, pero no se movió del umbral. No se marchó a su habitación, ni se apartó. Se quedó ahí, esperando, en silencio. Al ver que yo no decía nada, se encargó de romperlo.

—¿Pedimos la cena y vemos una película? Eliges tú —propuso. No me disgustaba ese plan porque era similar a lo que siempre hacía. Sin embargo, debido a la norma que cumplíamos a rajatabla, sabía que no me tocaba a mí.

—El otro día escogí yo. Hoy es tu turno.

—Lo sé, pero no sabría qué poner, así que te lo cedo.

Finalmente, terminé accediendo. Bajo mi atenta mirada, cerró la puerta en la que llevaba quieto todo el rato y se acercó al lateral de mi cama. Sin quitarse los zapatos, se sentó estirando las piernas. Ahí, en esa posición, daba la sensación de que estaba muy tranquilo y cómodo. Aunque sabía que no era así porque seguía vestido con su traje y veía su arma asomar por uno de los lados.

—¿No te sientas? —preguntó al ver que no reaccionaba.

—Sí, claro —murmuré y me acomodé al otro extremo, en la misma posición que él. Al menos, mis vaqueros eran cómodos.

Cogí el mando del televisor que tenía a mi lado y encendí la pantalla. Al igual que él, yo tampoco sabía qué ver, así que tuve que navegar un poco en la plataforma de *streaming* que había puesta hasta que encontré una que me llamaba la atención. Antes de darle a reproducir, Andrew se encargó de pedir la cena.

Poco más de una hora después, cuando el protagonista apareció subido en un caballo blanco para cumplir el sueño de la protagonista, ya habíamos cenado y vuelto a la posición del principio.

—Menos mal —soltó en voz baja al ver los créditos.

—No ha sido tan mala —defendí. Sí, era un cliché, pero no había estado nada mal. Su respuesta llegó a modo de una de esas miradas que no necesitaban palabras para saber exactamente lo que opinaba —. Norma número nueve: no se juzga el gusto del otro —recité—. ¿Acaso estás incumpliendo una norma, Andrew?

—No. No he juzgado tu gusto, simplemente… a la película. —Se escudó.

—Claro…

En algún momento de la película habíamos acortado el espacio que teníamos. Dejamos de tener una distancia abismal a que nuestros hombros estuvieran rozándose, chocando. La conversación en la que nos encontrábamos, nos había obligado a mirarnos, haciéndonos conscientes de ese detalle. Pero no nos movimos.

Pude observar mejor a Andrew y, gracias a la cercanía, descubrí algunos detalles en su rostro de los que no había sido consciente, como que sus ojos marrones tenían pequeñas manchas verdes muy sutiles. Podría haberme quedado mirándoselos toda la noche, de no ser porque Andrew se alejó.

Él fue el que se encargó de volver a poner espacio entre los dos. En romper el silencio que se había instaurado en la sala con un escueto «buenas noches». Y en cerrar la única puerta que nos mantenía separados. Tal y como le prometí, no eché la llave.

# 44
# ANDREW

La noche anterior había sido extraña. Después de marcharme de su habitación, y de ponerme cómodo, me tiré en la cama con la intención de dormir. Aunque mi mente tenía otros planes, como revivir lo cerca que habíamos estado. Así que, según mis cálculos, había dormir un total de cinco horas. Dejé de pensar en eso y me centré.

Según por lo que había entendido, el plan de ese día consistiría en ir al cementerio. Nada más ni nada menos. Por experiencia, sabía que iba a ser un día duro para Sky, por eso mismo le había cedido mi turno de la película. Porque no se merecía ver una de las mías.

Cuando acordamos escogerlas alternamente, opté por seleccionar algunas que sabía que le fastidiaría ver. Un poco para molestarla, un poco para divertirme con ello. Sinceramente, a esas alturas, ya esperaba haber oído alguna queja por su parte, pero no lo había hecho y yo ya no podía más. Porque esas películas las había sacado de una lista de Internet llamada «Películas de culto de la Europa de los años 50, 60 y 70» y no me había gustado ninguna. No supe ni cómo no me había dormido viéndolas. Ni cómo Sky tampoco lo había hecho. Aparentemente, los dos éramos igual de cabezotas.

Una vez me hube dado una ducha para intentar conseguir algo de energía, y con una ropa más cómoda de lo normal, unos vaqueros oscuros y una camiseta lista, me guardé el arma que siempre llevaba escondida y llamé a la puerta que unía las estancias. Sabía que Sky no había echado la llave, pero eso no me daba permiso para abrirla. Menos de dos minutos después, apareció frente a mí.

Como me había acostumbrado a hacer, revisé que su vestimenta fuese correcta para cualquier imprevisto. Aquella mañana, llevaba

unos pantalones negros y una camisa del mismo color. Me fijé en sus pies y descubrí que llevaba unas deportivas también oscuras. Su pelo estaba liso, más que por la noche, y le caía por los hombros. Me lanzó una sonrisa triste a modo de saludo. Sin duda, no iba a ser un día fácil.

El trayecto al cementerio lo hicimos en el coche que habíamos alquilado y, como siempre, en silencio. Antes de arrancar, le pregunté si quería poner algo de música, pero negó con la cabeza y centró su vista en la ventanilla. Y así permaneció todo el camino hasta que llegamos. Al apagar el motor, salió del coche y echó a caminar. Por la seguridad en sus pasos, dejaba claro que no era la primera vez que recorría aquellos pasillos. Yo me limité a ir tras ella.

—Es ahí —me informó, señalando unas lápidas lejanas.

Ella también necesitaba su espacio. Ya le había quitado esa privacidad que tiene una persona que vive sola. No iba a quitarle también el que necesitaba en un lugar como aquel.

—Me quedo aquí.

Ella asintió y se marchó. Cuando llegó a su destino, el viento quiso que oyera sus palabras.

—Hola, mamás.

Como no quería escuchar nada más, saqué un auricular que me había traído para evitar exactamente eso, me lo puse y le di *play* a un *podcast* sobre asesinos en serie. Mientras en un oído tenía a gente hablando sobre el misterio de Jack el destripador, no pude hacer otra cosa que observar a Sky. Estaba sonriendo mientras les explicaba lo que fuera a su madre y su abuela. Pero, aunque su boca estuviese curvada, sus ojos reflejaban la tristeza que estaba sintiendo en ese momento.

Verla de esa manera hizo que recordase a Meg. Era normal que toda esa situación me trajese recuerdos, porque así me habría visto yo en el funeral, probablemente. Los padres de Meg se decantaron por la incineración y yo, al no ser nada legalmente, no pude oponerme. No me habría importado tener un lugar físico al que poder ir para hablar con ella. En cierta parte, tenía un poco de envidia de Sky.

Sacudí mi mente y volví a centrarme en el *podcast*. Era curioso que un misterio tan importante siguiese estando sin resolver. Escuchando las teorías de los participantes sobre quién creían que era, vi cómo Sky se daba un beso en la mano, la ponía sobre la lápida y hacía lo mismo en la de al lado. Después, se acercó a mí.

—Voy a comprar las flores —dijo algo monótona con los ojos enrojecidos.

Una vez pagadas, la ayudé llevando uno de los ramos de rosas rojas. Hicimos el mismo trayecto. Solo que esta vez la acompañé en todo momento. Cuando se paró frente a la primera lápida, la que por las fechas no tardé en descubrir que era su madre, dejó las flores y tras asegurarse de que estaban bien, me quitó las que llevaba e hizo lo mismo con la de su abuela. Una vez las dos estaban listas, se puso entre ambas, como hacía un rato, y soltó:

—Familia, este es Andrew.

Saliendo rápidamente de la sorpresa, me acerqué un poco más a Sky y me presenté a ellas. Era extraño, pero si eso era lo que quería, lo haría. Al final, ese era mi trabajo.

—Un placer, señoras.

Ella clavó su mirada en mí.

—Ya les he hablado de ti.

—Espero que cosas buenas.

—Bueno… —soltó muy agudo y escapándosele una pequeña risa. Volvió a mirar los nombres y, tras darles de nuevo un beso, nos marchamos del cementerio.

Aquel día había descubierto muchas cosas. No solo que las dos mujeres que la criaron descansaban en paz juntas, sino que Sky tenía una personalidad única. Sky era más fuerte de lo que jamás había llegado a imaginar.

# 45
# SKY

Al volver a Los Ángeles, algo cambió. Durante las siguientes semanas, Andrew ya no me desesperaba como antes. Y no porque yo tuviese mayor tolerancia, sino porque él estaba diferente. Aunque eso me alegraba, una parte de mí se preguntaba si aquello era una consecuencia por haberlo llevado al cementerio. Porque, quizás, ahora sentía lástima de mí.

Por ser diferente, hasta las noches de cine cambiaron. Nunca habíamos tenido un horario ni un día marcado para ver las películas, pero sí que, en ese tiempo, habíamos visto muchas más que de normal. Tal y como prometió, el siguiente turno seguía siendo mío, así que escogí una que esperaba que le gustase más que la anterior: *Free Guy*. Ryan Reynolds siempre era un acierto para mí. Y, al ver su reacción al terminar, también para él.

Cuando le tocó a él y no puso una en blanco y negro supe que algo estaba pasando. No quería preguntar y arriesgarme a que la quitase, así que no lo hice. Simplemente, dejé que *In Time* siguiera reproduciéndose. Pero esa no fue la excepción. Desde que vimos aquella película en el hotel, no volvió a poner ninguna antigua. Todas eran de los 2000 en adelante. Y lo agradecía, aunque no se lo dije.

Estábamos a mediados de abril y eso quería decir que esa noche acudiría a la presentación del primer álbum de mi amiga, que salía al día siguiente. Aunque el evento no comenzaba hasta pasadas las siete, los asistentes debíamos de estar allí un poco antes para recibir a Madison cuando llegase.

Eso significaba que Andrew estaba mucho más estricto de lo normal en cuanto a los tiempos. Desde que habíamos terminado de

comer, no había parado de actualizar el mapa del tráfico cada media hora. No quería que llegásemos tarde, y yo tampoco.

Zoe se encontraba en Los Ángeles, con el señor Scott, ultimando algunos detalles de mi nuevo disco. Si todo iba según lo planeado, y las ventas seguían así de bien, en septiembre debería de irme allí a componer y trabajar en él unas semanas. Los Ángeles siempre había sido mi hogar, pero había luchado para que fuera el menor tiempo posible porque ya me consideraba una portlandesa más.

Así que, con la libertad que me daba estar sola en ese evento tan especial, y ya que iba como amiga y no como celebridad, opté por maquillarme, vestirme y peinarme yo sola. Quería sentirme como cuando una vez, una amiga de clase, me invitó a una fiesta. Quería sentirme guapa para mi amiga por méritos propios, si es que eso tenía algún sentido.

Me encantaría decir que me fue genial, pero no. Quería llevar mi cabello recogido, y había visto muchos tutoriales sobre cómo hacerlo, pero después de repetirlo más de cinco veces, y con los niveles de frustración al máximo, opté por dejarlo suelto y hacerme unas pequeñas ondas. El maquillaje, por suerte, sí me salió bien. Ser observadora mientras me lo hacían, me había servido de algo. Y rever el mismo vídeo más de diez veces de una maquilladora, también.

En cuanto a la ropa, unos días antes me compré un vestido largo de color champán. La parte de arriba era un corsé entallado que se ajustaba a la perfección a mi torso. Estaba sujeto por unos tirantes muy finos, casi transparentes. En cuanto a la parte de abajo, estaba hecha por varias capas de un tul muy suave.

Con los zapatos había aprendido la lección. Había acudido a demasiados eventos como para saber qué tipo de calzado aprobaba mi guardaespaldas y cuál no. También era cierto que, tras el último mensaje, no había vuelto a recibir ninguno más y que las cosas parecían estar un poco más calmadas, pero, aun así, no me iba a arriesgar. Con eso en mente, me puse unos zapatos dorados con un tacón bajo y ancho, recubiertos por brillos del mismo tono. Además, estaban atados al tobillo, por lo que Andrew no podría tener ninguna queja.

Al llegar al salón, donde me esperaba mi guardaespaldas enfundado en un traje más oscuro del que siempre llevaba, supe que había acertado. Como él siempre hacía, me echó un vistazo. Al llegar a mis pies, pude ver cómo se le escapaba una sonrisa. Muy pequeña. Muy rápida. Tanto que si hubiese parpadeado me la habría perdido.

—¿Lista?

—Lista.

***

Madison había llegado junto a Charlie hacía un rato y aún no habíamos podido hablar más de cuatro frases. Me quedé cerca de sus padres, charlando. Cuando los conocí la primera vez, descubrí por qué mi amiga era tan buena persona. Porque la habían criado ellos.

Cada dos por tres, buscaba a mi amiga por la sala y siempre la encontraba con alguien, ya fuese un reportero, un creador de contenido o alguno que reconocía de la industria. Eso sí, acompañada únicamente por su productor, el señor Turner. Charlie había decidido darle espacio y se quedó esperándola en la barra.

—¿Qué miras? —le pregunté a Andrew cuando nos quedamos solos. Tenía esa mirada que juzgaba abiertamente, fija en un lugar. La seguí para comprender qué había captado su atención.

—Aún no lo sé —contestó sin quitarle el ojo a Charlie.

De nuevo, busqué a mi amiga entre tanta gente. En ese momento, se encontraba dándole la mano a un chico rubio y alto. Su cara me sonaba de haberlo visto antes, pero no recordaba en dónde. Al escuchar a Andrew chistar, giré mi cabeza hacia él.

—¿Qué pasa? —quise saber. Su actitud era extraña, más de lo que solía ser él. Lentamente, hizo contacto visual conmigo.

—No lo sé. Es… Hay algo en él que no me termina de gustar.

—¿Pero a ti cuándo te ha gustado alguien? —recriminé.

Después de los mensajes, se había vuelto un poco más sobreprotector, si eso era posible. Si llevarle conmigo era un incordio al principio, porque espantaba a la gente con solo lanzarles miradas

amenazantes, después de aquello había ido a peor. No se fiaba de nadie. Ni del *pizzero* que siempre nos traía la comida.

Aunque, siendo sincera conmigo misma, me pasaba algo similar con el novio de mi amiga. La primera vez que lo conocí me pareció una persona tímida y nerviosa. Pensé que sería por la presencia de Andrew, pero la cosa no cambió las siguientes veces que nos vimos. Me había fijado en que siempre necesitaba estar tocando a Madison, ya fuera poniéndole su mano sobre su pierna, entrelazando los dedos o dándole un beso. Sabía que había parejas empalagosas, pero parecía que Charlie necesitase su contacto constantemente.

Por no hablar de los comentarios que tenía Madison desde que estaba con él. Cuando en su primera cita la llevó a un paseo de senderismo, sin ella estar acostumbrada a hacerlo, y lo defendió. Cuando le propuse ir un día a un centro comercial a probar una pastelería nueva y respondió entre risas con un «No puedo, Sky, el azúcar me hace hiperactiva y luego es el pobre Charlie el que me tiene que soportar». Quizás las personas cambiaban si se juntaban con otras. Quizás el amor sí que cambiaba a las personas. Pero, ahora mismo, no sabía si me gustaba esa nueva Madison. Y me dolía pensarlo porque la seguía queriendo como a una hermana.

Miré a Charlie otra vez y lo pillé lanzándole una mirada muy parecida a la que tenía Andrew hacía unos instantes. Seguí su vista y me topé con mi amiga, que continuaba charlando con ese chico y con la que según parecía, por la cercanía, su novia. Un minuto después, fue a buscar a Charlie. Desde la distancia, los vi hablar y, a juzgar por sus gestos, discutir. No podía oírles porque estaban lejos, pero sabía que lo hacían. Más bien, él lo hacía. Madison se quedó ahí, escuchando. Y, de repente, Charlie se marchó. Salió de allí cabreado, dejando a su novia sola a unos minutos del lanzamiento de su primer álbum.

—Será capullo —murmuré.

Intenté captar la atención de Madison, que viniese a mí, que me hablase, pero tenía la vista clavada en la puerta. Tardó un par de segundos en reaccionar y puso rumbo hacia la salida.

—Se va a ir —informé en voz alta. No iba dirigido a nadie en particular, solo era lo que sabía que iba a pasar.

—No te muevas de aquí —comentó seriamente mi guardaespaldas. Asentí—. Ahora vuelvo.

Pude ver a la perfección cómo Andrew se alejaba de mí, dejándome sola por primera vez desde que trabajaba conmigo, y se iba a hablar con Madison. Sabía que para él solo era mi amiga, pero daba la impresión de que quisiese cuidar de ella esa noche también. Por mi parte, di un par de pasos para llegar a la barra y pedirme una copa que tanto estaba necesitando. Mientras la bebía, seguía viendo la escena desde allí. Madison hizo contacto visual conmigo, en un intento de hacerme intervenir y controlar a Andrew, pero lo rompí rápidamente. Si alguien podía evitar que se marchase de su propia fiesta, ese era mi guardaespaldas.

Después, apareció el chico alto con el que la había visto hablar antes. Entre el extraño equipo que parecían haber formado él y Andrew, intentaron convencer a mi amiga. La escena hasta parecía graciosa. Una chica pequeña, apretando los puños y cara de pocos amigos frente a dos hombres que eran dos y tres veces que ella físicamente.

Por suerte, muchos de los asistentes estaban tan centrados en hacerse fotos y en hacer nuevos contactos en la industria, que no les estaban prestando atención. Lo agradecí porque habría sido horrible que tuviera más ojos puestos en ellos.

A falta de escasos minutos para el lanzamiento oficial del primer álbum de Madison, tomó la decisión de no ir tras su novio y quedarse a celebrarlo. Quizás debí acercarme a ella cuando mi guardaespaldas volvió a convertirse en mi sombra, pero le di un espacio que creí que necesitaba.

# 46
# ANDREW

Lo primero que hizo Sky al llegar a casa de la fiesta de lanzamiento de su amiga fue tirarse en el sofá. No se desmaquilló. No se puso cómoda. Simplemente, se dejó caer bocarriba. Sabía que había estado bebiendo, pero también que no estaba borracha. De igual manera que sabía que desde que quise intervenir con Madison actuaba diferente, en el buen sentido.

—Venga, señorita Gallagher, a la cama —dije dándole pequeños golpes en una de las piernas que se apoyaban en el reposabrazos.

—No quiero —replicó algo infantil. Igual me equivocaba. Igual sí estaba borracha.

Me limité a lanzarle una de mis miradas que sabía que no le gustaban. Como suponía, terminó cediendo, aunque solo para cambiar de posición. Sentada con aquel vestido, parecía una de esas princesas que salían en las películas que tanto le gustaban poner. Ella, lejos de obedecer, sacó su teléfono.

—Soy buenísima —murmuró con una sonrisa. No sabía a lo que se refería, pero no tardó en explicármelo—. ¿Ves todo esto? —dijo enseñándome los mensajes privados de Instagram—. Son personas lanzándome piropos y haciéndome cumplidos por mi atuendo. ¡Y lo he hecho yo solita!

Sky se sentía orgullosa de sí misma y solo hacía falta verle la cara que estaba poniendo para darse cuenta de ello. Como si necesitase que la creyese a toda costa, empezó a leerme varios de esos comentarios que le habían dejado.

—«Me encanta el vestido, te queda espectacular», «Ojalá saber llevar tan bien ese vestido como tú», «Pasa la rutina para tener un pelo como el tuyo, ¿no?», oh —soltó sorprendida, a la vez que su rostro cambiaba.

—¿Qué ocurre?

Preocupado, Sky me pasó su teléfono y, por cómo me miraba, sabía que no me iba a gustar lo que estaba a punto de leer.

Tuverdaderoconsejero: Menudo espectáculo ha dado esta noche tu amiguita. Si yo fuera tú, ya me habría alejado de ella. Hoy ha sido su fiesta, pero mañana puede ser la tuya. ¿Te conviene ese tipo de prensa, ahora que estás a punto de sacar disco? Estoy convencido de que no.

El nuevo acosador de Sky había vuelto.

***

Los siguientes días fueron un caos. Más bien, yo me encargué de convertirlos así. Aquellos mensajes dejaban claras las intenciones de esa persona anónima: conseguir que Sky se quedase sola. Y no iba a permitir que ocurriese.

Hablé con el señor Clark para comenzar a tomar medidas reales. Nada de planes futuros ni esperas, como propuso la primera vez que le había contado las amenazas. Tomar medidas ya.

Después de una reunión urgente, acordamos crear un equipo de seguridad para cubrir todas las necesidades de Sky. Al vivir con ella, podíamos prescindir de una vigilancia las veinticuatro horas, pero necesitábamos a gente muy cualificada y lista en todo momento. De eso se encargó él. Yo, por mi parte, continué haciendo mi trabajo como siempre, pero más atento. No habría nadie cerca de ella que no conociese.

El señor Scott propuso retrasar la grabación del álbum, pero Sky se negó. Una parte de mí quería obligar a ceder, pero otra, la que la escuchaba levantarse por las noches para meterse en su estudio, supo que no aceptaría nunca. Por lo que, aquel viaje a Los Ángeles en septiembre seguía en pie.

—No sé qué decirle a Madison —soltó un día, mientras veíamos una de sus películas.

—¿Es necesario que la mantengas informada? —La relación entre ambas era muy fuerte, como la que teníamos Tom y yo.

Aunque, después de la fiesta, estaban un poco más distantes. Ya no escuchaba tantas videollamadas nocturnas como antes.

—¿Sí? ¿No? No lo sé —comenzó a debatir con ella misma.

—Si aceptas mi consejo, saberlo la preocuparía.

—¿Así que no se lo digo? —No fue un tono acusatorio, sino de curiosidad.

—Yo no lo haría. Lo sabemos todos los que podemos hacer realmente algo —asintió, aun sin tenerlo del todo claro—. Eso sí —continué—, si lo que necesitas es una persona con la que hablar del tema, y crees que esa es Madison, hazlo.

En ningún momento de la conversación habíamos roto el contacto visual, ni cuando sonó una canción en el televisor. Así que, gracias a mi nueva costumbre de sentarme junto a ella en el sofá, pude ver mucho mejor cómo sus ojos marrones se achicaban tras decir aquello.

—¿Ella es Madison y yo soy la señorita Gallagher? ¿En qué momento? —dijo pillándome completamente por sorpresa. A esas alturas, ya le había llamado dos veces por su nombre y me había propuesto no hacerlo más. Porque la tuteaba. Porque eso le molestaba. Porque así me recordaba que seguía siendo una clienta.

—Efectivamente, señorita Gallagher —le vacilé un poco.

—Te odio —murmuró y volvió a clavar su vista en la pantalla.

—Espero que no —se me escapó en un susurro.

Lo esperaba de verdad. Sabía que lo decía en broma, pero no quería que se sintiera incómoda conmigo en su casa. Desconocía cuánto tiempo más debería de pasar allí.

# 47
# SKY

—Espero que no —le escuché decir a Andrew.

Mi guardaespaldas, el hombre gruñón que conocí hace unos meses, el que con solo una mirada conseguía infundir miedo, esperaba que no le odiase. Me molestaban muchas cosas de él, sí. También me sentía más segura desde que lo tenía a mi lado. Y, por supuesto, no lo odiaba. Ni en sueños.

Mientras frente a mí ocurrían miles de escenas, mi mente no podía dejar de pensar en él. Quizás había sido demasiado dura. Quizás le había dicho algo y le había dado una impresión equivocada. Era cierto que no nos llevábamos genial, que no nos podíamos considerar amigos, que si no fuese por el acosador que me rondaba él se habría ido a su casa y yo estaría un poco más contenta. Pero, últimamente, nos tolerábamos y para mí eso ya era todo un avance.

No supe cuánto tiempo estuve pensando en eso, pero cuando me di cuenta de que la película había llegado a su fin Andrew se estaba levantando del sofá. Rápidamente, y sin pensarlo mucho, le agarré de la manga, ganándome una mirada confusa y obligándome a mirar hacia arriba.

—Yo no te odio —logré decir.

—Yo tampoco lo hago.

—Me alegro —sonreí.

—Y yo.

Andrew no mostró ninguna intención de enseñarme una sonrisa, pero no se movió. Nos quedamos en silencio, en esa posición —él de pie con su vista clavada en mí y yo sentada agarrada a su brazo— un rato más. Cuando mi cerebro fue consciente de que seguía apretando el puño, me envió una pequeña descarga haciendo que

me soltase. Andrew lo tomó como una invitación para irse y echó a andar.

—Pero sí que creo que eres un poco insoportable a veces —soltó de golpe, en tono burlón.

En otro tiempo, aquello me habría ofendido e incluso habría sido la excusa perfecta para pedir su despido, pero me sorprendió que no me afectase tanto, aunque no le iba a dar la satisfacción de saberlo. En un movimiento ágil, me levanté del sofá y me puse frente a él.

—Tú sí que eres insoportable. Siempre —repliqué, rebajándome a la altura de una niña pequeña.

—¿En serio? —quiso saber, cruzándose de brazos—. ¿Cuándo soy insoportable?

—Pues… —fingí que lo pensaba. Aunque los últimos días habíamos estado hablando normal, seguía teniendo una lista de cosas que me sacaban de quicio de él—. Cuando me dices que me cambie de zapatos porque si no me pueden matar —empecé.

—Sin embargo, las últimas semanas no te lo he tenido que decir porque eres tú la que toma la decisión de ir cómoda.

—O quizás sea porque sé que me vas a echar una de esas miradas que dan tanto miedo y prefiero ir a lo seguro —solté. Y, al ver su cara de satisfacción, me arrepentí nada más hacerlo. Acababa de confirmarle que solo con una mirada haría todo lo que él quisiera.

—¿Acaso esto te da miedo? —preguntó, acercándose un poco más. Lo tenía tan cerca que pude ver con claridad la media sonrisa que me estaba dedicando y el intento de una de sus miradas.

—¿Que sonrías? Sí.

Gracias a que no había dejado de prestarle atención, vi cómo soltaba una risita, que intentó ocultar bajando su rostro. Llevaba un rato intentando callar las voces de mi cabeza, pero cuando volvió a clavar su mirada en mí, no podía dejar de pensar en lo increíblemente *sexy* que era. Y no solo en ese momento.

No estaba ciega y sabía que Andrew era atractivo. Sin embargo, hasta que no escuché esa risa ahogada, hasta que no vi esa sonrisa, no fui consciente de lo mucho que quería besarle. Además, en ese momento, no me estaba ayudando para nada porque había decidido acortar más aún la distancia entre los dos.

Quizás fueran impresiones mías, pero juraría que su mirada había cambiado. Que me miraba diferente, como nunca antes lo había hecho. Inconscientemente, iba alternando entre esos ojos marrones con tintes verdes y su boca. Pero yo no era la única.

—Dios, sí que eres insoportable a veces —soltó en voz baja, con un tono mucho más grave del que solía utilizar.

Una vez, leí que a las mujeres heterosexuales nos gustaban los hombres con voces graves porque soltaban más testosterona y eso nos hacía perder el juicio. Y quizás fuera por culpa de eso, o a consecuencia de ello, que hice lo que hice. Con las pulsaciones disparadas, rompí la poca distancia que nos separaba y uní nuestros labios. Pero como si al hacerlo hubiese roto un hechizo, me separé rápidamente al ser consciente de lo que acababa de hacer.

—Perdón, perdón —dije apresuradamente. Acto seguido, con la vergüenza hasta arriba y las mejillas rojas, eché a correr a mi habitación.

Mi cerebro estaba tan centrado en crearme futuras escenas incómodas, que dejó de escuchar a mi alrededor y, por ende, a Andrew venir tras de mí. Al subir el primer escalón, me agarró del brazo y me giró, obligándome a mirarle.

—No pasa nada.

—No, lo siento. Lo siento —repetí con las mejillas rojas y esquivando su mirada.

Solo quería ir a mi habitación, meterme debajo de las sábanas y no salir en un par de años, quizás. No había nada más humillante que besar a alguien no correspondido. Bueno, sí, que esa persona viviese conmigo.

—Sky. —Clavé la vista en él. Había vuelto a llamarme por mi nombre. Por tercera vez. Y, de nuevo, de una forma completamente distinta. Ahora su tono había sido fuerte, como la primera, pero tranquilizador como la segunda. Su mano seguía en mi brazo, justo al revés que unos minutos atrás, y notaba cómo me lo acariciaba suavemente con el pulgar—. No tienes nada de qué disculparte.

—Sí, porque esto no está bien. Porque no tendría que haberte besado. Porque así no es como se hacen las cosas. Porque…

—Dios, cállate —me interrumpió. Acto seguido, liberó mi brazo y agarró mi cara con ambas manos y ahora fue él el que se encargó de juntar nuestros labios una vez más.

Esta vez no me aparté. Ni él. Continuamos besándonos, cada vez con más intensidad. Lo que había comenzado como un beso suave, poco a poco estaba volviéndose más agresivo. Los dos nos teníamos ganas y lo estábamos demostrando en aquel escalón. Andrew abandonó mi boca y se centró en mi cuello, provocando que un pequeño gemido se escapase de mi garganta. Sus manos se encontraban descubriendo mi cuerpo y yo necesitaba más. Mucho más.

—Habitación. Arriba —logré decir.

Él se separó de mi clavícula para poder mirarme. Al ver que no me retractaba de la decisión, asintió, me levantó del suelo en un ágil movimiento, y con mis piernas cruzadas alrededor de su cintura, nos llevó al lugar entre muchos más besos.

Una vez en la planta de arriba, lo noté titubear. Pero no por lo que estábamos haciendo, y lo que haríamos. No. Sino porque no sabía a cuál de las dos ir. Girar a la derecha e ir a la suya. Girar a la izquierda e ir a la mía. Me bajé de él y tiré de él hacia la izquierda.

Aunque el pasillo no era tan largo, llegar no fue sencillo. No dejamos de besarnos en ningún momento. Íbamos chocándonos contra las paredes, deshaciéndonos de las piezas de ropa absurdas que solo nos impedían sentirnos mejor. No queríamos parar y esa fue la manera que encontramos de hacerlo. Nada más pasar el umbral de la puerta, supe que aquello solo iba a terminar de una forma y estaba deseando que pasase.

Al llegar a la cama, Andrew me dejó en ella, haciendo que, por primera vez desde que estábamos en esa planta, nos separásemos. Ahora estaba frente a mí, de pie, mirándome, analizando mi cuerpo. Estaba segura de lo que veía: mis labios rojos e hinchados por la fuerza de nuestros besos, mi pelo rebelde sobre mis hombros, mi torso cubierto únicamente por mi sujetador negro y mis pantalones en su sitio, por desgracia.

Pero él no fue el único, yo también lo hice. Su boca que contaba lo que estaba pasando. Su mirada similar a la que me había echado

antes y que ya había descubierto lo que era: deseo. Unos instantes antes, me había asegurado de quitarle la camiseta y no pude hacer otra cosa que agradecerle mentalmente que le gustase tanto el deporte. Debajo de esos trajes, había un cuerpo fornido, musculado y fuerte que le daría envidia a cualquier Dios griego. Sus pantalones también seguían ahí, pero con solo un vistazo rápido supe que me necesitaba, tanto como yo a él.

Fui paciente. Esperé a que terminase de contemplarme, pero se quedó en esa posición un poco más. Demasiado tiempo, para mí. Ansiosa y deseosa, le ofrecí mi mano. La agarró con suavidad y aproveché para tirar de él, provocándonos una pequeña risa. Andrew estaba encima de mí, en mi cama, en mi habitación. Dándome besos en todo mi cuerpo. Primero fueron los labios, luego a la mejilla, el cuello, la clavícula… y continuó bajando haciendo un camino de besos hasta toparse con la ropa que aún manteníamos ambos. Retrocedió en sus pasos y subió hasta mi oreja.

—¿Estás segura de que quieres esto, Sky? —susurró de una manera muy sensual. En ese momento deseé que usase ese tono conmigo siempre.

—Ajá —logré contestar.

Clavó sus ojos marrones manchados ligeramente de verde en mí.

—No me sirve eso, Sky. Dime que quieres esto —me ordenó, de una manera totalmente distinta a las otras veces que lo había hecho.

El corazón me iba tan rápido que tenía miedo de que se me saliese del pecho. Las pulsaciones eran tan fuertes que las sentía hasta en las orejas. Le dediqué una de mis mejores sonrisas y sacando fuerzas de algún sitio, pude responderle lo que quería escuchar.

—Sí, Andrew. Sí que quiero esto.

Ahora él me dedicó una sonrisa, me besó y rompió el contacto. Observé cómo se ponía de rodillas sobre el colchón y me ayudaba a deshacerme de los pantalones. Pensé que también me ayudaría con mi ropa interior.

—Aún no, Sky. Vamos a divertirnos antes.

No sabía qué tenía en mente, pero me apuntaba. Fuese lo que fuera, lo haría. Él se levantó para quitarse los suyos, pero yo no iba a permitir que lo hiciese solo, así que me incorporé y se los desabroché. Él puso sus manos sobre las mías, para asegurarse de que solo le bajaba eso. Al hacerlo, descubrí que su ropa interior era tal y como la esperaba, unos bóxeres cortos blanco que, gracias a lo que llevábamos haciendo los últimos minutos, dejaban nada para la imaginación sobre lo que escondían. De nuevo, nos unimos en un beso mientras nos colocábamos en la misma posición que antes.

Y, al igual que hacía un momento, recorrió mi cuerpo a base de besos. Pero esta vez no paró. Continuó más abajo. Primero un muslo. Luego el otro. Sus manos me acariciaban de arriba abajo. De abajo arriba. Volvió a colocarse a mi altura, clavando su mirada en mí. Y lo supe. Supe que estaba completamente perdida.

Su mano derecha comenzó a deslizarse como una pluma sobre mi cuerpo. Al llegar a mi pecho se quedó quieto. Sin dejar de besarme, la deslizó por mi espalda y en un hábil movimiento desabrochó el sujetador.

—Así mucho mejor —dijo con voz ronca. Me estaba encantando y él era consciente de ello.

Andrew se encargó de lanzarlo lejos de nosotros. No iba a necesitarlo. Al contrario que a él. Ahora, con los pechos al aire, decidió retomar su movimiento. A diferencia de cómo habíamos estado hacía unos minutos, su mano fue bajando despacio y suavemente hasta llegar a la única prenda que seguía en mí. Nos fundimos en un beso urgente a la vez que notaba cómo la colaba debajo y buscaba aquello que yo tanto necesitaba.

Los dos éramos conscientes de lo que estábamos haciendo. Que aquello lo iba a cambiar todo. Que ya no había marcha atrás. Que dar ese paso significaba arriesgarlo todo, pero, aun así, seguimos adelante. Porque nada de eso pareció importar. Resultaba hasta irónico porque estábamos rompiendo la única regla que nunca pensé que romperíamos. Aquella en la que ambos estuvimos de acuerdo desde el primer día: No entrar en la habitación del otro.

# 48
# ANDREW

Arrepentirse era una palabra que no lograba describir con exactitud lo que estaba sintiendo en ese momento. Si cerraba los ojos, aún veía a Sky desnuda sobre mí. Sin apenas esfuerzo, volvía a oír su voz gimiendo mi nombre. Y necesitaba que parase. Lo que había pasado la noche anterior no se podía repetir. Bajo. Ninguna. Condición.

Al poco rato de que los dos estuviésemos satisfechos, el ambiente se puso algo tenso, así que aproveché para irme a mi habitación. Y ahí continuaba. A pesar de las horas, continué encerrado; pensando y analizando cómo debía de llevar esa nueva situación.

Lo que más me molestaba de todo era que me había gustado. No fue hasta que pasó, que no descubrí las ganas que tenía de besarla. De tocarla. De ella. No quería pensarlo mucho, pero llevaba casi tres años sin sentir lo que había sentido la noche anterior, desde que Meg murió. Pero no podía repetirse. No podía volver a pasar. No podía, simplemente. Sky era mi clienta. No mi amiga. No mi amante. Mi clienta.

Tomé una decisión un tanto inmadura: si ella no sacaba el tema, yo haría como si no hubiese pasado nada. Con eso en mente, fue cuando salí de la cama y bajé a la cocina, a hacer lo que siempre hacía. Sky apareció por la puerta mientras me encontraba tomándome el café. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta y vestía ropa de deporte. En los meses que llevaba con ella, había descubierto que solía hacer más ejercicio cuando tenía que prepararse para los conciertos. Por lo que, dado que ya se habían terminado, me extrañó verla vestida así.

—Hoy me apetece ir a correr por el jardín. Supongo que tienes que venir… —habló, despejando todas mis dudas.

—En efecto.

—En diez minutos en la puerta —me informó y se marchó.

Por la forma en la que se había dirigido a mí, parecía haber llegado a la misma conclusión que yo. No hablaríamos del tema. Era un error que no se volvería a repetir y haríamos como que nada había pasado entre nosotros dos.

***

Si algo me había quedado claro mientras iba corriendo tras Sky por su jardín era que, en caso de emergencia y con el calzado correcto, estaba más que capacitada para huir. Aunque no descubrí que su plan era recorrerse toda la parte trasera de su casa hasta que comenzó a hacerlo. No quería reconocerlo, pero a mí también me había venido bien correr para despejarme.

—Creo que tenemos que hablar —soltó cuando pasamos adentro. Desde que había salido de la cocina, no me había dirigido ninguna palabra más, así que me sorprendió que lo hiciera.

—No creo que haga falta…

—No, sí que lo hace —me interrumpió—. Andrew, lo que pasó anoche fue en un error y no puede volver a pasar.

—Coincido, señorita Gallagher.

Al decir eso último vi cómo su cara hacía un gesto de incredulidad. Sus cejas se elevaron y dejó escapar algo similar a un pequeño soplo por la nariz.

—Ya no me llamas Sky… —murmuró en un tono que me era imposible saber si le disgustaba o no. En realidad, lo había hecho para dejar claro que volveríamos a ser como éramos hacía dos días —. Bien. Buena charla.

Tras eso, se marchó a su habitación, dejándome solo en la puerta. Era la mejor decisión posible. De ahora en adelante, solo iba a protegerla como el guardaespaldas que era y nunca, bajo ninguna circunstancia, nos íbamos a volver a acostar.

# 49
# SKY

Los siguientes días transcurrieron sin ningún incidente. Tras dejarle claro que no volvería a repetirse, no ocurrió. Él hacía su trabajo. Yo seguía con lo mío. Al igual que la primera semana que se mudó a mi casa, íbamos un poco con pies de plomo. Antes lo hacíamos porque debíamos acostumbrarnos al otro, ahora por el miedo a lo que pudiese ocurrir.

Al menos lo habíamos hablado como los dos adultos que éramos. De no haberlo hecho, habría una bomba que podría explotar en cualquier momento. Por eso, tomé la decisión más madura que se podía tomar en una situación como aquella y estaba orgullosa de mí misma. Aunque esperaba que fuese Andrew el primero en hablar. Quizás no lo conocía tan bien como pensaba. Pero ya no me importaba. Desde aquella mañana, Andrew era única y exclusivamente mi guardaespaldas. Nada más.

Madison estaba más desaparecida de lo habitual. Le enviaba algún mensaje y tardaba horas, o días, en responder y no quedábamos porque siempre estaba ocupada, ya fuese con el trabajo o con Charlie, al cual no dejó tras la escena de su fiesta. En definitiva, llevábamos demasiado tiempo sin tener una conversación en condiciones.

Por suerte, tenía que salir de casa e ir a la productora para hablar del viaje que debía de hacer a principios de septiembre. Según me contó el señor Scott en la reunión, ya estaba el estudio alquilado para todo ese mes, por lo que, sí o sí, se me esperaba allí durante todo ese tiempo. A diferencia de la última vez que fui a Los Ángeles, esta vez había optado por quedarme en mi propia casa. Pensé que Andrew decidiría irse a un hotel, pero el equipo prefirió

que durmiera cerca de mí. Y, para mi desgracia, él aceptó sin rechistar.

Nadie más que nosotros dos sabía lo que había pasado, así que no tenía ninguna excusa para evitarlo. Eso quería decir que viviríamos juntos en el que fue mi hogar durante tantos años.

—Dormirás en el sofá —le informé nada más llegar a casa—. No quiero que duermas en la habitación de mi abuela y mi cama no es una opción.

—Entendido, señorita Gallagher —contestó servicialmente.

No me había gustado la manera en la que lo dijo, porque parecía que yo fuese un sargento y él un cadete que debía obedecer en todo. Aunque, si lo pensaba bien, así es como debía de ser nuestra relación y por eso no le repliqué. Simplemente, me marché del salón.

Una de las principales desventajas que tenía vivir con el chico al que intentaba evitar era que no podía esconderme en casa, por lo que tocaba adaptarse y terminé encerrada en mi estudio. No me apetecía componer, pero era la única sala en la que él no iba a entrar. Porque ya lo hizo en mi habitación y ahora tenía demasiados recuerdos en ella. Recuerdos que no venían bien para despejarse.

Encendí el portátil que siempre dejaba allí y comencé a revisar algunas pistas musicales que tenía. Generalmente, cuando acababa de componer una canción, grababa ahí una versión simple y básica que más tarde le presentaba al equipo. Si terminaba gustando, la perfeccionábamos. Si, por el contrario, no encajaba con mi sonido, con lo que estuviera trabajando o no era buena, se quedaba en ese disco duro para siempre.

Para mi primer álbum compuse cincuenta y tres canciones. Solo se publicaron veintidós. Cuando vi que el resto se iban a quedar ahí olvidadas me decepcioné bastante, pero el señor Scott me calmó y me explicó que las podríamos usar en futuros proyectos o incluso vendérselas a otros artistas.

Nunca había compuesto pensando que la cantaría otra persona que no fuese yo, pero esa era la magia de la música. Con unos cuantos ajustes de acordes y letra, una canción perfecta para mí podía convertirse en la perfecta para otro.

No tardé mucho en encontrar el archivo que estaba buscando. Pulsé sobre *Don't you dare* y volví a escuchar la canción que le había hecho a mi guardaespaldas el primer mes de conocerle.

Algo que odiaba el señor Scott de mí era que siempre buscaba la perfección. Por ejemplo, cuando terminé de componer aquella canción la sentí perfecta, pero habían pasado unos meses y, al terminar de escucharla, supe que debía de retocarla. Así que me centré en ella. Viéndolo en retrospectiva, quizás trabajar en algo que iba dedicado a Andrew no era la mejor manera de dejar de pensar en él.

Por suerte, solo me llevó una hora hacer los nuevos arreglos. Tan solo había cambiado una melodía y un par de notas, pero ninguna frase. Al final, quería que el sentimiento siguiese siendo el mismo que el primer día. Si hubiese añadido algún cambio a la letra, estaría mezclando el pasado con el presente y no habría sido un sentimiento puro y real.

Al salir del estudio, descubrí que la casa estaba en silencio. Hacía mucho que eso no pasaba, salvo durante las noches. No sabía dónde se había metido mi guardaespaldas, así que me puse a buscarlo.

Primero miré en el salón, luego en la cocina y, por último, subí hasta su habitación. La puerta estaba cerrada, así que me acerqué, pegando la oreja contra la madera, por si podía oír algo, pero al otro lado solo había más silencio. No necesitaba nada de él, pero quería asegurarme de que seguía allí y que no se había marchado sin decirme nada, aunque eso era algo que jamás había hecho. Dudé unos segundos, porque iba a romper una de las normas, y finalmente llamé a la puerta.

Esperé. Segundos que se me hicieron minutos. Y nada. Ni un solo ruido al otro lado. Tragué saliva, indecisa, pero lanzada. Quizás me estaba ignorando. Quizás él también quería esconderse de mí, tanto como yo de él. Pero esa sensación extraña que sentía no paraba de crecer y, por eso, con todo el cuidado del mundo, giré el pomo. La puerta se abrió lentamente, revelándome un espacio que, aunque una vez fue también mío, ahora ya no me pertenecía para nada.

Le eché una ojeada rápida y me di cuenta de que, aunque todo parecía igual, había cambiado. Los muebles continuaban siendo los mismos, pero la estancia ahora gritaba su nombre en cada rincón. En los papeles sobre el escritorio. En los zapatos perfectamente alineados junto al armario. En la maleta que asomaba bajo la cama. Mi guardaespaldas era extremadamente ordenado y lo que veía delante de mí no hacía más que confirmarlo.

—¿Qué haces aquí? —Me sorprendió la voz de Andrew por la espalda. Rápidamente, me di la vuelta hacia él.

—No te encontraba y…

—¿No me encontrabas y has encontrado la ocasión perfecta para colarte en mi habitación? —quiso saber visiblemente molesto.

—¡No, no! —intenté defenderme—. He llamado, pero no has contestado y creía que me estabas ignorando o que te habías ido sin decírmelo.

—Nunca haría eso, señorita Gallagher. Ese también es mi trabajo. Estar aquí, contigo —asentí, como si me acabase de hacer una pregunta—. Estaba en el gimnasio. Supongo que no me has buscado ahí, ¿cierto?

Tenía razón. No sabía en qué momento de la mudanza había decidido dejar la sala del gimnasio porque apenas lo utilizaba. Por eso, ni se me había pasado por la cabeza que alguien le diera uso. Me fijé en él y al instante me arrepentí de hacerlo. Andrew llevaba una camiseta blanca de tirantes anchos que dejaba a la vista sus brazos claramente musculados y unos pantalones cortos anchos que le quedaban increíblemente bien. Sus manos sujetaban una toalla oscura y todo ello mientras su piel brillaba un poco más de lo común debido al sudor. Y, no sé, pero eso le daba un toque aún más *sexy*.

—¿Puedo ir a ducharme o quieres seguir mirándome un rato más? —soltó de repente. Por supuesto que se había dado cuenta.

—Yo no… —empecé a mentir, pero enarcó una ceja que decía «Vete con el cuento a otro», así que me corté—. Sí, buena ducha.

«Buena ducha». Menuda tontería le acababa de soltar. Necesitaba huir. Desaparecer unos días. Irme de vacaciones… Lo que fuera, pero lejos de Andrew. Porque si algo me estaba

quedando claro en ese momento era que no sabía si sería capaz de resistirme a él.

9 de agosto de 2023

Querido amigo,

Te tengo que poner al día con los últimos acontecimientos porque… ha pasado mucho en poco tiempo.

Una mañana, estando en redes, leí un artículo donde aparecían imágenes de Charlie, el novio de Mads, entrando a un hotel con otra chica. ¡Y se estaban besando! Mi primera reacción fue gritar, cosa que hizo que Andrew viniese preocupado, y la segunda fue llamar a mi amiga. Por suerte, ella aún no lo había visto, así que le pedí la dirección del sitio donde estaba (la cabaña de Charlie) y que no mirase su teléfono hasta que yo llegase.

Mi idea era conducir hasta allí, enfrentarme a él si era necesario y traerla a casa, ya que sus padres me habían contado que había fotógrafos en su puerta, pero Andrew también debía —y quería— venir, por lo que condujo él. El trayecto lo hicimos en silencio, pero no porque estuviésemos enfadados entre nosotros, sino porque estábamos centrados en lo que haríamos al llegar a la cabaña.

Cuando vi a Mads sentada en la puerta de la entrada, una parte de mí se rompió. Porque ya no estábamos tan unidas como antes, pero siempre, SIEMPRE, iba a querer protegerla. Sí, es mayor que yo, pero me da igual. La voy a proteger igualmente.

Me alegró saber que Charlie no estaba ahí, pero también que no iba a estar sola al leer esa noticia. Porque yo iba a permanecer a su lado en todo momento. Y así estuvimos un buen rato, hasta que apareció EL SER.

Se bajó corriendo del coche, vino a por mi amiga, pidiéndole disculpas, diciendo algo de que no era lo que parecía y, por instinto, me puse delante de ella. Si quería hablar con Mads, primero debería de pasar por encima de mi cadáver.

Charlie no se echó atrás, por lo que un Andrew claramente enfadado se acercó a él lo más rápido posible. Le puso una mano en el hombro, obligándole a girar y mirarle.

—¿Y tú qué coño quieres ahora? —escupió la cosa que mi amiga había tenido por novio.

—Tienes dos opciones: o te subes al coche y te vas o te encierras en tu casa. Pero ninguna de las dos opciones incluye

hablar con las señoritas. Elige —contestó Andrew en un tono demasiado tranquilo. Solo con mirarle, sabía que se estaba conteniendo.

—Si no lo hago me vas a pegar, ¿o qué? —le vaciló.

—No me des más razones para hacerlo —amenazó—. Elige.

Nunca había visto esa faceta de Andrew y no me ha disgustado para nada. Quizás, puede que hasta me haya gustado un poquitín, amigo.

Al final, se marchó sin poder decirle nada más y nosotros hicimos lo mismo. Los siguientes días me esforcé en intentar animar a mi amiga. Nada más pisar su habitación (por supuesto que Mads tiene habitación propia en mi casa) me di cuenta de que había perdido mucho peso.

Entiéndeme, no soy de las que hablan de los cuerpos de los demás, pero es que se le notaba demasiado. Me ha dicho que es porque hace mucho senderismo y se está cuidando de comer porquerías, pero… Deberías de haberla visto, nunca se le habían marcado tanto las costillas.

Así que hemos visto nuestra película favorita, *Mamma Mia*, hemos comido algo de comida basura (puede que esto lo haya hecho para asegurarme de que mi Mads sigue ahí) y hablado sin parar. Lo necesitábamos los dos, para serte sincera.

Y luego ha venido EL DÍA.

Al final, ella leyó sus mensajes y vio que Charlie le decía de quedar en la cabaña de nuevo, así que, tras mucho pensarlo y practicar en lo que le diría, fuimos. Los tres. Andrew y yo no habíamos hablado mucho, pero en esos días me había demostrado que está dispuesto a cualquier cosa, como a traer las *pizzas* sin que nadie se lo pida. Y me gusta. Que me protegiera a mí por obligación, vale. ¿Pero que lo haga con mi amiga porque quiere? Me encanta.

Al llegar, Andrew le recordó que, si necesitaba pegarle que se lo dejase a él, que le recordaba a alguien y le tenía ganas. Mads y yo nos miramos absortas, pero más sorprendidas por la sonrisa de villano malvado con la que lo había dicho. Después, nosotros dos observamos toda la escena desde el coche. Mads llegando a donde Charlie, él hablando, ella intentando no llorar. Es fuerte. Mads es

fuerte. Más de lo que ella imagina. Y, entonces, ocurrió. Ese «algo» que nos hizo salir corriendo del coche e ir a por mi amiga.

Charlie la tenía sujetada por la muñeca, impidiéndole que se fuera. Andrew, en un ágil movimiento, se la soltó y le agarró el brazo al ya exnovio, retorciéndoselo en la espalda. Nunca pensé que me gustaría tanto oír a alguien gritar de dolor, pero ahí estaba, disfrutando de la escena. Aunque no sé si por el sufrimiento de Charlie o porque Andrew estaba demasiado *sexy*. Su cara de enfado. Sus brazos a punto de explotar en el traje. Sus manos con las venas altamente visibles… Sí, amigo, tengo que admitir que Andrew me pone muchísimo.

Pero volviendo al tema de Mads, después de aquello volvimos a mi casa, hasta hace unas horas que la hemos llevado a la suya.

Siempre he oído que de algo malo nace algo bueno y de esto horrible, porque nadie se merece algo así, hemos sacado ¡unas vacaciones! Mads y yo hemos recordado que este verano no habíamos tenido nuestra escapada, pero este año me había dicho que no quería (corrección: lo habló con Charlie y él dijo que no), así que sin ex puñetero ¡tenemos vacaciones! Voy a mirar destino. Yo creo que Europa es un buen lugar para empezar. ¡Qué ganas!

Con cariño,

Sky, la que no entiende a Andrew. ¿Desde cuándo sabe ser majo?

PD: Me acabo de dar cuenta de que Andrew va a tener que venir con nosotras. ¡Qué ganas! (sí, esto es ironía)

# 50
# SKY

Había pasado casi dos semanas desde que le habían roto el corazón a mi amiga públicamente y en unos días teníamos un evento. Sabía que Mads estaba nerviosa porque sería el primero desde aquello, pero la intenté tranquilizar. Al final, no tardaría mucho en haber otro escándalo que opacase al suyo.

Ese día hacía calor y había decidido salir a mi jardín a tomar el sol y estar un rato en la piscina. Llevaba uno de mis bañadores favoritos por su comodidad. La parte de arriba era de color verde aguamarina en forma de triángulo y la parte de abajo era negra, similar al corte brasileño.

Me eché el protector solar y, cuando estaba a punto de entrar al agua, vi pasar a Andrew por la puerta del jardín.

—¿Te apetece darte un baño? —le invité, de la misma manera que lo había hecho cuando le comuniqué mi plan.

—Paso —contestó exactamente igual.

—Tú te lo pierdes —Y me metí sin pensarlo mucho más.

Aunque fuese mi guardaespaldas, también era mi compañero de piso y por eso tenía acceso a toda la casa, salvo un par de salas. Si él no quería disfrutar del día tan bonito que estaba haciendo y refrescarse un poco, era problema suyo. No mío.

Desde que era pequeña, me encantaba nadar. Sumergirme en el agua. El silencio que había bajo él. La calma. Podía tirarme horas así sin darme cuenta. Pero, en una de las veces que saqué la cabeza para respirar, encontré a Andrew observándome. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí de pie. Dispuesta a descubrir qué le pasaba, salí del agua y fui directa a él.

—¿Qué te pasa? —le pregunté bruscamente al llegar al umbral de la puerta. Mi intención no había sido querer sonar así, pero no

me suavicé.

—Nada —respondió confuso.

—Me estabas mirando. ¿Qué quieres?

—Llevas un rato debajo del agua, quería asegurarme de que seguías con vida.

—En serio crees que… —me interrumpí incrédula—. Pues ya has visto que sí, así que puedes volver a… —me fijé en el él y vi que llevaba esa ropa de deporte que tan bien le quedaba—. Al gimnasio.

—Vengo de allí. Llevas una hora en la piscina. Como sigas así, te vas a arrugar como una pasa, señorita Gallagher —se burló.

Clavé mi mirada en él. Quería decirle tantas cosas que esperaba que mis ojos fueran los suficientemente expresivos para hacerlo. Porque si le ponía voz a todo, no terminaríamos bien. Él, lejos de asustarse o intimidarse, levantó brevemente sus cejas, sorprendido por mi reacción. Nos quedamos así, en silencio, mirándonos, de pie frente a la puerta de mi casa, yo dejando un charco de agua debajo de mí y él con su piel sudada, por el calor o el ejercicio, un buen rato. Y entonces lo vi. Por un pequeño instante, por un breve momento, dejó de mirarme a los ojos para bajarlos hasta mi boca. De repente, lo sentí. Una electricidad por todo mi cuerpo. Las pulsaciones alterándose. El corazón acelerándose.

Me sentía de la misma forma que lo hacía un imán cuando se encontraba cerca del otro. Mi cuerpo lo atraía. Lo llamaba. Lo necesitaba. Por eso, con todas esas sensaciones a flor de piel, me abalancé sobre él y nos uní en un beso. Andrew no tardó en reaccionar y me respondió como era debido. Fue intenso y pasional. Con ese beso, entendimos que habíamos sido unos idiotas al creer que aquello no volvería a pasar.

—Voy a ducharme. —No le estaba informando, sino invitando.

—Sí. Yo también.

Nos envolvimos en más besos, ansiosos, hambrientos. Nuestras manos necesitaban comprobar que aquello era real, que nosotros éramos reales, y no dejaban de tocar todas las partes de nuestros cuerpos. La ropa nos quemaba y nos fuimos deshaciendo de ella por el trayecto hasta el baño de mi habitación.

Al llegar, éramos tan solo dos cuerpos desnudos que necesitaban más del otro. Mucho más. Como pude, abrí el grifo y lo puse a una temperatura decente. No sabía cómo le gustaba el agua, así que esperaba que sirviera que no nos fuésemos a hervir. Pero eso no nos iba a parar. No nos importó que aún no estuviese perfecta. Nos metimos igualmente. Empapándonos, besándonos y con la intención de repetir aquel error que creímos que no volveríamos a cometer.

Pero el universo no nos lo iba a poner tan fácil como la primera vez. Porque, de repente, comencé a escuchar a lo lejos la voz de Adele.

—¿Escuchas eso?

Andrew se tensó y rápidamente cortó el agua. No tardó mucho en identificar lo que era y de dónde provenía.

—Deja que suene, Sky —me suplicó. Él sabía que escuchar mi nombre salir de sus labios, de esos de los que me estaba matando alejarme, era mi punto débil.

—¿Y si es algo importante? —Hice lo más complicado en ese momento y me aparté de él.

Rápidamente, me envolví en una toalla blanca, fui a mi habitación, donde estaba el teléfono cargándose, y comprobé que quién llamaba era Madison. En menos de dos zancadas, ya me encontraba en el baño de nuevo.

—Es videollamada, ¡vete! —Andrew, que ya se había cubierto, obedeció y para cuando acepté la llamada de mi amiga, él ya no estaba a la vista.

—¿Te acabas de duchar? —preguntó al verme.

La toalla y el vaho que me envolvía me acababa de dar la excusa perfecta. Aún no le había contado nada de lo que había pasado, o pasaba, entre mi guardaespaldas y yo, así que me limité a mentir.

—Sí, pero ya he terminado. Dime.

Madison tenía un problema con la vestimenta para el evento y me alegraba que hablase conmigo. Desde que había roto con Charlie, volvimos a ser nosotras dos contra el mundo. Por supuesto que me sentía culpable por no contarle lo de Andrew, pero no podía explicarle algo que ni yo misma entendía. Por eso, me prometí a mí

misma que, cuando me aclarase, ella sería la primera persona a la que llamaría.

# 51
# ANDREW

No sabía qué me pasaba. Si me ponía a analizar la situación, no me reconocía. No entendía en qué momento había permitido que eso ocurriese. Pero ver a Sky en ese traje de baño que le resalaba muchísimo su espectacular figura, me hizo perder el sentido. No le mentí cuando le dije que iba a ducharme, pero porque estaba sudado después de hacer deporte. Sin embargo, después de que nos interrumpieran, necesitaba una de agua fría con urgencia.

Aunque me molestase, me alegré de que no pasase nada más. Madison no tenía el don de la oportunidad, pero le di las gracias mentalmente por haber sido la encargada de evitar que volviésemos a cometer un error. Esperaba que esa sí que fuera la última vez que pasaba algo entre nosotros dos. Pero Sky me atraía, muchísimo, y últimamente sentía que hacía cualquier cosa para provocarme. Poniéndose un pijama demasiado corto, que dejaban casi al aire sus cachetes, acercarse a mí recién salida de la piscina con ese bañador, las miradas desafiantes, las invitaciones… Igual solo era impresión mía, una percepción de un hombre que se estaba volviendo loco por culpa de su compañera de piso. Necesitaba encontrar con urgencia al de los anónimos para poder irme a mi casa y poner algo de distancia.

Ya en mi habitación, y tras ese baño urgente, me senté frente al escritorio y centré toda mi concentración, que era poca, en el ordenador. Me puse a leer algunos correos, solo para descubrir minutos después que seguían sin saber nada más del tipo de los mensajes. Decepcionado, bajé la tapa, desbloqueé el móvil y abrí la aplicación con la que hacía videollamadas con mis padres.

Antes de darle al botón, calculé la hora. La diferencia horaria siempre había hecho que ellos se levantasen mucho antes de lo

debido. Y sí, me sentía culpable por ello. Por eso, aprovechando que allí seguramente estaba anocheciendo y que Sky no me necesitaría, lo pulsé y esperé a ver a mis padres.

Sin embargo, después de varios tonos, aquello no ocurrió. Pensando que no lo habrían oído, volví a intentarlo. Tras escuchar los pitidos interminables, la llamada se cortó. Probé con el número de mi padre y nada. Empecé a preocuparme porque nunca, desde que estaba en Estados Unidos, rechazaban hablar conmigo.

Me levanté de la silla y mientras intentaba localizarlos, caminé por la habitación. Era una manera para no perder los nervios. De concentrarme en lo que estaba haciendo. En no perder el rumbo. Cansado de no obtener respuesta, llamé a mi amigo.

—¿Qué pasa, estadounidense? —Descolgó animado.

—¿Sabes dónde están mis padres? —pregunté apresuradamente.

—No, tío. Estoy en el gimnasio, ¿por?

Le puse rápidamente al día sobre mis intentos fallidos y me prometió que iría corriendo a casa de mis padres para comprobar que todo estuviera bien y que me llamaría en cuanto supiera algo. Con esa promesa, colgamos. Pero no me iba a rendir. Seguí llamando un rato más. Al ser consciente de que Tom no podría contactar conmigo si tenía la línea ocupada, dejé de hacerlo. Me encontraba en mi habitación, yendo de un lado para otro, preocupado y comprobando mi teléfono cada pocos segundos.

Mi mente estaba esperando un sonido, pero no el que oyó. Alguien había dado unos golpecitos a la puerta. No había que ser un genio para saber a quién me encontraría tras ella.

—Andrew, sobre lo de antes…

—Ahora no, Sky —solté bruscamente cortándola y ganándome una mirada extraña por su parte. Volví a mirar mi móvil. Nada.

—¿Va todo bien? —Si cuando decía que era observadora, era por algo.

—No consigo contactar con mis padres. —Podría no habérselo dicho, haberle mentido, decir que todo estaba estupendamente, pero la conocía lo suficiente como para saber que seguiría insistiendo y no tenía tiempo, ganas y humor para eso.

—¿Y nadie sabe dónde están?

La puse al día. A cada segundo que pasaba, me sacaba de quicio seguir sin noticias de mis padres ni de Tom.

—Bueno, seguro que tu amigo te llama pronto. ¿El gimnasio está cerca? —negué.

Cuando íbamos juntos, tardábamos veinte minutos caminando. Si había aligerado el paso, seguramente conseguiría llegar en diez. Pero habían pasado doce.

—Que no haya llamado tampoco es buena señal —dejé caer. No podía quedarme quieto más rato y volví a moverme por la habitación. Sky lo entendió como una invitación y se sentó en mi cama. Se. Sentó. En. Mi. Cama.

—Va a estar todo bien, ya verás. —Intentó calmarme.

Quise gritarle que eso no lo podía asegurar, que los accidentes pasaban, que un día estás y al otro no, pero antes siquiera de abrir la boca, la canción que tan bien reconocía sonó. Era una videollamada de Tom.

—Dime.

—Están bien, tranquilo. —Por fin, solté todo el aire que llevaba conteniendo—. Me los he encontrado yendo para allá, que se había dejado tu madre el teléfono y tu padre ha salido sin batería —me explicó—. Un caso perdido estas dos personas —bromeó girando su cabeza a la derecha, porque no me lo estaba diciendo a mí, sino a ellos.

—Pásamelos, por favor y… gracias. —Mi amigo obedeció y nada más ver a mi madre me tranquilicé del todo—. ¿De verdad salís sin teléfonos?

—¡Hola, cariño! —dijo animada—. Para una vez que nos puedes llamar a una hora normal y nosotros en la calle.

—Sí, ¿cuántas veces os he dicho que los llevéis siempre encima y cargados, mamá? —Las tornas se habían cambiado. Ahora dejaba de ser el hijo para convertirme en el padre de mis padres. No me gustaba que estuvieran incomunicados.

—Muchas. —Se burló—. Cariño, nos encantaría hablar contigo ahora, pero tenemos sesión en el cine en un rato y creo que vamos a llegar justos. Esta noche hablamos, ¿vale?

—Vale, que no se te olvide el teléfono.

—Sí, señor —dijo mi padre, apareciendo por mi pantalla haciendo un saludo militar. Después, se acercó más a la cámara y soltó—. Uy, ¿quién es ella, hijo?

—¿A ver? —Escuché a mi madre a la vez que me daba la vuelta para descubrir a Sky, aún sentada en la cama. Por lo visto, desde mi ángulo, se la podía ver.

Al fijarme en ella, su espalda, al hacer contacto visual conmigo, se puso más rígida. Me situé junto a ella y la enfoqué. Mis padres, sobre todo mi madre, no solían ver con buenos ojos lo de ser guardaespaldas, porque lo asociaban a gente mayor y problemática.

—Ay, ¡qué guapa! ¡Hola! —soltó mi madre. Noté cómo Sky se movía, se estaba riendo.

—¡Hola! —saludó tímidamente.

—Tú debes de ser Sky, la jefa de mi hijo, ¿verdad? Soy Amelia, su madre.

—Un placer y, bueno, técnicamente lo contrató mi equipo, aunque lo hicieron bajo mi supervisión. Bueno, a él personalmente no, porque él es el sustituto de mi guardaespaldas, pero se lesionó la espalda en la nieve con su familia y… Sí, creo que sí —explicó nerviosa y dejando escapar una risa. Nunca había visto esa faceta en ella y me pareció que estaba adorable.

—Espero que no te esté dando problemas. —Ella negó con la cabeza, mintiendo, por supuesto—. Me alegro, sé lo insoportable que puede llegar a ser.

Sky, al igual que yo, se quedó asombrada por aquel comentario. Sin embargo, soltó otra risa, mientras que yo opté por cortar la conversación. A saber lo que podría contarle mi madre si le cogía la confianza suficiente.

—Mamá, creo que será mejor que os vayáis ya si no queréis llegar tarde.

—Tienes razón, tienes razón. Un placer, Sky. Qué gusto verte, cariño. Hablamos esta noche. Un beso para los dos.

Después de despedirnos, fui yo el que se encargó de colgar la llamada, antes de que mi padre volviese a querer hacer acto de presencia o, peor, lo hiciera Tom. Al bloquear la pantalla, pensé que

Sky se marcharía, pero no ocurrió. Nos quedamos sentados en mi cama. Sin movernos. En silencio. Y, gracias a haberlos visto, mucho más tranquilo.

—Parecen muy majos. —Fue ella la que se encargó de romperlo.

—Sí, lo son.

Al girarme, descubrí que ya me estaba mirando con una expresión que no logré entender hasta que volvió a hablar.

—¿A qué se refería tu madre con lo de llamarlos a una hora normal?

—Bueno —intenté encontrar las palabras correctas—, debido a mi trabajo solo puedo hablar con ellos algunas noches. Por lo que, muchas mañanas, soy yo quien los despierta.

—¿En serio? —asentí—. Andrew, lo siento mucho. No había sido consciente de la diferencia horaria, perdona.

—No pasa nada, señorita Gallagher.

Sus ojos se entornaron ligeramente. Si no los hubiese estado mirando, seguramente ni lo habría notado.

—Vuelves a llamarme así. Interesante… —murmuró.

Con «volver» quería decir que antes, cuando había aparecido por la puerta, la había llamado por su nombre. Lo cierto es que lo hice sin pensar. Quizás por la situación o porque mi cabeza aún seguía confusa por lo que había pasado, o casi, en el baño.

—¿Estás mejor? —preguntó, dejándome sorprendido. Sin duda, cuando ella quería, podía ser amable.

—Sí, gracias. Y disculpa por haberte contestado así antes. —Traté de sonar más calmado.

—No tienes que hacerlo. Conozco muy bien esa sensación y te entiendo perfectamente. —Hizo una pausa, como si estuviera cogiendo fuerzas para explicármelo—. Un día, estaba en una fiesta del trabajo y había quedado con mi abuela allí. No la encontraba. La llamaba y no contestaba. Así que, bastante nerviosa como te has sentido hace un rato, fui a casa a buscarla. Y… Bueno, la encontré muerta en el suelo. —Su voz se quebró un poco, a la vez que sus labios mostraban una sonrisa triste. Muy triste.

—Dios.

Eso fue lo único que pude decir. Gracias a los informes que había leído de ella, sabía que su abuela había fallecido de un ataque al corazón, pero no tenía ni idea de que ella fuese la que la encontró.

En ningún momento había dejado de mirarla, pero en lugar de ver, la observé. Sus ojos ligeramente humedecidos. La boca que continuaba intentando ocultar el dolor que seguía sintiendo. Y yo podía parecer muy frío, lo sabía, y esa siempre había sido mi intención, pero tenerla frente a mí de aquella forma, tan vulnerable, me removió algo por dentro. Por eso, con mi cabeza hecha un lío, no pude hacer otra cosa que acortar la distancia y darle un abrazo. Uno que Sky no tardó en devolvérmelo.

—Anda, si sabes dar abrazos. —Se burló susurrándomelo al oído.

—Cállate —respondí poniendo un acento muy británico, que salía de vez en cuando, y aproveché para apretarla más fuerte. Noté el aire que soltó en forma de una risa muy cerca de mi cuello. Mis manos estaban tocando sus costillas y, por lo visto, tenía cosquillas. Me separé de ella y le eché una de mis miradas que lo decían todo.

—Sí, Andrew, tengo cosquillas. ¿Qué pasa? ¿Tú no tienes o qué? —negué con la cabeza, pero mentía. Claro que tenía, pero no iba a darle esa ventaja—. No te creo —soltó y, literalmente, se abalanzó sobre mí.

Estábamos tumbados sobre el colchón. Ella encima de mí. Tocando todo mi cuerpo. Buscando ese lugar que me dejaría por mentiroso. Que le daría la razón. Seguía creyendo que entre nosotros no debería de pasar nada más que lo profesional, pero me gustaba verle esa sonrisa resplandeciente que tenía en la cara. Me gustaba lo concentrada que parecía. Me encantaba tenerla encima de mí tocándome, aunque fuera por encima de la ropa. En ese momento, me dio igual que ella fuera mi clienta y que yo fuese su guardaespaldas. Si quería seguir tocándome, no iba a ser yo quién se lo impidiera. Solo quería que continuase haciendo lo que hacía. Aunque, siendo sinceros, me moría de ganas por besarla. En ese momento y en cualquier otro.

# 52
# SKY

Si hacía unos meses alguien me decía que iba a estar sobre Andrew en la cama de su habitación buscándole las cosquillas, de manera literal, me habría reído en su cara y lo habría apuntado a un concurso de cómicos, pero así estaban las cosas. Porque era imposible que no tuviera y, quizás, porque me había parecido una excusa maravillosa para tocarle ese cuerpo tan bonito que tenía.

En algún momento, lo supe. Que aquello no iba a terminar bien. Que lo del baño no iba a ser un error salvado por mi amiga. No. Sabía que iba a seguir pasando, ocurriendo, sucediendo. Porque éramos como las olas con la orilla, que por mucho que intentaran mantenerse alejadas, siempre terminaban encontrándose, chocando, volviendo una y otra vez.

Quizás el momento en el que comencé a notar al pequeño gran amigo de Andrew fue cuando lo descubrí. Si la parte racional hubiese tenido voz y voto en mis decisiones, me habría apartado de él, pero como aquello parecía no existir en mí cuando se trataba de mi guardaespaldas, no lo hice. Seguí sobre él, omitiendo lo que estaba sintiendo y buscándole ese punto que le hiciese reír. A esas alturas, ya se había convertido en algo personal.

—Es imposible —le dije muy cerca de la cara.

Él no contestó, simplemente se limitó a lanzarme una sonrisa maliciosa. Seguramente, pensaría que lo dejaría en paz, pero no. Me centré en su rostro y pasé mi mano lentamente. Primero la frente y la fui bajando a los ojos, la nariz, los labios —ahí puede que fuese más despacio aún—, hasta la barbilla. Nada. No me iba a rendir tan fácilmente, así que pasé por las orejas. Pero ocurrió lo mismo, nada. Hasta que, sin querer, puse uno de mis dedos sobre uno de los laterales de su cuello. Su cuerpo reaccionó brevemente y su

garganta luchaba por no dejar escapar ningún sonido. Andrew pensó que no me había dado cuenta, por lo que, pillándolo desprevenido, volví a tocar esa zona tan sensible para él, haciendo que se moviese un poco más debajo de mí.

Mi primer pensamiento fue en lo irónico que me parecía que su punto débil por las cosquillas, fuera el mío en los besos. El segundo que no le debía de gustar que lo ahorcasen mientras se acostaba con una mujer. Yo no lo había probado, pero si Andrew me ofrecía la oportunidad… Quizás no la rechazaba. Quizás sí que me iba eso y me lo estaba perdiendo.

—Mentiroso —susurré manteniendo la misma posición que antes, al comprobar que no había sido un espasmo involuntario.

—Pillado. —Se limitó a sonreír apretando la boca—. Me toca.

Antes siquiera de poder procesar sus palabras, y con un hábil movimiento que dejaba claro que el contacto físico era lo suyo, me dio la vuelta y me coló debajo de él, intercambiando posiciones.

Después, simplemente, me dejé tocar. Él ya había descubierto dónde tenía las cosquillas, pero parecía haberlo olvidado. Despacio, como había estado haciendo yo un rato antes, comenzó a tocar todo mi cuerpo. Con delicadeza, como si temiese romperme, pasó por mi cuello, mis brazos, mis piernas y, por último, mi torso. La camiseta de tirantes que llevaba empezaba a molestar, pero ninguno de los dos hizo nada para remediarlo. Con un solo dedo, trazó un camino desde mi clavícula hasta uno de mis pechos. Pero no lo tocó, sino que lo bordeó. Bajó hasta mi cintura y, al toparse con la goma de mi pantalón corto, retrocedió.

No fue hasta que me liberó, que no había sido consciente de que su otra mano se encontraba sujetando mis muñecas. Se recolocó sobre mí de forma que, si no hubiésemos tenido la ropa puesta, habría sido la posición perfecta para sentirlo dentro de mí.

Su mano volvió a mi cuerpo de la misma manera que antes y, esta vez, lo hizo sobre mi cosquilla izquierda. Con tan solo sentir la yema de su dedo, solté una pequeña risa ahogada que ni siquiera había sonado como tal. Además, mi cuerpo reaccionó y la piel se me erizó. Pero no solo con eso, por la posición en la que se encontraba Andrew, y debido a que no llevaba sujetador, pude ver el momento

exacto en el que descubrió que mis pezones se marcaban a través de mi camiseta.

Andrew sabía lo que yo quería, lo que me urgía. No porque salieran palabras de mi boca —solo pequeños jadeos—, sino porque mis ojos le estaban suplicando más. Y, cuando creí que no me estaba entendiendo, lo hizo. Sin dejar de jugar con mi cuerpo, rompió la poca distancia que había entre nosotros y unió nuestras bocas. Y, madre mía, cómo lo necesitaba.

A diferencia de hacía unas horas, ese beso no fue brusco ni urgente. Seguíamos necesitándonos, sí, y el deseo continuaba ahí, pero esta vez sentía que había algo más entre nosotros. Fue más lento, más intencional. Lo disfrutábamos y nos recreamos en ello. Queriendo saborearnos en todo momento, con cada roce.

Andrew no solo me besaba, también me exploraba. Mientras continuábamos sumergidos el uno con el otro, sus manos seguían tocando todo mi cuerpo con firmeza, con seguridad. Las ganas permanecían entre ambos, pero ahora había una delicadeza que nunca antes había estado.

Poco a poco, nos íbamos descubriendo, aprendiendo el idioma del otro a través de las caricias. Nos olvidamos de los miedos, de las inseguridades. Dejamos de ser guardaespaldas y clienta. Éramos Andrew y Sky. Dos personas que hacía tiempo que habían empezado a necesitarse, por mucho que se esforzasen en negarlo.

18 de agosto de 2023

Querido amigo,

¿Qué he hecho? Más bien, ¿qué me está pasando? Porque no me arrepiento de lo que ha pasado con Andrew. Aunque una parte de mí sabe que debería de hacerlo.

Soy un cliché andante. Si tengo que culpar a alguien, culpo a mi madre por obligarme a ver tantas veces *Disfrutando mi libertad* de pequeña. ¿Cómo no iba a acostarme con mi guardaespaldas cuando ese era mi ejemplo a seguir?

De verdad, amigo, estoy confundida. Qué bien me va a venir el evento de mañana. Necesito tomarme una copa con mi mejor amiga.

Con cariño,

Sky, más confundida que nunca.

# 53
# SKY

En unas cuantas horas estaría frente a la prensa del país en un evento con Madison. O, lo que era lo mismo, en unas cuantas horas mi amiga tendría muchos focos sobre ella y no pensaba dejarla sola en ningún momento. Por suerte, mi cabeza fue capaz de idear algún plan por si la atosigaban. Y decía «por suerte» porque mi mente aún seguía en la conversación que habíamos tenido Andrew y yo la noche anterior.

Para cuando salimos de su habitación, descubrimos que estaba cayendo el atardecer. De alguna manera, y sin saber cómo, habíamos perdido la noción del tiempo mientras estábamos allí dentro los dos. Más tarde, mientras se terminaba de calentar la cena, fue cuando me sorprendió mi propia voz hablando y rompiendo ese silencio cómodo en el que nos encontrábamos.

—Lo de hoy ha sido… —Dejé la frase a mitad porque estaba buscando la palabra correcta. No me había gustado, sino encantado —. No ha estado nada mal.

Andrew no contestó, se limitó a soltar un poco de aire por la nariz, haciendo un ruidito que ya había oído antes. En el tiempo que llevábamos viviendo juntos, había descubierto que aquel sonido solo salía cuando intentaba reprimir una risa.

—Parece que no se nos da bien lo de mantener las distancias —continué.

—Creo recordar que la que ha salido de la piscina y ha venido hacía mí y luego me ha tumbado en la cama has sido tú me informó calmado.

—¿Te recuerdo quién le ha hecho eso de la lengua primero o…?

—Está bien. No se nos da bien a los dos —me interrumpió. Yo no era la única culpable de lo que acababa de pasar, hombre.

—Así que…, ¿ahora qué?

Andrew intentó descifrar lo que mi mente estaba pensando. Si él hubiera sabido que con solo mirarme de esa forma me quedaba en blanco, seguramente habría roto el contacto visual, así que me limité a callarme.

—No se nos da bien mantener las distancias —repitió.

Los dos nos quedamos en la sala en silencio, salvo por el ruido del microondas. No sabíamos qué solución poner. La pequeña parte de mi cerebro que más odiaba, me sugería despedirle. Si lo hacía, él se iría y así sí que podríamos estar lejos. Pero no quería. Por supuesto que no quería.

—Quizás no deberíamos de mantenerlas —hablé. Resulta que a otra parte de mi cerebro se le había ocurrido algo.

—¿Y qué sugieres?

Andrew se acercó un poco más a mí. Sin dejar de mirarme. Sin dar los tres pasos que nos separaban. Quieto. Intrigado. Curioso. Y *sexy*. Increíblemente *sexy*.

—Quizás podamos repetirlo. Siempre que los dos queramos, claro —solté la bomba.

—No quiero meterme en una relación. —Dejó muy claro.

—¡No digo eso! —No me gustaba dar rodeados, no ser directa, no decir lo que quería, pero con él me costaba. Por eso, antes de continuar tuve que contar hasta tres—. Me refiero a que sea solo sexo.

Estaba tan cerca que pude ver cómo sus ojos se abrían de asombro, cómo su boca se curvaba en una sonrisa que no escondió. Pero su rostro cambio en un segundo y vi esa chulería pícara que tan bien lo describían.

—¿Me estás proponiendo que seamos amigos con derecho a roce?

—Bueno, si quieres saltarte la parte de amigos… —Me burlé—. Pero sí. Es una manera de dejar toda esta tensión sexual que hay entre nosotros y de que todo se vuelva incómodo al día siguiente.

—Está bien, señorita Gallagher. Acepto ser tu amigo con derecho a roce.

Y, como si de un acuerdo formal se tratase, nos dimos un apretón de manos para sellarlo.

—¿Sabes de lo que me he dado cuenta? —le pregunté al separarnos y aguantándome la risa. Él movió sus cejas a modo de respuesta—. Que solo me llamas Sky cuando estás enfadado o cachondo.

Su rostro era un poema. Era maravilloso. Sus ojos y su boca estaban abiertos de la sorpresa, pero sus mejillas se habían teñido ligeramente de rosa. Si no hubiese estado tan pendiente de él, no habría notado el pequeño cambio de color. Pero Andrew no pudo decir nada porque el timbre del microondas sonó y rompió el momento mágico que se había formado.

***

Mi amiga estaba espectacular. Era el primer evento al que acudía desde que rompió con Charlie y estaba nerviosa. Las dos, para ser sincera. Ella porque tendría a la prensa encima. Yo porque no quería que nadie le dijese nada malo. Me encontraba junto a Andrew y Susan, su representante, al final de la alfombra rosa viéndola saludar a unas seguidoras que habían llamado su atención porque llevaban unas camisetas con la portada de su álbum. Y solo podía sentir orgullo. Porque Madison era fuerte, aunque me molestaba que, a veces, no lo supiera.

Después de que volviera con nosotros, los cuatro nos adentramos en aquel teatro que, desde fuera, parecía estar hecho de cristal. Nada más entrar, mi amiga y yo notamos cómo la gente nos lanzaba algunas miradas.

—Seguro que es porque estamos buenísimas —dije para calmarla. Ambas nos reímos, pero yo lo decía totalmente en serio.

Madison llevaba un vestido negro largo con un escote en forma de uve que le llegaba hasta el ombligo y yo uno rojo corto de tirantes. Era sencillo, pero me resaltaba muchísimo el pecho y me encantaba. Quizás, inconscientemente, lo había escogido con una segunda intención.

—O porque parecemos importantes.

No tuve que girarme para saber a lo que se refería. Detrás de nosotras, caminaban Andrew y Susan muy elegantes y con mucha determinación. No sería de extrañar que alguien creyese que era nuestro equipo de seguridad privada que nos escoltaría durante toda la noche.

Madison y yo volvimos a cogernos del brazo y permanecimos así hasta que dimos, por fin, con nuestras butacas. Nos sentamos juntas, mientras que nuestros acompañantes lo hicieron a nuestro lado. De esa manera, ella tendría cerca a su representante, yo a mi guardaespaldas y seguiríamos juntas.

En un momento en el que Susan reclamó la atención de Madison, Andrew se acercó más a mi oreja y con la misma neutralidad como con la que se da el tiempo, susurró:

—Debido a nuestro acuerdo, ¿significa que esta noche puedo quitarte el vestido?

Lo miré incrédula, pero divertida y asentí. Si ser amigos con derecho a roce implicaba escuchar comentarios de ese estilo, no tenía ninguna queja.

# 54
# ANDREW

Si algo había aprendido en el tiempo que llevaba acompañando a Sky a todo tipo de eventos, era que siempre había una fiesta después. Y que le encantaba acudir a ellas. Pero mucho más si además iba con su amiga.

La representante de Madison se marchó con unos amigos y las chicas querían algo de beber. Tras mirar hacia la barra, descubrí que nos tocaría esperar un buen rato, por lo que propuse ir yo.

—Si me prometéis que os vais a quedar quietas aquí, puedo ir a por ellas.

—¿Dejarme sola no va en contra de las normas de los guardaespaldas o algo así? —soltó graciosa.

Sabía que solo quería molestarme, pero no se lo pondría tan fácil. Con la voz muy seria, dije la única palabra que sabía que la desestabilizaría.

—Sky…

Cuando vi que había surtido efecto, reprimí una sonrisa. Ella aceptó, me dijeron lo que querían y me marché hacia la barra para conseguirlo. Desde donde me estaban atendiendo, podía ver a la perfección a las chicas hablar. En realidad, antes de llegar al teatro, Sky me había comentado que le gustaría tener un momento completamente a solas con su amiga para asegurarse de que estaba bien. Sin la representante de ella y sin mí. Por lo que ir a por las bebidas solo era una manera de cumplirlo, aunque seguía sin gustarme no estar tan cerca de ella.

Al entregárselas, comencé a seguirlas por la sala. Ellas dos delante de mí, aunque no a mucha distancia, bebiendo, bailando si la canción lo permitía, hablando con personas, en su mayoría desconocidas para mí. Como no quería estar escribiendo toda la

noche en la libreta, solo apunté las más interesantes. Las que no se acercaban a ellas para cotillear sobre el escándalo del exnovio de Madison.

Yo también había pedido un refresco, al igual que la rubia, por suerte. Porque las miradas que casi todos los chicos le estaban lanzando a Sky, me hacía replantearme respetar la norma de no ingerir alcohol mientras trabajaba.

Un rato después, Madison vislumbró al jugador de fútbol americano con el que hablé en la fiesta de lanzamiento de su álbum en una de las mesas y la vi poner rumbo hacia allí.

—Nos vemos luego, pareja.

Sky le lanzó una mirada a su amiga que no había que ser un genio para saber que no le había hecho gracia escuchar ese apelativo.

—¿A dónde te crees que vas? —soltó curiosa.

—A saludar a un conocido —respondió restándole importancia a sus palabras.

Ella no tuvo que moverse mucho para descubrir de quién se trataba. Le dio el visto bueno y la dejó ir, quedándonos solos en una fiesta llena de gente.

Sky era de esas personas que caían bien sin esfuerzo. Popular, habladora y capaz de entablar conversación con cualquiera, aún sin conocerlo. No necesitaba a nadie para pasárselo bien, aunque yo sabía que preferiría estar con Zoe o Madison antes que sola. Aun así, los chicos seguían acercándose a ella. Le lanzaban miradas asquerosas, le decían frases que dejaban muy claras sus intenciones y yo estaba comenzando a ponerme enfermo. No estaba celoso. Quizás lo que me estaba enfermando era ver cómo todos ligaban con ella y cómo Sky parecía no darse cuenta.

Para el resto de la sala yo no existía. Solo sabían de mí cuando sentían mis ojos fijos en ellos. No era la primera vez que espantaba pretendientes, y esos chicos no eran tan gallitos como intentaban aparentar. Todo iba bien, dentro de lo que cabía, hasta que se torció.

Me encontraba con la vista clavada en el chico que estaba frente a ella; debía de rondar mi edad, rubio, ojos azules, deportista a juzgar por su cuerpo, y un poco más alto que Sky. Desde mi

posición, los podía escuchar a la perfección. Primero fueron puras trivialidades, pero después empezaron los chistes absurdos, las risas tontas y las miradas. Pero no de ella, porque no podía saberlo desde mi posición, sino de él. Constantemente la miraba a los ojos, pero de vez en cuando, aprovechando cada vez que Sky daba un sorbo a su bebida o saludaba a alguien de sus laterales, él lanzaba un vistazo rápido a sus pechos.

La primera vez lo dejé pasar. La segunda me enfadó más, pero cuando pasó una quinta vez, me cansé. Me incliné hacia adelante, casi descansando mi cuerpo en el hombro de Sky y, embriagado por su olor y obligándola a mirarme, anuncié:

—Su cara está arriba.

—¡Andrew! —gritó Sky, haciéndome volver a mi posición inicial. Ella se giró hacia él—. Lo siento mucho, Peter. Mi guardaespaldas puede ser un poco… demasiado —se disculpó.

—No te preocupes —dijo, pero me hablaba a mí. Luego siguió, ya para ella—. Ha sido un placer hablar contigo, Sky. Espero que coincidamos en mejores condiciones.

Se despidieron y, una vez se hubo alejado de nosotros, ella se colocó frente a mí. Su rostro había perdido toda la alegría que había tenido por la noche. Estaba enfadada y su cara era un reflejo de sus sentimientos.

—¿Se puede saber qué narices te pasa?

—¿A mí?

—Sí, a ti. Llevas toda la noche asustando a todos los tíos con los que estoy hablando y ahora has hecho esto. ¿Qué te pasa? Estás actuando como si… —Sus ojos se abrieron, como si hubiese encontrado la solución a un problema—. ¿Estás celoso, Andrew?

Una risa se escapó de mi garganta. Había sido un buen chiste y no había tenido tiempo a reprimirla.

—No, Sky, no estoy celoso. Solo estoy asombrado con lo fácil que te estás dejando manipular. ¿De verdad no te estás dando cuenta de que solo hablan contigo para echarte un polvo? —Me arrepentí nada más decirlo. Y más al ver su expresión.

Se quedó incrédula y su boca se abrió, formando una o. Unos segundos después, sus ojos habían comenzado a ponerse vidriosos

y, con ello, encontró las palabras correctas para responderme.

—Vaya, Andrew, muchísimas gracias por decirme que los que me hablan solo lo hacen para acostarse conmigo y no porque, no sé, sea amable y les caiga bien. Me has hecho sentirme muy validada como mujer y persona. Gracias, de verdad.

Me habría gustado explicarme. Decirle que no me refería a eso, pero que estaba espectacular y parecía no darse cuenta del efecto que tenía en los hombres. Pero no me dio tiempo. Tras dejar su segunda bebida de la noche en una de las mesas que había en el lugar, me informó que quería irse a casa. Antes de salir de allí, fuimos a por Madison. El trayecto a casa lo hicimos en silencio los tres. Madison porque no entendía la situación. Sky porque estaba enfadada conmigo. Y yo porque cada vez estaba más convencido de que lo que había sentido aquella noche sí que habían sido celos.

# 55
# SKY

Que el chico con el que me acostaba insinuase que era una puta no había sido la forma en la que creí que acabaría la noche. Ni dormirme llorando en el regazo de Madison. Eso tampoco, pero así había ocurrido. Me sentía culpable por no explicarle la razón por la que estaba así, pero aún seguía sin entender nada. Ni a mí ni a mis sentimientos.

No volví a ver a Andrew hasta que se fue Madison a la mañana siguiente y, por mucho que me costase reconocerlo, lo agradecí. Gracias a la intimidad y la privacidad que nos había dado, mi amiga me pudo contar cómo le fue la noche. Por lo visto, se pasó toda la fiesta con Matthew y se lo había pasado genial. Me alegré por ella porque, después de toda su historia con Charlie, se merecía pasar tiempo con gente que la motivase a sonreír.

—Lo siento —fue lo primero que me dijo al verme en las escaleras.

No quería hablar con él, así que me marché al salón. Pero él sí quería hacerlo, por lo que caminó tras de mí hasta que, tres zancadas después, me alcanzó. Me agarró del brazo con suavidad, haciendo que me girase a mirarle. Una parte de mí se removió al ver su cara. Debajo de esos ojos marrones con toques verdes que tanto me gustaban mirar, había ojeras. Y su mirada no era agresiva, sino suave. Lo decía de verdad, pero no iba a perdonárselo tan fácil.

—¿Qué sientes? ¿Llamarme puta o fastidiarme una oportunidad de colaboración única? —solté furiosa.

—¿Qué? —preguntó incrédulo.

—Sí, Andrew. Antes de insinuar que solo sirvo para que me echen un polvo, estaba hablando con Peter Grahams, uno de los productores musicales más importantes de la industria. Es muy difícil

trabajar con él, está muy solicitado y es muy selectivo con quién trabaja, pero me lo estaba ganando. Y por tu culpa he perdido la oportunidad.

—No sabía…

—Claro que no porque no te lo podía decir, ¡lo tenía delante!

—Lo siento mucho, Sky —repitió.

—Y sí, Andrew, no estoy ciega. Por supuesto que sabía que me estaba mirando el escote, pero si así ganaba puntos con él, pues que mirase lo que quisiera. Que bien bonitas que son y ayer estaban preciosas —dije enfadada.

Quería darme media vuelta e irme, pero aún no me había desahogado. Aunque después me arrepintiese, iba a decirle todo lo que se me pasaba por la cabeza sin pensar.

—Me has llamado Sky, ¿sabes? —La cara que puso me dejó claro que no sabía por dónde iba—. Según tu lógica, y como solo me quiere la gente por eso, ¿acaso estás cachondo, Andrew?

—¡No! —espetó muy rápido—. No, Sky. Estoy enfadado, pero no contigo —comenzó a explicarse—. Estoy molesto porque ayer no me comporté como debía. Porque dejé que… Porque no fui el guardaespaldas que mereces tener a tu lado y porque lamento muchísimo haberte fastidiado esa oportunidad.

Todo en él, la mirada firme y el tono calmado, desprendía sinceridad. Oír aquello, de una manera extraña, me tranquilizó más de lo que me habría gustado admitir. También pensé en la forma de decir mi nombre y en cómo esperaba, y deseaba, que de ahora en adelante siempre lo dijera así. Porque había descubierto una nueva forma de descubrir cuándo iba en serio; porque me llamaría por mi nombre.

Asentí porque quería perdonarle, aunque una parte de mí seguía enfadada por lo de Peter. Me dirigí hacia el sofá, pero al pasar por su lado, me agarró del brazo para evitar que continuase caminando, clavó su vista en mí y soltó con la voz grave, que tanto me ponía:

—Sí que estaban preciosas. Toda tú lo estabas. Que sepas que me habría encantado quitarte el vestido yo mismo.

—Idiota —logré decir después de que una sonrisa se escapase de mi boca. Le di un leve codazo para liberarme y me senté frente al

televisor, con la esperanza de que ver una serie sobre asesinatos en un edificio me bajase la temperatura que aquel comentario, mirada y tono, habían subido.

***

Para cuando me quise dar cuenta, agosto ya estaba a punto de llegar a su fin. Había sido un mes tan intenso, donde habían ocurrido tantas cosas, que se me había hecho eterno, como si hubiese durado diez semanas. Pero estaba convencida de que en Roma se nos pasaría el tiempo demasiado rápido.

Finalmente, ese había sido el destino elegido para nuestras vacaciones veraniegas anuales. Después de que encontrase un vídeo llamado «Cinco lugares a los que debes ir antes de morir», se lo pasé a Madison para que escogiera uno y se decantó por este.

Al organizarlo todo con tan poco tiempo, Andrew se presentó voluntario para ayudarme. Gracias a él, habíamos terminado reservando una *suite* en un hotel en el centro de la ciudad. Mi guardaespaldas estaba obligado a venir, así que qué menos que darle una habitación privada.

Nada más llegar, después de un trayecto en taxi con el cual comprendí por qué Andrew se negaba a conducir por esas calles, descubrí que era igual que en Internet. Pasada la puerta, había un salón amplio con un sofá largo justo al lado de una mesa y algunas sillas. En uno de los lados, había un pasillo pequeño donde estaban cuatro puertas que daban a nuestras habitaciones y a una cocina pequeñita, que solo tenía una nevera y un microondas. Perfecto por si no queríamos salir a comer fuera algún día.

Dos de las habitaciones compartían pared y la esperanza de estar más cerca de mi amiga se esfumó en cuanto Andrew abrió la boca.

—Las dos de la izquierda son para Sky y para mí. —No era una propuesta, sino una orden. No contento con eso, y mirándome seriamente, continuó—. Así, si pasase algo, podría reaccionar más rápido.

Madison no sabía nada de lo del acosador, así que le lancé ahora una mirada para que se callase. No quería que se enterase y mucho menos por parte de él. Aun así, accedí a aquella exigencia. Sabía que tenía las de perder con él. Por lo que fui la primera que se movió y se marchó hacia la que iba a ser mi habitación.

Tras pasar por la puerta, descubrí que seguía siendo fiel a las fotografías. Era grande, amplia y tenía una cama extra grande. Ahí cabrían dos personas a la perfección, tres si se acurrucaban un poco. Descorrí la cortina y pude observar las vistas. Daba a la calle y me permitía ver algunos monumentos de la ciudad que veríamos mejor en los próximos días. Eso significaba que la de Madison debía de dar al otro lado, al jardín privado con el que contaba el propio hotel.

Antes de deshacer la maleta y de dejar la ropa en el armario, para evitar que se arrugase más debido al *Tetris* que tuve que hacer para que cupiera toda, abrí la puerta del baño privado. Era grande, como todo en aquella *suite*. Lo primero que mi mente me dijo era que en la ducha era perfecta para dos personas. Luego, el espejo era ancho, también idóneo para una pareja. Y algo dentro de mí hizo clic. Mientras sacaba la ropa y la guardaba, me puse a pensar en la habitación. Toda ella era perfecta para una pareja. Con eso en mente, y al terminar, ojeé el resto de la casa. Tan amplia, tan cómoda, tan…

—¿Te has dado cuenta de que hemos elegido un hotel para parejitas? —le dije a Andrew, cuando vino al salón y aprovechando que Madison seguía en la suya. Él se limitó a levantar las cejas a modo de respuesta—. No sé la tuya, pero mi cama es para dos, o incluso más personas. Por no hablar de la ducha…

—Bueno, ¿y cuál es el problema? —Me encogí de hombros. No había ninguno, simplemente era una observación. Vi cómo miraba hacia el pasillo, se acercó más a mí y con voz grave susurró—. ¿Acaso quieres dormir acompañada, Sky?

Después de escuchar de nuevo mi nombre salir por su boca, la cual ya había mirado más de alguna vez en ese rato, mis mejillas cogieron color.

—Idiota.

La única razón por la que Andrew estaba en Roma era porque tenía un acosador que, aunque no daba señales de vida desde hacía un tiempo, preocupaba a mi equipo. En ningún momento iba a permitir que ese viaje se convirtiese en algo de nosotros dos. Quería desconectar, también de él, y estaba dispuesta a hacerlo. O, al menos, a intentarlo.

# 56
# ANDREW

Gracias a Dios, fui con ellas a Roma. Las dos eran nefastas para la orientación. Los siguientes días en la ciudad fuimos a visitar todos los sitios que Sky tenía apuntados en su lista. Aunque no se lo dijo a Madison, yo también ayudé a hacerla. Porque querían visitar muchas cosas y yo propuse un recorrido más óptimo. Al ser la primera vez que íbamos, acepté llevar el GPS en el móvil. No obstante, no tardé mucho en ubicarme con facilidad, y más si volvíamos hacia atrás. Pero ellas no. Ni hablar.

Ya no solo no me hacían caso a mí cuando les decía que había que girar a la derecha porque nuestro hotel estaba allí, sino que tampoco se lo hacían al GPS. ¿Quién se pone un mapa para guiarse y decide no seguirlo? Solo ellas dos.

En los días que llevábamos allí, había descubierto varias cosas sobre mí. Por ejemplo, lo mucho que echaba de menos estar en una zona horaria similar a la de mis padres. Pero también en lo mucho que me gustaba ver a Sky tan relajada. Al contrario que yo, que me había puesto en más alerta nada más bajar del avión. El equipo de seguridad no se encontraba cerca y si llegase a pasar algo, si el acosador volviese a dar señales de vida, estaría completamente solo. En ese viaje, era el único que podía protegerla.

Durante nuestra segunda noche en Roma, me encontraba tumbado ya en mi cama, cuando oí unos golpecitos en la pared que tenía al lado de mi cabeza. No me dio tiempo a levantarme, cuando una voz susurraba a través de ella.

—Andrew, ¿estás despierto?

—Ahora sí —mentí.

—Vale.

Se quedó en silencio, como si solo hubiese querido comprobar que nos podíamos comunicar de esa forma.

—¿Puedes relajarte un poco? —me pidió de repente.

—¿A qué te refieres?

—Mads me preguntó si te pasaba algo. No quiero contarle lo de los mensajes, Andrew, pero si sigues tan tenso con todo, seguirá insistiendo.

—Debes comprender que estamos en terreno desconocido y que no sabemos qué será lo próximo que haga tu acosador, Sky.

Otra de las cosas que había descubierto era que me encantaba llamarla por su nombre. Intentaba seguir con lo de «señorita Gallagher», pero muchas veces ya ni me salía.

—Lo sé, pero… Inténtalo, por favor. —Su voz sonaba sincera. No era una súplica, pero estaba convencido que, de haberla tenido enfrente, sus ojos sí que me estarían mirando de esa manera.

—Lo intentaré —le prometí. Después, solo hubo un silencio que me ayudó a dormir. Estaba seguro de que la cumpliría, de no haber sido lo que pasó nada más despertar.

Debido a la diferencia horaria con Estados Unidos, era complicado mantener una comunicación fluida con mi jefe, por lo que cada mañana nada más levantarme comprobaba mi correo. En eso me encontraba cuando vi uno nuevo de Zoe Davis. Salvo en un par de excepciones, solíamos comunicarnos por mensajes y no por correos, así que me extrañó. Rápidamente, lo abrí y comencé a leer:

----Mensaje original----

De: Zoe Davis [mailto: zoedavis@zdmanagement.com]

Para: andrewcooper@aiclaud.com

Asunto: IMPORTANTE

Buenas noches, señor Cooper,

Hoy, lamentablemente, el acosador ha vuelto a ponerse en contacto con Sky. Por suerte, ha sido por correo electrónico. Nuevamente, lo he interceptado a tiempo y estoy bastante segura de que Sky no ha llegado a leerlo. Le adjunto una captura de pantalla para que pueda verlo y empezar a tomar las acciones pertinentes.

Tenga cuidado,
Zoe Davis.
PD: Cuida de ella, por favor.

Nada más leer la palabra «acosador» me había incorporado en la cama. Ahora, sentado sobre el colchón y con mi instinto protector más latente que nunca, abrí aquella fotografía. Tan solo con leer el asunto, se me heló la sangre.

----Mensaje original----
De: Tu mejor amigo [mailto: solosoyunamigomas@aiclaud.com]
Para: skygallagher@aiclaud.com
Asunto: ¿Qué tal por Roma?
¿Sabías que, en la antigua Roma, durante los desfiles triunfales, los generales que habían salido victoriosos eran tratados como auténticos dioses? Todo el mundo los aclamaba, los veneraba, parecían indestructibles, imparables, poderosos. Pero detrás de cada uno, siempre había un esclavo que le susurraba al oído una sola frase: *Memento mori*, recuerda que vas a morir.
Lo hacían para advertirles, para recordarles que por mucho que se creyeran inmortales, siempre tendrían un final.
Quizás no estemos en aquella época, pero me gusta pensar que puedo ser ese susurro para ti. Porque no soy tu enemigo, solo tu sombra.
*Memento mori*, Sky
*Arrivederci*

Con la impotencia que me había ido aumentando desde que había comenzado a leer las primeras palabras del mensaje, tomé algunas decisiones. La primera fue reenviárselo a mi jefe. La segunda pedirle que reuniese al equipo porque, si aquello era la amenaza que parecía, iba a necesitar refuerzos. Y la tercera fue la que tomé egoístamente: no contárselo a Sky.
Porque ella también se merecía descansar y desconectar de todo eso. Que ella lo supiera no iba a cambiar nada. Por lo que, hasta que no lo considerase oportuno, lo mantendría en secreto.

Por eso, cuando Sky propuso el día sin GPS no pude negarme como me habría gustado. Porque le había hecho la promesa de estar más relajado y no le iba a explicar por qué, precisamente ese día, era mala idea. Nunca me había sentido inseguro en mi trabajo y no iba a comenzar a estarlo. Mi deber era protegerla y eso era lo que planeaba hacer.

***

La última noche en Roma, Sky había convencido a Madison para que se fuese con Matthew Keener, el futbolista americano. Por lo visto, había leído algo en Internet de dónde se encontraba. Aunque ellas no habían subido nada a sus redes sociales a petición mía, Sky también era conocida en Europa y se le habían acercado algunos seguidores a lo largo del viaje.

—No puedo controlar lo que suben los demás, Andrew —me informó otra noche a través de la pared.

Lo sabía. Sin embargo, viendo las cosas en retrospectiva, si hubiésemos ido a otro país, si hubiésemos estado en otro lugar donde no la reconocieran, donde nadie supiera quién era, quizás el acosador nunca la habría localizado.

Si por mí hubiese sido, habríamos vuelto a Portland nada más recibir aquella captura de pantalla, pero pensé en Sky, en su desconexión, y en Madison. Aunque no fuese mi clienta, ella era la persona más importante que tenía Sky en su vida y, aunque no se lo hubiera dicho a nadie, me caía bien. Por lo que prioricé sus vacaciones.

Aprovechando que cenaríamos solos, evité salir de la *suite* innecesariamente. Así que, mientras las chicas estaban yendo de habitación en habitación buscando la ropa adecuada para esa cita, opté por llamar y pedir la cena. Poco después de colgar, aparecieron y se sentaron en el sofá que estaba justo al lado de mi sillón. Estaba centrado recargando la aplicación del correo, esperando las nuevas noticias de mi jefe, pero escuchaba toda su conversación de fondo.

—¿Vosotros qué vais a hacer esta noche? —preguntó Madison.

—Pues… supongo que ir a un restaurante, ¿no, Andrew? —me llamó la atención Sky.

Al alzar la vista del teléfono, me fijé en ella. Su pelo recogido en una coleta alta, sus pantalones vaqueros cortos, su camiseta blanca de tirantes. Pero lo que no podía dejar de mirar era su cara. La tranquilidad con la que me miraba, con la que me había preguntado. Tuve un pensamiento fugaz, podía jugar un poco con ella. Con eso en mente, agravé un poco más la voz, clavé mis ojos en los de ella y respondí:

—Ya me he encargado de eso.

—¿Qué quieres decir? —replicó Sky sorprendida.

—He llamado al servicio de habitaciones y nos traerán la cena en un rato. Espero que te guste —expliqué, a la vez que le lanzaba lo que yo consideraba una sonrisa pícara.

Sky abrió más los ojos, si eso era posible. Intentó hablar, pero su amiga se adelantó.

—¿Qué vais a cenar?

Por alguna razón que no lograba entender, me encantaba fastidiarla, vacilarla. No tuve que pensar mucho en lo que diría. Llevaba varios meses viviendo con Sky y sabía lo que más odiaba: la carne cruda.

—He pedido dos *carpaccios*, pero el de Sky sin patatas, para que disfrute más.

—No, no, no. Por favor, Andrew, cámbialo, por favor —suplicó. Había picado.

—¿No te gusta? Si en la carta pone carne. Y a ti la carne te encanta —dije lo más irónico posible.

Justo unas horas antes, para la comida, Sky me había prometido llevarnos a comer algo que no fuera pasta, ya que las chicas estaban haciendo una lista de las mejores pastas de Roma y yo me veía obligado a comer con ellas. Así que, con toda mi confianza en Sky, me adentré al restaurante. Dos segundos después de empezar a leer la carta, descubrí que había ensaladas. Pero de pasta. Se intentó disculpar, y sabía que lo decía en serio, pero esta era mi forma de vengarme y la estaba aprovechando. Por supuesto, no le había

pedido aquello, pero iba a dejar que lo pensara hasta que llegase nuestra cena de verdad.

# 57
# ANDREW

Solo por ver la cara que puso Sky al descubrir un plato de pasta, en lugar de carne cruda, valió la pena haber jugado un poco con ella. No era tan cruel como ella podría haber llegado a imaginar y, además, así podría valorar la comida del hotel para su lista.

—Te odio —dijo, pero yo sabía, por esa sonrisa que me había lanzado, que era mentira.

La cena transcurrió sin problemas. Era como estar en casa, salvo porque no lo estábamos, pero no me sentía diferente y lo agradecí. Estuvimos charlando un poco de lo que nos depararía el día siguiente, así como los horarios para no perder el avión. Fue agradable, como siempre solía ser en Estados Unidos.

Estábamos en el sofá, yo intentando encontrar un canal que entendiese y Sky centrada en su teléfono, cuando dejó escapar un sonido por la boca y se paralizó. Al fijarme en ella, tenía la vista puesta en su pantalla, en sus ojos no había ningún rastro de la felicidad que tenían hacía unos minutos y hasta comenzaron a temblarle las manos.

—¿Qué pasa? —dije preocupado. Quería quitarle el teléfono y comprobarlo yo mismo, pero no quería asustarla más de lo que parecía estar.

—Es… yo… —Al darse cuenta de que no le salían las palabras, le dio la vuelta a su móvil y me lo mostró. En ese instante, comprendí a la perfección su reacción.

La pantalla mostraba una conversación de una de sus redes sociales. En ella, había una fotografía de Sky, Madison y yo. Por la ropa, sabía que había sido hecha esa misma mañana. Por el ángulo, parecía que el fotógrafo se había escondido para hacerla. Todo

indicaba que nos habían estado siguiendo. Y yo no me había percatado de ello. Debajo de esta, se podía leer un mensaje:

**@mementomori_008204**: No ha sido tan difícil encontrarte. *Memento mori*, Sky.

Estaba en Roma. El acosador de Sky estaba en Roma y yo no iba a ser capaz de pararlo. Ni siquiera me había dado cuenta de que nos seguía. Mi cabeza iba a mil por hora, necesitaba hacer tantas cosas en ese momento. Debía de llamar a mi jefe, pedirle que enviara al equipo aquí. Pero no podía levantarme del sofá. No tal y como estaba Sky.

Con mucho cuidado, sin hacer ningún movimiento brusco, le quité el teléfono de las manos y lo dejé sobre la mesa que teníamos frente a nosotros. Puse mi mano sobre la suya, para hacerle entender que estaba ahí. Que le pasase lo que le pasase por la cabeza, que podía contármelo. Me quedé a su lado, en silencio, esperando a que dijera algo.

—¿Qué significa «*memento mori*»? —Fueron las palabras que lo rompieron.

—Recuerda que vas a morir —anuncié despacio. Estaba asustada y saberlo no la iba a ayudar, pero si eso era lo que necesitaba, se lo diría. Mejor yo que enterarse por Internet.

La vi asentir, a la vez que luchaba por mantener las lágrimas adentro. De repente, meneó la cabeza como para alejarse de todos sus pensamientos y, con una sonrisa triste, me preguntó:

—¿Desde cuándo sabes latín?

Podía optar por decirle que lo aprendí en el colegio, por inventarme alguna excusa absurda, por mentir, pero también podía contarle toda la verdad. Al final, esto había llegado demasiado lejos y debía saberlo.

—Ayer, tu acosador te envió un correo electrónico. —Vi el momento exacto en el que Sky se enfadó conmigo, cuando apartó su mano de la mía y se alejó un poco más de mí. Pero debía de saber la historia completa y el por qué había tomado aquella decisión—. En él, explicaba algo sobre la antigua Roma. Cuando los

generales volvían a casa victoriosos, para que no se creyeran intocables, siempre tenían a un esclavo que le susurraba esas palabras al oído. Tu acosador decía que él iba a ser el que te lo recordase.

—¿Y por qué me estoy enterando ahora? —quiso saber furiosa.

—Porque, después de analizar la situación, era lo mejor. Si te lo hubiese dicho, ¿en qué habrían cambiado las cosas? —No esperaba una respuesta por su parte, así que continué—. Habrías dejado de disfrutar de estas vacaciones y, después de las últimas semanas, también te mereces desconectar un poco.

Sky quiso poner aún más distancia entre los dos y se levantó del sofá, solo para dar varios pasos atrás y gritarme.

—¿Desde cuándo tú decides qué debo o no debo saber? ¿O qué me merezco y qué no? Eres un guardaespaldas, Andrew. Mi guardaespaldas. Tu trabajo es protegerme de pirados como este, no de decidir por mí.

Esto era absurdo. Toda esta situación era absurda. Me levanté cabreado, frustrado más bien. No con Sky, o quizás sí, un poco. Sino con el acosador. Con estar tan lejos de casa. También conmigo mismo. Me dirigí hacia ella, no quería elevar mi voz, pero no estaba seguro de lo que fuera a conseguir.

—¿Es que no lo entiendes aún? Por eso mismo tomé la decisión que tomé, Sky. Porque quería protegerte sin que te vieras afectada. Porque mi trabajo también es ese: hacer que sigas con tu vida con normalidad.

Nos quedamos en silencio en aquella posición un rato más. Con las respiraciones agitadas. Uno frente al otro. Sin dejar de mirarnos. Hasta que Sky apartó la vista y se marchó a su habitación. Agradecí que no se llevase su teléfono porque estaba a punto de llamar a mi jefe y lo necesitaba para mandarle todas las pruebas.

***

Finalmente, el señor Clark me dio la razón cuando propuse que el equipo de seguridad viniese al hotel. Nos iríamos en veinticuatro

horas, pero el riesgo era mucho mayor y yo solo ya no podía. Necesitaba ayuda para proteger a Sky.

De esa forma, a primera hora de la mañana, recibí un mensaje de mi jefe anunciándome la llegada de los chicos, así como de su habitación en el hotel. Debido a que no quedaban suficientes en nuestra planta, la cuarta, se habían hospedado en la segunda. Si ocurriese algo, se había calculado un tiempo de actuación de cuatro minutos. «Ojalá lo pudiésemos bajar a cuatro segundos», pensé.

Antes de que Madison volviese a la *suite*, la noche anterior, necesité hablar con Sky. Ella no estaba muy habladora, pero de igual manera le informé que lo mejor sería no movernos de allí, salvo que fuese estrictamente necesario. Por eso, a primera hora, decidimos hacer las maletas y descansar un poco de los trayectos de los días anteriores. Sky seguía sin dirigirme la palabra, pero, aprovechando que Madison estaba en la ducha, la puse al corriente de la situación.

—Mi equipo de seguridad ya está aquí.

—Vale —respondió escuetamente y se marchó del salón, dejándome solo.

Cuando me quise dar cuenta, ya era la hora de comer. Mi idea era llamar al servicio de habitaciones, que nos la trajeran a la *suite* y así no tener que salir. Pero Sky tenía otros planes, por supuesto.

—¿Tenéis hambre? —pregunté a las chicas.

—Ahora que lo dices… sí. ¿Qué dices que nos vas a traer? —me vaciló Sky. Seguía enfadada conmigo y esa era su forma de hacérmelo saber. Por lo visto, el silencio absoluto no era suficiente.

—¿Ahora soy repartidor de comida a domicilio también? ¿Va con un aumento de sueldo incluido?

Vi un atisbo de una sonrisa que quería salir, pero la contuvo y, haciendo caso omiso de lo que le acababa de decir, continuó.

—Me apetece una pizza margarita. ¿Y a ti, Mads?

Su amiga la observó, intentando encontrar la respuesta correcta.

—Vale —respondió lentamente.

—¡Estupendo! Pues ya sabes dónde están los restaurantes —volvió a dirigirse a mí—. ¿Dices que invitas tú? ¡Genial!

Sabía por qué se estaba comportando como una niña pequeña. Sabía por qué su actitud había cambiado tanto en pocas horas. Por

mucho que lo intentase ocultar, la conocía lo suficiente para saber que estaba enfadada conmigo, sí, pero también sentía rabia, pero no contra mí. Sino contra el anónimo que la acechaba desde hacía meses y que parecía misión imposible dar con él. Pero mientras me guardaba mi cartera y mi teléfono y salía de la *suite*, me recordé que nada era imposible en esta vida. Y que, por eso mismo, daría con él, costase lo que costase.

# 58
# SKY

Las últimas horas habían sido una locura de sentimientos. Cuando imaginé cómo iba a terminar aquella cena para dos, ni por un segundo pensé que lo haría como lo hizo. Mi mente había creado muchos escenarios, de los cuales más de la mitad terminaban con Andrew y conmigo en mi cama desnudos, pero ese en el que el acosador hacía acto de presencia, mi guardaespaldas me confesaba que me había estado ocultando información y terminaba llamando al equipo de seguridad para que viniera, no existía.

—¿Qué acaba de pasar? ¿Qué has hecho? —preguntó mi amiga con urgencia nada más cerrarse la puerta. Por primera vez en el viaje nos habíamos quedado solas.

Quizás era el momento de contárselo todo. Necesitaba a Madison, a mi mejor amiga. Sus consejos de hermana mayor. Sus ideas, por muy descabelladas que fueran. La necesitaba. Pero mi boca no opinaba lo mismo, porque mintió.

—¡Tranquila! ¡Todo está genial!

—¿Qué pasó ayer? ¿Es por lo de la carne?

Madison llegó cuando yo ya estaba durmiendo, o fingiéndolo. Me habría gustado preguntarle por su noche, por su cita con Matthew, pero estaba tan furiosa que preferí esconderme. Me sentía una muy mala amiga.

—No, no pasó nada. Al final, cenamos pasta. Lo de la carne cruda era mentira.

—¿Entonces? Porque te conozco desde hace tiempo y sé que te pasa algo. Y no sé si es por Andrew y le tengo que pegar cuando aparezca o…

—Tengo un nuevo acosador —la interrumpí. Y escupí todo lo relacionado con ese ser. Los mensajes, el correo, la fotografía y la

amenaza. También le conté la llamada al equipo de seguridad de Andrew y que ya estaban en el hotel.

—¿Por eso se ha ido sin ningún problema? —asentí, mientras me limpiaba las lágrimas que habían comenzado a brotar en algún momento del relato—. Me cae bien.

—A mí también —le confesé con una sonrisa triste—, aunque a veces me saca un poco de quicio.

Mi amiga soltó una pequeña risa y nos quedamos en silencio un rato más. Madison me hacía compañía de muchas formas. Ya fuera en los abrazos, sujetándome la mano o, como en ese momento, estando presente sin decir nada. Me gustaba la amistad que tenía con ella.

Cuando las dos estuvimos más tranquilas y calmadas, un pitido muy fuerte proveniente del exterior de la *suite* llamó nuestra atención. Y ahí me bloqueé. Mi cuerpo dejó de reaccionar. Un parte de mí, impedía moverme. Otra, se dedicó a inventarse razones por las cuales saltaría la alarma antiincendios de la nada. Y la de que era porque el acosador estaba allí era la que más fuerza estaba cogiendo.

—Sky, venga, tenemos que salir de aquí. —No le respondí, pero sí que la miré—. Vamos a estar bien, ¿vale? Solo hay que bajar las escaleras —asentí—. Pues venga, vamos a la calle.

Por suerte, tenía a Madison. Ella fue la que mantuvo la calma por las dos. La que me ayudó a ponerme de pie. La que me agarró del brazo para no perderme. La que me obligó a caminar entre tanta gente. La que le gritó a un tío que me había empujado mientras bajábamos las escaleras. Continuaba paralizada, pero no me despegaba de ella. De mi mejor amiga.

Seguí en ese estado hasta que lo vi. Frente a la puerta grande de la entrada, estaba Andrew claramente preocupado y sujetando una bolsa blanca del restaurante. No sabía por qué, pero verle me hizo reaccionar. Me solté de Madison, corrí hacia él y lo abracé. Nunca me había alegrado tanto de tenerle en mi vida como en aquel momento.

—¿Estás bien? Sky, ¿estás bien? —No paraba de repetirme ansioso mientras me lo devolvía con un solo brazo.

—Sí —respondí, separándome a la vez que mi amiga llegaba a nosotros. Por lo visto, me había dado espacio.

—Madison, ¿estás bien? —asintió—. Disculpadme un momento.

Andrew se alejó de nosotras y comenzó a charlar con unas personas trajeadas de negro que acababan de salir del hotel.

—¿Y esos? —quiso saber mi amiga.

—Son mi equipo de seguridad.

Mi guardaespaldas encajaba muy bien con aquellos chicos. Todos parecían rondar los treinta y tenían la vista clavada a Andrew, escuchándole con atención. Si lo paraba a pensar, era un poco cómica la situación. Él, formal y sujetando la bolsa de la comida, hablando con cinco tíos igual de musculados, sino más, que él y que vestían de traje y corbata.

Madison y yo nos quedamos allí plantadas, escuchando las voces italianas, francesas y españolas que nos envolvían, esperando a que volviera. Cuando lo hizo, se dirigió hacia mi amiga.

—Dicen que has reaccionado tan rápido que para cuando han llegado a la habitación ya no estabais. —Después, sonrió de esa forma que tanto me gustaba y le dijo—. Bien hecho, Madison.

Ella no estaba acostumbrada a ver esa faceta de Andrew, por lo que le pilló un poco de sorpresa. Sin embargo, se recompuso rápidamente y respondió.

—No eres el único que la protege.

Ese día comprendí que gracias a Andrew y a Madison era improbable que me ocurriera algo porque ellos siempre estarían ahí.

4 de septiembre de 2023

Querido amigo,

Llevo unos días, desde nuestro último día en Roma, dándole vueltas a algo. En realidad, a muchas cosas, pero en especial al hecho de lo segura que me siento con Andrew. Y eso me molesta. Porque yo no lo quise en un primer momento. Porque me sigue sacando de quicio constantemente. Porque… no sé. Estoy confusa con todo lo que lo envuelve.

Además, hay un pequeño detalle que aquí ninguno ha mencionado, pero que es inevitable. ¿Qué pasará cuando Neil vuelva? ¿Se irá de Portland? ¿Seguiremos acaso viéndonos? (No me refiero solo de manera sexual, pero también)

Pero, ¿sabes qué es lo peor? ¿Lo que más me molesta? Que la respuesta que me vaya a doler más sea un «hasta siempre».

Quiero chillar, de verdad te lo digo. ¿Qué me está pasando, amigo? QUÉ. ME. PASA.

Además, en un par de horas voy a estar en un avión destino Los Ángeles para pasar el mes allí. No sé si irme me hará bien. Si estar en la que fue mi casa (y con Andrew) me hará bien, pero lo voy a intentar. Voy a poner todo de mi parte para que así sea.

Encima, el acosador no ha vuelto a dar señales de vida, así que ¡bien por mí!

Con cariño,

Sky, la que está acumulando muchos puntos en su tarjeta de vuelo.

PD: ¿Sabías que los niños llegan a las alarmas antiincendios? Pues, visto lo que pasó en Roma, sí. El susto de mi vida ha sido patrocinado por un niño sin la vigilancia de sus padres.

# 59
# SKY

Volver a Los Ángeles después de tanto tiempo siempre me dejaba una sensación extraña. Más si le sumaba el estrés de los últimos acontecimientos y que Andrew viviría conmigo en la casa de mi infancia. Sin embargo, no iba a permitir que todo aquello me fastidiase los planes que tenía organizados allí.

Tal y como le había dicho, él dormiría en el sofá cama que compré después de encontrarme a un señor extraño en el anterior. Quizás porque las cosas entre nosotros estaban un poco raras desde el viaje de Roma, aceptó sin rechistar. No estábamos enfadados, al menos yo ya no, pero la sensación era diferente. No discutíamos, pero tampoco es que hablásemos demasiado.

Durante la primera semana en el que fue mi hogar durante tantos años, descubrimos que la rutina era bastante similar a la que llevábamos en Oregón. Él era mi chófer personal, quién me llevaba al estudio todos los días, quién se quedaba allí —por decisión propia porque nunca estaba sola—, quién se encargaba de hacer la compra mientras le prometía que no saldría de allí y quién se aseguraba de que llegase todos los días a casa sana y salva.

En la segunda, las cosas parecieron ir a mejor. Volvimos a conversar durante las comidas y a ver películas juntos. Cada día que pasaba, esa rareza que se había instaurado entre nosotros, iba desapareciendo y me sentí más tranquila.

Desde el último mensaje de mi acosador, no había vuelto a tener noticias de él. Eso debería de haberme alegrado, pero, dado que lo último que hizo fue amenazarme de muerte, estaba inquieta. Así que me ayudó ver que estábamos mejor. Necesitaba un poco de normalidad, después de todo.

—Mañana no tengo que ir al estudio —le informé una noche, antes de que le diese a reproducir a la película. La había escogido él, pero últimamente no me desagradaban sus elecciones.

—¿Y eso? Es martes, ¿no? —preguntó extrañado.

—Sí, pero también es diecinueve —solté como quién no quería la cosa.

Diecinueve de septiembre de dos mil diecisiete: el día que encontré a mi abuela tirada en el mismo suelo en el que me encontraba en esos momentos. En unas horas, haría seis años desde que me había quedado huérfana. Seis años desde que mi vida cambió por completo.

—Mañana te llevo al cementerio, ¿cierto?

Me pilló por sorpresa. Sabía que Andrew tenía datos sobre mí, pero nunca había sido consciente de lo que realmente significaba hasta ese instante.

—Sí.

No dijo nada más, volvió a centrar su vista en el televisor y pulsó el botón de reproducir. No tardé mucho en reconocer la película y no pude hacer otra cosa que preguntar.

—¿Big Hero 6? ¿En serio? —Su respuesta llegó con un encogimiento de hombro—. ¿Dónde han quedado las películas europeas en blanco y negro con subtítulos?

Sus ojos marrones, con ese pequeño toque verdoso, se clavaron en mí. Quizás quería que sirviera de distracción, que me centrase en ellos y así no pudiese ver esa sonrisa que acababa de escapársele, pero no funciono porque la vi. Y me encantó.

—¿Sinceramente? Espero que lejos. Muy, muy lejos de aquí.

Mi boca se abrió automáticamente de la sorpresa.

—¡Pero si hemos visto unas quince! ¿Qué estás diciendo?

—Solamente las ponía para molestarte, Sky —iba a replicarle. A insultarle. Había visto esas películas que para nada eran de mi estilo por su culpa. Hice todo lo posible para mantenerme despierta, por mucho que quisiera cerrar los ojos. Pero no pude hacerlo porque volvió a hablar—. Y ahora cállate que Tadashi llega para salvar a su hermano.

Una sonrisa se me escapó ante ese comentario, obedecí y centré toda mi atención en la pantalla. De verdad íbamos a ver Big Hero 6. No sabía si eso también estaría en el informe, pero era una de mis películas de Disney favoritas.

***

Salir de la cama era una acción que me costaba más sabiendo el día que era y el destino al que iba. Aun así, con la poca energía que tenía recién despertada, lo hice. Me vestí con mis vaqueros y mi camiseta más elegantes, porque mi familia tenía que verme guapa, me alisé el pelo y me puse unas deportivas, que terminarían ensuciándose por el césped del cementerio. Opté por no maquillarme porque me conocía y estaba convencida de que terminaría llorando, así que solo me eché un poco de bálsamo en los labios y salí de mi habitación.

Mientras me acercaba a la cocina, descubrí que la casa olía a café recién hecho. Al entrar, vi a Andrew, que vestía formal, pero sin su usual traje, sujetando dos tazas. Nada más verme, me acercó una.

—¿Compraste lo que te pedí?

—Sí, la tienes en el mueble de arriba.

Antes siquiera de desayunar, preparé la comida especial. El sándwich con extra de crema de cacahuete era uno de los favoritos de mi madre y por eso siempre intentaba hacerme uno cuando iba a visitarlas, menos la última vez, debido a que no estaba en casa para prepararlo como era debido.

—¿Quieres uno, Andrew?

—Nunca he probado esa crema, pero como quieras.

Ante tal contestación, no pude hacer otra cosa que girarme para mirarle a los ojos y descubrir si estaba diciendo la verdad.

—¿Cómo es que nunca la has probado? ¿Pero qué clase de infancia has tenido?

—Una británica, con sus horas del té, sus pastelitos y sus galletitas. —Me vaciló—. No sé, Sky, nunca se me ha dado la ocasión.

—Decidido, de hoy no pasa. —Le lancé una sonrisa y volví a lo que estaba haciendo.

Dos horas después, ya nos encontrábamos en el cementerio. Al igual que la última vez, Andrew optó por quedarse apartado de mí para darme más privacidad. No sabía si esa instrucción se la había dado Neil o si salía de él, pero lo agradecía. Al final, estaba a punto de contarle a las dos mujeres de mi vida que mi guardaespaldas no era tan idiota como creía.

# 60
# ANDREW

Era en situaciones como aquellas en las que más recordaba a Meg. Habían pasado unos meses desde la última vez que lo hice conscientemente. Pero era allí, en el cementerio, donde más la recordaba. Cada día la echaba de menos, eso era un hecho, pero me rompía un poco por dentro no ser siempre consciente de ello. Solo hacía falta ver a la Sky que tenía a unos metros de mí, hablando con su abuela y su madre, llorando y, a veces, riendo, para descubrir que para ella era distinto. Y que eso también estaba bien.

Cuando Meg murió, decidí encerrarme durante un año. Iba a trabajar, sí, pero dejé de vivir por el dolor de haberla perdido. Después, me fui a la otra punta del mundo, poniendo un océano de por medio, y empecé a vivir sin ella, y sin esos planes de futuro en los que no quería pensar. Porque, si siguiera aquí, hoy sería su marido, pero también el padre de nuestros hijos.

Por otra parte, cuando Sky se quedó sola abandonó por completo la actuación y se encerró en sí misma. Luego, por casualidades de la vida, encontró esa pequeña motivación que la animó a salir al exterior de nuevo. Por motivos ajenos, se vio obligada a poner distancia de su hogar, pero lo hizo sin titubear. En eso, nos parecíamos bastante. Pero, a diferencia de mí, ella sí que era consciente de su soledad todos los días. Y estaba bien, porque no todas las personas podían llevar el duelo de la misma forma.

En algún momento, mientras mi mente se perdía en lo que pudo ser y no fue y en los recuerdos del pasado, Sky se había serenado y venía hacia mí.

—¿Quieres sentarte con nosotras? —dijo a la par que me quitaba de las manos la cesta de mimbre que llevaba.

La invitación sonaba muy sincera, por lo que no tuve otra opción que aceptar. Después de colocar la manta a los pies de las dos lápidas, se sentó y comenzó a colocar las bebidas que había metido.

—Buenos días, señoras —las saludé antes de tomar asiento. Por la forma en la que Sky me miraba, supe que estaba sorprendida por mi gesto.

—¿Sabes? —Ahora fui yo el que le clavó la vista—. Creo que odiarían que las llamaras señoras. Mi abuela te diría algo de que no es tan mayor y mi madre que te dejases de formalidades —sonrió al hablar de ellas.

—Ya veo de dónde lo has sacado…

Sky asintió, a la vez que daba un sorbo a su refresco. Aunque sus ojos marrones continuaban algo vidriosos por haber llorado, su rostro mostraba una sonrisa que era muy contagiosa.

—En ese caso —dije volviendo a mirar a las lápidas—. Buenos días, Rose. Buenos días, Marie.

No esperábamos ninguna respuesta, pero una ligera brisa de aire nos envolvió y eso le bastó a Sky. Por mi parte, no creía en los espíritus, pero si aquel pensamiento la iba a ayudar, no sería quién se lo rebatiera.

—No hay día en que no las eche de menos. —Me sorprendió rompiendo el silencio en el que estábamos—. Ya no solo tenerlas cerca, sino escuchar sus voces, sus consejos, hasta sus comidas. ¿Sabes lo que quiero decir? —asentí. Por supuesto que sí—. Dios, daría lo que fuera por escuchar la voz de mi madre una vez más.

Sonó desesperada y era comprensible. La había perdido siendo muy pequeña, probablemente ya no la recordase.

—¿No tienes ningún vídeo de ella?

Se quedó pensando en silencio, como si necesitase que su mente estuviese libre de distracciones para acordarse de aquello, de algo tan importante. La estuve observando todo ese tiempo. Su entrecejo fruncido, su mirada perdida en el cielo, el viento moviendo su pelo. Sky no era fea, nunca lo había negado, pero verla de esa manera me gustaba más de lo que me gustaría reconocer.

—¡Sí! —chilló abriendo muchísimo los ojos—. Mi abuela tenía cintas en algún lugar de la casa. No las he buscado nunca… —

Pareció avergonzase ante aquella revelación—. No he mirado tanto sus cosas… —intentó excusarse.

—Está bien, Sky —la interrumpí. No tenía que darme explicaciones—. ¿Qué te parece si las buscamos luego? —asintió efusivamente y sonrió, por primera vez en el día, contenta.

Las siguientes horas las pasamos de esa manera, comiendo los sándwiches que había preparado Sky, bebiendo refrescos y hablando. Hablando mucho. Si le decía algo que no le hacía mucha gracia, ella bromeaba y se chivaba a su familia. Fue un rato agradable. Porque solo éramos nosotros dos, aunque en realidad éramos cuatro.

Al volver a casa, nos embarcamos en la misión de encontrar las cintas escondidas, como las había llamado Sky. Propuso comenzar por el altillo, ya que no entraba mucho y no sabía a ciencia cierta lo que se escondía allí. Dos personas en un espacio tan reducido complicaban las cosas, por lo que, tras su insistencia, fue ella la encargada de subir. Unos minutos después, apareció con una caja de cartón a medio abrir.

—Vale, ¿y ahora qué? —dijo al mostrarme el contenido desde las escaleras.

Sky había nacido en el último año de los noventa. Eso quería decir que tenía frente a mí varias cintas de VSH y, a su vez, que necesitaríamos un reproductor especial. Esta vez fui yo el que lo buscó arriba.

—La buena noticia es que tenemos reproductor. La mala es que el cable que lleva no es compatible con tu televisor actual —anuncié.

El rostro de Sky cambió por completo. De la esperanza a la desilusión, pero si algo me había enseñado tener un hermano con una afición tan extraña como coleccionar consolas retro, era que eso tenía solución.

—Yo me encargo —le prometí.

# 61
# SKY

Aunque el día anterior fue una montaña rusa de emociones, dormir me había hecho levantarme perfectamente. Andrew no me había contado qué haría para conseguir que el reproductor VHS funcionase para la televisión, simplemente que él se encargaría, y en el último tiempo me había demostrado que podía confiar en él, así que estaba ansiosa por descubrirlo.

Durante la mañana en el estudio, no dejaba de darle vueltas a los vídeos que veríamos. Los títulos de las cintas a las que había echado un vistazo rápido, solo ponían fechas o palabras sueltas, muchas sin ningún sentido para mí. No sabía los secretos que escondían, las historias que contarían.

—Sky, céntrate —me recriminó el señor Scott. Me disculpé e intenté prestar toda mi atención al papel que tenía frente a mí.

El equipo y yo llevábamos desde el primer día creando canciones para mi nuevo álbum. Aún no teníamos el título, pero sí el sonido. Este tercer disco iba a ser más melódico, unas cuantas baladas, pero también canciones cañeras, bailables, de esas que incitaban a ser gritadas en un coche. Y todo ello sin alejarnos del pop, donde tan cómoda me encontraba.

No estaba en mi mejor época y lo veía reflejado en mis composiciones. Me atascaba constantemente porque, en muchos aspectos de mi vida, no me entendía ni a mí misma, así que, ¿cómo iba a ser capaz de escribirlo sobre un papel? Por suerte, mi equipo estaba ahí para ayudar.

Esa mañana nos encontrábamos el señor Scott, que había venido a comprobar que estuviese bien por lo del día anterior, mis compositores, Anna, Mariah y Peter, y yo —Andrew se había ido a hacer la compra, aprovechando que mi productor estaba ahí

conmigo— atascados en una canción, así que hice lo que siempre nos tenía dicho el señor Scott: pasar a otra.

Una de las noches en las que Andrew ya estaba viviendo en casa y yo me sentía sola, porque echaba de menos a mi madre, me metí en mi estudio y comencé a tocar el piano. Usé tanto mis emociones, que no pude terminarla por culpa de las lágrimas. Me vino bien hacerlo, expresar mis sentimientos, pero nunca me atreví a continuarla.

—No está terminada, pero, si os gusta, podríamos hacerlo juntos —les expliqué.

Los cuatro me miraron con curiosidad, mientras iba hacia uno de los teclados de la sala. Algo temerosa, coloqué la libreta de mis canciones de manera que pudiera ver lo que llevaba y empecé a tocar.

*Everyone says time will heal it all*
*But they don't feel the silence when night falls*
*I built this life, but it's so clear…*
*It means nothing without you here*[11]

Al terminar lo que tenía, me limpié la lágrima que en algún momento había caído y esperé a escuchar sus reacciones. La sala se había quedado en silencio, pero necesitaba saber que era bueno y no uno malo, como mi cabeza estaba intentando hacerme creer.

—Sky, es… —Lo rompió Peter. O lo intentó.

—Es preciosa —Terminó Mariah por él.

Me importaba la opinión de mis compañeros y me hacía ilusión que les gustase, pero también necesitaba escuchar la de mi productor. Expectante, lo miré fijamente, suplicándole que fuera bueno conmigo.

—Va a ser una de tus mejores canciones, sin duda.

Sonreí porque, por primera vez en varias semanas, volvía a sentir que tenía las riendas de mi propia vida.

***

Como siempre, Andrew fue el encargado de llevarme a casa. Apareció por el estudio justo cuando terminé de grabar las primeras voces para *Without you here*[12], la canción que nos había inspirado tanto al equipo que en menos de dos horas la teníamos lista.

Nada más entrar, pude ver que el televisor estaba fuera de su sitio. Me fijé un poco más y descubrí la razón de aquello.

—¿En serio? —le pregunté con una amplia sonrisa, al ver el reproductor conectado.

—Tan solo había que comprar un adaptador. Ya lo tienes preparado, solo hay que meter la cinta y darle a reproducir —me explicó.

—¡Gracias ¡Gracias! ¡Gracias!

La euforia del momento hizo que diese, literalmente, saltos de alegría y que abrazase a mi guardaespaldas por el cuello, impulsivamente. Noté una pequeña brisa cerca de mi oído. Por lo visto, mi felicidad era contagiosa y le había hecho reír. Me separé de él y, después de dejar mis cosas en mi habitación, me senté en el sofá.

—¿Me acompañas? —le pregunté a Andrew, que parecía irse a la cocina para darme espacio. Estaba a punto de volver a ver a mi familia y una parte de mí no quería hacerlo sola.

—Claro.

Antes de ponerse junto a mí, le di la cinta que había escogido y la metió en el reproductor. Al darle al *play*, no se veía nada, pero sí se escuchaba el ruido de fondo. Y en la esquina inferior derecha una fecha: 29 de mayo de 1999. El día que nací.

—¿Cómo va la futura mamá? —Escuché la voz de mi abuela. Nada más hacerlo, mi corazón se saltó un latido y mi cuerpo reaccionó. La piel se me erizó y los ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, que luchaba por contener.

—Mamá, quítale la tapa, anda —le ordenó mi madre graciosa. Y nada más oír su voz de nuevo, perdí la batalla y empecé a llorar.

—¿Estás bien? —quiso saber Andrew. Asentí, porque no era capaz de articular palabra, y continué mirando la pantalla.

Ahora tenía frente a mí a mi madre, en un hospital, con una bata blanca y una barriga de embarazada que parecía a punto de estallar. Por desgracia, la había visto mucho con esa ropa, pero nunca con una cara tan feliz. Sabía que cuando la visitaba intentaba poner buena cara, pero nunca estuvo tan resplandeciente como la que estaba viendo en ese momento.

—¿Estás bien? —Esta vez fue mi abuela la que repitió la pregunta de mi guardaespaldas. Esa casualidad hizo que se me escapase una pequeña risa.

—Cuando esta niña salga de aquí, sí —respondió, en lo que parecía la mitad de una contracción—. Hola, Sky —se dirigió a su barriga. A mí—, ¿te importaría salir sin hacerme mucho daño?

Las dos rieron a la vez por la ocurrencia de mi madre. Estaba convencida de que, de no ser porque mi mundo se había paralizado al escuchar salir mi nombre de su boca, también me habría unido a ellas.

Mi abuela dejó de enfocar a mi madre para apuntar al suelo.

—Mamá, ¿a dónde vas?

Sus pasos eran firmes y determinados. Solo ella sabía a dónde se dirigía. Unos pocos segundos después, se topó con otros pies, con los zapatos blancos que todos los enfermeros llevaban, y le habló:

—Perdona, mi hija está a punto de dar a luz a mi primera nieta. ¿Podrías grabarnos juntas un momento?

La chica, que a juzgar por su voz no sonaba muy mayor, aceptó encantada. Al volver a la habitación, le pasó la cámara y esta las enfocó. Mi abuela estaba igual a como la recordaba, con menos arrugas, pero era la misma.

—Es un día muy especial, ¿queréis decirle algunas palabras? —las animó la enfermera.

Ambas asintieron y, después de otra contracción, mi madre habló. Me habló.

—Sky, aún no te conozco, pero sé que vas a ser la chica más fuerte del universo. Que sepas que, si tienes un mal día, voy a estar aquí para ti. Siempre. Pase lo que pase. Te quiero, cariño.

Sonrió a la cámara de aquella manera que recordaba que hacía cuando le cantaba. No había dejado de llorar, ni parecía que fuese a hacerlo.

—Cielo…

—¿Vas a cambiarle el nombre, mamá? —la interrumpió.

—Sí. Tú la llamas Sky, yo la llamo Cielo. Bilingüe, hija mía —le replicó con una sonrisa.

—Pero si lo que sabes de español es por las novelas… —murmuró mi madre. Mi abuela le lanzó una mirada, de esas que lanzaba cuando alguien quería que se callase, pero divertida.

—Cielo, cariño mío, eres mi primera nieta y siempre vas a ser especial. Aunque parece que tu madre no me tiene en cuenta, yo también voy a estar para ti siempre. Y si algún día tienes un problema de chicos y no quieres hablarlo con ella, aquí tienes a tu abuela favorita.

—Y la única que tiene… —volvió a murmurar mi madre graciosa.

Ahora sí, me reí con ellas. Las miradas que se lanzaban, las sonrisas que tenían… todas ellas desprendían felicidad y habría dado cualquier cosa por retroceder en el tiempo y estar allí con ellas. A ese preciso instante.

Fue Andrew el que se encargó de cambiar la cinta nada más terminarse. Le di las gracias, no solo por hacerlo, sino por no juzgarme ni hacer ningún tipo de comentario mientras lloraba. Nos pasamos las siguientes horas así: viendo a las dos personas que más extrañaba, soltando alguna risa y muchas lágrimas más.

—Esta niña va a llegar muy lejos —dijo la voz de mi abuela, mientras en la pantalla aparecía la niña que una vez fui frente al piano que teníamos, y que continuaba en esa casa. Por ese flequillo recto que llevaba, intuí que debía de tener unos catorce años.

—Abu, si no dejas la cámara no te canto —la amenacé.

—¿Te atreverías a dejar a tu pobre abuelita sin oír esa preciosa voz?

Mi abuela me conocía demasiado bien y por eso lo dijo, porque nunca habría hecho nada que la privase de su felicidad. Yo misma sabía que, al decirlo, terminaría cantando igualmente. Con o sin cámara.

—Cielo, cariño, ¿tú sabes cómo se hace un club de fans de esos? —preguntó de la nada, antes siquiera de poder tocar la primera nota. La miré, pidiéndole una explicación.

—¿Para qué quieres saber eso?

—Porque soy tu fan número uno y quiero que todo el mundo lo sepa cuando seas famosa —soltó sin más.

Las dos versiones de mí, la joven y la actual, nos reímos a la vez. Por lo visto, Andrew no esperaba esa respuesta, ya que soltó una pequeña risa, de esas que le gustaba contener.

—Tu abuela era increíble —dijo al percatarse que lo estaba mirando.

Pausé la cinta y decidí contarle un poco más sobre ella. Al final, no había mejor día ni momento para hacerlo. Me encantaba hablar de cómo eran ellas, aunque no lo hiciese mucho.

—Sí que lo era. Como ha dicho, ella era mi seguidora número uno. La que me llevó a un concurso que, después de ganarlo, me consiguió el papel de La melodía del corazón. La que siempre se las ingeniaba para hacerme cantar en público y, cuando lo hacía, la encontraba en primera fila con una sonrisa de oreja a oreja, animándome. —Pensaba que después de haber llorado durante tanto rato, no me quedarían lágrimas, pero parecía ser que no. Aún quedaban y amenazaban con salir—. Fue la que se encargó de que, tras la muerte de mi madre, no dejase los estudios, ni las clases de interpretación y música. Es la culpable de que no dejase de cantar y le estoy tan agradecida por eso.

Finalmente, perdí la batalla contra mi propio cuerpo y volvieron a brotar las lágrimas de mis ojos. Andrew no perdía detalle de mí, de mis palabras y de mis gestos, como el que estaba haciendo ahora para limpiármelas de la cara. Estaba atento, pero también curioso. Intentando descifrar si estaba bien, si necesitaba algo.

—Es solo que las echo mucho de menos a las dos —dije algo más serena. Él lo tomo como una invitación y puso su mano sobre una de mis piernas.

—Entiendo lo que quieres decir —habló sin romper el contacto visual—. Hace unos años, también perdí a alguien muy importante para mí. —Su voz sonaba distinta, con dolor. Por primera vez,

Andrew se había mostrado vulnerable conmigo. Me habría encantado que se abriera más, que me contara quién era o qué había pasado, pero no lo hice, no lo presioné—. Sé que es injusto que tengas que continuar tu vida sin ellas, sin los planes que queríais hacer juntas, pero lo estás haciendo muy bien. Las últimas horas he podido conocerlas un poco y estoy más que convencido de que están muy orgullosas de ti, Sky.

Nos quedamos en silencio, mirándonos a los ojos, sin decir nada. Él porque esperaría una respuesta por mi parte. Yo porque no me salían las palabras. Lo que me había dicho era bonito y esperaba que fuera cierto, pero esos últimos años en los que había estado sola, no me había sentido una buena hija y nieta, como ellas se merecían.

—Espero que sea verdad —murmuré en voz baja, pero me oyó.

—Sky…

—Lo que quiero decir —le interrumpí—, es que he hecho cosas por las que me habría ganado una bronca por su parte. Dejé de actuar, me encerré en casa, luego cambié mi carrera profesional y me centré en la música. Sí, sé que eso les habría encantado, pero también he cruzado muchas veces esa puerta borracha. Y luego, simplemente, me mudé. Dejé esta ciudad, nuestra ciudad, y hasta intento venir lo menos posible.

Estaba siendo un día cargado de emociones y, quizás, por eso solté todo lo que tenía rondándome la mente. Todo lo que llevaba pensando y guardando por tanto tiempo. Que cambiar de ciudad, de estado, me hacía sentir como si las hubiese abandonado.

—Por lo que sé, cambiarte de casa no fue decisión propia. —Por supuesto que él sabía eso también. En ese momento, hice una nota mental de que debería de pedirle el informe que tenía sobre mí.

—Lo sé, créeme que lo sé. Cada vez que vuelvo aquí, que abro la puerta o entro a mi habitación, hay una pequeñísima parte de mí que teme encontrarse con aquel hombre. —A juzgar la cara de Andrew, mi comentario lo había pillado desprevenido. «Eso no estaba en el informe, ¿eh?», pensé.

—Sky, mientras yo esté aquí, nunca voy a dejar que te pase nada malo.

La forma en la que dijo mi nombre, la sinceridad con la que me miraba, su pulgar que continuaba acariciándome la pierna… Nos quedamos en esa posición un rato más. La tranquilidad que se respiraba en la sala era perfecta. Me habría encantado sentirme así siempre.

No sabría decir si fui yo, él o los dos a la vez, pero poco a poco fuimos rompiendo esa distancia que nos separaba, hasta que unimos nuestros labios en un beso, distinto a los que solíamos darnos. Este fue suave, lento y delicado. Mis manos se deslizaron hasta su rostro, posándose sobre su barba perfectamente recortada. Las suyas hicieron lo mismo, colocándose a ambos lados de mi cara. No estábamos ansiosos, como siempre lo habíamos estado. Con ese beso comprendí que nos necesitábamos, sí, pero que también nos comprendíamos. Que no estábamos solos. Que estaríamos ahí el uno para el otro. Siempre que lo necesitásemos.

# 62
# ANDREW

Ya habían pasado varias horas desde que me había ido a la habitación de Sky con ella y aún no había salido. Ni tenía intención de hacerlo. Ella estaba apoyada sobre mi brazo, mientras que el otro lo tenía sobre su cintura. Estaba tranquilo. Estábamos a gusto juntos. Bajo las sábanas seguíamos desnudos, pero ninguno parecía tener prisa por vestirse ni por moverse. Observé a Sky, que se encontraba en el lado más cercano a la ventana, mirando hacia afuera. Su rostro estaba calmado y sus ojos parecían estar clavados en el cielo oscuro.

—Ya no se ven tantas estrellas como antes. —Rompió el silencio que se había instaurado en la sala. Le di un pequeño apretón a modo de respuesta. Sin dejar de mirarlo, me explicó—. Cuando era pequeña y nos quedábamos a dormir en esta casa, mi madre y yo nos tumbábamos aquí y nos pasábamos horas mirando las estrellas. Desde nuestro piso no se veían, así que, si tenía un mal día, veníamos aquí para tener nuestra noche estrellada.

—Eso es muy bonito, Sky.

Se giró hacia mí. Ahora mi mano descansaba sobre su espalda y no dudé en acariciársela.

—Por eso escogí mi casa. En una de las fotos de la inmobiliaria se veía mi habitación de noche y al ver las estrellas lo tomé como una señal de mi madre.

Instintivamente, le di un beso en la frente y la acerqué más a mí. Ella cerró los ojos y yo me puse a mirar por la ventana. No me habría importado dormir así. Sin duda, aquello era mil veces mejor que la soledad del sofá cama. Pero una parte de mí reconocía que eso no estaba bien. Que eso no era lo que habíamos acordado. Que eso no era lo que hacían los amigos con derecho a roce.

La respiración calmada de Sky sobre mi pecho, me indicó que se había dormido, o a punto de hacerlo, y no pude hacer otra cosa que quedarme allí. Porque quería marcharme, intentar comprender lo que estaba ocurriendo, pero no molestarla. Moví un poco la cabeza, hasta su cómoda, y vi algo que me llamó la atención. Un cuaderno rojo que ya había visto antes cerca de ella.

—¿Qué haces? —preguntó Sky en un susurro, abriendo sus ojos y clavándolos en mí.

—Nada, es solo que… ¿esa libreta es la misma que tienes en casa? —No tuvo que volverse para saber de lo que hablaba, simplemente asintió.

—Es mi diario.

No iba a añadir nada más, salvo un «duérmete, si quieres», pero ella tenía algo que decir.

—Mi abuela me regaló uno igual a ese cuando era pequeña, después de morir mi madre. Ella tenía exactamente el mismo. Por eso, en mi habitación, tengo una caja llena de sus diarios. Nunca los he leído, porque sentiría que estoy invadiendo su privacidad, pero al saber de la existencia de esa caja, yo también quise tener una igual, así que siempre compro el mismo cuaderno.

—La empresa estará contenta contigo —bromeé.

—Pues por lo visto no. —Elevó su cabeza, para que pudiese ver con claridad su sonrisa fingida—. Cuando vi que este se me estaba acabando, busqué para comprar otro y resulta que ya no los van a vender más.

—¿En serio? —asintió de nuevo—. ¿Y no has mirado en Internet?

—*Sip*. He buscado hasta en sitios de segunda mano y nada. Así que ahora me encuentro en esa encrucijada de querer escribir en él y desahogarme, pero no querer hacerlo para no acabarlo. Y por eso lo estoy paseando, porque me he decantado por no escribir.

De nuevo, dejó descansar su cabeza en mi pecho y nos sumergimos en el silencio que aquella noche nos dio. Mi mente añadió una nueva tarea que debía hacer para Sky: buscar más cuadernos como ese.

***

Después de cenar a altas horas de la noche, iba a prepararme el sofá cama, pero Sky me propuso dormir con ella, solo dormir, y no pude negarme. Que le dieran a todos los pensamientos y sentimientos contradictorios. No iba a rechazar una proposición como aquella.

Al despertarme y verla a mi lado, tuve una sensación extraña. Una que no tenía desde hacía años. Por primera vez en mucho tiempo, estaba cómodo durmiendo con otra mujer. Algo aturdido por ese pensamiento, salí de la cama con mucho cuidado de no despertarla.

—¿Te estás escabullendo, Andrew? —dijo una voz somnolienta tras de mí, una vez estuve de pie. Me giré y la vi tumbada bocabajo, con los ojos entrecerrados, intentando mirarme fijamente. La sala estaba a oscuras, pero la calle nos daba la suficiente luz para ver algo más que sombras.

—No, voy a ducharme y a hacer café.

—¿Pero qué hora es? —Lentamente, cogió el teléfono y, después de soltar un gritito, volvió a dirigirse a mí—. ¡Son las seis y media! ¿Por qué te levantas tan temprano?

Una risa quiso escaparse de mí, pero al retuve. En su lugar le lancé una sonrisa.

—Puedes dormir un poco más, pero para dentro de una hora quiero que estés levantada y en la cocina lista para desayunar —le informé. Nos esperaba otro día donde estaría encerrada en el estudio. Otro día donde me centraría en mi teléfono mientras la escuchaba trabajar.

—Ya veremos.

—¿Te recuerdo lo bien que se me da despertarte, Sky? —la amenacé.

Ella se dejó caer sobre el colchón y, con la cabeza hundida en la almohada, soltó:

—Te odio.

—Eso no decías ayer.

Como si le hubiese tirado un jarrón de agua fría por encima, se levantó de golpe y clavó su mirada en mí. Solo hacía falta echarle un vistazo rápido para darse cuenta de que ese enfado que quería mostrar su cara, era mentira. Sus ojos la delataban. Le dediqué una sonrisa y fui hacia la puerta.

—¡Espero que haya tortitas de chocolate!

—Sí, sargento.

Antes siquiera de darle tiempo a reaccionar, y de que se atreviese a lanzarme algún objeto, me marché de la habitación con un pequeño grito muy agudo a mis espaldas.

# 63
# SKY

Muy a mi pesar, no pude volver a conciliar el sueño. Lo intenté, pero mi mente no dejaba de pensar en todo lo que había pasado las últimas horas y, para cuando parecía que iba a dormirme, mi despertador sonó y tuve que ponerme en marcha.

En el tiempo que estaba en Los Ángeles, la comunicación entre Madison y yo se vio un poco alterada. Nos escribíamos, pero muy pocas veces lográbamos mantener una conversación fluida. Por eso, me sentí un poco culpable cuando vi que tenía algunos mensajes de ellas.

**Mads**
Me encanta!
Parece que compartimos neuronas y todo, jajaja

A lo que se refería era a que el título de la canción que había compuesto el día anterior, *Without you here*, era prácticamente igual a otro de las suyas, *Without you*[13]. Aunque ambas tenían tonos completamente distintos, ya no solo melódicos, sino a quién iban dedicadas —yo a mi madre y ella a su ex—, me pareció una bonita casualidad y no dudé en hacérselo saber a mi amiga. Si no le parecía bien, siempre estaba a tiempo de cambiarlo.

**Sky**
Será que de pasar tanto tiempo juntas al final pensamos igual, jajaja

Por las horas que eran, no esperaba una contestación, así que bloqueé el teléfono y fui a la ducha. Generalmente, prefería hacerlo por las noches, para irme con la sensación de limpieza a dormir, pero

el día anterior no lo pude hacer porque estuve ocupada con las cintas y luego con Andrew, para qué negarlo. Después de envolverme en la toalla, comprobé la hora y descubrí que tenía una notificación de Madison.

**Mads**
O quizás sea cosa del destino!

**Sky**
O una bonita casualidad…
Qué haces despierta a estas horas, Mads?

**Mads**
Estaba viendo casas y he perdido la noción del tiempo. Justo me acababa de meter en la cama cuando me ha sonado tu mensaje. No sabía que mudarse era tan complicado. Con lo fácil que parece en la tele…

Mi amiga había tomado la decisión de mudarse hacía unas semanas. Quizás influenciada un poco por lo que pasó con la prensa en su casa cuando su ruptura, optó por buscarse una casa para ella sola. Pero estaba teniendo mala suerte. Si le gustaba una casa, el barrio no era bueno. Si por fuera era bonita, por dentro necesitaba muchas reformas con urgencia. Finalmente, amplió su búsqueda a ciudades cercanas de Portland, pero tenía razón en una cosa: buscar la casa ideal no era una tarea fácil.

Continué charlando un rato más con ella, aprovechando esos pocos minutos en los que las dos nos habíamos coordinado y podíamos respondernos a los segundos.

—Sky, ¿va todo bien? —preguntó Andrew al otro lado de la puerta. Instintivamente, miré la hora y descubrí que llevaba más de veinte minutos encerrada en mi habitación mandándome mensajes con mi amiga.

—¡Sí! —grité para asegurarme de que me escuchara bien—. Estoy hablando con Mads.

—Salimos en una hora y tienes que desayunar. Date prisa.

Aquello sonó a una orden, pero su tono de voz no era como siempre. Y es que algo estaba cambiando. Quizás nosotros lo

hacíamos. Quizás porque él también se estaba dando cuenta de que ser amigos con derecho a roce se nos estaba quedando pequeño.

***

Los días fueron pasando y solo hubo una cosa, una pequeña cosa sin importancia, que cambió entre Andrew y yo: ahora, ya nunca dormía sola. Después de que pasase aquella noche en mi habitación, y de descubrir que me había encantado hacerlo junto a él, le hice una propuesta.

—¿El sofá cama es cómodo? —quise saber antes de que lo preparase.

—Sí, ¿por qué? —Clavó su mirada curiosa en mí y me puse nerviosa. Era absurdo porque me había mirado muchas veces así, pero quizás era por lo que tenía que decir a continuación.

—Es que… —comencé a decir, aunque me callé. Encontrar las palabras adecuadas estaba siendo un problema—. Lo preguntaba porque si anoche dormiste bien, podría prestarte mi cama —solté del tirón sin tomar ninguna respiración.

—¿Me estás proponiendo que durmamos juntos, Sky? —Arqueó una ceja.

—Sí. Mi colchón es grande y cómodo. Si ayer descansaste bien, ¿por qué no?

—¿Solo hoy o…? —preguntó con una sonrisa burlona.

—Mientras estemos aquí —respondí tajante. Él entrecerró los ojos, analizando la situación, como si estuviese valorando la propuesta.

—Está bien.

Y así fue. Aquella noche dormimos juntos. Solo dormimos. Pero en las que vinieron después, las cosas cambiaron. En algunas, nos acompañaron algunas caricias sobre la ropa, el contacto para dormir. En otras no nos bastaba y necesitábamos más. Me gustaba que, si me desvelaba, lo encontraba a mi lado descansando, con su rostro relajado y su respiración lenta.

De esa manera, con esa nueva rutina, septiembre estaba a punto de terminar, así como nuestro viaje. Me pregunté mil noches

qué pasaría al volver a Portland. Cómo sería capaz de volver a dormir sola. Me planteé proponerle lo mismo en casa, pero allí no podría utilizar la excusa del colchón, porque eran prácticamente iguales, así que simplemente dejé que las cosas continuaran su curso y cuando llegase el momento, ya veríamos lo que pasaría.

—¿Estás segura de que no quieres llevarte las cintas? —preguntó Andrew desde el marco de la puerta de la habitación.

Era nuestra última noche y eso quería decir que tocaba hacer la maleta para el día siguiente.

—No, pero… sí —respondí insegura—. Sí que me gustaría verlas siempre que pudiera, pero ya has visto cómo me pongo cuando lo hago. Creo que me hundiría saber que las tengo tan al alcance. Por eso he decidido dejarlas aquí. Así solo las podré ver cuando venga.

—¿Así tienes una razón más para querer volver?

—¡Exacto! —dejé escapar una risita. Él asintió, quizás porque lo comprendía. Seguía sin saber a quién había perdido, pero estaba segura de que, si él tuviera la oportunidad de ver todos los días un vídeo de esa persona, tomaría una decisión similar.

—¿Quieres ver alguna esta noche?

—Sí, por favor.

Así que, horas después, Andrew y yo nos encontrábamos en el sofá frente al televisor. Algo que también había cambiado era nuestra posición para ver las cintas. Las primeras noches que pasó en mi casa de Oregón, nos sentábamos en lados opuestos, cuanta mayor era la distancia, mejor. Pero meses después, estábamos cerca. Tan cerca que nuestras piernas se rozaban. Que con tan solo un movimiento de cabeza podría ponerla en su hombro. Y ninguno tenía intención de apartarse.

En la pantalla, aparecieron mi madre y mi abuela, pintando de morado la que una vez fue mi habitación. Por el ángulo, parecía que hubieran dejado la cámara en el suelo. Mi madre soltó un quejido y se puso la mano libre de la brocha sobre la barriga, bastante grande. Mi abuela se acercó y colocó la suya también. Estaba dando patadas y las dos las estaban sintiendo.

—Madre mía, va a salir peleona esta niña —dijo mi madre entre risas.

—Tendremos que apuntarla a kárate y así cuando crezca que se encargue de protegernos.

—¡Mamá! —le gritó mi madre sorprendida. Se acercó a la cámara, miró al objetivo, y por ende directamente a mí, y con una sonrisa dijo—. Sky, no hagas caso a la abuela. Tú siempre vas a tener voz y voto. Si te hace feliz, hazlo. Sé lo que quieres ser. Siempre vamos a estar orgullosas de ti, cariño.

En ese momento, las lágrimas que había intentado contener se escaparon. Mi abuela estaba diciéndole algo, pero no podía escucharla. Oía, pero no escuchaba. Solo me rompí a llorar, como hacía tiempo que no lo hacía. Y me dio igual que el vídeo siguiese reproduciéndose o que Andrew estuviese a mi lado. De todas las cintas VHS, escogí aquella al azar. Pero justo la que tenía el mejor mensaje de todas ellas. Porque ahora no solo quería creer que mis madres estaban orgullosas de mí. Gracias a lo que acababa de ver, ahora lo sabía con seguridad.

# 64
# ANDREW

Sky tardó un poco en calmarse. Verla de aquella forma, me dio la excusa perfecta para hacer lo que llevaba tanto rato queriendo hacer y la abracé. Dejé que su cara empapara mi camiseta, me daba igual. Tan solo quería que se tranquilizase, que dejase de sollozar, que respirase en paz, de la misma manera que lo hacía durmiendo.

—Dios, soy una ridícula —murmuró al separarse de mí. Se limpió las lágrimas como pudo, pero su rostro seguía húmedo a causa de ellas.

—¿Estás segura de que no quieres llevarte ninguna cinta a casa? —le repetí la pregunta de hacía unas horas.

—Me gustaría tener esta, pero… prefiero no hacerlo.

La razón por la que Sky no quería tener tan a mano esos vídeos, me hizo ver que, en el fondo, no éramos tan distintos. Cuando Meg murió, empecé a reproducir los vídeos que tenía de ella una y otra vez. Sin parar. Hasta que, unas semanas antes de venir a Estados Unidos, le pedí a Tom que los guardara en un disco duro y los borrase de mi teléfono. Tener tan a mano a Meg, no dejaba de recordarme lo lejos que estábamos. Sin embargo, yo no era Sky y ella había estado más de diez años sin escuchar la voz de su madre. Habría sido lógico que hubiese querido llevarse alguna.

Volvimos a centrarnos en la cinta y ahora mostraba a Marie y a Rose pintando la pared y jugando con la pintura. En esas semanas, gracias a esos vídeos caseros, había descubierto que eran grandes personas. No solo por haber criado a Sky de la forma en la que lo hicieron, sino porque se notaba que eran personas divertidas, agradables y amables. Cualidades similares con las que podría describir perfectamente a Sky.

—Ellas son mi única familia. —Me sorprendió su voz triste.

No dejaba de prestar atención a la pantalla. Parecía intentar recordar todos los detalles posibles para cuando volviésemos a casa y no pudiera verlas hasta estar de nuevo en Los Ángeles.

—Dios, soy como Cenicienta —añadió desesperada con una sonrisa del mismo tono que antes. Me miró y aproveché para arquear una ceja. Se había convertido en mi forma de pedirle que me explicase las cosas—. Como me convertí en ama de casa cuando me quedé huérfana… En realidad, solo por eso porque no tengo ni un padre que se haya casado de nuevo, ni hermanastras, ni nada. —Se corrigió a sí misma soltando una risita. Estaba seguro de que creía estar volviéndose loca.

—¿Y tu padre? —se me escapó la pregunta.

Sabía que era un tema complicado y, seguramente, puntiagudo. Aún tenía pendiente investigarlo por mí mismo, pero quizás su madre le contase algo que me pudiese ayudar.

—No sé quién es. —Iba a disculparme, pero continuó—. Además de no conocerlo, tampoco puedo ir a por ese señor y decirle «Hola, soy Sky, tu hija de veinticuatro años. Un placer». Ese hombre tendrá su vida, quizás una familia. No tengo ningún derecho a irrumpir en ella, ¿sabes?

—¿Nunca has sentido curiosidad?

—Sí. Sobre todo, cuando me quedé sola. Cuando era adolescente, le pregunté a mi abuela si sabía algo y me respondió que solo era un chico que había estado tocando en un bar, que esa noche conoció a mi madre, bebieron mucho y luego… bueno, ya sabes —me explicó—. Una parte de mí claro que quiere saber quién es, a qué se dedica, si tiene hijos y, por ende, si tengo medios hermanos, pero otra… Nunca he sido nadie para él, ¿por qué iba a poner su vida patas arriba y serlo ahora?

—¿Por qué no dejas que lo decida él?

—¿Qué cambiaría?

—Exacto, Sky, ¿qué cambiaría?

Nos quedamos en silencio sujetándonos las miradas. Ella pensando en todas las posibilidades en un futuro donde conociese a su padre. Yo tomando notas mentales sobre lo que me había contado, su padre biológico era músico en un bar. Ahora tenía que

descubrir cuándo, cuál y quién era. Complicado, sí, pero no lo veía imposible.

—Aunque quisiera hacerlo, tampoco sabría por dónde empezar —soltó de repente.

—Por suerte, tienes un buen equipo de seguridad a tu disposición.

# 65
# SKY

Nada más llegar a casa en Oregón, fui directa hacia mi habitación. No para dejar las maletas, ni para cambiarme. No. Sino para encontrar la caja que guardé con todos los diarios de mi madre. Siempre me había negado a leerlos, pero Andrew necesitaba datos específicos y, quizás, mi madre los hubiese escrito en su diario.

Algo que tenían sus cuadernos y los míos no, eran las fechas en los cantos. Hice cálculos y, al haber nacido en mayo del noventa y nueve, fui directamente al que ponía «1998 AGOSTO-DICIEMBRE».

Lo abrí y el corazón se me encogió al ver su letra. Seguía sintiéndome mal por leer sus intimidades y pensamientos. Estaba invadiendo su privacidad y no me gustaba nada, pero era necesario si quería que Andrew investigase sobre mi otra parte de ADN.

Pasé rápidamente las hojas, saltando por las palabras. Lo suficiente para entender, pero insuficiente para fisgonear en su vida privada. Al llegar a la segunda semana de septiembre, encontré una página en la que se mencionaba un bar. La leí con atención, por si contenía alguna información que nos sirviera.

12 de septiembre de 1998

Querido diario,

Esta noche he quedado con mis amigas de la universidad: Juliet y Zoey. Hemos acordado en encontrarnos en el bar aquel que está en la esquina, como cuando estudiábamos juntas.

Hacía tiempo que no quedábamos las tres, pero, a veces, la vida nos tiene deparadas cosas totalmente distintas. Juliet está con su máster de fotografía, Zoey ha empezado la carrera de psicología y yo estoy trabajando en la tienda hasta más no poder. Si me comparo con ellas, siento que soy la que más perdida está. Ellas están

planificando su futuro, luchando por él, y yo estoy centrada en mi presente.

Y eso si no hablamos de chicos. Dean, el chico ese del verano, me dejó nada más empezar septiembre. Era previsible, así que no me ha afectado demasiado. En cambio, Juliet se ha ido a vivir con su novio y Zoey ya está planificando la boda.

Somos distintas y supongo que por eso ya no tenemos la misma relación que hace unos años. Pero estoy ilusionada por volverlas a ver.

Además, he visto que esta noche tocará una banda en el bar. ¡Música en directo! Una de las cosas que más me gustan en el mundo. Nos lo vamos a pasar genial, lo sé.

Con mucho cariño,

Rose, ¡esta noche voy a darlo todo!

Al terminar de leer aquella entrada, me sequé los ojos con la manga. No lloraba por tristeza, sino por anhelo. La echaba muchísimo de menos y leer esas palabras me ayudaron a conocerla un poco más. Era muy pequeña cuando murió, pero mi abuela no había dejado de contarme historias sobre ella. Sin embargo, descubrirla a través de sus propios sentimientos era una experiencia completamente diferente. Algo que me resultó muy gracioso y curiosos, fue ver que terminábamos las entradas igual: con nuestro nombre y una frase.

Sacudí la cabeza en un intento de centrarme en lo que estaba haciendo. No había abierto el diario para eso, así que pasé la página en búsqueda de más. Me sorprendió ver que no había vuelto a escribir nada nuevo hasta noviembre.

7 de noviembre de 1998

Querido diario,

Estoy embarazada.

Escribir estas dos palabras es de las cosas más complicadas que he hecho jamás porque lo vuelve real. Porque voy a tener un bebé. Y creo que te debo contar cómo ha pasado.

Aquella noche en el bar, me sentí fuera de lugar. Por lo que contaban, sus vidas eran perfectas e increíbles. Yo solo soy una reponedora del supermercado del final de la calle. Ellas futuras promesas en su campo. Por eso me sentí así. Cuando Zoey nos estaba contando detalles de sobre su boda, le presté toda mi atención a la banda que estaba tocando.

Eran cuatro chicos, un vocalista, un guitarrista, un teclista y un batería. El bar no es muy grande, así que los podía ver a la perfección desde mi asiento. Los cuatro eran guapos, alguno más musculado que otro y muy talentosos. No conocía ninguna de las canciones que estaban tocando, pero lo hacían muy bien. Y aunque todos fueran increíbles, no pude dejar de fijarme en uno en concreto: el guitarrista. Era alto, moreno y en un momento dado me lanzó una sonrisa que me puso hasta nerviosa.

La noche la pasé de esa forma, apenas prestando atención a la conversación de las chicas, escuchando a los chicos tocar y lanzándome alguna mirada con el guitarrista. Una vez se marcharon, decidí quedarme hasta que terminase ese concierto.

Cuando acabaron, el bar estaba casi vacío. Tan solo quedábamos un par de camareros, un señor dormido en una de las mesas, el grupo y yo. El guitarrista, al que no había perdido de vista en ningún momento, me trajo una bebida igual a la que estaba tomando y la puso en mi mesa.

—A esta invito yo —dijo. Y mientras le daba las gracias, se sentó a mi lado—. Soy Christopher, un placer.

—Rose —le respondí tendiéndole la mano.

Él la aceptó y, en lugar de darme un apretón como yo quería, se la acercó a los labios y me dio un beso en los nudillos. Todo un caballero.

Permanecimos allí un rato más. Conociéndonos un poco, hablando de todo y nada a la vez. Descubrí que era dos años mayor que yo, que no era de la ciudad y que le gustaba el rock. Poco a poco, estábamos más borrachos y, también, nos buscábamos más. Hasta que ocurrió. Nos acostamos en uno de los baños del bar. No fue nada romántico, ni especial, ni único. Simplemente, fue sexo

ansioso. Pero con las prisas y la borrachera, ninguno de los dos pensó en usar protección.

Me enteré cuando un par de semanas después tuve un retraso. No quise asustarme al principio, porque esas cosas podían pasar, el periodo se podía retrasar sin motivo, pero cuando pasaban los días y seguía sin sangrar… Lo supe. Igualmente, fui a una farmacia a comprar una prueba de embarazo. Una hora después lo confirmé.

Aún no se lo había contado a mi madre, pero después de que me pillase llorando en el baño, poco podía ocultar y se lo dije.

—¿Tú quieres tenerlo? —Fue lo primero que me preguntó.

Ella se encargó de ponerle voz a eso que llevaba pensando desde que me había enterado. Había analizado mis opciones, mi futuro, mi vida. Y seguía sin tenerlo claro. ¿Sería capaz de hacerlo? De criar a un bebé. De enseñarle los valores que mis padres me habían enseñado. ¿Sería capaz?

—Decidas lo que decidas, me vas a tener aquí para ti. Siempre —dijo mi madre, cortando mis pensamientos en bucle.

Vivo con mi madre. Mi trabajo no está tan bien pagado como debería. Mis estudios no van a permitirme aspirar a mucho más. Pero, aun así, cuando me imaginaba sosteniendo a un bebé terminaba sonriendo.

—Igual es egoísta por mi parte porque no sé cómo me haré cargo cien por cien, pero quiero tenerlo. —Mi madre me dio un abrazo que significaba que iba a estar bien. Que íbamos a estar bien.

Lo siguiente que hice fue intentar contactar con Christopher. Volví a aquel bar para que me dieran su número, pero ninguno de los camareros sabía dónde estaba apuntado, si es que lo estaba. Les expliqué que era importante y me pidieron el mío para llamarme nada más encontrarlo, si lo encontraban. Pero han pasado casi dos meses y aún no lo han hecho. Por muy fatalista que suene, tengo la sensación de que nunca más lo volveré a ver. Que él nunca sabrá que es padre.

Así que, en estas estoy. Embarazada, buscando un pequeño piso que me pueda permitir y sin saber nada del padre.

No es como me esperaba que sería mi vida hace unos meses. Este bebé es una sorpresa, pero no te haces una idea de lo mucho que lo quiero ya. ¡Estoy deseando saber el sexo! No se lo digas a nadie, pero me gustaría que fuese una niña.

Con cariño,

Rose, la futura mamá.

Si antes las lágrimas habían caído por mi rostro, ahora lo hacía un océano entero. Por primera vez en mi vida, sabía el nombre de mi padre: Christopher. Sabía su profesión: guitarrista. Y sabía que no me había abandonado, sino que nunca supo de mi existencia.

Después de ir al baño a limpiarme la cara, fui rápidamente hacia Andrew para entregárselo.

—Aquí hay muchísimos detalles. Encuéntralo, por favor.

Él, que se debía de haber fijado en mis ojos vidriosos y mi nariz roja, me miró y con el rostro serio contestó:

—Te lo prometo, Sky.

Dios, cómo me encantaba que dijera mi nombre de esa forma.

12 de octubre de 2023

Querido amigo,

¿Tú sabías que Andrew estaba prometido? Porque yo no. Y me mosquea. Me enfurece. ¡Me dan ganas de romper algo! Pero déjame ponerte en situación.

Para empezar, llevo desde que leí el diario de mi madre luchando con la necesidad de conocerla más. Es absurdo porque, bueno, ya no está entre nosotros, pero siento que debo preservar su privacidad aún sin estar. ¿Entiendes lo que quiero decir? Por eso, quizás, todo lo estoy sintiendo más. Porque reprimir un sentimiento hace que los demás florezcan.

Mads, por fin, ha encontrado una casa que se amolda a todo lo que ella quería. Después de contratar a unos expertos, a petición de su padre, descubrió que no tenía humedades ni nada oculto y la compró. Por eso mismo, hace unos días Mads, Matthew (se ha hecho muy amigo de ella, pero me cae bien, así que no se lo pondré difícil, jeje), Andrew y yo ayudamos con la mudanza.

Lo mejor de todo esto es que vive cerca de mí y ¡me encanta! No sabía lo mucho que quería que viviéramos tan cerca hasta que ha pasado.

Pero volviendo a lo importante… Estábamos todos en el salón, los chicos hablando de sus cosas y nosotras de las nuestras. Tontas, triviales, sin más. Pero entonces, he escuchado lo que ha dicho Andrew muy claro y me he quedado helada.

—Mi exprometida era muy fan de los Red Lyons.

—¿Exprometida? —pregunté.

—Sí —dijo sin más.

Y aquello me mosqueó muchísimo. ¿Por qué, después de tanto tiempo viviendo juntos, no me lo había contado? Me lo quedé mirando, como cuando hace él pidiéndome explicaciones, pero no habló más. Simplemente, me imitó.

Mads y Matthew se fueron a la cocina, a por chupitos o algo, y Andrew y yo continuamos con aquella batalla absurda de miradas. En silencio. Ya que él no quería contarme nada de su vida y yo no iba a gritarle en casa de mi amiga.

Después de un rato, y de que nos tomásemos aquello que fueron a buscar, le propuse a Mads quedarme a dormir con ella, puesto que no se sentía muy segura al pasar su primera noche sola allí. Yo ya había tenido ese sentimiento y por eso mismo sabía que le vendría bien la compañía.

—Esta noche no vuelvo a casa, Andrew —le dije desafiante. Sí. Por supuesto que seguía cabreada.

—Te recuerdo que mi trabajo es protegerte y, para ello, debo estar cerca de ti. Entonces, si tú no vuelves a casa, yo tampoco, Sky —pronunció mi nombre con ese tono de enfado que solo yo notaba. Pero no me iba a hacer pequeña frente a él. Ni hablar.

—Queremos estar las dos solas, Andrew. Venga, va. Además, así aprovechas y llevas a Matthew a por su coche a casa de los padres de Mads, ¿de acuerdo?

¿Qué si usé un tono algo más infantil solo para hacerle cabrear más? Pues no lo voy a negar, amigo.

—Sky… —soltó amenazante.

Los otros dos, que se habían convertido en meros espectadores de aquella guerra, se marcharon y aproveché para hablar con él.

—¿De verdad que has estado prometido? —Le escupí en voz baja. Quería discutir, pero no molestar. Él se limitó a guardar silencio. Pero antes ya había respondido—. ¿Por qué no me lo has contado? ¿Por qué soy yo la única que cuenta cosas de su vida, de su pasado?

—Sky, eso no es así —contestó en el mismo tono.

—¿No? Dime, Andrew, ¿qué sé de ti? Además de que eres de Reino Unido y que eres guardaespaldas.

—Es complicado.

—No. No lo es, Andrew.

Vi cómo quería replicar, pero se lo pensó dos veces. Mejor. Se levantó y se fue a la cocina a buscar a Matthew.

Un rato después, esa misma noche, estaba en la cama con Mads y no tuve que hacer otra cosa que disculparme con ella. Mi comportamiento no había sido el adecuado, pero descubrir que mi guardaespaldas, con el cual me estaba acostando y por el cual,

quizás, estaba sintiendo algo, había estado prometido me había sacado de mis casillas.

—Sky, ¿qué os pasa? —quiso saber.

Podría haber aprovechado justo ese momento para explicarle cómo me estaba sintiendo respecto a él, cómo hacía un tiempo habíamos dejado de ser guardaespaldas y clienta para ser algo más. Cómo me gustaba despertarme a su lado o escucharle decir mi nombre. Pero no lo hice. Porque confesarlo daría pie a una conversación que aún no estoy preparada para tener.

—No lo sé, Mads. Con él siempre es así. —Y comencé a explicarle cómo eran las cosas antes de que dormir juntos fuera un deseo que esperaba que se cumpliese cada noche.

Ella me escuchó, atenta. Sin juzgarme. Hasta propuso cotillear sus redes sociales, cosa que no tenía o yo no había sabido encontrar.

—Me fio de él —le dije—, pero, a veces, me da miedo ver lo poco que sé de él y lo mucho que sabe de mí.

La comprensiva de mi amiga me abrazó y me soltó un:

—Si te sirve de consuelo, yo también me fío.

Después, estuvimos charlando un rato más. Esta vez, ella sobre sus sentimientos hacia Matthew (se está pillando y no se está dando cuenta, LA QUIERO TANTO) y, finalmente, pasamos la primera noche en su nueva casa juntas.

Así que, desde que Andrew me recogió y me trajo a la mía, hay demasiado silencio. Lo cual no me viene bien para dejar de darle vueltas a las cosas.

Amigo mío, ayúdame.

Con cariño,

Sky, la que, al parecer, vive con un extraño.

# 66
# SKY

Octubre terminó y dio paso a noviembre. El mes en el que había trabajado menos en mi álbum y más en intentar comprender mis emociones, se terminó pasando rápido. Gracias, también, a que la tensión en casa cada vez era menor. No habíamos vuelto a sacar el tema de la exprometida de Andrew porque todo apuntaba a que solo nos haría enfadar más.

Quien dijera que después de la calma llegaba la tempestad, estaba en lo cierto. Aquella mañana estaba soñando algo maravilloso. Iba galopando sobre un unicornio en un bosque verde y saludando a las hadas que me encontraba por el camino. Sin embargo, el tono de llamada de mi teléfono decidió estropearlo. Me desperté y, con bastante mal humor, respondí para callar a Adele.

—Estaba durmiendo, Zoe —murmuré.

—¿Has visto las noticias? —Su tono era urgente. Me preocupé y me senté rápidamente en la cama.

—No, ¿qué ha pasado?

—Han publicado unas fotografías tuyas y de Josh Michels.

Josh había sido mi amigo durante algunos años, era normal que tuviésemos fotos juntos. Lo extraño sería no tenerlas.

—¿Y?

—Sky, son recientes, de una fiesta. Parece que os estéis besando y se acaba de casar. ¿Te haces una idea del escándalo que es esto?

Me acababa de despertar y por eso la información llegaba más lenta a mi cerebro, pero intenté serenarme y comprender lo que estaba diciendo.

—¿Cómo dices?

Zoe repitió todo de nuevo, un poco más calmada. Antes de colgar, me prometió que se encargaría ella misma y que no hiciese ningún comunicado, ni interactuase de ninguna manera en redes sociales. Al menos, hasta que ella me diera permiso. Me habría gustado ir al baño y lavarme la cara, pero la curiosidad me estaba matando y, por esa razón, me metí en Internet e hice lo que le tenía dicho a Madison que nunca debía de hacer: buscar mi propio nombre.

Unos segundos después, tenía varias noticias frente a mí. Leí algunos titulares y no eran buenos. Nada buenos.

¡ESCÁNDALO! Filtran fotografías de Sky Gallagher y Josh Michels besándose semanas antes de la boda. ¿Amistad o traición?

¡EXCLUSIVA! Una foto antigua reabre el debate entre Sky Gallagher y Josh Michels: ¿hubo algo antes del «sí, quiero»?

¡LA FOTO DE LA POLÉMICA! Sky Gallagher pillada en una postura comprometedora con Josh Michels poco antes de su boda.

Con la ira hacia los medios creciendo en mí a segundos, porque todos me dejaban a mí como la villana de la historia que se acababan de inventar, pulsé sobre uno de los titulares para ver las supuestas pruebas. No tuve que deslizar demasiado para dar con ellas. Tal y como me había dicho Zoe, por el ángulo de la foto, parecía que Josh y yo nos estuviésemos besando. Sin embargo, la realidad era otra muy distinta. Fueron hechas en la última fiesta donde me lo encontré y solo estábamos hablando. Y, dado que casi toda la conversación de esa noche giró en torno a la planificación de su boda, seguramente me estaba contando algo de eso.

Estaba empezando a sentirme frustrada porque yo sabía la verdad y los medios no. Porque no dudaron ni un minuto en inventarse una historia y venderla como exclusiva del año. Porque les dio igual hacer parecer a Josh un infiel y a mí una rompehogares.

Me metí en redes sociales y me arrepentí nada más entrar. Mis notificaciones estaban que echaban humo. Miles de personas mencionándome, opinando sobre esa mentira. Sin conocerme. Sin esperar a nuestra versión. Sin poner en duda lo que las páginas de

cotilleos decían. Llevaba mucho tiempo en el negocio, los insultos eran algo a lo que estaba acostumbrada, pero nunca se me había llamado tantas veces «guarra» como en esos diez minutos que estuve leyendo.

Mi cabeza iba a mil por hora. Estaba enfadada, furiosa. Pero también me sentía culpable porque ahora mismo habría un matrimonio precioso teniendo una discusión por aquello. La rabia abrió paso a las lágrimas y estas comenzaron a caer sobre mis mejillas. Estampé el teléfono contra el colchón y chillé. Porque era injusto. Porque tampoco se me permitía reaccionar.

Escuché un golpe en la puerta.

—¡Sky, abre la puerta! —me ordenó Andrew.

Desde que me había quedado a dormir en casa de Madison, comencé a tener una nueva costumbre: cerrarla con pestillo. La primera noche lo hice por el enfado con mi guardaespaldas. La siguiente porque sentía que, de esa manera, me protegía un poco de él. De sus secretos. De su pasado misterioso.

Sabía que él no tenía la culpa de lo que estaba pasando en ese momento, pero necesitaba estar sola. Quise gritarle que se marchara, que me dejase en paz, que se alejase de mí, pero las palabras, simplemente, se negaron a salir de mi boca.

—Sky, o abres la puerta ahora mismo o la tiro abajo. Tú misma —amenazó.

Me metí bajo las sábanas de nuevo sin dejar de llorar. Mi cabeza no dejaba de crear miles de escenarios posibles. En uno, Josh terminaba divorciándose por mi culpa. En otro, su mujer venía a mi casa y me pegaba. En otro, el señor Scott finalizaba mi contrato por culpa del escándalo, terminaba en bancarrota, volvía a mi casa de Los Ángeles y el acosador, que estaba de nuevo allí, me atacaba. En ese último, me veía obligada a despedir a Andrew, así que no estaba para protegerme como me prometió.

Escuché el tono de llamada de mi guardaespaldas tras la puerta. Su voz, bajo la colcha, no llegaba muy clara, hasta que elevó el tono.

—¡Que como no me abra voy a tirar abajo la maldita puerta!

No sabía con quién estaría hablando, pero no le estaba ayudando a calmarse. De hecho, volvió a pegar puñetazos sonoros y a repetirme que abriese. Pero no lo iba a hacer. ¿Tan difícil era entender lo que yo quería?

# 67
# ANDREW

Me daba igual que fuera mi clienta. Me daba igual que estuviese actuando fuera de mis casillas. Me daba igual todo. Con la rabia que estaba sintiendo, cogí impulso y estampé mi hombro en la puerta de Sky. Desde que había leído aquel artículo y la había escuchado gritar, necesitaba comprobar que estaba bien.

La puerta blanca cayó al suelo casi de inmediato. Sin duda, las casas en Estados Unidos no eran iguales a las de Manchester. En seguida, localicé a Sky, o más bien al bulto que había bajo la colcha. La destapé, solo para encontrarla con los ojos rojos y la cara llena de lágrimas. Al verla de esa forma, mi corazón reaccionó de una manera que no quise pararme a entender en ese momento y, simplemente, me agaché para estar a su altura.

—¿Estás bien? —Traté de sonar lo más calmado posible, aunque no lo estuviese. Negó con la cabeza y esa fue la señal que estaba esperando. Me senté en su colchón y la abracé. No llevábamos las mejores semanas de nuestras vidas y Dios sabía lo mucho que había echado de menos su contacto.

—Todos me echan la culpa a mí —dijo entre sollozos.

No sabía si «todos» era una exageración, pero el artículo que Zoe me había pasado segundos antes de llamar a Sky, le daba la razón. A él lo habían dejado como a un pobre hombre indefenso y a ella como la mayor guarra del mundo. Eso también me cabreaba. Toda la situación lo hacía.

Intenté tranquilizarla, hacerle entender que ese escándalo no era importante. De repente, escuché la voz de Madison llamando a Sky en la entrada de casa. Desde que habíamos hablado por teléfono hasta que había llegado pasaron menos de treinta minutos.

—Todo va a ir bien —le prometí.

Segundos después, su amiga apareció por la puerta, ahora derribada, y no me hizo falta verla para saber que iba a estar en buenas manos.

—Os dejo solas, chicas.

Y me marché de la habitación con dos pensamientos. El primero, que debía hablar con la mujer de Josh. El segundo, que cuando todo pasase, debía ponerme hielo en el hombro.

***

Gracias a aquella fiesta de la que todo el mundo hablaba, tenía la dirección de Josh guardada en el GPS del coche, por lo que no tuve que investigar ni pedir favores para conseguirla. Fui a su casa y descubrí que, a diferencia de la nuestra, su entrada estaba despejada y libre de fotógrafos. Cuando Josh me vio por la cámara del telefonillo no dudó ni un segundo en dejarme pasar. Se acordaba de mí, cosa que no daba por seguro dado que la última vez que lo vi estaba demasiado borracho como para dar dos pasos sin caerse.

—Eres el guardaespaldas de Sky, ¿verdad?

—Así es.

—¿Y qué haces aquí?

—He venido a hablar con tu mujer.

Abrió los ojos de la sorpresa, pero asintió y me acompañó hasta el salón, donde se encontraba una chica pelirroja. Aunque su pelo cobrizo no era similar al de Meg, cada vez que veía a una mujer con un tono similar, mi corazón se saltaba un latido. Porque nunca iba a dejar de echarla de menos. Me concentré y, tras saludarla y presentarme, le conté toda la historia que recordaba de aquella noche. Lo entusiasmado que estaba Josh con la boda y cómo no dejaba de hablar de ello. De verdad. No. Dejaba. De. Hablar. De. Ello.

—Es lo mismo que me ha explicado él —respondió la chica con una sonrisa tímida.

—Porque es la verdad —sentencié—. No estoy aquí para defenderle, sino porque te mereces saber la verdad.

—No poso en una foto y mira lo que pasa. —Bromeó Josh con humor. Su mujer dejó escapar una pequeña risa, pero yo no. Me alegraba que ellos fueran a estar bien, pero en casa tenía a una persona llorando.

—Ahora, si me disculpáis, he de volver con Sky.

Josh me miró con un gesto que no supe reconocer.

—¿Ya no la llamas «señorita Gallagher»?

Eso era.

—Han cambiado muchas cosas desde la última vez que os visteis.

Me marché de allí con la sensación de que había solucionado uno de los problemas que le molestaban a Sky. Ahora, solo debía descubrir cómo hacer que la prensa rosa dejase de insultarla, junto al resto de Internet.

# 68
# SKY

La primera noche en la que Madison se quedó con nosotros, llamé a Josh, tras una breve charla con mi amiga. Él me contó que su mujer estaba bien, que nos creía y un «vuélvele a dar las gracias a tu guardaespaldas por venir a calmar las cosas». Me quedé de piedra al oír aquello porque yo no le había pedido que lo hiciera y, tal y como estaban las cosas últimamente, habría jurado que le encantaría verme así de mal. Aunque, después de tirar la puerta abajo se le veía preocupado. Y muy *sexy*.

De hecho, cenamos gracias a él, que trajo prácticamente toda mi comida favorita del japonés de al lado de casa. De tantas veces que la había comprado allí, ya se sabía lo que pedía y lo que más me gustaba.

Durante la cena, Madison le hizo una pregunta que no se me había pasado por la cabeza ni un segundo.

—¿No recuerdas a nadie haciéndoles las fotos?

Mi guardaespaldas se quedó pensativo un momento, como si estuviese buscando un recuerdo en su propia mente.

—No, pero al principio llevaba un registro de todos los que estaban cerca de Sky. —La libreta que, a decir verdad, hacía tiempo que no veía—. Si no se ha borrado, debería de estar en el teléfono.

Estaba nerviosa. No sabía qué pasaría si tuviésemos el nombre de aquella persona. Quizás lo podríamos denunciar, pero no íbamos a conseguir nada. Estábamos en la era de Internet. Una vez que se subía algo, era imposible hacerlo desaparecer.

—Nada. No lo encuentro —dijo frustrado, levantando la vista de su teléfono—. Debe de estar en mis informes. Le diré al equipo que lo busquen y que me lo pasen para leerlo.

Volvió a centrarse en la pantalla y nosotras continuamos cenando el *yakisoba* que quedaba. Pero el sonido de la notificación de mi móvil hizo que lo mirase. Lo desbloqueé, pulsé sobre ella y mi corazón se paró en ese instante.

—Sky, ¿qué pasa? —Oí a Madison a lo lejos.

Busqué a Andrew con la mirada, que ya la tenía puesta en mí, y como pude les informé.

—Ha sido él.

Les enseñé el teléfono para que pudiesen leer lo que yo misma acababa de hacer.

**@anon_454**: ¿Creías que me había ido para siempre? Espero que te hayan gustado las fotos, intenté sacar tu lado bueno.

—Lo voy a matar —soltó Andrew.

No había sonado a una amenaza. Nos había informado. Yo solo pude asentir porque lo único que quería era que desapareciera de mi vida para siempre.

3 de noviembre de 2023

Querido amigo,

Vaya días que hemos tenido. La prensa en la puerta de mi casa esperando verme para hacerme preguntas. El comunicado en redes que me obligó a desactivar los comentarios. Mads y yo viendo nuestra peli para días tristes, *Mamma Mia*. Andrew comportándose demasiado bien, tanto que asusta.

Por ver el lado positivo a todo esto: no he pensado en ningún momento en leer los diarios de mi madre. Sí, ya lo sé, amigo, si esto es lo positivo pues vaya asco.

Pero no solo eso: ¡tenemos chat grupal! Resulta que mientras Mads y yo estábamos viendo la película, pude observar a mi amiga escribirse con Matthew sobre mí, así que le propuse hacer un chat grupal. Los cuatro. Porque, al final, Andrew siempre está a mi lado. ¡Y no se ha salido! Creo que eso es buena señal. O quizás no lo ha hecho porque le doy pena. En cualquier caso, no se ha salido y eso es lo importante.

Por el momento, se llama: Canciones, touchdowns y Andrew. Me sabe un poco mal que él no tenga un mote, pero me quedé totalmente en blanco al crearlo y no quería tardar mucho. Así que, por ahora, así se quedará.

Supongo que es en las malas cuando descubres quién está realmente ahí y será por eso que me alegra ver que Mads me ha acompañado estos días. Aunque, si soy sincera conmigo misma, Andrew también lo ha hecho.

Te quedan menos páginas en blanco, amigo, ¿qué voy a hacer cuando estés lleno?

Con cariño,

Sky, la que de algo malo pretende sacar algo bueno.

12 de noviembre de 2023

Amigo, se vienen curvas.

Ayer fue el primer concierto de Mads en un teatro y ¡estoy tan orgullosa de ella! Ahí estábamos sus amigos, Andrew y familia apoyándola. Fue muy divertido.

Al ser cantante, es normal centrarse más en los tecnicismos y demás detalles que se le escaparía a cualquier otro que en disfrutar de un concierto, pero Mads lo hizo todo perfecto. Bailó, rio, habló con el público… Lo dio todo y nosotros con ella. ¡Hasta cantó una canción nueva! Que, por supuesto, yo ya había escuchado nada más terminar de componerla. Ventajas de ser su mejor amiga.

Sin embargo, ese estado de euforia en el que nos habíamos sumergido todos, se marchitó cuando Andrew se acercó a nosotros, después de responder a una llamada. Los padres de Mads y su equipo ya se habían ido, por lo que solo estábamos nosotros cuatro cuando dio la noticia.

—Era Eric, de seguridad. Han encontrado las notas que hice de aquella fiesta donde se hicieron las fotos con Josh. He dicho que me lo mande por correo, así que no tardaré en tenerlas.

Le pedí a mi guardaespaldas que se guardase la información, que no era momento para descubrir algo que podía arruinar la noche, pero, la cabezota de mi amiga insistió.

—No me vas a fastidiar nada, Sky —me dijo seriamente—. No vamos a estar toda la noche sin saber quién te lleva acosando estos meses solo porque hoy haya sido mi concierto.

La quiero tanto, amigo, de verdad. Por eso, después de que le llegase el correo y lo leyese, Andrew nos informó.

—He leído todas las notas de esa noche y reconozco algunos nombres, pero hay uno que me ha llamado mucho la atención porque, no sé por qué, lo había olvidado —soltó claramente molesto.

—¡Dios, Andrew! Que no estás dando el nombre de un expulsado de un concurso de televisión. Habla más rápido o dilo ya, que me estás poniendo nerviosa. —Mi corazón estaba a mil y odio cuando eso pasa. Prefería que quitase la tirita de golpe a hacerlo con precaución.

—Perdona, pero es que necesito que entendáis las dos que eso no significa que fuese esta persona. Solo es una posibilidad, ¿vale? —nos informó ahora a Mads y a mí. Como tardase más, iba a quitarle el teléfono de las manos y leerlo yo misma.

—Bien. Tengo a varias personas con notas sobre lo extraño que me parecieron aquella noche. Entre ellas, hay unas que las he leído y se me ha venido un nombre inmediatamente. Creo que aquella noche vi a Charlie Green.

Sí, amigo. Si mi guardaespaldas estaba en lo cierto, el exnovio infiel de mi mejor amigo es mi acosador. Qué divertido, ¿verdad?

Obviamente, Mads no se lo tomó muy bien. Yo tampoco, por supuesto, pero de igual manera que ella me ayudó a salir del hotel de Roma cuando me bloqueé, yo hice lo mismo en el baño en el que se encerró después de escuchar la noticia. Nunca nos lo hemos prometido, pero sabemos que siempre estaremos tanto en las buenas como en las malas.

Mientras estábamos metidas ahí, me confesó que se sentía culpable por haber traído a Charlie a mi vida. Cree que, de no haber sido por ella, jamás se habría acercado a mí. Pero incluso si es Charlie quién se esconde tras todo esto, eso no importa. Nunca ha importado qué lo provocó, ni cuándo decidió que acosarme y amenazarme era lo correcto. Lo único relevante, lo que realmente da miedo, es que hay alguien fuera de control suelto, dispuesto a hacerme daño de cualquier forma.

Una parte de mí, espera que sea él. Para que acabe todo esto ya. Pero otra prefiere que sea un desconocido. Alguien que no tenga nada que ver con mi mejor amiga.

Hoy Andrew está encerrado en su habitación investigando, haciendo llamadas al equipo de seguridad. Espero que todo esto acabe pronto.

Con cariño,

Sky, cuya vida está llena de giros inesperados.

# 69
# SKY

Había pasado unos días desde que la investigación se había puesto en marcha. Mi vida no se paralizó. Continué yendo a reuniones, haciendo videollamadas, escogiendo las canciones de mi álbum… Por eso, Andrew no tenía todo el tiempo que quería dedicarle. Sin embargo, el equipo, bajo su supervisión, lo hacía por él. Una noche, mientras cenábamos juntos, quise saber cómo iban.

—Seguimos en ello. Si nos damos prisa y lo culpamos erróneamente, el verdadero acosador podría huir.

Entendía lo que quería decir. Entendía que tenían que reunir las pruebas necesarias porque después se lo daríamos a las autoridades para que actuasen, pero la espera se me estaba haciendo eterna. Mi rostro debió de mostrar la desilusión que estaba sintiendo, porque volvió a hablar.

—Cuando lo tengamos, serás la primera persona en saberlo —me prometió.

Asentí. Aunque una parte de mí seguía distante con él por no querer contarme nada sobre él, ni de su vida, otra estaba agradecida por tenerlo ahí. De no ser por él, y esa manía de apuntar las cosas en la libreta, seguiríamos sin tener un sospechoso.

Al terminar de recoger, Andrew hizo ademán de volver a su habitación, pero lo detuve.

—¿Quieres ver una película? Hace tiempo que no vemos ninguna juntos. —Y tenía razón. Desde que pasé la noche en casa de Madison. Ya no hacíamos nada juntos, para ser sincera.

—Mejor que no. Hasta que no termine la investigación no, ¿de acuerdo? —propuso en tono calmado. Así me hablaba ahora, como si temiese que me fuese a volver a encerrar en mi habitación con pestillo. Cuya puerta arregló al poco de derribarla.

Me lo tomé como un futuro plan y dejé que se marchase. Esa noche podría haber visto alguna de las miles de series pendientes o irme al estudio a ver si salía algo, pero opté por subir a mi cuarto y ponerme con el móvil.

Había redes sociales que estaban diseñadas para atrapar al usuario y eso fue exactamente lo que me pasó. No sabía cómo, pero había pasado dos horas tumbada en la cama, deslizando vídeos cortos sin parar. Lo bueno era que mi algoritmo me conocía muy bien: música, animales adorables, bebés graciosos… En general, entretenimiento puro y duro. Pero no fue hasta que me salió el de una chica enseñando los apodos que les tenía puestos a sus amigos cuando recordé algo.

El chat grupal que teníamos Madison, Matthew, Andrew y yo se usaba poco, pero se usaba. Y seguía con el mismo nombre. Así que, un poco inspirada por esa chica, me decanté por cambiarlo. Llamémoslo inspiración, en lugar de copiar, pero cogí uno de los que había usado y que más absurdo me parecía: «Canciones, touchdowns y condón».

Iba a regresar a la aplicación de vídeos cuando una notificación me sorprendió. Era de Andrew.

**Andrew**
NO.

Me reí, pero no lo suficientemente fuerte como para que él me oyera desde su habitación. No esperaba que fuese a contestar tan pronto, la verdad. Imaginaba una respuesta graciosa de mi amiga y, luego, la de él. Pensé en algo que lo describiera. Por desgracia, *sexy* estaba descartado. Así que, recordando lo que se llamó hacía un tiempo después de pedirle algo, lo cambié: «Canciones, touchdowns y criados».

**Andrew**
De verdad?

La respuesta fue casi instantánea, como si supiese que lo iba a cambiar. Algo más seria, pensé en algo que lo definiera. Él era mi

guardaespaldas. Mi protector. Una vez me dijo que iba a protegerme, como si él fuera… La palabra vino a mi mente y, segura de mí misma, volví a cambiarlo: «Canciones, touchdowns y escudos».

**Andrew**
Mira, no me gusta, pero vale
Deja este
Pero para ya, por favor

**Sky**
BIEEEEEN
Buenas noches, gente ♥

Contenta por mi elocuencia, cerré la aplicación de mensajería y volví a centrarme en la de los vídeos. Estaba tan concentrada viendo cómo se quemaban unos objetos con un cuchillo caliente, que me sorprendí al escuchar unos nudillos chocando la puerta.

Después de que cierta persona la tirase abajo, le hice prometer que no volvería a encerrarme con pestillo, a no ser que fuese necesario. Por eso, no hacía falta que saliese de la cama, que me levantase y que abriese yo misma la puerta. Aun así, lo hice.

—Hola, Andrew —le saludé con una sonrisa.

—¿De verdad no se te ha ocurrido nada más original? —preguntó con un tono que no logré descifrar. No era enfado. Había sonado algo más… sugerente.

—Soy buena en muchas cosas, pero en los apodos no. Lo siento —le informé sin cambiar mi expresión.

—Ah, ¿sí? —Se acercó un poco más a mí. Clavó su mirada en la mía y agravando un poco su voz, soltó—. ¿Y en qué eres buena, si se puede saber?

Enmudecí. Me quedé, literalmente, sin palabras. Si hubiese estado conectada a un monitor cardiaco, probablemente habría comenzado a pitar porque juraría que no solo yo me quedé quieta, sin poder moverme, sino que también lo hizo mi corazón.

Sin duda, estaba tonteando conmigo. Llevábamos varias semanas de lo más extrañas, así que esa actitud me pilló por

sorpresa. Eso sí, me encantaba que lo estuviese haciendo. Intenté recomponerme como pude y responderle. Me costó, sobre todo porque sus ojos marrones con toques verdes no dejaban de mirarme fijamente, pero lo logré.

—En cantar —conseguí susurrar, casi sin voz.

—¿Y nada más? —repitió con esa mirada con la que no sabía si me estaba retando a hacer algo más.

Esta vez, la bajó hasta mis labios y pude ver con total claridad cómo se humedecía los suyos. Y lo supe. Lo único que impedía que pasara algo entre nosotros dos, era yo. Con esa revelación hacia mí misma, lo dejé acercarse. Dejé que la distancia entre ambos desapareciera. Las respiraciones se volvieron más rápidas, más profundas, entrelazándose hasta que ya no supe diferenciar entre la suya y la mía. Y, por fin, después de tanto tiempo, nuestras bocas se unieron en un beso. Uno sucio, urgente, necesitado. Por todas esas veces en las últimas semanas que habíamos querido, pero nos habíamos contenido.

Me empujó para entrar en mi habitación, o quizás fui yo la que tiró de él, y, sin separarnos ni un milímetro, cerró la puerta con el pie. Lo que estaba a punto de ocurrir ahí dentro, solo era para nosotros dos.

18 de noviembre de 2023

Querido amigo,

Están siendo unos días raros (creo que no es la primera vez que te digo algo así).

Después de que Andrew y yo nos volviésemos a acostar, se ha repetido alguna noche más. Pero, a veces, lo siento extraño. No a él, sino a la situación. Acordamos ser amigos con derecho a roce, pero parece una eternidad desde que lo hablamos y, por lo que nos pasó en Los Ángeles, siento que no nos vale. Como que se nos ha quedado pequeño. Al menos, a mí.

Supongo que pienso así porque por las mañanas, cuando ya se ha ido, mi corazón me da un pellizco y me genera un poco de tristeza. Como si no estuviese bien despertarme sola, estando él tan cerca.

Quiero creer que estos pensamientos, más que sentimientos, se deben al caos en el que está mi vida envuelta últimamente. Hasta hace unas horas, Andrew tenía dos investigaciones abiertas: la del acosador y la de mi padre.

Encontrar a mi padre no era una prioridad, por lo que no se había destinado tanto tiempo en ello. De esa manera, no estaba pausada, pero avanzaba con demasiada lentitud.

En cuanto a la otra… Esta mañana, Andrew me pidió que me sentase en el sofá, junto a él. Por el tono que empleó supe que era algo serio, así que obedecí sin rechistar.

—Hace unos minutos, hemos terminado de investigar a Charlie —empezó a explicarme. Callé, ansiosa por saber más—. Después de comprobarlo todo tres veces, el equipo y yo estamos más que seguros de que Charlie Green es tu acosador, Sky.

No he sabido reaccionar, amigo. Me he quedado paralizada. Sin decir nada. Sin poder hacer ningún gesto. Porque lo que me acababa de decir mi guardaespaldas es que el hombre que me ha estado acosando por Internet, filtrando fotografías mías a los medios y amenazándome, no es un desconocido. No. Es el maldito exnovio psicópata infiel de mi mejor amiga.

Siempre he dicho que me dan igual las razones, que solo con que me deje en paz estaré bien, pero, ahora que sé que ha sido él,

ahora que conozco su cara, su nombre, sí que quiero saber el por qué. Quiero saber qué le he hecho yo para convertirme en su objetivo. En qué momento me vio y decidió hacerme todo esto.

Andrew no se ha separado de mí. Estábamos en silencio, pero no se ha separado de mí. No ha insistido. Ni siquiera me ha preguntado cómo estoy. Simplemente, se ha quedado a mi lado, hasta que me he calmado y se ha ido a hablar con el equipo. Acaba de ponerse en marcha un plan del que aún no sé nada, pero sí cómo va a acabar: con Charlie Green entre rejas.

Solo espero que, cuando se entere Mads, no se sienta culpable de nuevo. Porque no lo es. Nadie sabía que era un sociópata.

Buenas noches, amigo

Sky, la que sigue echa un lío.

21 de noviembre de 2023

Querido amigo,

Soy una amiga horrible. Aún no se lo he contado a Mads. Iba a hacerlo, pero me parece muy frío hacerlo por videollamada. Está de gira y tampoco quiero arruinarle esa experiencia tan bonita y que tanta concentración necesita. Además, últimamente parece tan feliz.

No sé cómo no me di cuenta, pero cuando estaba con Charlie se la veía… bien. Con el tiempo, sus ojos no desprendían esa felicidad que deberían de hacer los de una persona enamorada. Poco a poco, dejó de ser ella misma y, de igual manera, nos alejamos. Aunque, después de todo, creo que sería más lógico decir que nos alejaron.

Pero ha vuelto a ser Madison, mi Mads. O, mejor dicho, una versión mejorada de quién fue. Ahora es más fuerte, aunque se niegue a verlo. Para eso estoy yo, para recordárselo y hacérselo ver siempre.

Hace unos días, me contó algo que me moría que pasase: ¡ella y Matthew se han besado! ¡Al fin! Sé que no te hablo mucho de ellos, pero es que son adorables y no quiero gafarlo.

Mi amiga está pillada de él y lo llevo notando desde que en una fiesta prefirió pasarla con él antes que conmigo. Y estas últimas veces que he coincidido con Matthew tengo que reconocer que también se nota que se gustan. Así que estoy muy feliz por mi amiga. Por su felicidad. Por su relación.

Por eso tampoco veo justo contarle lo de Charlie ahora. Ha pasado página, se ha olvidado de él. ¿Cómo podría romperle esa nube tan bonita en la que está ahora?

Por alguna razón que no logro entender, le he contado todo esto a Andrew en una de nuestras charlas, que hemos vuelto a tener.

—Si no lo quieres hacer tú, lo haré yo —me amenazó.

Quizás no es tan mala idea, que sea él quien le dé la mala noticia, así que he aceptado. Supongo que por eso hace un rato, en videollamada con ella, le ha mentido.

—Madison, mañana me reúno con el equipo de seguridad para que me cuenten las novedades sobre las fotografías de Sky. Dicen que ya han encontrado al culpable —se inventó. Esa reunión nunca iba a pasar porque ya había pasado.

—¿Sabes si fue él? —preguntó refiriéndose a Charlie.

—Hasta mañana no. El jueves, si quieres, te puedo contar todo lo que me digan —le informó.

Me gustó que, de cierta forma, me protegiera sin revelar que yo se lo estaba ocultando. Por lo que, el jueves, se enterará que su exnovio infiel es mi acosador.

Con cariño,

Sky, la chica nerviosa por cómo reaccionará su amiga.

PD: ¿Te he mencionado que vamos a pasar Acción de Gracias juntos?

25 de noviembre de 2023

Querido amigo,

Hace unos días fue Acción de Gracias y me alegra informarte de que, después de haber hecho un plan y de haberlo seguido rigurosamente, conseguimos celebrarlo los cuatro juntos. Mi idea para ese día era comer pavo sola en casa, porque le había dado el día libre a Andrew y no contaba con él (sí, yo tampoco creo que se hubiese ido a ningún sitio), pero en cuanto Mads me contó que lo iba a pasar sola… me negué. No. Ni hablar.

Primero actué por la mañana en un programa de televisión (me salió mejor de lo que esperaba, para ser tan temprano), después fuimos Andrew y yo al aeropuerto a recoger a mi amiga, que venía a Portland unos días, luego fuimos a ver a Matthew a su partido y después terminamos en su casa para celebrarlo todos juntos.

La organización era clave, así como seguir los horarios que había hecho. Si nos retrasábamos más de la cuenta en algo, podría afectarnos en lo siguiente.

El trayecto hasta el estadio donde sería el partido fue un poco tenso. Desde que había desvariado en Los Ángeles y le había dicho que, a veces, me sentía identificada con Cenicienta, Andrew había aprovechado alguna situación para recordármelo llamándome así. Por mucho que le dijera que no me gusta. ¿Una chica no puede tener un momento de desvarío sin que se lo recuerden siempre?

Podría decirse que estaba un poco tensa por todo lo que teníamos planeado y porque la aplicación del GPS mostraba retenciones en algunos tramos y temía no llegar a tiempo. Por eso, cuando volvió a decirme Cenicienta, por desgracia para mi amiga y para el ambiente del coche, estallé.

—¡Que dejes de llamarme así! Un mote más y te despido. —La amenaza que, por supuesto, no iba en serio, incluyó un dedo índice acusatorio.

—De acuerdo, señorita Sky.

No Sky. No «señorita Gallagher». Señorita Sky.

—Te odio —murmuré con la vista clavada en él. No tenía intención que me oyese, pero por la sonrisa que dejó escapar por un momento, supe que lo había hecho.

Continuamos así, en silencio y con una música que claramente no era la lista de reproducción que había hecho. El ambiente se rebajó después de la llamada de Matthew, quién quería asegurarse de que ya estábamos de camino.

Mis emociones seguían alteradas, por las ganas de que todo saliese perfecto, por los nervios de cuando Mads se enterase de lo de su ex, porque en fiestas como esas echaba más de menos aún a mi familia… Por lo que, al escuchar las primeras notas de la nueva canción que estaba sonando en la radio me puse tensa.

—¿La paso? —preguntó Andrew, clavando su mirada peligrosamente en mí a través del retrovisor central. Lo conocía demasiado bien como para saber que estaba preocupado.

—No, déjala. Está bien.

—¿Segura?

—Sí, gracias. —Le lancé una media sonrisa y él quitó la mano del botón que cambiaría de emisora.

Descubrí a Mads mirándome curiosa, mientras la voz de Kelly Clarkson en *Since U been gone* llegaba a mis oídos.

—Era la canción que siempre cantaba con mi madre.

Andrew lo sabía porque, en una de las cintas que vimos, aparecíamos ella y yo cantándola en el cumpleaños de mi abuela. Esa no fue la primera vez, pero sí una de las primeras. Era pequeña, y no podía sentirme identificada con ella, pero me lo pasaba genial cantándola, o destrozándola según mi abuela, con mi madre.

Si cogíamos el coche y sonaba, nos veíamos en la obligación de gritarla. Era nuestra canción. Una canción que desde que se marchó, no ha vuelto a sonar igual.

—Lo siento, Sky.

Mi amiga me cogió de la mano, la apretó y, en ese silencio que solo lo rompía la música, centré todas mis fuerzas por no llorar. Sin duda, el día no estaba yendo como imaginaba.

Nada más comenzar la segunda estrofa, oí una voz susurrante que reconocería en cualquier lugar. Miré a Mads incrédula, ahora aguantándome la risa. No esperaba que Andrew se supiese esa canción.

—No hace falta que la susurres —le dijo.

Mi guardaespaldas no respondió, pero sí que nos lanzó, o a mí, una mirada fugaz.

—Lo hace por nuestro bien, créeme. Alguna vez le he escuchado cantar y…

—¿Sí? Muy bien, vosotras lo habéis querido —me interrumpió.

Nada más decir aquello, subió el volumen de la radio y empezó a cantar a pleno pulmón. Me reí de la situación, pero tanto Mads como yo no íbamos a permitir que la destrozara él solo, así que nos unimos a él. A partir de ahora, esta canción tiene un nuevo recuerdo que me hará escucharla y sonreír con más ganas.

Después de que terminase el partido, nos fuimos los cuatro. Mads y Matthew en un coche y Andrew y yo en otro. Estábamos yendo a casa de Matthew cuando escuché un «Recalculando» proveniente del GPS.

—¿Te has equivocado? —pregunté sorprendida. Andrew tenía muy buena orientación y, además, sabía seguir unas instrucciones.

—¿No se te olvida nada? —respondió lanzándome una mirada rápida por el espejo central.

—¿No? —dudé.

Había revisado la lista más de diez veces. Había hecho los itinerarios para llegar más rápido, calculé los tiempos, comprobé el billete de avión de mi amiga, pero, al volver a repasarla mentalmente, descubrí que se me había olvidado una cosa. Un pequeño detalle sin importancia.

—¡El pavo! —grité.

Vi a la perfección cómo Andrew sonreía.

—Exacto, Sky. El pavo. Menos mal que el británico se ha acordado —me informó.

Según me contó, había leído la lista un día que la había dejado en la mesa del salón. No me quiso decir nada porque esperaba que lo añadiese, pero viendo que no lo compraba ni decía nada relacionado con el tema, encargó uno en una tienda cerca de casa de nuestro nuevo amigo. Así que, gracias al que nunca había celebrado Acción de Gracias, tuvimos una cena de Acción de Gracias.

Después de terminar aquel pavo que, todo sea dicho, estaba buenísimo, dejamos a Mads y a Andrew a solas. Finalmente, le iba a

contar lo de Charlie. Más tarde, tras asegurarme de que mi amiga estaba bien, nos marchamos y dejamos a la pareja recién estrenada un poco de intimidad.

Una vez ya en casa, me quedé un rato charlando con Andrew en el salón. Había sido un día de locos y necesitaba aclararme un poco antes de dormir.

—Gracias —le solté, ganándome una mirada extraña por su parte.

—Ya te lo he dicho, no quería que estropeases mi primer Acción de Gracias —contestó restándole importancia.

—No me refiero a eso. Bueno, no a eso solo —rectifiqué. Y entonces dije en voz alta algo lo que llevaba pensando unas horas—. Gracias por improvisar un karaoke en el coche.

En ningún momento habíamos roto el contacto visual desde la primera vez que nos miramos, así que en ese momento tenía a Andrew, con un rostro más relajado, frente a mí.

—Llevamos unos meses… —se cortó a sí mismo, buscando las palabras adecuadas. Con la delicadeza que me encantaba, continuó —. Te conozco desde hace tiempo y creo que voy sabiendo leer tus emociones. Cuando me has dicho que no hacía falta que la cambiase, sabía que, aun así, te dolía escucharla. Solo he hecho mi trabajo y le he proporcionado a mi clienta un poco de comodidad.

Le dediqué una sonrisa sincera y, por supuesto, rompí la distancia entre los dos para darle un abrazo. Al separarnos un poco, ya que opté por quedarme más cerca, y cambiando totalmente mi intención, le pregunté:

—¿Eso soy para ti? ¿Tu clienta? —pronuncié la última palabra como si me diera asco. Él captó al instante lo que pretendía.

—Bueno, también eres mi sargenta —dijo con voz ronca.

—Idiota.

Los dos sonreímos y, sin pensarlo, acortamos los pocos centímetros que nos separaban para fundirnos en un beso que subió las temperaturas de nuestros cuerpos y que sabíamos perfectamente qué debíamos de hacer para bajarlas.

Esa noche, Andrew se quedó a dormir en mi habitación. Y, sinceramente amigo, estoy deseando que vuelva a pasar.

Con cariño,

Sky, la que no quiere ser solo la clienta de Andrew.

# 70
# ANDREW

En unas horas sería fin de año y no podía dejar de pensar en varias cosas. La primera, en lo extraño que se me hacía pasar esas fiestas lejos de mi casa, de mi familia. Por primera vez desde que murió Meg, volvía a sentir un poco de ilusión por las fiestas y no estar con mis padres era extraño. Pero iba a estar con Sky y eso ayudaba un poco con ese sentimiento.

En la segunda era en Neil. Unos días antes, me había llamado para desearme buenas fiestas, pero también para informarme sobre su situación actual.

—El médico dice que mi recuperación está yendo como esperaban y que, si sigo haciendo fisioterapia, en pocos meses podré volver a trabajar sin problemas —comentó.

—¡Cuánto me alegro! —No mentía. Pero una parte de mí deseó que aquello durase más tiempo. Porque eso significaba que mis días junto a Sky estaban contados. Que comenzaba una cuenta atrás a la que no quería llegar al final.

—Sí, pero cuéntame. ¿La señorita Sky se está comportando bien contigo? ¿La convivencia bien?

Aunque Neil no formaba parte oficial del equipo, seguíamos manteniéndolo al tanto de todo. Sabía lo del acosador, la investigación y mi mudanza. Era lo lógico: tarde o temprano volvería y era importante que estuviera al corriente.

Como no le había contado a nadie lo que había entre Sky y yo, ese acuerdo tan poco profesional que manteníamos, me limité a hablar de ella por encima.

—A veces es un poco temperamental, pero creo que empiezo a entenderla.

—Esa es la chica que conozco. —Rio—. Fuisteis a Los Ángeles, ¿la llevaste al cementerio?

—Sí. Las dos veces —le informé.

—Bien hecho, Andrew. Si volvéis, asegúrate de llevarla otra vez. Ya te habrás dado cuenta en este tiempo, pero su familia lo es todo para ella. No dejes que se pierda una visita por nada del mundo.

Se lo prometí. Según nuestra agenda, no teníamos programado un viaje pronto, pero me aseguraría de que las fuese a ver.

—¿Qué te parece lo de Blake? —Cambió de tema.

Blake. Mi amigo. Por el que tenía ese trabajo, se había convertido en el guardaespaldas de un senador importante de Washington. Por culpa de eso, ya no podía verlo tanto y sus horarios eran más limitados como para llamarnos, pero seguíamos manteniendo el contacto. Poco, pero algo teníamos.

—Una vez me dijo que quería acabar trabajando en la Casa Blanca. Quién sabe. Igual hasta lo consiga. —Ambos reímos.

Estuvimos charlando un rato más. Sobre cómo era pasar las navidades lejos de casa, sobre lo mucho que estaba disfrutando de pasar tanto tiempo con sus hijas y su mujer, sobre lo que se había perdido esos años por el trabajo… hasta que, después de escuchar un «papá» a lo lejos, colgamos.

Aún con esa sensación de que mi trabajo estaba llegando a su fin, intenté pasar la noche de fin de año con una mentalidad opuesta a lo que sentía. Después de coincidir un día con Matthew, Sky propuso pasar esa fiesta juntos y así iba a ser.

En unas horas debíamos de estar en casa de Matthew para despedir el año y aún no habíamos salido. Me encontraba en el salón, con mi chaqueta del traje puesta, cuando Sky bajó por las escaleras, permitiéndome verla mejor. Su pelo oscuro le caía por los hombros desnudos, gracias al vestido corto plateado de tirantes finos que llevaba puesto. Mi vista se fue inconscientemente a su escote, pero solo porque esa ropa invitaba a hacerlo. Por supuesto, sin duda, estaba preciosa.

—¿Estás bien, Andrew? ¿Necesitas un babero? —Me vaciló. Y me lo tenía bien merecido por no dejar de mirarla. Podría haberle

seguido el rollo, continuar con la broma, pero no lo hice. Miré hacia sus pies y sonreí satisfecho.

—Parece que alguien se ha acostumbrado a llevar tacones anchos y bajos.

—Parece que alguien le ha comido la cabeza a otro alguien para que así lo haga —replicó.

Me acerqué a ella, a su oreja, agravé la voz y en un tono muy serio, le pregunté:

—¿Solo la cabeza?

Ella me pegó un pequeño empujón divertido, poniendo distancia entre nosotros y, con sus mejillas ahora coloradas, se colocó su abrigo. Aún no habíamos salido, pero qué ganas más tontas tenía de repente de llegar a casa y quitarle ese vestido.

# 71
# SKY

Andrew llevaba unos días comportándose diferente. Después de descubrir lo de Charlie, retomamos lo de ver películas juntos, como me prometió. Pero llevábamos una semana que no lo hacíamos y eso me pareció extraño.

Al principio, pensé que sería porque estaba centrado en la investigación de mi padre. Por lo que me había dicho, ya casi habían dado con él, así que supuse que eso requeriría más tiempo. Aun así, intenté que no me afectase. Era Fin de Año y pretendía disfrutarlo.

Desde que me había quedado huérfana, las fiestas navideñas siempre las pasaba con personas distintas. Muchas veces con alguien del equipo, pero esa noche lo iba a hacer con Madison, Matthew y Andrew. Con esos amigos que cancelaron sus planes para aceptar mi propuesta.

La cena fue muy bien. Estuvimos hablando, riendo y hasta contándonos anécdotas repetidas, que nunca venían mal volver a recordar. De vez en cuando, miraba a Andrew. No solo porque ese traje le quedase increíblemente bien, sino porque estaba preocupada por él.

Hasta que no estuvimos en la mesa, no fui consciente de que yo era la razón por la que no estaba ese día en Manchester con su familia. Me sentí culpable al instante, pero no quería decirlo en voz alta y estropear el ambiente, así que me limité a lanzarle miradas de reojo, para asegurarme de que se lo estaba pasando bien. Y, a juzgar por su rostro relajado, esa sonrisa tan natural que tenía charlando con Matthew, supuse que así era.

El momento previo a la cuenta atrás fue divertida. Nos colocamos frente al televisor y, con nuestras copas en mano,

empezamos a sentir los nervios previos por cambiar de año. Mi amiga y su novio comenzaron a tontear justo a nuestro lado.

—¿Qué te parece ser un candelabro humano, Andrew? —le pregunté a mi guardaespaldas bromeando. Por supuesto, no me molestaba ver a Madison feliz. Al contrario.

Me gané una mirada extraña por parte de los tres, así que me tuve que explicar.

—A las doce, vosotros os daréis un beso y nosotros estaremos así, sujetando la vela —dije, a la vez que ponía una mano sobre la otra, simulando el gesto que se hacía cuando se aguantaba una.

—Sí que lo haremos —me respondió Matthew entre risas, a las que nos unimos todos.

Poco después, la presentadora comenzó a gritar la cuenta atrás y nosotros con ella, mientras veíamos bajar la bola gigante.

Cuando los fuegos artificiales estallaron a través del televisor, mis amigos se fundieron en el primer beso del año. Miré a Andrew, por si quería un abrazo, pero en lugar de eso, se inclinó hacia mi oído y, en un susurro que me erizó la piel, me dijo:

—Feliz año, Sky.

No supe qué fue exactamente lo que me pasó, pero en ese momento solo pude pensar en las ganas que tenía en volver a casa y hacer eso que llevaba deseando hacer desde que lo vi en su traje al bajar las escaleras: darle el primer beso del año. Uno que esperaba, deseaba y quería que no fuera el último.

En 2023 había aprendido que la palabra «familia» no siempre tenía que ir unida a la sangre. Que también podían serlo esos amigos que estaban ahí cuando más se les necesitaba. Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, me di cuenta de que estaba celebrando Fin de Año con mi familia. Con mi nueva familia.

# 72
# ANDREW

El tercer álbum de Sky llevaba disponible desde hacía varios días. Por lo que me iba contando, y las noticias que iba buscando y leyendo, estaba teniendo muy buena acogida. Por esa razón, su productor propuso hacer una pequeña gira de promoción por Europa. Porque nunca lo habían hecho y se sentían cómodos para experimentar con Sky. Además, Charlie estaba oficialmente desaparecido y me pareció una buena idea poner tantos kilómetros entre nosotros. Le iba a ser imposible salir del país sin que nos enterásemos. De esa forma, casi todo enero lo pasaríamos viajando por Europa.

Nos encontrábamos en España cuando un escándalo con Matthew salió a la luz y eso hundió un poco a Sky. Una de sus exnovias lo acusó de infiel, además de manipulador. Por lo que Madison debía de estar bastante mal y, por ende, Sky también por no poder estar con ella.

Conocía demasiado bien a Sky como para saber que ese «estoy bien» que me respondía cada vez que le preguntaba era mentira. Que esas sonrisas que les lanzaba a los seguidores y entrevistadores, ocultaban ese dolor que se siente cuando una persona cercana está sufriendo y no se la puede ayudar. Porque no estábamos en Europa de viaje. Esto era trabajo y no podía marcharse como si nada.

La segunda semana de enero, nos encontrábamos en una *suite* de Irlanda. Me desperté al escuchar un sonido que no tardé mucho en reconocer: una nevera cerrándose. Sky y yo no dormíamos juntos, por lo que supuse que sería ella. Aunque volví a cerrar los ojos, me negué a conciliar el sueño de nuevo. Mis orejas estaban pendientes de todo el ruido tras mi puerta cerrada. Alerta. Un plato

arrastrándose por la encimera. Unos pasos que reconocería en cualquier lugar viniendo hacia mí. El pomo girándose lentamente. Continué con los ojos cerrados, expectante por descubrir sus intenciones. La puerta chirrió un poco, noté la luz entrando en la habitación y entonces la escuché.

—¡Cumpleaños feliz! —comenzó a cantar. Abrí los ojos, solo para encontrármela frente a mí, con su pijama de seda rojo que más me gustaba y sujetando un plato con tortitas y una vela que se fundiría con la comida si no soplaba rápido. Esperé a que terminara la canción para hacerlo.

—¿Cómo lo has sabido? —quise saber. Nunca le había dicho cuándo era.

—Tengo mis fuentes —respondió haciéndose la interesante.

No tuve que pensar demasiado para dar con la persona.

—Te lo ha dicho la señorita Davis, ¿verdad?

Sus ojos se abrieron lo suficiente como para saber que tenía razón. Ella continuó sonriendo y dejó el plato en la mesita que tenía a mi lado.

—Puede —dijo antes de alejarse de mí, pero no lo iba a permitir.

Ágilmente, la sujeté del brazo y tiré de ella hasta hacerla caer sobre mi colchón. A mi lado. Entre risas compartidas, le di un beso correspondido. Iba a ser egoísta, porque era mi cumpleaños y quería que ese momento fuese especial. Ella respondió sin duda y, poco a poco, en aquella cama irlandesa comenzamos a descubrirnos con las manos, recorriendo cada rincón del otro.

Sí. Aquello sí que eran buenos días.

***

La primera vez que vi el nombre de los países y de las ciudades donde estaríamos viajando, me sorprendí. Estaba convencido de que Reino Unido estaría dentro, pero esperaba ver Londres, no Manchester. Después de un año sin pisar mi tierra natal, había vuelto.

—Si quieres, puedes ir a ver a tus padres. Yo me quedo en el hotel, te lo prometo —comentó Sky durante el vuelo.

Era de agradecer que tuviera ese gesto. No había planeado aquello ni, mucho menos, propuesto. Estaba trabajando y, aunque me doliese irme de allí sin haberlos visto, contaba con ello.

—Está bien, pero vienes conmigo.

Sus ojos se abrieron por la sorpresa de mis palabras. Después de que mis padres la vieran por videollamada, no dejaban de preguntar por ella. No les había contado muchas cosas, ni lo de nuestro pacto ni lo de su acosador, pero siempre se interesaban por Sky. Sabía que les haría ilusión conocerla en persona, por fin.

—No hace falta. —Su modestia me pareció encantadora, pero insistí hasta que aceptó.

Así fue cómo terminamos mis padres, Tom, Sky y yo cenando una noche en la casa de mi infancia. Sky estaba algo cohibida, incluso tímida para ser ella. Al principio, se limitó a sonreír, de esa forma que tanto me gustaba que hiciera, y a escuchar todas las historias que mi madre le contaba sobre mí.

Confié en que no le fuese a contar nada embarazoso, así que me puse a charlar con Tom y mi padre sobre mi vida en Estados Unidos.

—Ay, cariño, le habrías caído tan bien a Meg —soltó mi madre. Al oír su nombre, dejé a los chicos y me acerqué a ellas lo más rápido posible. Seguía sin haberle dicho nada de ella a Sky, la cual continuaba sin perder la sonrisa.

—Mamá —la interrumpí y le lancé una mirada para que dejase el tema.

—Pero hijo, tengo razón. Recuerdo que una vez vino a casa para poder ver el capítulo de su serie —replicó algo nostálgica, señalando a Sky.

Yo también lo recordaba. Al poco de empezar a salir, Meg se quedó en el piso que compartía con Tom y, mientras estábamos terminando de trabajar, se fue la luz. Me llamó angustiada porque no sabía cómo podría ver ahora su serie y yo, en broma, le dije que fuera a casa de mis padres, que ya conocía. Y así lo hizo. Unos minutos más tarde, me mandó una foto con mi madre sentadas las dos en el sofá.

Mi madre debió de comprender lo que quería porque dejó el tema, pero también se alejó de nosotros, dejándonos solos en ese

lado del salón.

—¿Quién es Meg? —La pregunta que no quería que nunca me hiciese Sky, ahí estaba. «Gracias, mamá», dije para mis adentros.

No era el momento. No era el lugar. No tenía ganas de hablar de ella, de que todo se volviese demasiado triste. No quería sacar a relucir ese tema que me llevó a poner tantos kilómetros de distancia. Me limité a negar con la cabeza a modo de respuesta. Sky me miró sorprendida, pero no insistió. Tampoco se enfadó, simplemente aceptó que no obtendría una respuesta pronto, de nuevo, y volvió con mi madre, que se encontraba frente a las fotografías del mueble de la pared.

Ahora sí, sabía que mi madre no contaría nada más. Y así fue. Para cuando terminamos la comida de nuestros platos, Sky había dejado atrás esa extraña timidez y estaba más charlatana. Aunque, dado que casi solo hablaba para criticarme a mí y mis costumbres, igual hubiese preferido que continuase callada. Mi familia, por supuesto, estuvieron encantados. Tom hasta añadía comentarios a los de Sky. Se habían llevado bien, los cuatro. No lo quería reconocer, porque sería admitir muchas cosas, pero me gustaba el ambiente que había esa noche en casa de mis padres. Tranquilo, divertido, sin dolor. Y lo echaba de menos. Los echaba de menos.

Me encontraba en la cocina terminando de limpiar los platos, cuando Tom apareció por detrás.

—Tío, qué cambiado estás —dijo a modo de observación, no de crítica.

—¿Lo dices porque me he propuesto fregar o por qué? —pregunté curioso. Le di la bayeta para que fuese secando los platos. Ya que estaba ahí, qué menos que ayudase.

—No sé, todo tú. Estados Unidos te ha sentado bien —iba a contestar, pero se adelantó—. O quizás esto se deba a cierta chica de cabello oscuro que hay en el salón.

—No —solté tajante. Aunque, si era sincero conmigo mismo, sí. Quizás un poco sí.

—Vale, tío. —Levantó los brazos a modo de rendición. Me miró, como hacía cuando éramos pequeños antes de decirme algo serio—. Sea lo que sea, me alegra volverte a ver sonreír.

—Gracias, Tom.

Continuamos con la tarea en silencio, hasta que me sorprendió su voz.

—Oye, Andrew, ahora que estamos hablando de todo un poco… —Bromeó—. ¿Echas de menos estar en Manchester?

—Creo que… sí. A vosotros, principalmente. ¿Por qué?

—Verás —el tono empleado era el mismo que usó cuando me propuso montar una tienda de mini monopatines porque «lo van a petar»—, en mi equipo se va a quedar un puesto libre de coordinador de seguridad y estaba pensando que, si lo quieres, el puesto es tuyo.

Me quedé quieto. Literalmente. Dejé de limpiar el plato porque me había quedado congelado ante esa petición. En el silencio que provoqué, analicé rápidamente la situación. La parte racional me decía que era un buen puesto, probablemente un buen sueldo y volvería a casa, a estar cerca de mi familia. Además de que mi contrato con Sky terminaría en cuanto Neil regresara y eso parecía ser pronto.

Pero la parte irracional, o la sentimental, o la que últimamente me metía en líos que no me desagradaban del todo, me decía que no aceptase. Porque Oregón me estaba devolviendo la alegría y, a la larga, la felicidad. Porque si me marchaba, nunca más volvería a ver a Sky. Me apartaría de ella y tenía claro que no quería que pasase eso.

—Gracias por la propuesta, pero…

—No me digas nada ahora, Andrew —me interrumpió—. Piénsatelo y ya me dirás algo. Tienes dos meses para decidirte.

Asentí y continué fregando. No sabía cómo iba a escoger la opción sensata si todo lo que estaba reprimiendo no tenía nada de racional.

# 73
# SKY

Conocer en persona a la familia de Andrew me había encantado. Eran divertidos, atentos y de lo más habladores. Al principio, estaba nerviosa. Por alguna razón, temía no caerles bien. Quería gustarles, causar una buena impresión. Pero, con el paso de las horas, empecé a relajarme. Me sentía cada vez más cómoda con ellos.

Al marcharnos, su madre me dio un abrazo, uno que me recordaba a los de Andrew, pero que a la vez lo notaba diferente.

—Aquí siempre vas a tener una casa, cariño —me dijo al separarnos.

—Y vosotros en Portland también —le prometí con una sonrisa, que no había perdido en ningún momento.

Ver a Andrew con ellos también me gustó. Estaba más relajado que de normal, como cuando dormía, y parecía una persona corriente. Adjetivo que nadie podría usar para describir al Andrew guardaespaldas.

Gracias a la gira de promoción, nos hospedábamos en una *suite* con dos habitaciones que, por casualidades de la vida, estaba muy cerca de la casa de sus padres. Nada más llegar, le puse voz a mis pensamientos.

—Meg era tu prometida, ¿verdad?

Vi cómo la pregunta pillaba por sorpresa a Andrew, que había estado callado durante todo el trayecto y ahora se había quedado quieto en la entrada. Tardó unos segundos en recomponerse y, tras sacudir ligeramente su cabeza para aclararse, vino hacia el sofá, justo donde estaba yo.

—Sí, lo fue. —Sonó algo cansado. Se sentó, o más bien, se dejó caer a mi lado, con un suspiro.

—¿Y qué pasó?

Quizás fuese el gesto que acababa de hacer, dejar escapar una de las sonrisas más tristes que jamás había visto, o que mi cabeza unió las piezas. Lo que me dijo en Los Ángeles sobre haber perdido a alguien recientemente y la pena con la que había sonado su madre al hablar de ella. Y, entonces, lo comprendí y me arrepentí al instante. Porque acababa de presionar a Andrew para que me hablase de su prometida muerta.

—Falleció hace casi tres años —soltó de golpe.

—Lo siento mucho, Andrew. Siento muchísimo tu pérdida.

Eso fue todo lo que pude decir. Me sentía culpable por estar haciéndole revivir algo doloroso. Él ladeó una sonrisa y dejó escapar un leve sonido al chasquear la lengua con el paladar.

—Hacía mucho tiempo que nadie me daba el pésame. Gracias, pero no es necesario.

—Nunca me has hablado de ella —dije. No era un reproche, sino una observación.

—No es solo contigo. Simplemente… No hablo de ella con nadie.

—¿Por qué? —Por experiencia, sabía que no hacerlo y guardarse los sentimientos podía tener consecuencias negativas.

—Porque… perderla fue muy traumático, Sky.

Y yo le estaba presionando para que me lo contase. Con eso en mente, cerré la boca. Prefería estar en silencio a hacerle sentir peor. Por primera vez desde que habíamos entrado a la *suite*, rompimos el contacto visual. Él desvió la mirada y la fijó en algún punto de la ventana que tenía a su lado. Pero yo no dejé de observarle, viendo cómo sus pensamientos parecían unirse a las luces de la ciudad británica.

—La mataron enfrente de nuestra casa —me sorprendió hablando. Puse mi mano sobre la de él, ocasionando que volviera a mirarme a los ojos—. Un ladrón quiso robarle y la mató. ¿Y sabes qué estaba haciendo yo? —La pregunta llegó con un tono más agresivo, incluso enfadado. No esperó una respuesta por mi parte—. Hablar por teléfono en casa.

—No fue culpa tuya, Andrew —le dije convencida. Si algo me había quedado claro, era que la culpa lo había estado consumiendo.

—Eso dicen todos, pero… Siempre he pensado que, si hubiese estado más atento, la habría escuchado gritar y podría haber bajado a por ella.

—¿Cómo sabes que gritó?

—No lo sé con certeza, pero quizás…

—¿Entonces? —le interrumpí—. Tu teoría tiene muchos «Y si». No todas las personas reaccionan igual ante el miedo. Quizás no la oíste porque no lo hizo. ¿Has pensado en ello?

Él frunció el ceño. Su mirada se endureció en cuestión de segundos y la tensión en su mandíbula delataba lo que intentaba contener. Lo vi claro: quería que parase.

—Sky, no tienes ni idea de lo que estás diciendo —espetó más alterado, como si mis palabras hubiesen tocado la herida aún abierta.

Si algo había aprendido en mis años de soledad, era que jamás debían guardarse y reprimirse los sentimientos porque, tarde o temprano, en mitad de una discusión absurda, explotaban y acababan hiriendo a quienes menos lo merecían. Pero estaba preparada. Andrew necesitaba sacarlo todo y si yo tenía que ser su saco de boxeo emocional, lo sería. Porque él me había ayudado de formas que ni sabía y se lo debía. Era lo menos que podía hacer.

—¿Seguro? Porque si algo tengo claro es que llevas tres años sintiéndote culpable por algo que no fue culpa tuya. Tú no le robaste. Tú no la mataste. Entonces, ¿por qué actúas como si lo hubieras hecho?

Nuestras miradas chocaron, desafiantes, unos segundos más. Hasta que algo dentro de él estalló.

—¿Sabes lo que es que la maten a pocos metros de donde estás y no poder hacer nada? ¿Escuchar las sirenas y que te den igual? ¡Ni siquiera me asomé a la ventana para ver qué era lo que pasaba! —Su voz fue subiendo de volumen, de intensidad, quebrándose a la vez. Pero no lo interrumpí—. ¿Tú sabes lo que es planear toda tu vida con alguien, tenerlo todo pensado, listo y que de repente desaparezca? ¡Que estábamos organizando la boda!

Yo había perdido a las dos mujeres más importantes de mi vida. Así que, aunque no del todo, podía imaginarme a lo que se refería.

Con el tono más sereno que pude, le hablé a ese Andrew alterado que tenía frente a mí.

—Lo que le pasó a Meg fue una injusticia, sí. Pero no podías hacer nada para evitarlo, Andrew. No eres adivino. No tienes un radar para el peligro. Asomarte por esa ventana no la habría salvado y una parte de ti lo tiene que saber. Quizás no lo quieres aceptar, pero lo sabes. Que no eres culpable de su muerte.

Por un momento, sus ojos me dieron la razón. Nunca lo había considerado un tonto y él sabía que lo que decía tenía sentido.

—Abandoné a mi familia —murmuró. Algunas lágrimas luchaban por salir, pero él era mucho mejor que yo conteniéndolas, por supuesto—. Me marché de aquí y hui a Estados Unidos. Como si los kilómetros que nos separan pudieran alejar el dolor —dijo. Nunca le había preguntado por qué había decidido cambiar de país. Ahora que lo sabía, tenía sentido. En cierta manera, yo también era como él.

En algún momento, mi mano había abandonado la suya, así que volví a posarla sobre la de él, antes de hablar.

—Yo también me alegro de haber puesto distancia entre Los Ángeles y Portland —confesé por primera vez en voz alta. Él me miró extrañado, pero continué—. Aunque me viese obligada, una parte de mí quería haberlo hecho el mismo día que murió mi abuela. Supongo que, porque es más fácil superar, o intentarlo, en una ciudad que no te recuerda constantemente a la persona a la que quieres y que ya no está.

Él asintió, dándome la razón. Aprovechando que estaba algo más calmado, continué.

—No sé si alguna vez te lo he dicho —bromeé—, pero mi madre murió de ELA cuando era pequeña y unos años después mi abuela de un infarto, a la cual encontré yo —dije intentando hacerme la graciosa, intentando que así doliese menos recordarlo—. Lo que quiero decir es que creo que yo, mejor que nadie, te puede llegar a comprender en lo que estás sintiendo. Sé que no es una competición, pero tú perdiste a un amor y yo a dos. Así que, ¿por qué no, de ahora en adelante, te desahogas conmigo de estos temas?

—No sé si voy a saber —contestó en voz baja.

—Si te sirve de consuelo, a mí tampoco se me da bien hablar de ellas. Pero podemos aprender. Los dos juntos.

Fue él quien se encargó de romper la distancia que había entre los dos y nos fundimos en un abrazo que ambos, pero sobre todo Andrew, necesitábamos.

—Gracias —dijo al oído.

—Cantante de día, terapeuta de noche. —Bromeé y juro que su cuerpo se movió como si se hubiese reído.

Al separarnos, pude ver a un Andrew distinto. Por primera vez, sus ojos marrones con ese toque verde que tanto me gustaban estaban tristes y vidriosos, pero su boca me sonrió con total sinceridad. Debajo del Andrew tipo duro, se escondía uno que me estaba encantando conocer.

—Tienes una familia increíble —solté. Su sonrisa, por fin, llegó a sus ojos, achicándolos un poco.

—Gracias. —Se puso de pie y anunció—. Y ahora, si me lo permites, voy a quitarme la chaqueta.

En todo ese rato, no había sido consciente en que ninguno de los dos nos habíamos quitado los abrigos. Abrí mucho los ojos, sorprendida al darme cuenta.

—¡Perdón! —le grité. Él ya estaba en su habitación.

Aquella noche la pasamos viendo una película, buscando estrellas desde la ventana y hablando de las personas que más habíamos querido. Aquella noche, conocí a un Andrew distinto, nuevo, más vulnerable, más real y por el que, sin duda alguna, estaba comenzando a sentir algo.

# 74
# ANDREW

**Tom**
Lo tengo. Me debes 20£

Ese fue el mensaje que me encontré en mi teléfono nuestro último día en Manchester. Después de que Tom me ofreciera trabajo, aproveché para pedirle un favor.

—¿Y cómo se supone que voy a encontrar esto? —dijo al enseñarle la fotografía del diario de Sky.

—No lo sé. Por eso te lo estoy pidiendo, tío. Lo buscaría yo mismo, pero Sky tiene una agenda bastante apretada.

—Vale, pero me debes una, hermanito.

Por eso, tras darle una excusa bastante absurda a Sky y después de hacerle prometerme que no iba a salir de la *suite*, ni a abrir a nadie, en ese momento me encontraba conduciendo hacia la tienda que me había dicho mi hermano. Cuando Sky me contó la historia de su diario, supe que tenía que hacer algo. Era extraño que una empresa que llevaba fabricando cuadernos durante tantos años, dejase de hacerlo repentinamente. Investigué, pero entre lo del acosador y lo de su padre, mis horas prefería invertirlas en lo demás. Pero que yo no tuviese tiempo, no significaba que los demás tampoco. Por eso mismo, le pedí ayuda a mi hermano mayor.

Entré en la tienda, una papelería a la que recordaba haber ido alguna vez cuando era niño, y fui a hablar con la señora tras el mostrador. Después, le enseñé la misma fotografía que a Tom.

—Sí que lo tenemos, joven. Nos queda uno. —Automáticamente, sonreí al escuchar aquella respuesta. En cuanto supe que Sky se estaba quedando sin espacio en su diario, quería encontrarlo para

regalárselo, pero después de nuestra charla, supe que debía hacerlo. Más que nunca.

La señora me lo entregó y, tras comprobar que era el mismo, lo compré. Pero antes de irme, quise saber más y quién mejor que una persona que trabaja con la empresa para contarme sobre ella.

—Pensaba que ya no se vendían. En Estados Unidos, no he encontrado ninguno.

—Ay, sí. Es una lástima lo que ha pasado, en realidad. La empresa la llevaba un matrimonio y fue su hijo quién la mantuvo hasta que fallecieron ambos. Ahora ha decidido cerrarla. Bueno, hasta que no venda todo lo que tiene no lo hará.

Si creía que algo se me daba bien, era en saber reaccionar durante situaciones inesperadas. Y, sin duda, aquella era una. Por lo visto, no iban a fabricar más cuadernos y, una vez vendidos todos, sería el fin. Con eso en mente, le pedí una última cosa a la señora antes de marcharme.

—Perdone, ¿tiene el número de contacto de la empresa?

A la mujer le llevó menos de cinco minutos encontrarlo y dármelo. Después de agradecerle todo lo que había hecho, la volví a dejar sola en aquella tienda repleta de color. Al subirme al coche, llamé.

Primero respondió una chica joven. Le expliqué que me habían comentado que no volverían a hacer más cuadernos y que estaba buscando uno rojo en particular. Ella me transfirió a otra chica, un poco más mayor. A esta le tuve que describir con exactitud cómo era. Cuando nos aseguramos de que estábamos hablando del mismo modelo, después de enviarle la fotografía, me pasó con un hombre.

—Buenas tardes, según me comenta Jess, ¿desea comprar esos cuadernos rojos? —me preguntó.

—Así es, señor.

—Déjeme mirar dónde nos queda alguno. —Le oí teclear—. ¿Cuántos querría?

¿Cuántos necesitaría Sky para toda su vida? Sabía que el que tenía no era el primero. Si era como su madre, dudaba que diez fueran suficientes.

—¿De cuántos dispone?

—Ahora mismo, entre el almacén y los que nos han ido devolviendo de otros países, disponemos de cuatrocientos cincuenta, señor.

No calculé. No pensé. Lo siguiente salió de mi boca en modo automático.

—Me servirán. Perfecto.

—Espere, ¿quiere los cuatrocientos cincuenta? —Sonó sorprendido. Yo mismo lo estaba, pero si algo sabía con certeza era que Sky se merecía cosas buenas en su vida y que esos cuadernos la harían feliz.

—Sí, así es.

—Eso… Eso va a ser muy caro, señor. ¿Está seguro? —volvió a preguntar incrédulo.

—Sí, no se preocupe. ¿Podrían enviarlo a Portland en Estados Unidos?

—Eh… Por supuesto que sí, pero, disculpe la indiscreción, pero ¿por qué quiere tantos cuadernos?

—Porque son los favoritos de mi amiga.

Era la primera vez que llamaba a Sky así y sonaba muy bien. Aunque, una parte de mí, la que siempre intentaba callar, decía que eso no bastaba. Que «amiga» no era la palabra con la que quería referirme a ella.

# 75
# SKY

Volver a casa después de estar de viaje siempre me daba un gusto indescriptible. Por una parte, me sentía bien por poder estar en mi casa, en mi cama, en mi ducha. Por otra, era coger la rutina de nuevo. Aunque debido a que el motivo de mi salida era por trabajo, no era tan difícil. Lo que sí fue duro fue el *jetlag*. La diferencia horaria entre las ciudades de Europa y Estados Unidos era abismal.

Lo primero que hice al pisar el país, lejos de tirarme en mi cama, fue ir a casa de Madison. Desde que saltó la noticia de Matthew, en el que lo acusaban de ser infiel, mi amiga había estado un poco de bajón. En una de nuestras charlas a deshoras, me contó que se habían dado un tiempo y, al volver de una entrevista, me encontré con un audio de ella explicándome que cancelaba algunos conciertos porque acababa de sufrir un ataque de ansiedad y su equipo había optado por eso.

Me alegré muchísimo de que Madison estuviera tan bien rodeada, pero también me entristeció no haber podido estar yo. Mi amiga se encerró por casi dos semanas. No cogía el teléfono y sabía que seguía viva gracias a su representante, Susan, que iba a visitarla y llevarle comida. Fueron unos días raros en ese aspecto, pero si tiempo y espacio era lo que necesitaba, eso era lo que le iba a dar.

A Andrew le dije que podía irse a casa y descansar, que no me movería de allí y se notaba que también le estaba afectando el cambio de hora, pero lo rechazó y prefirió quedarse con nosotras. Al final, se lo agradecí, porque me había ayudado a animar a mi amiga.

Tras cenar, la dejamos con la promesa de que nos veríamos al día siguiente. Aunque Matthew jugaba un partido benéfico, que se podía ver en el televisor sin ningún problema, estaría con ella para distraerla y seguir con algunos de nuestros ataques de risa

absurdos. Ella por sus sentimientos, yo porque no sabía ni en qué año vivía.

Ahora sí, al llegar a casa, inspiré para impregnarme del olor de mi hogar. Era curioso cómo, a pesar de tener el mismo ambientador que Madison —lo hicimos a propósito—, olía distinto.

Llegué a mi habitación, solo para dejar la maleta por ahí en medio y tirar los zapatos donde cayesen. No tenía fuerzas ni ganas, ni energía, para ser ordenada. Quería lanzarme a mi cama y no salir hasta el día siguiente, pero primero debía cambiarme de ropa y, para ser sincera, me estaba costando un mundo.

Me encontraba luchando por sacar un pie del pantalón, semidesnuda, cuando vi aparecer a Andrew por la puerta.

—¡Andrew! —le grité. En realidad, era culpa mía porque no la había cerrado.

—¡Sky! —respondió igual, algo burlón—. Ni que fuese la primera vez que te veo así.

Abrí mucho la boca. Sin duda, ese nuevo Andrew me estaba gustando. Mucho. Demasiado. De repente, se acercó a mí y con mucha delicadeza, se agachó, me agarró de la pierna y tiró del pantalón.

—Así mucho mejor —dijo con una sonrisa medio sincera, medio lasciva.

Me fijé en él, arrodillado frente a mí. Su cara cansada. Su pijama de tirantes, aún en pleno invierno. Este hombre parecía inmune a los resfriados. Luego pensé en cómo estaba yo. De pie, en ropa interior y con una cara muchísimo peor que la suya. Noté cómo mis mejillas comenzaron a coger color y retiré la mirada.

—¿Qué te pasa? —quiso saber.

Andrew se levantó y se quedó cerca de mí, haciéndome clavar mis ojos en los suyos.

—¿Ahora te da vergüenza que te vea así? —Su voz era calmada, pero también sugerente.

—No —logré decir. No sabía qué lo había ocasionado, pero notaba mi corazón latir con más fuerza. Tenía miedo de que lo pudiese escuchar.

Él sonrió, satisfecho con mi respuesta, y acortó la distancia entre nosotros. Cerré los ojos, anticipando un beso en los labios, pero, en su lugar, lo dejó en mi mejilla.

—Buenas noches, Sky —susurró.

Ese suave contacto me dejó sorprendida por un segundo. Cuando me giré hacia él, ya se alejaba hacia su habitación. Estaba agotada por el viaje y las emociones de los últimos días, aun así, reaccioné como pude y fui tras él.

—¡Andrew! —le grité, obligándole a parar.

Quizás fuese el cansancio el que hablaba y no yo. O quizás era algo que llevaba tanto tiempo queriendo decir y al fin me atreviese a hacerlo. Lo que sí sé es que, bajo su atenta mirada y en ropa interior, le dije:

—¿Te quieres quedar a dormir conmigo esta noche?

Por extraño que pareciese, no me arrepentía de haberlo dicho. Porque sí, me gustaba sentirle en mi cama. Saber que estaba ahí, que si me giraba lo vería. La respuesta no tardó en llegar.

—Me encantaría.

Aquella noche no hicimos nada más que dormir juntos, pero fue diferente. Parecido a cuando estábamos en Los Ángeles, pero no del todo. Los dos estábamos agotados, pero nos permitimos buscarnos. Con algunas caricias suaves que erizaron nuestra piel. Con abrazos sin prisa. Me rodeó con el brazo y yo me pegué a él sin pensarlo. Y fue ahí, en medio del silencio de la noche, cuando lo supe con certeza: ya no me bastaba con eso. Lo de «amigos con derecho a roce» se me había quedado demasiado pequeño. Yo quería algo más. Lo quería a él.

2 de febrero de 2024

Querido amigo,

Menudos días llevamos. Matthew ha estado ingresado en el hospital después de un golpe tonto en el partido benéfico. Quien dice golpe tonto, dice que perdió el conocimiento durante un buen rato. Nada más verlo, Andrew buscó cuál era el hospital más cercano, y al que lo trasladarían, y nos llevó hasta allí.

Estuve todo el rato que pude con Mads apoyándola porque, aunque estuviesen dándose un tiempo, estaba claro que aún seguía enamorada de él. Y lo confirmé cuando, al día siguiente, nos dieron la noticia de la reconciliación.

Andrew se había comportado de diez ante esa situación y eso hizo que el pensamiento que había tenido la noche anterior no dejase de crecer. Sin que él se dé cuenta, lo miro, lo analizo. Sus gestos, sus expresiones. Todo él.

He descubierto algunas cosas: me encanta verle dormir. Eso ya lo sabía, vale, pero de verdad que me apasiona verle tan tranquilo y relajado. Pone una cara muy adorable y dan ganas de achucharle.

También que cuando tiene que actuar como guardaespaldas está mucho más guapo que de costumbre. Estira mucho su espalda, intentando ganar más altura y poder protegernos de todo lo de ahí fuera. Además, tiene un tono de voz mucho más grave que me hace sentir mariposas en el estómago.

Pero lo que más me ha sorprendido es que me gusta hablar con él. Sí, amigo, esto ya lo supe hace tiempo, pero desde que me contó lo de su exprometida, siento que no se guarda nada. Que no hay secretos. Y es justo decir que ya no es Andrew mi guardaespaldas, sino Andrew mi amigo. Aunque… yo no me acuesto con solo amigos. Aunque… desde que lo hago con él, no lo he hecho con nadie más. Mierda.

¿Cómo es posible que me acabe de dar cuenta de que, de verdad, me gusta Andrew? Bueno, para ser sincera, ya lo sabía, pero ahora lo acabo de asumir, asimilar y aceptar. ¡Precisamente hoy! ¡Con lo nerviosa que estoy!

Hace unos días, antes de volver a Portland, Zoe me llamó para contarme que la cantante principal de un concierto sinfónico, tributo

a canciones míticas del mundo actual, pero versionadas con una orquesta, se había puesto enferma y que, al pertenecer a la misma discográfica y tener registros de voz similares, me habían propuesto como sustituta y lo habían aceptado.

El tiempo corría en mi contra, así que, después del alta de Matthew, acudí a los ensayos todos los días. Ha sido todo un reto y espero hacerlo bien. Además, esta mañana durante el último ensayo, me han sorprendido anunciándome que van a tocar una canción mía. La hemos practicado y… MADRE MÍA. No sé cómo he podido contener las lágrimas mientras cantaba *Lost stars*. Es que, precisamente, tenía que ser esa.

Así que mañana tengo que actuar frente a miles de desconocidos, y amigos, y rezar para no meter la pata. Y todo eso a la vez que acabo de aceptar que me gusta mi guardaespaldas y compañero de piso.

Eres genial, Sky. No tenías otro mejor momento para hacerlo.

Con cariño,

Sky, la que tiene el don de la oportunidad.

3 de febrero de 2024

Querido amigo,

Te escribo rápidamente para contarte que ha ido genial. En algún momento, durante una canción que ni siquiera era mía, creía que la iba a fastidiar en la nota aguda, pero he mirado hacia el público y he visto a Mads y Matthew sonriendo, mirándome con orgullo y… no sé. Eso me ha dado la confianza necesaria. O quizás haya sido el beso que Andrew me ha dado antes de salir de casa.

—Para calmar los nervios —me ha dicho en un tono tranquilizador después de dármelo.

Será idiota… ¿Es que no ve que así consigue el efecto contrario?

Bueno, me marcho porque mis amigos han decidido invitarse a mi casa para beber y celebrar la gran noche.

¡No estoy borracha, pero me siento como si lo estuviera!

Con mucho cariño,

Sky, ahora también cantante de sinfónicas.

10 de febrero de 2024

Querido amigo,

¿Cómo es posible que Mads y yo aún no tengamos una canción juntas? Muchas veces lo hemos hablado, pero nunca nos hemos llegado a poner en serio. Pero esta noche, para terminar su gira de una forma especial, ha querido subirme a su escenario y hemos estado increíbles.

Nuestras voces han sonado perfectas juntas, y no solo porque *Mamma Mia* de ABBA es NUESTRA canción y la tenemos más que ensayada, sino que la energía que teníamos ahí arriba ha sido espectacular.

Hemos disfrutado un montón y el público también. Así que, dime, amigo, ¿por qué aún no hemos hecho ninguna juntas?

Creo que se lo voy a tener que proponer seriamente un día de estos. Además, nuestras discográficas no van a poner ninguna pega.

Voy a dejar aquí apuntado algunos temas que podrían encajarnos bien a las dos (si se te ocurre alguno, recuerda que puedes añadirlo, amigo):

- Cuando quieres a alguien
- Cuando dejas de sentirte sola
- Cuando juntas nos sentimos imparables
- Cuando disfrutas del tiempo que pasas con tu amiga

Solo son ideas que le sugeriré a Mads. ¡Ya te contaré!

Con cariño,

Sky, esperando para hacer la colaboración perfecta.

12 de febrero de 2024

Querido amigo,

¡Tengo un amigo ganador de la Super Bowl! ¿En qué momento?

Así es, ayer fue la Super Bowl y los Red Lyons, el equipo de Matthew, ganó. ¡Fue tan emocionante! Aunque la mayor parte del partido he tenido a Andrew en mi oreja explicándome el deporte porque he leído sobre él, pero no he entendido nada. Lo bueno es que sigo sin hacerlo, así que al próximo partido que vaya me veré obligada a preguntarle a mi guardaespaldas. ¡Qué lástima! (no, qué va)

Al acabar, mi amiga bajó al campo y, mientras las cámaras buscaban a la pareja del año —así los estaban llamando—, no pude dejar de sonreír. ¡Qué orgullosa estoy de mi amiga!

—¡Qué envidia! —solté al verles fundirse en un beso.

No siento envidia de Mads, realmente. Simplemente, me pareció precioso que pudiese besar al chico al que le gusta y delante de todos. Vale, igual un poco de envidia sí que siento, pero porque ella sabe lo que siente y quiere. Y porque es correspondida.

—¿De qué? —preguntó Andrew curioso.

—¡Míralos! Hacen una pareja preciosa.

—¿Acaso es que quieres una pareja, Sky?

Su mirada, clavada en mí. Su tono, grave y serio. Su boca, dibujando una media sonrisa. Todo me estaba gritando que lo besase, pero no lo hice.

—No sé —respondí, quitándome esa voz de la cabeza.

No dijo nada más, volvimos a centrarnos en la pantalla gigante frente a nosotros y en nuestros amigos. Pero mi cabeza no dejaba de repetirme su pregunta. ¿Quería una pareja? Para mi sorpresa, la respuesta llegó demasiado rápido. No quería UNA pareja. Quería a ANDREW como pareja.

Pero no se lo dije, claro.

Al llegar a casa, me fui a mi habitación para ordenar un poco mis pensamientos, pero poco sirvió porque mi compañero tocó a mi puerta.

—Necesito una cosa —dijo seriamente.

—¿El qué?

—Esto.

Caminó rápido hacia mí, acortó la distancia en menos de dos segundos y unió sus labios a los míos. No sabía qué se le estaba pasando por la cabeza, qué le había hecho reaccionar así, pero estaba disfrutando de ese beso y no pretendía ponerle fin.

Por eso, esta noche hemos dormido juntos. Porque no se ha marchado cuando hemos terminado. Porque tampoco se lo he pedido. Porque me estoy acostumbrando a dejarle el espacio en la cama, hasta cuando no está. Es extraño, amigo, pero… no sé.

Siempre he dicho que Mads sería la primera persona a la que le contaría lo que estaba sintiendo, lo que me estaba pasando con Andrew. Creo que es hora de que tenga una conversación con ella.

Con cariño,

Sky, la que vive de ilusiones.

18 de febrero de 2024

Querido amigo,

Estas son las últimas páginas en blanco que tienes. Llevo unos días pensando en qué quiero contarte. En qué quiero que sea lo último que sepas de mí. Y, la verdad, es muy difícil.

Podría contarte San Valentín y cómo lo pasé viendo películas con Andrew. O cómo Mads me regaló una caja de bombones y cómo yo le di la misma a ella, casualmente.

Pero creo que esta ocasión se merece algo más especial y por eso te voy a dejar un trozo de una canción que he compuesto. Es extraño hacerle una canción a un diario, pero es que tú eres más que eso. Por eso, esto ha fluido solo.

*I miss you in the silence of these lines,*
*In every word, your memory shines.*
*You held my secrets, caught my tears,*
*Guided me through all my fears.*[14]

Siempre he oído eso de que la vida se basa en probar cosas nuevas, pero, siendo sincera, no quiero nada nuevo. Te quiero a ti porque eres mi legado. Mi amigo.

Desprenderme del cuaderno rojo que tengo desde niña, y que mi madre también tenía, va a ser una tarea muy complicada y dura. Lo sé. Porque no solo me alejo de ti, de un recuerdo de pequeña, sino también de uno de los mejores regalos que me hizo mi abuela.

Sí, lo sé, no eres el mismo, pero a la vez sí que lo eres y eso me bastaba. Dios, ¿tiene sentido lo que estoy diciendo? Madre mía, las últimas páginas y van a ser desvaríos. Muy de Sky.

Sé que no estaré más lejos de mi abuela por tener otro diario, de otro color y de otro tamaño, pero… siento que así va a ser. Al menos, ahora mismo, sí que lo parece.

Gracias por ayudarme a comprender muchas cosas durante todos estos años. Por acompañarme cuando creí estar sola (no lo estaba, porque te tenía a ti). Por mantener tan bien mis secretos. Y por haberle hecho compañía también a mi madre.

Gracias por todo, superamigo.

Te voy a echar muchísimo de menos,

Sky, la chica a la que has ayudado a crecer y que aún tiene mucho que madurar.

# 76
# ANDREW

Cuando Sky no estaba teniendo su mejor día, era muy fácil saberlo. Solo hacía falta dejar que se fuera al televisor y que pusiera un musical. Aunque generalmente siempre era *Mamma Mia*, aquella tarde me sorprendió con uno de Disney que no logré identificar.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Estábamos bien, pero desde hacía unos días, la notaba diferente. Algunas noches, me pedía dormir juntos y todo estaba genial. Pero al día siguiente se acostaba antes, como si me estuviese evitando. La había pillado, gracias a los reflejos de la pantalla, mirándome un par de veces, como si evitara que me diese cuenta. Algo le pasaba, sin duda, y me lo estaba ocultando.

—Bueno. La vida, supongo —dijo sin quitarle el ojo a la chica de pelo violeta hablando con otra de pelo azul que aparecía en la película.

No iba a aceptar aquello como una repuesta, por lo que tomé asiento a su lado y, con toda la confianza que podía haberme ganado en aquellos meses, le quité el mando y pausé el vídeo. Me gané una mirada incrédula.

—¿Estás bien? —repetí.

—Es solo… Es una tontería, en realidad.

—Pues cuéntamela. Sabes que no te voy a juzgar, Sky. —Nadie tenía unos malos días por una tontería. Que ella lo sintiera así, no significaba que lo fuera.

—Es que he terminado mi diario —no dije nada—. Ya te había dicho que era una tontería. Lo que pasa es que ahora siento un vacío más grande del que pensaba porque lo estoy sintiendo como que me estoy alejando de mi abuela y de mi madre. No sé. Sin más —contó casi inexpresiva.

—Sky… —intenté consolarla dándole un apretón a la mano más cercana. A su vez, fui realmente consciente de lo que me acababa de decir—. ¿Ya has acabado el diario? —asintió—. Pensé que tendría más tiempo —murmuré.

Ahora sus ojos mostraban confusión.

—¿Cómo que más tiempo? —quiso saber.

—Creo que tengo que explicarte una cosa. Acompáñame.

Ella obedeció y nos fuimos a mi habitación. Una vez estuvimos frente a la puerta cerrada, volví a hablar.

—No tenía intención de darte esta sorpresa así, pero no me has dado tiempo suficiente para hacerlo bien.

Mi plan era dejarle uno vacío cuando lo acabase y que se preguntase cómo había pasado, al día siguiente volver a darle otro y así durante unos días más, hasta que le confesaría lo que había hecho. Pero no lo tenía preparado y ella no estaba para esperar. El día anterior, mientras Sky se estaba dando un baño, llegaron las cajas. Como pude, aprovechando que sabía que iba a tardar, las subí a mi habitación. Entre una cosa y otra, solo había tenido tiempo para abrirlas y comprobar que, como ya sabía, eran el mismo modelo.

—Odio cuando te haces el misterioso… —murmuró lo suficientemente alto para que la escuchara a la perfección.

Puse la mano en el pomo, clavé la mirada en ella y, a la vez que abría la puerta lentamente, anuncié:

—Espero que aquí dentro esté lo que buscas.

Nada más entrar, me miró incrédula.

—¿Desde cuándo tienes tantas…

La pregunta murió en el aire en el mismo momento en el que reconoció el contenido de una de las cajas.

—¿Es mi diario? —gritó efusivamente.

Por ver la cara que tenía ahora, tan sonriente y feliz, había valido la pena. Todo había valido la pena con tal de ver a Sky así de resplandeciente. Mi boca curvó una sonrisa, contagiada por sus emociones. Yo estaba contento de que ella estuviera contenta. Un sentimiento que parecía absurdo, pero que tenía todo el sentido del mundo.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! —chilló a la vez que vino a abrazarme con un cuaderno en la mano.

—Es lo menos que podía hacer.

Se separó, volvió a ojear las cajas sin perder la sonrisa y fijó su mirada en mí.

—No. En serio, muchísimas gracias, Andrew —dijo un poco más serena—. ¿Cómo lo has conseguido?

—¿Magia? —respondí, pero me gané un pequeño empujón—. Conseguí hablar con la empresa que los hace. Me contaron que van a cerrar y decidí comprarles los que les quedaban. Así que tienes los últimos de la historia.

—¡Andrew! ¡No tenías por qué hacerlo! —me recriminó—. Hay muchísimos…

—Si no me han engañado, debería de haber cuatrocientos cincuenta y uno. No me has dado tiempo para contarlos —solté una risita.

—Dios… —murmuró sorprendida—. No voy a escribir tanto en mi vida. ¿Qué voy a hacer con ellos?

—Sí…, puede que no haya pensado en eso —reconocí. Me cegaron las ganas de hacerla feliz y de querer que tuviese páginas suficientes para desahogarse. No pensé en cuántos necesitaría realmente a lo largo de su vida. Tuve un pensamiento fugaz por mi mente—. Podrías convertirlo en una tradición, un legado, y darles algunos a tus futuros hijos.

Se quedó pensativa un momento. Sus ojos se achicaron, de la misma forma que lo hacían cuando su cerebro estaba analizando todas las posibilidades.

—¡Es una buenísima idea, Andrew! ¡Me encanta!

Esta vez, el abrazo fue otra cosa. Más largo, más fuerte, más lleno de emoción. Se agarró a mi cuello aun riendo, obligándome a estrecharla más contra mí. Eran de esos abrazos que nos hacían cerrar los ojos un instante. Como si nuestro propio cuerpo sintiese la necesidad de guardar ese momento para siempre.

Al volver a poner distancia entre los dos, sentí una pequeña punzada de soledad. En algún momento, me había acostumbrado a tenerla cerca, a que estuviera junto a mí. Quizás fueron las noches

que pasamos durmiendo juntos o esos momentos en los que nos acostábamos, pero algo había cambiado. Y mi cuerpo lo sabía. Cuando no la tenía cerca, la anhelaba de una forma que aún no lograba comprender.

Ya no era como la primera vez que nos acostamos. Al menos, yo no lo sentía así. Ya no éramos dos personas necesitadas del otro, buscándose con urgencia, desahogándose con un polvo. No. Ahora había caricias suaves, besos lentos y conversaciones profundas. No quería admitir lo que todo eso significaba. No quería reconocer que sentía algo por Sky. Que me gustaba. Que me estaba enamorando de ella.

# 77
# SKY

Había veces en las que miraba a Andrew y era difícil contenerse. Aguantarme las ganas de besarle, era una de las cosas más complicadas que había hecho. Sin embargo, aquella tarde todo parecía perfecto. Idóneo para hacerlo.

Estábamos en su habitación, rodeados por cajas con los cuadernos que tanto había buscado. Cómo no, él los había encontrado. Y no solo eso, también los había comprado. Todos. Para mí. Por mí.

No había podido dejar de sonreír en ningún momento. Estaba contenta, feliz, porque no tendría que despedirme de mi amigo. Porque me acababa de quitar un peso enorme de encima. Porque me había ayudado a mantener esa parte que me mantenía unida a mi familia. Y lo hizo porque él quiso. No porque yo se lo pidiese. No. Porque él quiso.

Mi corazón llevaba un rato latiendo más rápido de lo normal. Notaba la sangre bombear fuerte en mis oídos. Volvía a temer que él pudiera darse cuenta, pero, a juzgar por cómo me miraba, por esa forma tan bonita de mirarme, supe que no.

Sus ojos marrones con ese toque verde que los hacían tan especiales estaban fijos en mí. Esperándome. A que hablase. A que reaccionase. A que hiciese algo. Y por supuesto que lo hice. Acorté la distancia que había entre los dos y uní mi boca a la suya. Él no tardó en reaccionar y estuvimos así durante un rato. Enlazados en un beso suave, lento, bonito. De esos que darían envidia en cualquier comedia romántica.

En uno de los segundos en los que nos separamos a coger aire para respirar, lancé con cuidado el cuaderno que tenía a la cama de Andrew. Lo hice para poder tener las dos manos libres, para poder

sentirle mucho mejor. Las mías estaban enterradas en su pelo castaño. Las suyas, que descansaban en mi cintura, tiraron de mí para poder levantarme. No tenía problemas en que él me llevase, en que me guiase a dónde él quisiera. Confiaba en él. Y Andrew lo sabía.

Él fue quien, sin cortar nuestros besos, me llevó a mi habitación. En algún momento, se había convertido en el lugar donde siempre terminábamos descubriéndonos más a fondo. Posó su mano en mi espalda y eso solo provocó que me acercase más a él, si eso era posible. Tenía ganas de jugar con él, pero me estaba encantando sentir cada zancada que daba. No caminar junto a él, como siempre hacíamos, sino con él. Sobre él.

Al llegar junto a mi cama, me bajó con una suavidad que me erizó la piel. Odié que volviera a poner esa maldita distancia entre nosotros, aunque solo duró un segundo. Porque enseguida estuvo de nuevo cerca de mí. Tan cerca que sentía el calor que desprendía. Me tumbé en la cama y él vino detrás, como si nuestros cuerpos ya supieran a dónde ir y cómo encajar.

Nos conocíamos. Sabíamos lo que nos estremecía, nuestros puntos débiles y los fuertes. Lo que nos gustaba. Lo que nos encendía. Y aunque lo habíamos hecho muchas veces antes, esa vez fue completamente distinta. Porque no se trataba solo de deseo. Porque esa noche no me estaba acostando con Andrew. No. Esa noche, estábamos haciendo el amor.

Con cada caricia, con cada beso lento, con cada mirada. Me entregué a él como nunca antes lo había hecho. Y sentí que él también lo hacía.

21 de febrero de 2024

AMIGO, ¡HE VUELTO!

Gracias a que tengo al mejor guardaespaldas y amigo del mundo, he vuelto y puedo volver a escribirte todas las veces que quiera. ¿Y sabes lo mejor? Que ya no importa si me explayo, si te cuento todos los detalles, si te gasto en un día…, porque tengo 473 cuadernos más. Ayer los estuvimos contando y, sí, son 473.

Andrew me ha propuesto que, los que no vaya a utilizar, se los de a mis hijos, como si fuera una tradición o un legado. Y me parece una idea estupenda. Aunque, después de mencionarlo, me morí de ganas por preguntarle si alguna vez me había imaginado a mí con hijos y quién creía que sería el padre.

Porque mi cerebro me dio una respuesta y no sé si le habría gustado escucharlo.

En cuanto a cómo van las cosas entre nosotros, pues van. Últimamente, tengo la sensación de que, en casa, actuamos más como lo hace una pareja a como amigos, que es lo que se supone que somos.

Comemos juntos, me enseña a cocinar algunos platos de su familia, vemos películas, nos acostamos, dormimos… todo juntos. Pero no somos nada más. Solo «amigos con derecho a roce». Así que, sí, amigo, sigo confusa. Pero ya no por lo que siento, sino por lo que él siente.

Quizás para él solo sea un puente, esa persona con la que se está después de romper con tu pareja y que te lleva hacia tu otra pareja. Aunque, si soy sincera, no lo siento así.

Puede que mis sentimientos estén malinterpretando mucho las cosas, pero tiene actitudes, comentarios, gestos, que me dan la sensación de que él también siente algo. Obviamente, no le he preguntado.

¿Te imaginas que le pregunto, que dice que no y que todo se vuelve más tenso? No solo perdería a un gran guardaespaldas, también perdería a un gran amigo, y eso me dolería más.

Soy una mujer adulta, en unos meses cumplo 25, y debería de comportarme como tal, lo sé, pero cuando se trata de Andrew… es complicado.

Mañana he quedado con Mads, a ver qué opina mi amiga.

Ahora, voy a tener que dejarte. No porque quiera, sino porque Andrew acaba de terminar de ducharse (he preferido venir a escribirte a estar con él, para que veas lo mucho que me importas, amigo) y vamos a ver una película. Hoy le toca escoger a él, así que no tengo ni idea de cuál. Aunque lleva un tiempo escogiendo algunas que terminan gustándome.

Con cariño,

Sky, ¿me echabas de menos?

# 78
# SKY

A pesar de que las cosas entre nosotros iban bien, tuve que rogarle muchísimo para que me dejara quedarme a dormir con mi amiga en su casa. Necesitaba una noche de «solo chicas» y no me iba a sentir cómoda sabiendo que él estaba ahí. Por suerte, y después de ponerle esa mirada que sabía que le encantaba y de prometerle que no saldríamos, me dejó.

Esa noche decidí meterme en la cama de Madison para poder hablar de todo. Durante la cena nos habíamos puesto al día; ella había estado componiendo su nuevo álbum y teniendo un par de citas más con Matthew. Me encantaba verla tan feliz. Si alguien se lo merecía, era ella. Sin duda alguna.

—¿Qué es lo que sientes por Matthew? —pregunté. Tuve curiosidad por sus sentimientos. Por descubrir si aquello se semejaba a lo que yo sentía por Andrew.

—Vaya pregunta. —Bromeó Madison soltando una risita—. Creo que… todo. Sí, eso es.

—No des tantos detalles, amiga. —Me uní a su risa.

—Es que no es fácil de describir, amiga. Siento felicidad y alegría cuando estoy con él, cuando hablamos. Nerviosismo horas, minutos e incluso segundos antes de vernos. Un pequeño vacío, disfrazado de tristeza, cuando nos separamos. Pero entonces volvemos a vernos y todo ha valido la pena. Porque él me hace sentirlo todo, Sky. Me hace sentir viva. Tiene el superpoder de detener el mundo con solo una sonrisa. Me hace ser una mejor versión de mí misma. Una que no tiene miedo ni vergüenza de sentir ni llorar frente a él.

Escucharla hablar así de su novio me encogió el corazón por muchas razones. La primera porque se notaba que estaba enamorada. La segunda porque, en parte, comprendía lo que quería

decir. Lo entendía a la perfección. Con eso en mente, cumplí la promesa que me hice hace mucho tiempo.

—Mads, creo que me gusta Andrew —solté de golpe.

—Ya era hora de que te dieras cuenta.

Abrí muchísimos los ojos sorprendida ante aquella respuesta. Por lo visto, me conocía mejor que yo misma y había entendido mis sentimientos antes.

—¿Perdona?

—Quiero decir… ¿Qué me estás contando? ¡Bien! —dijo con ironía dando palmadas. La mirada que le estaba lanzando le hizo saber que seguía sin entenderlo—. Tenía una ligera sospecha de que algo te pasaba con él y dado que os buscáis cuando el otro no mira… Saqué una conclusión: que os gustáis.

Madison, mi mejor amiga, había soltado eso sin despeinarse. Sin moverse. Eso sí, con una sonrisilla de orgullo, por haber acertado. Al menos, en lo que a mí respectaba.

—Y, ahora, cuéntamelo todo.

Así lo hice. Algunas cosas ya las sabía, como que no me caía bien al principio, pero se lo conté todo. Desde que nos acostamos a cómo me sentí la primera vez y esa sensación tan extraña y diferente de la última. Las horas que pasábamos sentados en el sofá viendo películas, la facilidad con la que hablábamos, lo mucho que me gustaba notarle en mi cama por las noches… todo. Era mi mejor amiga y la única persona que se merecía conocer todos los detalles.

Cuando terminé de relatarlo, simplemente me miró fijamente y dijo:

—Sky, te gusta Andrew.

***

Había pasado unos días desde mi conversación con Madison y nada había cambiado. Seguíamos igual porque no me atrevía a confesárselo, ni a preguntárselo. Pero estábamos bien y eso era lo único que me importaba.

Aquella mañana, me desperté y Andrew ya no estaba a mi lado. No me gustaba eso, no notarle cerca, pero ahora que entendía

mejor mis sentimientos, tenía sentido. Con la lentitud que siempre me acompañaba de buena mañana, salí de mi habitación y bajé las escaleras. Pero en lugar de ir a la cocina, donde solía esperarme mi amigo con un café, seguí el sonido del televisor hasta el salón.

—¿Qué haces aquí? —pregunté extrañada. Su mirada estaba perdida en la pantalla. Él estaba ido.

—Ver la tele —respondió automáticamente. No lo pensó, tampoco se movió para mirarme. Simplemente, habló.

Me acerqué y me interpuse entre la pantalla y él.

—¿Qué te pasa? —Mi tono no fue brusco, sino calmado, pero preocupado. No recordaba haberlo visto así antes.

Andrew levantó la vista para clavarla en mí y descubrí que tenía delante mío a una versión agotada del chico que me gustaba.

—Hoy se cumplen tres años desde que Meg murió.

Su voz no se quebró, pero algo dentro de mí sí, por la forma de decirlo. Le seguía doliendo, por supuesto que le seguía doliendo. Me había centrado tanto en lo que yo sentía por él, en lo que él podría llegar a sentir por mí, que no había pensado en lo que realmente aún sentía por su exprometida, la cual sería su mujer a día de hoy de no haber muerto.

Centré mis pensamientos y actué como lo hacía una buena amiga, ya que eso éramos. Amigos.

—¿Tienes pensado hacer algo hoy? —quise saber. No conocía su ritual y Manchester quedaba muy lejos, pero quizás tenía en mente algo aquí.

—Llevo despierto dos horas. Me he sentado aquí, he puesto la televisión y… ya está. Creo que hoy no tienes que ir a ningún sitio, ¿verdad? —negué—. Igualmente, no tienes que preocuparte. Solo iba a estar aquí un rato, pero he perdido la noción del tiempo —me informó, algo más despierto.

—O sea que no. ¡Perfecto! —dije dando una palmada en el aire —. Hoy me encargo yo de todo. Tú quédate aquí viendo… —Me giré, solo para descubrir lo que le estaba ayudando a distraerse—, ¿un documental sobre pingüinos? Pero mira que eres raro. —Bromeé sacándole la lengua.

Él me lanzó una sonrisa triste, una de las más tristes que había visto jamás, y rechazó mi oferta.

—No. No vas a cuidarme.

Si algo tenía que haber descubierto sobre mí a esas alturas, era que a cabezota no me ganaba nadie. Me crucé de brazos, como solía hacer él, e intenté lanzarle una mirada amenazadora de las suyas.

—Sí que lo voy a hacer.

Por primera vez, la batalla de miradas que estábamos teniendo no era furiosa, ni ansiosa, sino delicada y hasta cariñosa.

—Está bien, pero no me pongas *Mamma Mia*, por favor —cedió.

Me hice la ofendida. Por supuesto que lo hice. Y lo dramaticé todo mucho más. Me llevé la mano al pecho y abrí muchísimo la boca para que se diera cuenta del daño que acababa de hacerme al decir aquello. Para mí, era mi película de confort. Esa que siempre que estaba de bajón ponía. Igual no me animaba, pero ayudaba.

—¿Cómo puedes decir eso de una obra de arte?

—Solo digo que no quiero volver a verla —se excusó. Hasta lo noté un poco más animado.

Asentí, pero porque mi cabeza ya había dado con otra propuesta musical.

—Está bien. Hoy veremos *Burlesque*.

—¿Qué es eso?

—¿No la has visto? —dije un poco más alto de lo esperado. Negó con la cabeza—. Pues hoy vamos a cambiar eso.

Después de desayunar, unas tortitas con sirope de chocolate hechas por mí, la empezamos a ver. Al principio, estuvo un poco distraído, pero a medida que la película avanzaba, no despegaba sus ojos de la pantalla. Yo ya la había visto un par de veces, así que sabía que faltaba poco para que sonase una de mis canciones favoritas.

—¿Te está gustando? —Fue una pregunta, pero escondía una pequeña afirmación. Solo hacía falta verle la cara para saber que sí.

—Bueno, podría ser peor. Podría ser *Mamma Mia*.

—Idiota —murmuré lo suficientemente alto para que lo pudiese escuchar con claridad.

Iba a contestarme, pero no le dejé. En su lugar, le puse la mano en la boca y le mandé callar.

—Esta es una de mis canciones favoritas de todos los tiempos —le informé, a la vez que comenzaron a sonar las primeras notas de *Bound to you*.

Un rato después, cuando los créditos ya hicieron acto de presencia, me giré hacia él y le pregunté emocionada:

—¿Y bien?

Por cómo me miraba, supe que estaba buscando las palabras correctas, quizás para decir lo que pensaba sin herirme.

—No ha estado mal —respondió con media sonrisa. Estaba mintiendo. Le había gustado. Solo había que verle mover el pie al ritmo de las canciones o abriendo los ojos cuando Christina Aguilera salvaba el espectáculo.

Pero decidí no insistir. Aquel rato le había servido para desconectar y ahora lo notaba más tranquilo, más relajado. Así, de esa manera, quería que continuase el día: sin presiones, solo con calma. Yo me encargaría de las comidas y de ponerle buenas películas.

La siguiente fue *Los Descendientes*. A diferencia de con *Burlesque*, esta le había costado un poco más. Aunque reconoció que la idea de los hijos de los villanos era buena, recalcó varias veces, demasiadas, que él no era el público objetivo de la película, ya que era demasiado mayor. Como si para ver una película Disney hubiese edad… Pero se lo dejé pasar y escogí otra.

Y así seguimos: entre risas, charlas durante las películas, muchos musicales y comida precocinada. Me alegró comprobar que, cuando las estrellas ya iluminaban el cielo, él no parecía estar ni triste ni decaído. Al contrario, parecía tranquilo.

Cuando llegó la hora de dormir, me acosté sola, dándole algo de privacidad. Pero lo hice orgullosa de mí misma porque, a pesar de lo difícil que debía de haber sido aquel día para él, había logrado que se sintiera un poco mejor. Porque fui esa amiga que necesitaba. Porque le acompañé en ese día gris, que convertimos en uno un poco más colorido y mucho más musical.

# 79
# ANDREW

El día anterior había sido distinto a como solíamos pasarlos cuando Sky no tenía planes en su agenda. Debido a que Charlie continuaba desaparecido, mi equipo de seguridad y yo decidimos evitar salidas innecesarias. Aunque habían pasado varios meses desde la última amenaza, ni a mí ni al resto nos parecía seguro que hiciera una gira ahora mismo. Porque Charlie era imprevisible y podría aparecer en cualquier momento. Por eso, últimamente pasábamos más tiempo en casa. Y no me quejaba para nada.

Por culpa de una pesadilla que no recordaba, me había desvelado. Tenía el corazón a mil, así que, con cuidado de no despertar a Sky, que dormía plácidamente y con esa sonrisa que siempre tenía cuando descansaba, me levanté y fui al salón con mi teléfono.

Estuve revisando correos, mirando si había alguna nueva información de Charlie o del padre de Sky, hasta que vi la fecha. Llevaba una hora despierto, cuando comprendí que era el aniversario de la muerte de Meg y, por alguna razón, aquello me pesó más de lo que pensaba que lo haría. Quizás porque me sentí culpable de olvidarme una fecha tan importante.

Bloqueé el móvil y encendí el televisor. Puse lo primero que vi, porque sabía que mi mente no iba a permitir prestarle atención. Solo iba a ser un rato, pero fue Sky quien se encargó de devolverme al lugar.

Ahora que ya sabía de la existencia de Meg, era absurdo ocultarle más cosas y se lo conté. A lo largo de las semanas, habíamos hablado sobre ella, mi pasado, mi vida en Manchester…

—¿Verdad que sienta bien poder hablar de quienes echamos de menos con alguien? —me preguntó una vez.

Y tenía razón. Para mí, Meg era una herida abierta, un secreto inconfesable en Estados Unidos. Pero desde que teníamos esas conversaciones, me sentía mucho mejor, más liberado. Como si me hubiese quitado un peso de encima.

Me gustó reconocer que gracias a Sky, a su comida precocinada, a sus películas musicales —las cuales no todas estaban mal—, y las charlas, había conseguido pasar ese día sin sentirme culpable, sin sentirme responsable de la muerte de la que fue mi prometida.

También le agradecí que no me pidiera dormir con ella. No habría podido rechazar la oferta, pero también me apetecía tener un momento a solas conmigo mismo. Con mis pensamientos. Al final, al vivir con ella y al pasar tanto tiempo juntos, mi habitación era el único sitio donde podía centrarme de verdad.

Eso precisamente era lo que estaba haciendo. Tumbado en la cama, dándome cuenta en la de vueltas que daba la vida, me sonó la notificación de un nuevo mensaje. Al leerlo, me incorporé rápidamente. Teníamos al padre de Sky.

Por esa razón, esa misma mañana, en lugar de bajar a desayunar como siempre, estaba caminando por mi habitación hablando por el teléfono con mi jefe, poniéndome al día de todo. Cuando acabó, tuve que pensar muy bien cómo se lo contaría a Sky. Necesitaba que entendiera todo a la perfección, pero también que no le doliera saber que su padre tenía otra familia.

Mientras me dirigía a la cocina, no podía dejar de pensar en las palabras exactas que le diría, pero al entrar y cruzarme con ella, fue Sky la que me sorprendió.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupada.

Por lo visto, mi rostro me había delatado. Me gustaba que fuera tan observadora, pero en ese momento lo odié un poco.

—Nada grave, te lo prometo. —Se relajó—. Pero sí que tengo que contarte una cosa.

Ella tomó asiento en una de las sillas y yo me coloqué enfrente.

—Esta mañana he estado hablando con mi jefe porque anoche encontramos a tu padre —le informé. Sky no reaccionó, se quedó inmóvil. Decidí continuar—. Gracias al diario que nos diste, hemos conseguido dar con él.

—¿Está vivo? —susurró con la voz algo quebrada. Sus ojos estaban comenzándose a poner vidriosos. No me gustaba verla de esa forma.

Era consciente de que una de las razones por la que había querido encontrar a su padre era por esa soledad que sentía desde joven, desde que su último familiar vivo falleció. No entendía cuál de mis palabras le había dado pie a preguntar aquello, pero le despejé rápidamente su duda.

—Sí, Sky. Está vivo. —Dejó escapar un poco de aire—. Se llama Christopher Reed, tiene cincuenta y cinco años y vive en Los Ángeles junto a su mujer y a su hija.

—¿Tiene una hija?

—Sí. Y, de hecho, creo que conoces a su hija. Se llama Danielle Reed.

—¿La actriz? —preguntó sorprendida. Asentí—. Entonces… ¿Mi padre está vivo, tiene una mujer y su hija es la actriz y cantante que cuando hablé con ella la última vez casi me pega? Qué curiosa que es la vida —añadió bajando el tono.

—¿Cómo que casi… —me interrumpí a mí mismo al comprender lo que hacía. Esconder sus emociones a base de escupir palabras—. Sky…

—Quiero decir… Muchas gracias, Andrew, por encontrarlo —dijo ladeando una sonrisa—. Y dáselas también al equipo.

—Es nuestro trabajo —le recordé.

—Ya —murmuró bajito.

Nos quedamos en esa posición, los dos sentados el uno frente al otro y en silencio. Ella necesitaba tiempo para procesarlo y yo se lo iba a dar. Todo lo que hiciera falta. Sin embargo, algo en su mirada gritaba que había algo que no iba bien.

—¿En qué piensas, Sky? —quise saber calmado.

—Es solo que… ¿Ahora qué se supone que debo hacer con esta información?

—Lo que veas oportuno. Solo tú puedes decidirlo. Puedes seguir con tu vida como hasta ahora o ir a hablar con él. —La vi apretar su boca. Estaba indecisa—. El equipo cree que no sabe nada de ti.

Quizás ese detalle la ayudaba a tomar una decisión.

—Así que, si voy a él y le digo quién soy, podría poner su vida patas arriba y también ser la primera Gallagher a la que rechaza. ¡Qué bien! —ironizó.

O quizás no. Quizás no ocurriría aquello, pero dejé que dijera todo lo que se le pasaba por la cabeza. Que expulsara sus sentimientos.

—¿Tú cómo te lo tomarías? —preguntó.

Tuve que pensar un poco la respuesta. No solo el qué sino el cómo. Necesitaba la sinceridad que siempre le brindaba, pero también tacto.

—Voy a ser sincero contigo, Sky. Si me enterase de que tengo una hija por un lío de hace unos años, me asustaría. Muchísimo. No solo eso, también me replantearía muchas cosas, muchas decisiones. Pero no tardaría en aceptar que esa persona es parte de mí. Porque ya me habría perdido tiempo con ella y no querría perderme ni un segundo más.

—Pero también puede pensar que, si no ha tenido nada que ver conmigo durante estos veinticuatro años, para qué molestarse en conocerme —me rebatió—. No sé qué hacer, Andrew.

Sus ojos eran de súplica, como su voz. Quería que le dijese qué hacer exactamente, pero una decisión como aquella, tan importante, no la podía decidir yo. Como su amigo que era, le di un consejo para ayudarla.

—Hagas lo que hagas y decidas lo que decidas, estará bien. No hay una opción correcta y una errónea, Sky.

Acerqué mi mano a la suya y le di un apretón, como ella había hecho el día anterior. Quería que supiera que estaría con ella en todo momento. Que nunca la dejaría. Al menos, que iba a ser así hasta que Neil regresase o yo aceptase aquel puesto en Manchester.

# 80
# SKY

Desde que Andrew me había contado lo de mi padre y mi medio hermana, me había dedicado a cotillearles las redes sociales. Christopher era un hombre muy poco activo, pero en las pocas fotografías que tenía se le veía siempre con una guitarra en la mano o rodeado de su familia. Parecía feliz. No podía fastidiarle esa vida por mi egoísmo a querer formar parte de la suya.

En cuanto a Danielle, tenía dos años menos que yo, era actriz y cantante, como ya sabía, y actualmente se encontraba grabando una nueva película. Según los rumores de Internet, estaba saliendo con su coprotagonista, aunque yo sabía que eso no siempre era cierto, pero las fotografías de ellos dos besándose lo confirmaban. Al contrario que su padre, era muy activa en redes. Había un montón de fotografías: de eventos, del detrás de las escenas, con sus amigos y, cómo no, con su familia.

En algún momento, mientras miraba aquellas fotos, sentí un leve pinchazo de envidia. Quizás, si Christopher hubiese formado parte de mi vida, las mías también estarían llenas de imágenes parecidas. Tal vez, yo también saldría en una foto en una barbacoa familiar, rodeada por más de treinta personas.

Pero, aunque no entendía del todo los motivos, acepté y respeté la decisión de mi madre de no buscarle más. No sabía cómo reaccionaría si me enterase de que estaba embarazada de un lío de una noche. Quizás haría lo mismo que ella o quizás lo buscaba hasta debajo de las piedras.

En casa éramos tres. Solo tres. Y, aun así, fuimos una gran familia. Nunca nos faltaron los abrazos, las risas ni el calor de un hogar. No necesitamos ni primos ni tíos para sentirnos queridas y acompañadas. Nos teníamos las unas a las otras y eso nos bastaba.

Con ese recordatorio, fue con el que tomé la decisión: no iba a contarle a Christopher que era su hija.

Pero, por supuesto, sí que se lo dije a Madison. Era mi mejor amiga, lo más parecido a una hermana que jamás había tenido, y merecía saber esa nueva información sobre mi familia. Sobre la familia que nunca supe que podía llegar a conocer.

—¿Estás segura de eso, Sky? —preguntó. Gracias a la videollamada, no solo podía notar la seriedad, sino que también la podía ver.

—No, en realidad. —Le lancé una sonrisa falsa—. Pero, por ahora, creo que es lo mejor. Está bien saber su nombre y poder ver si nos parecemos en algo por las fotos, pero ya está. Creo que ahora mismo no necesito nada más.

—Sky, eso es… muy maduro por tu parte. No hace falta que te lo diga, pero aquí voy a estar siempre, ¿vale? Pase lo que pase, estoy a una llamada de distancia.

Se lo agradecí y, después de asegurarse de que estaba mejor, nos despedimos. En unas horas tenía que acudir a un evento sobre la importancia de la música en los más pequeños. De por sí, me parecía un motivo muy bonito por el que ir, pero también, que se hiciera relativamente cerca de casa ayudó a que mi equipo, incluido Andrew, me dejaran ir. Por la mañana, había venido un maquillador a casa, ya que no cedieron a llevarme a su estudio. Eso sí, aún no sabía qué ponerme.

Zoe se pasó por casa un rato después de colgar para ayudarme. Por suerte, trajo consigo algunas opciones más. Mi armario era grande, y tenía mucha ropa, pero había veces que lo miraba y no encontraba lo perfecto. Y eso fue lo que me pasó aquel día. Así que, tras probarme unos cuantos, terminé poniéndome un vestido largo ceñido al cuerpo, de un azul eléctrico, que me hacía parecer un cielo cargado de estrellas. Gracias a los pechos realzados por el escote en forma de V y los pequeños cortes laterales que dejaban ver mi piel, me sentía espectacularmente guapa, especial y *sexy*.

Y si ya me sentía así, al verle la cara de asombro que no había podido ocultar Andrew, todo se intensificó más. Me sentía preciosa. Intocable. Rápidamente, le eché un vistazo a él. Llevaba su traje

negro sencillo, el que siempre usaba para los eventos más formales. No sabía cómo lo hacía, pero le quedaba increíble. Estaba guapísimo.

—Recuerda pasártelo bien, tener mucho cuidado y no beber demasiado —me dijo Zoe. Después de prometérselo, me dio un beso en la mejilla y se marchó, dejándonos a mi guardaespaldas y a mí solos.

Antes de irnos, me levanté un poco el vestido y le mostré lo que ocultaba debajo.

—¿En serio? ¿Vas en deportivas? —preguntó sorprendido.

—Sí, como no se me ven los pies, ¿para qué ponerme un calzado que me puede llegar a resultar incómodo? —le expliqué con una sonrisa en la boca.

Era consciente de que el peligro, de que Charlie, seguía ahí fuera y no quería ponerme unos zapatos que me dificultasen correr.

—Te quedan muy bien. —Me miró de abajo arriba—. Todo te queda muy bien.

—Gracias —respondí con falsa modestia—. Parezco una noche estrellada —reí.

—Sabía que me recordabas a algo… —murmuró, uniéndose a mí.

Cuando nuestras risas se apagaron, se instauró un silencio en el salón. No de esos incómodos, con él ya no los había, sino de esos en los que se aprovecha para fijarse en los pequeños detalles del otro. Detalles que quizás ya conocía, pero que nunca estaban de más volver a verlos. Como esa sonrisa que le ocupaba toda la cara. O esos ojos marrones con pequeñas motas verde.

Una parte de mí, perdió el control. Fue ella quien tiró de mí y me acercó más a Andrew. Dejé mis brazos descansar detrás de su cuello. Nuestros labios estaban tan cerca que podía sentir ese cosquilleo al beso. No dejé de mirar a Andrew, esperando una respuesta. Mis ojos suplicaban un «Bésame, por favor, bésame» y respondió. Por supuesto que lo hizo. Unió su boca a la mía, dándonos ese beso que tanto deseaba. Suave y delicado.

—Vamos a llegar tarde, Sky. Deberíamos de irnos —anunció sonriendo, poniendo distancia entre nosotros. Rompiendo ese

hechizo en el que me había perdido.

No quería, pero sabía que, de no hacerlo, de no separarme, habríamos acabado en mi cama y el evento habría tenido dos sillas vacías.

Sacudí la cabeza mentalmente, volví a poner los pies en la tierra y, tras ponerme la chaqueta que me mantendría alejada del frío de ahí fuera y de revisar que mi pintalabios estaba bien, nos fuimos.

Al llegar, descubrimos que no había ninguna alfombra roja y, por ende, no debía de posar para ningún fotógrafo. Así que, mientras nos acompañaban algunos flashes de los pocos medios que habían ido a cubrirlo, entramos.

El evento se realizaba en un salón enorme a las afueras de Portland. Los organizadores, en realidad, habían alquilado una nave industrial y se habían encargado de decorarla. Le habían puesto luces, algunos adornos coloridos, un pequeño escenario, asientos frente a él, una barra en una esquina y varias mesas de cáterin a los laterales. Eché un vistazo rápido por si conocía a alguien. Madison no estaba esa noche, por lo que me tocaría ser aún más sociable que siempre.

Sin embargo, mientras me acercaba a la barra para pedirme una bebida, reconocí a alguien. En realidad, había reconocido a más gente, pero esa persona me llamó la atención en concreto. Con rapidez, saqué mi teléfono. Necesitaba hablar con mi amiga.

**Sky**

Mads, no te vas a creer quién está aquí

**Mads**

A ver, sorpréndeme

**Sky**

DANIELLE REED

**Mads**

QUÉ DICES???

Sky, yo creo que esto es el destino dándote una señal. Quizás este sea el empujoncito que necesitabas para descubrir qué hacer

**Sky**

Me estás diciendo que, por esta CASUALIDAD, tengo que contarle que es mi medio hermana?

**Mads**

Yo no, EL DESTINO

Quería mucho a Madison, pero cuando se trataba del tema del destino podía llegarse a poner muy pesada. Yo creía en las casualidades. Por ejemplo, que una cantante y actriz estuviese en un evento para que los niños tuvieran más accesibilidad a la música era una casualidad. Aun así, verla allí, con un mono negro tan elegante, tan guapa, tan roquera…, hizo que volviera a plantearme las cosas.

—¿Esa no es Danielle Reed? —preguntó Andrew tras de mí.

Generalmente, mantenía las distancias en público, para darme mi espacio y porque esa era una de las normas de los guardaespaldas, por lo visto. Pero debió de seguir mi mirada, que llevaba clavada en ella durante mucho rato y se debió preocupar.

—*Sip* —respondí tensando una sonrisa. Me giré hacia él—. Mads dice que es el destino dándome una señal.

—Cómo no —comentó gracioso. Él pensaba como yo—. Pero, ahora que la tienes aquí… —dejó caer.

—¿Tú también? No creo que sea el momento adecuado. De hecho, ni siquiera sé si hay uno así.

Me dio la razón. No porque un evento público no fuese idóneo, sino porque nunca iba a encontrarlo. Porque no había un momento perfecto para decirle a una chica a la que no conocía de nada que era mi medio hermana.

—Necesito una copa —anuncié.

La noche pasó sin ningún incidente destacable. O quizás los hubiese, pero no fuese consciente de ellos porque aprovechaba todo el rato que estaba a solas para observar, desde la lejanía, a Danielle. No se había separado en ningún momento del chico de pelo corto que salía en sus redes, su coprotagonista. Su novio. Él la agarraba de la cintura, le daba besos en el lateral de la cara, le susurraba cosas al oído… En general, se veía que la trataba bien. Me alegré por ella, por supuesto. Ya no solo porque, si el diario de mi madre

estaba en lo cierto, compartiésemos sangre, sino porque nadie se merece estar con una persona que no le trate bien.

Desde la última vez que me había dirigido la palabra, Andrew había vuelto a su lugar y no se había acercado a mí. Ni siquiera cuando algún chico intentaba flirtear conmigo. Supuse que se debía a una de las últimas reprimendas que le había echado sobre ese tema. Estaba agradecida por el espacio, pero me había centrado tanto en Danielle, que había pasado sola la mayor parte del tiempo, debido a mi incapacidad por mantener una conversación fluida.

Me encontraba en un lado de la nave, apartada de todos, dándole un sorbo a mi copa, cuando Andrew me sorprendió dando un paso a mí y poniéndose más recto. Lo miré para preguntarle qué le pasaba, pero solo tuve que seguir su vista para descubrirlo. Danielle venía directa a nosotros y, por su cara, no estaba contenta.

—¿Te pasa algo conmigo? —preguntó al pararse frente a mí.

—¿Contigo? —dije confusa.

—Llevas toda la noche mirándome —acusó—. Los dos —añadió señalándonos a Andrew y a mí. Pillados.

—No… yo no… —intenté decir. No sabía por qué creí que no se daría cuenta. No era invisible.

—Sí, tú sí. Así que dime, ¿qué te pasa conmigo? ¿Qué quieres?

Mi mente se debatía entre inventarme la mayor mentira de la historia o contarle la verdad. Quizás Madison tuviera razón. Quizás ese era el destino mandando señales.

—Señorita Reed, nosotros… —comenzó a decir Andrew.

—No, yo me encargo —le interrumpí y me dirigí a ella—. No sé si te acuerdas de mí, hace un tiempo coincidimos en una fiesta.

—Sí, la del baño.

Me sorprendió porque estaba muy borracha aquella noche.

—Eso es. Soy Sky Gallagher, un placer —sonreí y le tendí la mano, pero ella no la aceptó.

—Muy bien, Sky, ¿qué quieres? —insistió. Para tener veintidós años, tenía bastante carácter. Me planteé seriamente inventarme una excusa, una tontería. Sin embargo, opté por seguir el consejo de mis amigos.

—Tu padre se llama Christopher Reed, ¿verdad? —No había que conocerla para saber que el gesto que estaba poniendo se debía a que se había extrañado y continué—. Verás, en el noventa y ocho, tu padre tocó en un bar de Los Ángeles. —Ya no había marcha atrás—. Allí conoció a mi madre y…

—No —casi escupió la palabra—. No insinúes lo que estás insinuando.

—Créeme que, si no estuviese segura, no te estaría contando esto, pero todo encaja con lo que mi madre tenía apuntado. El trabajo de tu padre, las fechas, el nombre… —intenté hacérselo entender. Ella, simplemente, escuchó atentamente, sin reaccionar—. No quería contártelo, al menos no hoy, pero me has preguntado y…

—Y has creído que contarme que mi padre se acostó con la tuya hace años era justo lo que necesitaba oír aquí y ahora —dijo visiblemente molesta—. A parte de esas cosas que dice tu madre, ¿tienes alguna otra prueba? —No supe qué responder. La investigación la habían llevado Andrew y su equipo, yo me limité a aceptar lo que dijeron.

—No, yo…

—¿Tu madre te ha confirmado, acaso, que él era con el que tuvo algo? —Su tono no subía de volumen, pero sí su enfado.

—No, pero…

—¿Sabes la cantidad de hombres que se llaman Christopher en el mundo? ¿Que tocaban en un bar en Los Ángeles? Porque estoy convencida que miles ¿y vienes a decirme que el mío es el tuyo?

Enmudecí. Ya no solo porque cada vez que intentaba explicarme me interrumpía, sino porque no supe qué decirle a eso. Sabía que no era buena idea contárselo. Sabía que debía de habérmelo llevado a la tumba, callarme para siempre. Seguir con mi vida como la huérfana que era y que debería de haber seguido siendo.

—Disculpe, señorita Reed. —Me sorprendió la voz de Andrew—. Mi equipo y yo llevamos semanas, sino meses, buscando al padre de la señorita Gallagher. Hemos investigado a fondo. Todas las pruebas, todas las posibilidades. Por lo que créame cuando le digo que el Christopher de ella es el mismo Christopher de usted.

—Pues te equivocas. Mis padres llevan juntos desde el noventa y seis. ¿Me estás diciendo que mi padre fue infiel?

Por eso le había molestado tanto porque, sin querer, acababa de destrozar una familia perfecta.

—¿Sabes qué? —comencé a decir—. Tienes razón, Danielle. No tenemos ninguna prueba científica de que compartamos padre. Mejor olvida esta conversación, ¿de acuerdo?

—Perfecto. —Fue a marcharse, pero antes añadió—. Y que sea la última vez que me miráis. A poder ser, que sea la última vez que os veo.

Mientras veía a Danielle alejarse, me planteé sus palabras. Confiaba en mi equipo. Confiaba en Andrew. Pero tenía razón. No tenía ninguna prueba real, como una de ADN, que dijera que éramos familia. No se lo tendría que haber contado. Lo único que había hecho era estropear una relación que, a primera vista, parecía perfecta.

24 de marzo de 2024

Amigo,

Creo que sí que quería que saliera bien. Ser aceptada por esa parte de la familia que nunca conocí. Creo que no lo sabía hasta ahora, que me han planteado la realidad. No quiero romper un hogar por mi egoísmo. Pero tampoco quiero vivir sabiendo que tengo familia que no me quiere conocer.

No sé qué hacer. Necesito pensar. Aclarar mis ideas. Porque, por primera vez desde que lo supe, tengo claro que me gustaría conocer a mi padre.

Sky, cuya cabeza no la deja en paz.

# 81
# ANDREW

Había pasado una semana desde que Sky coincidió con su medio hermana y no estaba bien. Desde que había hablado con Danielle, se había encerrado más en sí misma. Le estaba dejando espacio, porque era lo que parecía querer, pero cada día que pasaba se asemejaba más a un fantasma que a una persona.

Ya no hablábamos por el día, ni veíamos películas, ni dormíamos juntos. No salía de su habitación, salvo para recoger y dejar los platos que le dejaba preparados. Parecía estar cayéndose en un pozo y no iba a permitir que fuera a más. Además, no tener que ir al estudio tampoco le daba una motivación a salir.

Esa mañana, al terminar de revisar los correos y de comprobar que Charlie seguía desaparecido, me dirigí hacia su habitación con un plan. Llamé, pero no obtuve respuesta. Eran las diez de la mañana, por lo que era extraño que no estuviera despierta. Volví a chocar mis nudillos contra la puerta, pero nada. Gracias al incidente de hacía unos meses, Sky no había vuelto a echar el pestillo, así que, con sumo cuidado, giré el pomo.

La abrí lentamente y me encontré una sala a oscuras. Cuando la luz del pasillo se coló en la estancia, descubrí a Sky tumbada bocarriba mirando al techo. Ni se había inmutado ante mi presencia. Entré y me acerqué a ella.

—¿Qué haces? —le pregunté en voz baja.

—Nada —dijo sin emoción.

—Sky, ¿sabes la hora que es? —volví a hablar con precaución, como si estuviésemos en uno de esos documentales de animales que veía de vez en cuando. Como si cualquier ruido fuerte pudiera espantarla y alejarla de mí.

Ella negó. Al decírselo, soltó un «Ah» vacío.

—Tienes que levantarte. —Me agaché para colocarme a su altura.

—No tengo nada que hacer hoy. Puedes descansar, Andrew —me informó, para luego lanzarme una sonrisa fingida.

—Ahora sí. Salimos de casa en una hora.

Aquello causó el efecto esperado y, por fin, reaccionó. Me miró, frunciendo el ceño. Esperando una explicación.

—¿A dónde vamos?

—A demostrarte que no nos equivocamos.

Ella no lo entendió. De hecho, hizo más preguntas, pero me limité a decirle que el tiempo se agotaba y salí de la habitación con la esperanza de encontrármela abajo en un rato.

Hora y media después, ya estábamos subidos en el coche con destino a hacer aquello que deberíamos de haber hecho nada más saber quién era su padre. Sky no dejaba de preguntar a dónde nos dirigíamos, porque no reconocía las calles por las que le llevaba, pero finalmente desistió y puso una de sus listas de reproducción. Acompañando su estado de ánimo, los primeros acordes de la balada *Never enough* sonaron por los altavoces. Si eso era lo que quería, un camino con canciones tristes, eso tendría. Hasta que no estuvimos aparcados frente a una casa, no respondí su duda. Apagué el motor y me giré para poder hablar mejor con ella.

—Según nuestras investigaciones, esta casa está alquilada a Christopher Reed.

—No —soltó.

—Por lo visto, él y su familia han venido a pasar unos días aquí. —La ignoré.

—Andrew, no voy a ir ahí.

—Sky, llevas una semana que no eres tú. Te encierras en tu habitación, te despiertas tarde, comes lo justo… Y está pasando todo esto desde que hablaste con Danielle. ¿Quieres saber si Christopher Reed es tu padre? Ve ahí y pregúntale. O, si lo prefieres, pídele una prueba de paternidad. Porque no voy a dejar que te hundas por esto.

Ella se fijó en la casa. Sabía que detrás de esa puerta, estaría su padre. Cuando volvió a mirarme, sus ojos se habían vuelto más

vidriosos.

—¿Y si no es él? ¿Y si Danielle tiene razón? ¿Soy capaz de ir ahí y romper una familia? Ya lo oíste, Andrew, estaba saliendo con otra mujer. La cual ahora es su mujer —explicó visiblemente alterada.

—¿Confías en mí? —asintió—. Entonces, créeme cuando te digo que él es tu padre. El equipo y yo estuvimos trabajando mucho tiempo, pedimos muchos favores, solo para poder confirmártelo. No sé cómo reaccionará, pero esto sí que lo sé con seguridad: El Christopher Reed que está en esa casa, es tu padre.

Volvió a asentir.

—¿Muchos favores? Por Dios, ¿qué sois ahora?, ¿la mafia? —Bromeó con una risita mientras se limpiaba una lágrima rebelde que había decidido caer.

—No me digas que no hacía falta decapitar animales. —Me hice el sorprendido. Esta vez ella rio de verdad y yo me uní a ella. Cómo había echado de menos ese sonido.

Una vez más tranquila, se desabrochó el cinturón, pero antes de bajarse, me preguntó:

—¿Vas a acompañarme?

Por su tono de voz, sabía que no quería hacerlo sola.

—Siempre. Estaré detrás de ti.

—No. Quiero que estés a mi lado. No necesito a mi guardaespaldas, necesito a mi amigo.

—Estaré encantado de estar a tu lado, amiga. —Le lancé una sonrisa sincera que fue correspondida.

Con esa promesa, salimos del coche y, caminando uno al lado del otro, llegamos hasta la puerta. La miré, esperando a que estuviese preparada y, cuando asintió, fui yo el que llamó al timbre de la casa. Unos segundos después, unos pasos se acercaron a nosotros.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —exigió saber Danielle, claramente enfadada al abrir.

Cuando la había visto la otra noche, me había fijado en que sus ojos eran similares a los de Sky, así como el color del pelo. Quizás mi mente estaba sugestionada por lo que sabía, pero sí que podría haber dicho que eran hermanas.

Sky parecía haberse congelado, por lo que tomé la palabra.

—Estamos aquí para hablar con su padre, señorita Reed.

—No —respondió tajante—. Marchaos y como os volváis a acercar a mí o a mi familia, os voy a denunciar a la policía por acoso.

—Hija, ¿va todo bien?

En ese momento, Christopher Reed apareció por la puerta y pude ver cómo Sky se tensaba aún más. Quise cogerla de la mano, recordarle que estaba ahí. La cara que estaba poniendo era similar a la de una niña pequeña que se perdía en un supermercado. Pero, en un instante, cambió su postura y reconocí a la Sky fuerte que estaba acostumbrado a ver.

—Buenos días, señor Reed —dijo de golpe, con total seguridad.

Danielle se echó a un lado para poder observar la escena a la perfección. Esperando, quizás, clavarse en la memoria el momento exacto en el que su padre le decía a una extraña que no era su hija.

El señor Reed la miró con atención y entrecerró los ojos, como si se le hiciese familiar. Si algo había descubierto al ver las cintas de vídeo, era que su madre y ella se parecían mucho. Ya no solamente en el físico, tenían la misma estructura ósea en la cara y un cuerpo similar, sino que también en la voz.

—¿Quién eres? —preguntó, pero no se lo dijo a Sky, sino más bien a sí mismo.

—Soy Sky Gallagher, la hija de…

—¿Rose? —asintió y él sonrió—. Dios, eres igualita a ella. Cuánto tiempo —soltó nostálgico. De repente, su rostro cambió—. ¿Cuántos años tienes, Sky?

No sabía cómo. No sabía el qué. Pero ese hombre estaba descubriéndolo por sí solo. Quizás que Sky fuera tan observadora no le venía de los genes de su madre sino de los de Christopher.

—Veinticuatro. Haré veinticinco en un par de meses —respondió con orgullo. Lo mucho que le gustaba cumplir años era algo que no lograba comprender.

El señor Reed asintió al aire, sin dejar de mirarla. Sin perder la sonrisa, que había vuelto a recuperar. Esa que, al igual que le pasaba a Sky, le achicaba un ojo más que el otro.

—No solo eres su hija, ¿verdad?

Sky negó con la cabeza. Sus ojos se habían vuelto a poner húmedos al escuchar la pregunta, pero la conocía como para saber que estaba luchando para no dejar escapar ninguna lágrima. Y sus manos, ahora cerradas en puños, me dieron la razón.

—Papá, ¿qué pasa? —intervino Danielle confusa. Sin duda, no se lo esperaba.

—Hija, ve a buscar a mamá.

—Pero…

—Al salón ahora, por favor. —Ella obedeció y se marchó, dejándonos solos. Esta vez, se dirigió a mí—. Disculpa, ¿y tú eres?

—Me llamo Andrew Cooper, soy su guardaespaldas. —Le tendí la mano y la aceptó. Fue uno de los apretones más seguros que me habían dado.

—¿Guardaespaldas? ¿Está todo bien? —quiso saber con un tono de preocupación, como si Sky no estuviese a nuestro lado y no nos pudiese oír.

—Sí. Lo tenemos todo controlado —prometí.

Él se quedó satisfecho con aquello y nos dejó pasar a la casa. Aprovechando que el señor Reed nos daba la espalda, le rocé un poco el brazo a Sky. Con solo una mirada, le pregunté si se encontraba bien. Con solo una mirada, respondió que sí.

# 82
# SKY

—Tomad asiento, por favor —nos pidió Christopher.

Danielle y una mujer que era la versión mayor de ella, ya se encontraban en el sofá. Me puse en una de las sillas que nos había colocado al lado. No solía ser tímida, pero en aquel salón me sentía muy pequeñita. Observada por desconocidos, como si analizaran mis gestos, mis pasos, todo. Como si buscasen algo para echarme de allí. Andrew me imitó y se puso a mi izquierda. De esa forma, estábamos Christopher en el sillón a la derecha del todo, seguido por Danielle y su madre en el sofá y nosotros en las sillas.

—Cariño, ¿quiénes son? —preguntó la mujer. Acababa de darme cuenta de que estaba tan centrada en todo lo que podría pasar, que se me había olvidado saludar y presentarme.

—Ellos son Sky y Andrew. —Nos miraron los tres—. Sky es la hija de Rose —explicó y, por la cara que puso esta, parecía reconocer el nombre de mi madre.

—Encantada —nos dijo con una sonrisa que parecía sincera.

No comprendía lo que estaba ocurriendo, pero esperé a que todo cobrase sentido. Por suerte, no estaba sola. Tenía a Andrew, a mi amigo, a mi lado.

—Hace unos veintiséis años, yo tenía un grupo —comenzó a narrar Christopher—. No éramos gran cosa y solo tocábamos en bares sin importancia, pero era divertido y por eso valía la pena. Un tiempo después, una noche, conocí a Rose y conectamos al instante —explicó, soltando una pequeña sonrisa.

—¿Pero no estabas con mamá? —preguntó con miedo Danielle.

—¡No! Danielle, no. Tu madre y yo nos conocimos en el noventa y seis, pero hasta principios del noventa y nueve no empezamos a salir.

Algo dentro de mí se liberó y dejé escapar el aire que en algún momento había retenido. Al menos, no era fruto de una infidelidad.

—Entonces, ¿estabas soltero? —Me sorprendió a mí misma mi voz.

—Sí —respondió contundente.

—Por aquella época, solo éramos amigos. Grandes amigos —me contó su mujer—. Recuerdo lo pesado que se puso al no poder localizarla.

—¿La buscaste?

—Sí, después de ese día no podía dejar de pensar en ella. Como decís los jóvenes: estaba colado por ella. Yo aún no tenía teléfono propio, así que no le pude dar mi número ni ella el suyo. A los meses, cuando terminamos aquella gira de bares, volví a donde la conocí. Me contaron que había regresado una vez más, pero que no la habían vuelto a ver desde entonces. Y luego, unos días más tarde, la vi haciendo la compra. Hacía mucho frío y todos llevábamos los abrigos más gordos. Por eso, supongo, que no le pude ver la barriga de embarazada que debía esconder debajo. Estaba con una mujer más mayor a la que llamó mamá. Y podría haberme acercado y saludarla, pero…

—No lo hiciste. —Terminé por él.

—No. Había pasado mucho tiempo y ella parecía feliz. Estaba resplandeciente. Al volverla a ver pensé que quizás ella se habría olvidado de mí y que lo que estaba a punto de hacer era interrumpir en su vida. Solo nos habíamos visto una noche —explicó—. Tampoco quería que pensase que era un acosador —añadió algo bromista.

La mujer de Christopher, que había estado con su mirada fija en mí, tomó la palabra.

—Recuerdo tener una conversación con él después de verla. Le dije que me había parecido un cobarde, que ese no era el Chris que conocía.

Al decir aquello, creció una sonrisa en su cara.

—Yo también lo recuerdo, Julie —le soltó, imitándole el gesto. Sus miradas conectaron, de una forma que pocas veces lo había visto en otras personas—. Ese día se declaró —nos explicó.

—Bueno, llevaba enamorada de ti mucho tiempo y aquel día… mis celos hicieron que se me escapase. Pero no me arrepiento en absoluto.

Frente a mí, tenía a dos personas que se querían y que solo por cómo se sonreían se podía saber.

—¿Entonces es tu hija? —Danielle rompió el momento mágico que estaban teniendo.

—Sin una prueba no lo puedo asegurar al cien por ciento, pero por las fechas… Sí, Sky es tu medio hermana.

En mi mente había creado miles de escenarios posibles para ese momento. Me gustó ver que el que se estaba llevando a cabo era uno de los buenos, donde era aceptada por él y donde no me habían gritado. Por el momento. Escuchar la palabra «hermana» para alguien que no fuera Madison, era una sensación extraña. Para mí, mi hermana mayor era mi mejor amiga. Pero, de ahora en adelante, yo era la hermana mayor de alguien. Alguien a quién no conocía, pero sí sabía que me odiaba.

Era raro estar en una casa en la que no pertenecía, pero en la que estaba mi familia. Era raro poder decir que tenía un padre, y que me aceptase. Toda esa situación era rara. Además, Julie no había perdido la sonrisa en ningún momento. Como si no le importase saber que existía, como si le diese igual que su marido tuviera otra hija. Eso también era raro.

Aun así, continué sentada en aquella silla, esperando escuchar todo lo que quisiera contarme Christopher sobre él, mi madre y ellos dos.

—¿Rose sabe que estás aquí? ¿Cómo está? —preguntó curioso.

Mi sonrisa, esa que llevaba un rato también sin quitarme, cambió. No de golpe, sino ligeramente. Lo suficiente para que ellos, unos desconocidos, no lo notaran, pero Andrew sí. Y me lo hizo saber chocando suavemente su pierna con la mía. Por alguna razón, no había pensado en que debería de hablar de ello.

—No, eh… —Había pasado mucho tiempo y aún me costaba decirlo en voz alta—. Mi madre murió cuando era una niña.

—Dios… Lo siento mucho, Sky. No lo sabía —dijo Christopher con un rostro más serio.

Julie también me dio el pésame. Danielle, que estaba alucinando por la situación —yo también lo habría hecho si estuviera en su lugar — desde el primer momento, se limitó a abrir la boca, pero sin emitir ningún sonido.

—¿Y con quién vives?

Era lógico que quisiera saber de mi vida, de igual manera que yo quería saber de la suya. Tenía que haber supuesto que tendría que hablar de mi infancia y adolescencia.

—Viví en Los Ángeles con mi abuela hasta que falleció hace unos años. Luego me mudé a Portland y vivo aquí sola. Bueno, él es mi compañero de piso, pero… —Dejé morir la frase. Porque no quería decir en voz alta que era temporal. Que, en un tiempo, quizás dentro de poco, él se marcharía y volvería a estar sola en mi casa.

—¿Estás bien? —preguntó y le lancé una mirada confusa—. Quiero decir, ¿tienes una buena vida?, ¿eres feliz?

Responder a aquellas dos preguntas me llevó más tiempo del que imaginé. Tenía una buena vida. Trabajaba de lo que me gustaba y podía permitirme vivir en una casa e irme de viaje. Pero la parte de la felicidad era más complicada de saber. Estaba contenta con cómo era mi vida, por mi música y mis amigos. Pero echaba de menos a mi familia, a las dos mujeres de mi vida. No sabía si se podía ser feliz con ese sentimiento, con el de echar de menos a alguien todos los días. Así que, de la manera más sincera que pude, respondí:

—Sí, creo que sí.

—Me alegra saberlo. —Sonó honesto.

Pasamos metidos en aquella casa cerca de dos horas. Durante ese tiempo, él estuvo contándome su vida, complementado por su mujer. Las anécdotas se le daban mejor a Julie, sin duda. Durante ese tiempo, Andrew no movió su pierna y pude sentir su contacto todo el rato. Danielle estuvo en silencio, observando, escuchando, analizando. Al despedirnos, no me sorprendió su frialdad.

Christopher quedó con Andrew en que se haría una prueba de paternidad. Por lo que sabía, solo se necesitaría un pelo para descubrir si compartíamos ADN, pero mi amigo prefirió el de saliva porque «era más fiable y no queremos que haya ninguna duda».

Aunque ese comentario no iba dirigido a mi padre, sino a mí. Él sabía que, en uno de mis días malos, me cuestionaría la veracidad del test.

No fue hasta que llegamos a casa que miré mi teléfono. Sentía que estaba en una nube, pero, después de leer el mensaje que había recibido, todo lo bueno que podía sentir, se acabó.

—¿Qué pasa, Sky? ¿Es Charlie? —quiso saber preocupado y con urgencia.

—No, no. Es de Danielle —le expliqué.

**Danielle Reed: @DanielleReedOficial**: No te he dicho nada delante de mis padres por respeto a ellos, pero quiero que te quede clara una cosa: NO soy tu hermana. NO eres mi hermana. NO pienso aceptarte en MI familia. De verdad te lo digo, es una lástima que no tengas a nadie, pero eso no te da derecho a venir a MI casa y actuar como si fueras parte de MI familia porque NO LO ERES, ¿entendido? De ahora en adelante, nos saludaremos cordialmente y ya está. NO me dirijas la palabra, ni en MI casa ni en público. No quiero saber nada de ti. No me interesas ni tú ni tu vida. Adiós.

«Al menos, se ha despedido».

2 de abril de 2024

Querido amigo,

Es extraño, pero creo que tengo una familia. Y no una elegida, porque eso ya lo sabía, sino una de esas «en las que naces».

Desde que hace unos días volvimos de casa de Christopher y su familia, él no ha dejado de enviarme mensajes. Siempre preguntándome cómo estoy o si necesito algo. Lo cual es gracioso porque ha vuelto a Los Ángeles y no estamos cerca.

Pensaba que sería más difícil, no te voy a engañar, porque interrumpir en la vida de alguien complica las cosas, pero Christopher lo está llevando muy bien. Se le ve interesado por mí y parece que quiere implicarse más. No sé por qué, pero me da la sensación de que, si se hubiese enterado de que mi madre estaba embarazada, habría ejercido de padre sin pensárselo dos veces.

En cuanto a su mujer, también me sorprende que esté tan bien. Ayer me mandó un mensaje de voz, desde el móvil de su marido, para recordarme que si iba a Los Ángeles fuese a su casa, porque también era la mía. Puede que solo aparente por mí, pero la he escuchado bastante sincera. Además, el otro día no me echó….

Sobre Danielle, pues qué decirte amigo. No he querido ponerme en contacto con ella por dos razones. La primera: el mensaje dejaba bastante claro que no quería hablar conmigo. La segunda: tengo miedo de presionarla y que, de alguna forma, Christopher se sienta en la posición de elegir y, por supuesto, elija a su hija y se aparte de mí.

Toda esta situación es muy extraña. No sé ni lo que siento. Cuando llegué de su casa, me metí en el estudio esperando comprenderme más a través de la música, pero nada. No escribí nada. No compuse nada. No estoy vacía, lo sé, pero sí echa un lío. Siento tanto, pero a la vez… nada.

Supongo que a medida que vaya hablando con él, me entenderé mejor.

Andrew me dijo hace un tiempo que me parecía mucho a mi madre, pero en el coche me dijo que Christopher y yo sonreímos de la misma forma y eso me ha dado una pequeña punzada en el corazón. Porque tengo algo en común con él, además de la música.

Con cariño,

Sky, la chica llena y vacía a la vez.

# 83
# SKY

Había pasado varios meses desde la última vez que Charlie había interrumpido en mi vida. Medio año en el que no había recibido ninguna amenaza, ni había sufrido ninguna filtración. Seis meses en los que ni siquiera podíamos confirmar que siguiese vivo. Por eso, el señor Scott tomó cartas sobre el asunto.

—Tus seguidores llevan tiempo preguntándose por qué no has hecho aún ningún concierto de tu nuevo álbum. Son insistentes, no te lo voy a negar, pero me han dado una idea. Un concierto único. —Vi cómo Andrew se tensaba. Seguramente se estaba guardando todas las palabras que le soltaría después.

—¿Será seguro? —quiso saber Zoe, dirigiéndose a mi guardaespaldas.

—Desconocía por completo este plan, señor Scott —soltó enfadado—. De igual manera, es cierto. Llevamos meses sin saber de él, pero el equipo estará donde se le necesite. De la seguridad nos encargamos nosotros —aseguró confiado.

—Sí, lo siento, señor Cooper. Fue algo en lo que pensé anoche y que he puesto en marcha esta mañana nada más despertarme —se excusó. Mi productor podía ser muy bueno, pero despistado nunca. Sabía lo que hacía, y Andrew también—. ¿Qué opinas, Sky? Solo sería un concierto para probar qué tal vamos. De esta manera, retomas tu vida pública y tus seguidores estarán contentos.

Miré a Andrew, intentando encontrar una respuesta correcta, pero se limitó a mover los hombros, como diciéndome que era decisión mía.

—Está bien —acepté.

Andrew sacó la libreta en la que hacía tiempo que no le veía escribir en ella y comenzó a anotar todos los datos que fue dándole

el señor Scott, incluyendo la localización y la fecha. Cuando dijo aquello, supe que había mentido. Nadie conseguía reservar el Veterans Memorial Coliseum en unas horas. Y mi guardaespaldas también se dio cuenta, pero no dijo nada. Aunque, a juzgar por lo fuerte que estaba respirando, sabía que estaba enfadado.

Así fue como descubrí que me quedaban menos de dos meses para volverme a subir a un escenario. Y, sinceramente, estaba asustada. No porque tuviese un acosador en paradero desconocido, que tampoco ayudaba, sino por mis seguidores. Era cierto, los había abandonado. Salvo el evento de hacía unas pocas semanas, no había hecho nada por promocionar mi música. Tenía miedo de que ya no estuvieran ahí para mí. De que todo por lo que había trabajo se hubiese esfumado por haber estado más centrada en otras cosas, como en Charlie, en conocer a Christopher o… en Andrew.

Con todos esos sentimientos mezclados, y con la reunión a punto de finalizar, volví a hablar, sorprendiendo a todos.

—Pero a cambio quiero una cosa. —Me gané una mirada de curiosidad de los presentes—. Me gustaría organizar un evento benéfico para la investigación de la ELA.

Cuando era pequeña, al poco de morir mi madre, vi, junto a mi abuela, una gala de ese estilo donde los asistentes —personas adineradas— reunían dinero por una buena causa. Le pregunté el por qué lo hacían, por qué esperaban a que hubiese un evento para donar y mi abuela me contestó que, a veces, las personas necesitaban una pequeña motivación para hacer las cosas. Esa noche, me propuse organizar una para que ninguna niña tuviera que perder a su madre como lo había hecho yo.

Por razones obvias, aquello no pudo ser posible, pero, a medida que crecía dentro del mundo artístico, más ganas tenía de hacerlo. Nunca me había atrevido a preguntarlo, pero ya que iba a poner en riesgo mi vida para subirme a un escenario… sentí que no tenía nada que perder.

—Está bien. —Me sorprendió el señor Scott—. Organizaremos ambas cosas. Si el concierto sale bien, y deja contentos a tu equipo de seguridad —le lanzó una mirada a Andrew—, seguiremos adelante con el evento, ¿de acuerdo?

Asentí efusivamente. Mi corazón había comenzado a latir demasiado rápido de la emoción. Solté un gritito de alegría, a la vez que mis pies se movían simulando dar pequeños saltos. Lo iba a conseguir.

—¿Tienes algo pensado?

Por supuesto que sí. Saqué mi teléfono y le mostré el archivo de las notas donde guardaba todas las ideas que había tenido a lo largo de los años. Desde el tipo de comida, hasta candidatos para la lista de invitados. El señor Scott me indicó que se lo pasara todo por correo y así lo hice.

—Veremos qué podemos hacer con todo esto —anunció.

—Sentíos libres de invitar a más gente o hacer cambios, por supuesto —dije sonriente.

Iba a ocurrir. Por fin, iba a cumplir ese sueño que una vez tuve de pequeña. Por fin, iba a poder a ayudar realmente a personas que tenían la misma enfermedad que una vez tuvo mi madre.

Al terminar la reunión, nos despedimos de todos y Andrew se encargó de llevarme de vuelta a casa. Estaba tan eufórica, que no pude evitar preguntarle si me dejaba ir de copiloto. Nunca había aceptado, hasta ese día. Quizás porque no quería ser el responsable de un bajonazo emocional y, por eso, lo consintió. Sin duda, estaba siendo mi día de suerte.

La vista desde ese asiento era nueva para mí. Ahora no veía a Andrew desde atrás, sino desde el lateral. Aunque ya lo sabía, no dejaba de impresionarme el bonito perfil que tenía. Estaba contenta y no dejaba de sonreír, pero tampoco de observarle. Me sentía atraída, de muchas maneras, hacia él.

Sin quitar los ojos de la carretera, vi cómo me miraba de refilón y ahí fue cuando reaccioné. Obligándome a cortar el contacto visual, desbloqueé el móvil y le envié un mensaje a Madison contándole todo lo que iba a estar haciendo en las próximas semanas. Mi amiga se encontraba en una ciudad de España grabando el videoclip de su última canción, así que, debido a la diferencia horaria, no esperaba una respuesta pronto.

Sin saber qué más hacer, lo guardé y volví a las andadas. Primero observé el paisaje, árboles verdes y frondosos borrosos a

nuestro alrededor. Luego a mi conductor. Había estado tan centrada en otras cosas, que no me había fijado en que él también estaba sonriendo.

—¿Qué te pasa? —quise saber, rompiendo el silencio cómodo que había en el coche.

—Me gusta verte así —respondió sin pensar, mirándome rápidamente, para no poner nuestras vidas en peligro.

Dejé escapar una risa. Era absurdo todo aquello, lo sabía, pero desde la reunión mis sentimientos se habían intensificado de tal manera que lo absurdo era increíble. Seguía sintiendo miedo por volver a subirme al escenario, por las críticas, por no llenarlo, pero también estaba pletórica, eufórica, ilusionada y animada por cumplir aquel sueño infantil.

—Lo que vas a hacer es una muy buena manera de honrar a tu madre. —Me sorprendió Andrew.

—Gracias.

Nuestras miradas se pudieron conectar gracias a un semáforo en rojo. Me gustaba esa versión de Andrew. En unos meses, había cambiado. Los dos lo habíamos hecho. Ya no era gruñón, ahora era sincero y honesto. Y yo seguía vacilándole, pero ahora lo hacía con respeto y cariño. En aquel momento, no era solo mi guardaespaldas y chófer, también era mi amigo y confidente.

De haber estado en casa, habría sido yo quién habría acortado la distancia y lo habría besado. Pero no lo estábamos y el coche de atrás que nos pitó, fue el que se encargó de recordármelo. Cortando ese momento, Andrew volvió a mirar al frente y arrancó. Sin embargo, hubo un gesto que me sorprendió: dejó su mano derecha delicadamente sobre mi rodilla. Gracias a la falda corta que llevaba ese día, podía sentir a la perfección su tacto, su calidez.

Me gustaba que estuviese ahí. Me gustaba que moviese el pulgar, acariciándome. Me gustaba que me tocase. No dije nada por miedo a que la quitase. Simplemente, abrí la aplicación de música de mi móvil y mandé a los altavoces del coche una canción que encajaba a la perfección con el momento.

Andrew leyó el título en la pantalla y, después de aguantarse lo que parecía una carcajada, comencé a canturrear:

—*I'm so into you, I can barely breath.*[15]

Él ahora dejó escapar una risa y continué, sin que apartase su mano. Estuve cantando flojo, observando por la ventanilla, sin perder detalle del exterior, pero cuando llegó a una de mis partes favoritas, no pude hacer otra cosa que subir el volumen para que él también la escuchara con claridad.

—*A little less conversation and a little more touch my body.*[16]

Él me dio un pequeño apretón, obligándome a mirarle. Estábamos quietos en otro semáforo y él tenía la vista fija en mí. Esta vez, se mantuvo así por más tiempo. Intentando descifrar si solo lo había dicho porque me gustaba esa parte o porque escondía una segunda intención. Cuando el verde iluminó nuestros rostros, rompió el contacto visual y tiró hacia adelante. Con su dedo índice, ese que ahora había subido un poco y ya estaba sobre mi muslo, seguía el ritmo de la canción. Al sonar la segunda, comprendió a la perfección lo que quería.

—*Can't keep my hands to myself*[17] —entoné sin atreverme a mirarle. Por el reflejo de la ventanilla, sabía que sus ojos estaban clavados en mí. Me giré hacia él y con una seguridad que desde luego no sabía de dónde salía, le canté sonriente—. *I mean, I could but why would I want to?*[18]

Esbozó una sonrisa que le llenó la cara, pero que también mostraba la sorpresa al oírme decirlo. Sinceramente, yo también. Pero había tenido un muy buen día. En unas semanas, me subiría a un escenario de nuevo y organizaría mi evento benéfico de ensueño. Solo me faltaba una cosa para que el día fuese perfecto: él.

Y así fue como ocurrió. Nada más cruzar la puerta de casa, Andrew me agarró del brazo y tiró de mí bruscamente. Lo único que me pararon fueron sus labios. Volvíamos a ser aquellas dos personas que se necesitaban el uno al otro, que ansiaban el contacto del otro. No había delicadeza, sino urgencia. Sus besos abandonaron rápidamente mi boca para bajar a mi cuello. Continuábamos en el salón, pero ninguno de los dos tenía la intención de ponerse a caminar, de subir a la habitación. Aquello iba a pasar y nos daba igual en qué rincón de la casa.

Andrew no paraba de erizarme la piel con cada roce, en cada beso húmedo. Sus manos estaban por todas las partes de mi cuerpo, indecisas sobre qué debían hacer ahora. Las mías se mantenían en su cuello, porque tampoco sabía qué hacer con ellas. Cuando se cansó de esa zona, volvió a mi boca y ahora sí supe qué hacer. Como si nos hubiesen sentenciado en una hora a morir, me deshice rápidamente de su camiseta.

Uno de los instantes en los que nos separábamos para coger aire, lo aproveché para contemplarle. Lo había visto miles de veces, pero no dejaba de sorprenderme lo guapo que era. Las horas que pasaba en el gimnasio, sin duda, se notaban. Mis manos bajaron hasta sus pantalones, quise desabrochárselos, pero él me frenó.

—En igualdad de condiciones —dijo con la voz ronca.

Asentí y me quitó el top de manga corta que llevaba. Ese que siempre rehusaba a ponerme con sujetador. A eso lo llamaba yo igualdad de condiciones.

Fue él quien tiró un poco de mí. Lo suficiente para que, sin cortar los besos que no dejábamos de darnos, me moviese a donde él quería. A la vez, nos tumbamos sobre el sofá en el que tantas horas habíamos pasado viendo películas. Él estaba encima de mí, por lo que decidí acariciarle esa barba perfectamente recortada, contrarrestando la brutalidad con la que seguíamos besándonos y tocándonos.

Ese día, en ese sofá, nos acostamos de una manera completamente diferente. Ya había pasado antes, pero esta fue distinta. Porque algo dentro de mí había cambiado. El deseo y la urgencia de siempre seguían ahí, pero ahora sentía algo más.

Ese día, en ese sofá, descubrí que cuando empiezas a querer a alguien de verdad, el sexo también se transforma. Porque, aunque mi cuerpo ya reconociese sus manos, sentía como si me tocara por primera vez.

# 84
# ANDREW

La hora de la verdad había llegado. Después de tantas semanas trabajando en la seguridad que requería un concierto de aquel nivel, por fin, iba a comenzar. Era la primera vez que iba al Veterans Memorial Coliseum, por lo que me sorprendió por completo. Al ser principalmente una pista para los partidos de hockey sobre hielo, los asientos parecían inclinarse hacia el escenario. Este había sido colocado en uno de los laterales, perdiendo la disponibilidad de algunas localidades, pero mi equipo y yo lo agradecimos: menos personas a las que vigilar.

Como dijo el señor Scott, iba a ser un concierto especial y único. Por los ensayos a los que había estado acudiendo, había canciones con baladas —que requerían subir el piano al escenario—, coreografías… Sin duda, se estaban esforzando para que sus seguidores pasasen una muy buena noche.

Después de un tiempo disfrutando de la tranquilidad que nos daba la agenda de Sky, mi equipo y yo íbamos a pasar una de las noches más estresantes de todas nuestras vidas. Gracias a los pinganillos que llevábamos en nuestras orejas derechas, mantendríamos la comunicación constante. No permitiríamos que nadie estuviese desinformado. Si a uno no le daba buena espina una persona, el resto lo sabríamos. Porque en ese trabajo no había nada mejor que la intuición. Por supuesto, también íbamos a estar en alerta por si aparecía Charlie.

Me encontraba en la pequeña sala detrás de la pista, que servía de camerino, con Sky, algunos de su equipo y nuestros amigos. Porque no lo decía mucho en voz alta, pero se habían convertido también en mis amigos. Sin ir más lejos, mi relación con Matthew era bastante cercana. Y, de hecho, era el único que sabía sobre mi

posible trabajo en Reino Unido. Madison me parecía encantadora y, después del incidente de Roma, supe que estaría ahí siempre para Sky. Y no había nada que apreciase más que la lealtad entre amigos.

—¿Nerviosa? —le preguntó su amiga. Solo hacía falta ver los golpecitos que daba con el pie en el suelo para saber la respuesta.

—No mucho —mintió y lanzó una sonrisa.

—Va a ir genial, ya verás —intentó calmarla.

Me habría encantado acercarme y tocarla. Recordarle que seguía ahí, pero no pude. Para su equipo, yo era su guardaespaldas. Ese que ahora toleraba, pero nada más. Para nuestros amigos, su amigo. Ese en quién podía confiar. Aunque, por ciertas miradas y gestos que me habían echado a lo largo de las últimas semanas, tenía la sensación de que se olían que pasaba algo más.

—Chicos, diez minutos —anunció el señor Scott.

Todos los presentes empezaron a acercarse a Sky para despedirse de ella. Su equipo le deseó suerte, Matthew que se rompiera una pierna y Madison, después de un gran abrazo, le pidió que disfrutase. Vino uno del personal del lugar y nos acompañó a los dos hasta el lateral del escenario. Desde ahí, podíamos verlo todo. Los asientos ocupados, los seguidores gritando, esperando a Sky, las luces que enfocaban a los asistentes haciéndose cada vez más tenues…

—Ha venido muchísima gente —soltó Sky, como si necesitase decirlo en voz alta para creérselo, para darse cuenta de que no era un sueño.

—¿Qué se siente saber que todos ellos están aquí por ti?

La observé mientras buscaba las palabras para responder, mientras continuaba mirando al público. Llevaba un vestido blanco corto ajustado por la parte de arriba de tirantes que le hacía una figura espectacular. Lo mejor eran sus zapatos: unas deportivas blancas que le iban a permitir hacer esos pasos de baile que tanto había ensayado.

—Es una locura. —Ahora clavó sus ojos marrones en mí—. Pero una bonita locura.

Sonrió. Yo me contagié e hice lo mismo. El mismo chico de antes, se acercó a Sky para comprobar que la petaca, esa que

conectaba su micrófono al auricular de su oreja, funcionaba de manera correcta.

—Relájate un poco. —Me aconsejó cuando nos volvimos a quedar a solas—. Casi lo matas con la mirada.

Evité que una carcajada se me escapase de la garganta. En su lugar, me incliné hacia ella hasta su oreja libre y, agravando un poco la voz como sabía que le gustaba, le susurré:

—Te estaba tocando demasiado.

Al separarme, le vi las mejillas algo más coloridas. Me encantaba verla así. Avergonzada por algo que le decía, pero con ganas de descubrir qué más cosas podía decir, o hacer.

La señorita Davis se acercó a nosotros para repasar las cosas esenciales que debería de hacer en el escenario, como el orden de las canciones. Cuando se dio por satisfecha, asintió con la cabeza y esa fue la señal para que todas las luces se apagaran de golpe.

Los asistentes comenzaron a gritar a la vez, no de miedo, sino de ganas. Estaban ansiosos por ver a Sky ahí arriba. Y eso era justo lo que iba a pasar. La vi alejarse de mí, no sin antes lanzarme una sonrisa. Esa noche iba a ser muy especial. Lo sabía.

***

Llevaba cerca de cuarenta minutos viendo a Sky disfrutar. No solo cantando sus propias canciones delante de miles de personas. También hablando con ellos. Me encantaba verla tan relajada, tan contenta. Sobre todo, después de las últimas semanas.

El señor Reed nos abrió las puertas de su casa en Los Ángeles cuando habíamos ido para el aniversario de la muerte de la madre de Sky. No nos quedamos allí a dormir, pero sí pasamos el día. Durante esas horas juntos, se pudieron conocer mejor y hablar de la infancia de Sky. Daba la sensación de que se arrepentía de no haber estado para ella.

Por mi parte, les dejé espacio, todo el que un guardaespaldas podía darle, pero también le llevé el kit de paternidad que había conseguido. Según ponía en la caja, los resultados serían acertados

un noventa y nueve por ciento y en tan solo una semana. Por lo que me encargué de hacérsela a ambos y de enviarla al laboratorio.

Antes de marcharnos, Sky los había invitado al concierto, a su mujer también, pero coincidía con una presentación de Danielle, por lo que no pudieron acudir. Sky me contó que no le había sentado mal, que lo entendía.

—Al final, Danielle es su hija y yo la nueva.

Estaba claro que le había dolido un poco, por mucho que lo negase. Por eso me estaba gustando verla así. Porque se lo merecía.

Sky bajó del escenario rápidamente y fue corriendo hacia una salita cercana. Yo fui tras ella. El concierto no había acabado, la música no había parado, pero ahora tocaba su cambio de vestuario. Según el horario, tenía menos de tres minutos para quitarse lo que llevaba y ponerse lo nuevo. Gracias a sus zapatos, podía correr con mayor agilidad, aun así, su equipo la comenzó a rodear, impidiéndole dar grandes zancadas como quería.

—Está yendo genial. Lo estás haciendo perfecto. Sigue así —decía una a su derecha, a la vez que le bajaba la cremallera caminando.

La reconocía de haberla visto por la productora. No me molesté en aprenderme su nombre porque, cuando investigué el lugar, ella no parecía importante. Y mi equipo tampoco me había alertado de ella.

Aunque me había jurado estar cerca de ella durante toda la noche y no perderla de vista, mientras se cambiaba de ropa, me limité a quedarme tras la puerta, dándole algo de privacidad que, a juzgar por las seis personas que habían entrado con ella, ya no tenía.

Unos segundos más tarde, se abrió la puerta y salió una Sky algo estresada, pero físicamente preciosa. De verdad, estaba preciosa. Ahora llevaba un vestido largo negro con brillantes. No llevaba tirantes, pero no parecía que le importase. La parte de arriba estaba ajustada a su cuerpo, al contrario que su falda voluminosa. Sus zapatos eran más elegantes, pero no perdían la comodidad que un tacón bajo le brindaba.

De repente, los que estaban dentro comenzaron a salir y la empujaron para que volviera a caminar. Ella se había quedado quieta mirándome, como si fuera yo el que estaba distinto o dándome tiempo para observarla. De no ser porque me moví con ella, y me hice hueco, la marea de personas la habrían alejado demasiado rápido de mí.

—Un minuto, Sky. Cuando acaben los bailarines, sales. ¿De acuerdo? —le informó la señorita Davis. Ella asintió, a la vez que se colocaba bien el pelo.

Por suerte, el resto comprendió que ya no podían hacer nada más por ella y se marcharon, volviéndonos a dejar solos.

—Sky, estás…

—Andrew, tenemos que hablar.

# 85
# SKY

Quizás soltarle un «tenemos que hablar» a una persona cuando solo tenía un minuto para hacerlo, no era lo mejor, pero así es como me salió.

Estaba siendo una noche en la que me sentía pletórica. Mis seguidores no dejaban de cantar mis canciones conmigo y los bailes me estaban saliendo geniales, gracias a todas las horas en las que habíamos estado ensayando. En ese momento, me sentía imparable, indestructible.

Porque quería hablar con él. Porque sentía la necesidad de hacerlo en ese momento. Porque era «ahora o nunca», sobre todo, por lo que iba a pasar nada más subirme al escenario.

—Llevo un tiempo que te quiero contar algo, pero no sé si es por la emoción del día de hoy o por la adrenalina que siento, pero creo que es el momento correcto de hacerlo —comencé a decir rápidamente. El tiempo se agotaba.

Él me escuchó atentamente, curioso, pero también un poco asustado. No se hacía ni una ligera idea de lo que le estaba a punto de contar.

—Tú y yo empezamos con muy mal pie, de hecho. Intenté aceptarte, pero una parte de mí no lo quería hacer y supongo que no me comporté como debía. Y luego comenzamos a acostarnos y… pensé que lo llevaría bien, que sería divertido y ya está, pero…

—Sky, quince segundos. Prepárate ya —me gritaron desde el *ear-in*. Andrew también sabía que tenía que marcharme.

Le miré a los ojos, esperando que comprendiera que estaba intentando quedarme con todas mis fuerzas, pero que no podía hacerlo.

—Andrew, sé que lo que te he dicho no tiene ningún sentido para ti, pero te prometo que lo vas a entender muy pronto. Espero. —Le lancé una sonrisa nerviosa y me dirigí hacia el escenario, pero una mano me detuvo.

—¿Y eso cuándo va a ser?

La música había parado. Los bailarines se habían bajado del escenario, que ahora se encontraba casi a oscuras, esperándome. El público no gritaba, solo esperaba y murmuraba impaciente. Ninguno se atrevía a hablar. Nos habíamos sumergido en un silencio abrumados. Con los ojos clavados en él, respondí.

—Cuando el silencio se rompa.

Asintió, me soltó y subí al escenario bajo la atenta mirada de todos mis seguidores, acompañada por algunos vítores, y de Andrew. Esperaba que supiese lo que quería decir con la canción que estaba a punto de cantar.

Desde mi posición, en el centro del escenario, incliné un poco la cabeza para poder ver la reacción de Andrew. Solo bastaron las primeras notas para que sus ojos se abrieran. La había reconocido.

Después de que viéramos *Burlesque*, había pillado a Andrew tarareando algunas de sus canciones. Por eso, esa noche, en ese concierto especial, quise incluir algunas versiones de canciones conocidas. Entre ellas, la que le canta la protagonista a su interés romántico para expresar sus sentimientos.

Esperaba que con *Bound to you* comprendiera lo que quería decir: que me gustaba más de lo que podría imaginar.

—*I found a man I can trust, and boy, I believe in us, I am terrified to love for the first time*[19] —canté nerviosa, clavando la mirada en Andrew.

Intentaba mirar al frente, al público, pero esa canción no era para ellos, sino mi guardaespaldas. Mi amigo. Mi amante. Ese que estaba en un lateral del escenario, sorprendido. Al finalizarla, no pude ir a por él y preguntarle. Tuve que continuar con el resto de la lista de las canciones.

Aquella noche canté todas mis favoritas, ya fueran propias o ajenas. Me habría gustado subir al escenario a Madison, como ella

había hecho conmigo anteriormente, pero el señor Scott insistió en que este espectáculo fuese exclusivamente mío. Había estado mucho tiempo desaparecida y quería que el foco siempre estuviese sobre mí. Cosa que no rebatí. Se había portado genial conmigo y si quería que no tuviese invitados, no los tendría.

Me lo estaba pasando genial y no quería que terminase, pero una parte de mí necesitaba bajarse del escenario para hablar con Andrew. Me moría de ganas por saber si había comprendido lo que le quería decir y qué pensaba al respecto.

Así que, al acabar, anduve más rápido de lo esperado hacia él. Sin embargo, no estábamos solos y no me apetecía tener aquella conversación rodeados de tantos de mi equipo, por lo que, con una mirada que decía mucho, prometimos charlar cuando estuviésemos a solas.

Madison no tardó en llegar, seguida de Matthew. Los dos me dieron un abrazo, el de mi amiga mucho más fuerte, a pesar de no ser un jugador de la NFL, y nos fuimos hacia la sala en la que habíamos estado casi dos horas antes.

—¡Has estado increíble, Sky! —me dijo entusiasmada, para volver a dame otro abrazo.

—Sí, Sky, enhorabuena —me felicitó el señor Scott—. Todo ha ido bien, ¿verdad, señor Cooper? —se dirigió a mi guardaespaldas.

Andrew hizo contacto visual brevemente conmigo. Después, lo miró a él y respondió.

—Así es, señor Scott. A pesar de algunos incidentes con los que ya habíamos contado, todo ha ido según lo previsto.

El tono que había usado, nunca lo utilizaba conmigo y lo agradecía. Al menos, no lo hacía ahora. Quizás sí al principio, pero no le había prestado tanta atención. Lo hacía parecer una persona fría y sin sentimientos, como si fuese un robot.

—Perfecto. De ese modo, no veo ningún problema para seguir adelante con el evento benéfico —anunció, haciendo que la adrenalina que estaba comenzado a disminuir, volviera a recorrer todo mi cuerpo.

Me aguanté las ganas de gritar y de dar saltos, pero no de sonreír.

—¡Muchísimas gracias, señor Scott! —Estaría eternamente en deuda por aquello.

—No hay de qué. Ahora que salga todo el mundo y cámbiate —nos ordenó.

Asentí, mientras los veía alejarse de mí. Aproveché para mirarme al espejo una última vez. Era una lástima que me lo tuviese que quitar porque me encantaba ese vestido. Me hacía sentir que era una princesa. Me hice una nota mental para preguntarle a Zoe si podía comprarlo y quedármelo para siempre. Cuando escuché la puerta cerrarse, descubrí que no me había quedado a solas como pensaba.

—Lo que te iba a decir antes de que me interrumpieras, era que estás preciosa, Sky —dijo Andrew con su voz más sincera.

—¿Verdad? Justo estaba pensando en quedármelo —respondí sonriente. Ahora me tocaba descubrir lo otro—. Y hablando de antes…

—¿*Bound to you*? —me interrumpió. Asentí, aunque no sabía a qué pregunta. Él dio un paso, para acercarse a mí—. De todas las canciones que hemos escuchado a lo largo de estos meses, ¿has decidido cantar justamente esa?

—Te gusta *Burlesque.* —No era una pregunta, sino una afirmación. Nunca me lo había confesado, pero lo conocía.

Andrew no contento con la distancia que nos separaba, volvió a dar otro paso hacia mí y no paró hasta quedar justo enfrente de mí.

—Al menos, no has elegido una de *Mamma Mia.* —Se burló.

—Idiota —murmuré en alto.

Él me lanzó una sonrisa que rápidamente me contagió. Estábamos bien, o eso parecía. Quizás significaba que sí que lo había entendido. Quizás él sentía lo mismo, como Madison me había dejado caer alguna que otra vez.

—Sky, necesito que me digas con claridad por qué has cantado esa canción —dijo algo más serio, inclinándose un poco más hacia mí. Si me ponía de puntillas, sería capaz de darle un beso. Uno que llevaba mucho rato conteniendo.

—Lo he hecho porque, a pesar de lo que decimos que somos, a mí no me basta, Andrew —solté.

Sus ojos marrones con ese toque de verde, que tan obsesionada me tenían, me miraban de una forma que me encantaba. No me estaba juzgando, ni se estaba riendo por abrirle mi corazón. Me estaba observando, buscando las palabras que me diría.

—Menos mal porque me moría de ganas por hacer esto.

Nada más soltar aquello, me agarró de la cara con ambas manos y me besó. Nos besamos. No en uno ansioso o sucio. No. En uno tranquilo y despacio. Similar a los últimos que nos habíamos dado, pero diferente en todos los sentidos. Porque ese beso era el primero que nos dábamos como dos personas que querían ser algo más que amigos. Como dos personas que estaban sintiendo algo por el otro.

Lentamente, nos separamos y ambos abrimos los ojos que en algún momento habíamos cerrado. Sonreímos a la vez, casi sincronizados.

—No quiero que seas solo mi amigo, Andrew —dejé claro. Necesitaba que comprendiera al cien por cien lo que quería que pasase. Lo que quería que nos convirtiéramos.

—Yo tampoco quiero eso, Sky —dijo entonando cada una de las palabras, en ese acento británico que tanto me gustaba.

Solté una pequeña risa nerviosa y ahora fui yo la que se encargó de romper la poca distancia que nos separaba. No fue hasta que escuchamos unos nudillos contra la puerta que nos alejamos rápidamente.

—Chicos, no queremos meteros prisa, pero la gente se está yendo. ¡No quiero quedarme encerrada aquí, gracias! —anunció divertida mi amiga desde el otro lado, sin llegar a abrir, como pensábamos que haría.

—¡Cinco minutos! —grité entre risas. Madison era única. Inoportuna, pero única. La quería muchísimo.

—Acepto el reto —dijo Andrew muy convencido. Lo miré abriendo mucho los ojos. Ni loca iba a hacer lo que estaba proponiendo ahí.

—No. Tú solo me vas a ayudar a quitármelo. Nada más —le ordené.

—A su orden, sargento. —Bromeó haciendo el saludo militar.

—Idiota —volví a murmurar.

—Tú idiota —especificó.

Después, volvió a acercarse a mí y, tras besarme de nuevo, puso sus manos en la cremallera del vestido. Me ayudó a desabrocharlo con calma, aprovechando cada momento para dejar pequeños besos en las partes de mi piel que se iban quedando al descubierto.

# 86
# SKY

Al terminar el concierto, cada uno se fue a su casa. Madison tenía una reunión importante a primera hora y Matthew entrenamiento con el equipo. Al menos, pudieron venir a verme y con eso me bastaba. Además, me moría de ganas por llegar a casa y celebrar con Andrew nuestro nuevo status.

—¿Qué se siente no ser el conductor? —pregunté.

—Lo detesto —susurró acercándose mucho a mi oreja.

A pesar de las quejas de mi guardaespaldas, fueron Madison y Matthew quienes nos llevaron al concierto. Los cuatro íbamos en el mismo coche, Matthew conduciendo, Andrew de copiloto y nosotras detrás. Pero para la vuelta, y debido a esos compromisos, acordamos con que nos llevaría uno de los del equipo de seguridad.

—Estás muy cerca de la línea blanca, Eric. —Le llamó la atención. Este, nervioso por el tono autoritario que había utilizado, le lanzó una mirada de disculpa por el retrovisor y movió el coche ligeramente a la izquierda.

—No le hagas caso, vas muy bien —dije poniendo el pulgar hacia arriba.

Andrew me miró un segundo y, de nuevo contra mi oído, susurró.

—No le digas esas cosas porque va a pensar que es verdad y no necesito que sea un creído.

Enarqué una ceja de incredulidad. Nuestro conductor, aun llevando ese traje tan característico de los miembros del equipo, no tenía un rostro duro ni serio, más bien todo lo contrario. Era fácil que me sonriera y, por consiguiente, sonreírle. Si lo comparaba con Andrew, eran polos opuestos. Por eso, no me creía que terminase siendo un creído.

Haciendo caso omiso a lo que me había dicho mi acompañante, saqué mi teléfono y envié música al coche. Después de asustar a Eric, y de disculparme, le pedí que subiera un poco el volumen.

—¡Me encanta esta versión! —dije animada a nadie en particular.

—¿Versión? —Se interesó Andrew.

Estaba sonando *Lover* de Taylor Swift, pero el remix con Shawn Mendes.

—Sí, la original es sin el chico. A Mads le gusta más esa y a mí esta. Supongo que no podemos coincidir en todo. —Reí.

Por la cara que puso, supe que, de haber estado los dos solos, también se habría reído. En su lugar, elevó las cejas e hizo un gesto como queriendo decir «lo que tengo que aguantar» por si Eric lo estuviese mirando.

El trayecto a casa se hizo rápido y ameno, aunque demasiado lento a su vez. Me lo pasé bien con la música y charlando, pero quería, y necesitaba, llegar a casa de una vez por todas. Quería, y necesitaba, volver a besar a Andrew.

Nada más reconocer la puerta de casa, nos despedimos de nuestro conductor y entramos dentro. Porque ninguno de los dos quería estar un segundo más ahí.

A pesar de estar en mi jardín delantero, lejos de los mirones, aún manteníamos la distancia. Quizás porque sabíamos que en el momento que nos rozásemos, no íbamos a querer parar. Y el exhibicionismo no era algo que quisiese probar.

Mantuvimos nuestras sonrisas todo el camino. Andrew se encargaba de abrir la segunda puerta, esa que nos iba a permitir celebrarlo por todo lo alto, cuando, en un momento, su rostro cambió. Pasó de ser mi Andrew a ser Andrew mi guardaespaldas en un pestañeo.

—Sky, ¿has tocado tú la maceta? —preguntó completamente serio mirando hacia ella. La planta que siempre estaba perfectamente colocada, ahora estaba tirada en el suelo.

—No, ¿por? —Mi cara seguía sonriente, pero por su forma de actuar, por su tono, sabía que algo no iba bien.

—Juraría que no estaba así cuando nos hemos ido antes.

—¿Estás seguro? —Estaba preocupada y por mi expresión se notaba—. Puede que haya sido el viento.

Me gané una mirada por parte de Andrew que dejaba claro que no le había convencido mi teoría. Automáticamente, su postura volvió a cambiar. Se puso más recto aún y empezó a echar un vistazo a nuestro alrededor, intentando encontrar algo distinto, además de la maceta.

—Quédate aquí y no te muevas —me ordenó.

Obedecí, por supuesto que lo hice. No solo me estaba asustando, sino que verle empuñar ese arma que acababa de sacar estaba haciendo que todas mis alertas se activasen. Si Andrew creía que algo no iba bien, sería porque así era.

Desde mi posición, vi cómo caminaba hacia la parte izquierda de la casa. Se encontraba a varios metros de mí, quizás veinte, quizás treinta, cuando una pequeña gota cayó sobre mí. Fue ligera. Solitaria. Miré hacia el cielo, como si la luna pudiese iluminar lo suficiente para darme una respuesta. Estaba comenzando a llover y no podía moverme de allí.

—Hola, Sky —dijo una voz tras de mí.

La reconocía. Hacía tiempo que no la escuchaba, pero la reconocía. Me giré rápidamente hacia ella. Y lo vi. No solo tenía un arma en la mano, también me estaba apuntando.

—Charlie —conseguí decir en voz alta. Esperando, deseando, que Andrew oyese mi voz y viniese a ayudarme.

—Cuánto tiempo, Sky. ¿Me has echado de menos?

Su voz solo me dejaba claro una cosa: se lo estaba pasando bien. El exnovio infiel de mi amiga estaba disfrutando de aquello.

—¿Qué haces aquí? —logré gritarle.

Estaba asustada, atemorizada, pero no quería darle el gusto de saberlo. Si tenía que forzarme a hablar para que pensase que todo estaba bien, lo haría. No iba a quedarme congelada para darle esa satisfacción.

No me moví, pero lo escuché. Esos pasos que sabría reconocer en cualquier parte del mundo. Andrew.

—¡Aléjate de ella ahora mismo! —le ordenó cuando estuvo a mi lado, apuntándole ahora a él también.

—Anda, pero si es el perrito guardián. —Clavó sus ojos en él—. Perrito malo. Suelta la pistola, suelta —dijo como si le hablase a un perro. Eso solo enfureció más a Andrew.

—Dame una razón para no dispararte ahora mismo —soltó cabreado. Todo él gritaba peligro, desde sus brazos prácticamente estirados sujetando firmemente el arma, hasta su mirada. Por primera vez, vi a un Andrew dispuesto a matar—. Dame una sola razón para no reventarte la cabeza ahora mismo.

Cuando contraté a un guardaespaldas, nunca esperé tener que ver cómo disparaban a alguien. Por eso, mientras Andrew tenía el dedo en el gatillo, no podía dejar de preguntarme cómo se sentiría si matase a alguien. Cómo se sentiría él después de haber acabado con la vida de otra persona.

—Porque si me matas, me la llevo por delante —comentó tranquilamente sin dejar de apuntarme. Una sonrisa se esbozó en su cara y supe que iba en serio.

Tampoco había pasado tanto tiempo con Charlie. Lo conocía por las pocas veces que nos vimos y por todo lo que Madison me había contado sobre él desde que empezaron a salir hasta ahora. Pero esa sonrisa, era tan espeluznante que supe que nunca habría sido capaz de ponérsela a mi amiga porque, de lo contrario, se habría apartado de él inmediatamente.

—¿Qué haces aquí? —repetí. Tenía muchas preguntas y, si me iba a matar, al menos quería saber las respuestas antes de morir.

Volvió a caerme otra gota demasiado cerca del ojo. Esta vez, vino acompañada por otra más. Podía ser una nube, podía ser la tormenta que llevaban anunciando desde hacía una semana, pero lo que tenía claro era que estaba lloviendo, que iba a ir a más y que no dejaban de apuntarme con una pistola.

El miedo que sentía era parecido al que una vez sentí, pero distinto. Cuando aquel hombre se coló en mi casa, me quedé paralizada porque no sabía qué podría hacerme. Ahora, tenía ante mí a una persona que conocía y que ya había dejado claras sus intenciones. No temía de lo que podría ser, sino de lo que iba a ser. De cuándo iba a ser.

—Venir a por ti, por supuesto —me explicó, como si fuera lo obvio—. Desde que empecé a salir con Madison, lo tuve claro: quería volver a subirme a un escenario como artista principal y no como invitado. Pensé que ella sería el camino rápido, ya que era nueva en el mundillo y sería más sencillo hacerme conocido junto a ella. Al principio, siempre que acababa de componer una canción soltaba: «¡Voy a enseñársela a Sky!» —dijo intentando imitar la voz de mi amiga. No se le daba bien—. ¿Sabes lo insignificante que me sentía? Como si no estuviese ahí.

Al contrario que él, conocía demasiado bien a mi amiga como para saber que nunca lo habría hecho de manera intencionada. Madison confiaba en mi criterio para sus composiciones, porque siempre le resaltaba lo bueno y lo malo, además de aportarle ideas o sugerencias. Si a él no se la mostraba antes, era porque quería hacerlo con una con la que se sintiese orgullosa al cien por cien.

—Entonces lo supe: tenías que irte —anunció, sacándome de mis pensamientos—. Empecé con algunos correos, algunos mensajes, esperando que te alejaras de ella, pero no lo hiciste. Por suerte, poco a poco, Madison se fue dando cuenta de que solo podía contar conmigo y se fue apartando de ti, pero tú no te ibas a dar por vencida, ¿verdad? —me preguntó moviendo la pistola, pero no me dejó responder—. Así que, cuando Madison cortó conmigo por tu culpa, me vi en la obligación de pasar al plan B.

—¿Por mi culpa? —Sí, había omitido descubrir cuál era ese nuevo plan para dejarle las cosas claras—. ¡Le pusiste los cuernos, Charlie! ¡Durante meses! ¿Te sientes mejor creyendo que te dejó por mi culpa? Muy bien, pero que sepas que el único culpable eres tú y tu pequeñín que es demasiado sociable.

Al verle cómo le cambiaba la cara, la mirada de odio que me estaba lanzando, supe que no había sido buena idea decirle aquello último. Pero si iba a morir, no iba a quedarme callada. Morir luchando, ese era mi lema en ese momento.

—Serás…

—¡Quieto o te juro que te pego un tiro, Charlie! —informó Andrew. Este lo miró un segundo y volvió a centrarse en mí.

—Sky, dile a tu perrito que se calme. No queremos que haya heridos, ¿verdad?

Giré ligeramente mi cabeza para observar a Andrew. Él no había perdido el contacto visual con Charlie ni un segundo. Al notar que tenía mis ojos puestos en él, se movió lentamente hacia mí. Con la mirada le dije que estaba bien, que se calmase un poco, pero la suya me respondió que no.

—Andrew —dije suavemente.

Él volvió a fijarse en Charlie, la mano con la que sujetaba el arma se abrió y cerró en un segundo, para poder aguantarla más fuerte. Y, en esa posición, se dirigió a mí.

—No voy a permitir que te haga daño, Sky —dijo de manera que el otro no nos oyera.

—Lo sé —murmuré con la voz un poco rota.

No supe si lo había logrado escuchar porque la lluvia cada vez caía con mucha más fuerza. Solo esperaba que supiese que confiaba en él. Que siempre lo había hecho y que siempre lo haría.

—Charlie, escúchame —gritó Andrew—. ¿Por qué no bajamos los dos el arma, de acuerdo? —sugirió. Sus miradas se cruzaron un segundo, lo suficiente para que el rostro de Charlie se volviera más violento.

—Tengo una idea mejor —sonrió de una forma que consiguió ponerme los pelos de punta—. *Memento mori*, Sky.

«Recuerda que vas a morir.»

Instintivamente, cerré los ojos, levanté mis brazos y los crucé para protegerme el pecho, a la vez que me ladeaba. Como si mi propio cuerpo fuese capaz de detener una bala. A mis oídos llegaron los disparos. No uno, como había esperado, sino dos. Un grito salió de mi garganta instantáneamente. Después, un ruido seco contra el suelo. No uno, sino dos. Abrí los ojos y lo comprendí.

Si hubiese mantenido los ojos abiertos, habría visto cómo Charlie cambiaba su posición y dejaba de apuntarme a mí para apuntar a Andrew. Si hubiese mantenido los ojos abiertos, habría visto cómo se disparaban a la vez. Si hubiese mantenido los ojos abiertos, habría visto cómo caían contra el suelo casi al unísono.

—¡Andrew! —grité al verle tirado bocarriba.

Cerca de su pecho, brotaba una sangre que nunca debería de haber salido. Rápidamente, recordé el curso de primeros auxilios que hicimos en el instituto y fui a taponar y presionar la herida.

—Sky… —dijo casi en un susurro. Sin dejar de hacer presión, me acerqué más a él, para poder oírlo con claridad sin que tuviese que gastar energía. La lluvia ahora era una tormenta y no podía escucharle—. Quítale… el arma… a Charlie —me ordenó.

Moví mi cara hacia él y lo encontré en la misma posición que Andrew. Solo que él no luchaba por sobrevivir, sino por llegar a la pistola, que estaba a pocos centímetros de él. Obedecí y lo más rápida que pude, llegué a él. Consciente de que no quería perder tiempo en él y de que no iba a tocar el arma, le pegué una patada y la mandé lejos.

—Se acabó —le escupí.

Charlie rio, como si estuviese equivocada. Como si eso solo fuese un pequeño contratiempo para algo mayor. De su boca, comenzaba a salir un hilillo de sangre. Si algo había aprendido al haberme visto veinte temporadas de *Anatomía de Grey* era que aquello no auguraba nada bueno.

—¿Has visto… cómo todo lo… que tocas, se… muere? —Tosió y volvió a lanzarme una sonrisa. Sus dientes también estaban teñidos de rojo—. No soy el único… que se ha dado… cuenta, Sky. Al final, te vas a quedar sola… porque temerán estar… a tu lado.

—Disfruta de tus últimos momentos —le recomendé.

Ante mí estaban dos personas que necesitaban ayuda. No podía dividirme para taponar ambas heridas, así que tuve que elegir. Y, claramente, escogí a Andrew. Porque no se merecía nada de eso. Porque lo quería.

—¿Cómo te sentirás… al saber que dejaste… morir a una persona, Sky? —dijo cuando me di la vuelta para volver con Andrew —. ¿Y cómo vas a estar… ahora que te has quedado… sin guardaespaldas?

Dejé de caminar durante un segundo. Un segundo en el cual quise volver a él y pegarle en la herida, cerca del pulmón izquierdo, para que sufriera, pero respiré hondo y corrí hacia quién me

necesitaba. De fondo, escuché la risa de Charlie acompañada por otra tos.

Al llegar a mi guardaespaldas, me agaché y coloqué ambas manos sobre su herida, que la veía peligrosamente cerca del corazón. Me dieron igual los pantalones, que estaban mojados. Me dieron igual las mangas de mi sudadera, llenándose de sangre. Me dieron igual las gotas que no dejaban de caer sobre mí, y que me estaban haciendo temblar. Todo me dio igual porque yo solo quería una cosa: que Andrew no muriera.

Notaba ese bajonazo de adrenalina y no podía permitirlo. Tenía que ser fuerte. Por él. Aparté la mirada de Andrew un momento, para que no me viese llorar. Aunque, gracias a la lluvia, estaba convencida de que no podría distinguir entre lágrimas y agua.

—Está bien, Sky —dijo algo más débil que antes—. Está… bien.

Hasta en ese estado, me conocía a la perfección.

—Cállate —Intenté lanzarle una sonrisa, pero no me salió. En su defecto, puse una mueca extraña que ni yo supe qué significaba.

Él sí que me la lanzó. No era de esas que me ponían nerviosa, ni me hacían cosquillas en el estómago. Era una tranquilizadora. Porque, a ojos de él, era yo quién necesitaba calmarse.

No fui consciente de que no había hecho lo más lógico ante una tragedia como esa hasta que no oí las sirenas de una ambulancia que se acercaba. Abrí mucho los ojos y aquello le provocó una pequeña risa, acompañada por una tos.

—Menos mal que estaba yo para… llamar. —Bromeó.

—Idiota.

—Tú idiota —me corrigió.

—Mi idiota —me corregí, asintiendo.

Nos quedamos así un minuto más, con el sonido haciéndose más fuerte a cada segundo que pasaba, mirándonos, sonriéndonos como si no tuviese las manos en una herida de bala.

—Sky, tengo sueño —me anunció con la voz cansada. Otra cosa que había aprendido viendo aquella serie de médicos era que no podía dormirse bajo ningún concepto.

—No. No. No te duermas, Andrew. ¿Me oyes? —asintió lentamente, pero sus ojos cada vez parpadeaban a menor velocidad.

Escuché un golpe en la puerta de la entrada y, muy a mi pesar, los paramédicos me obligaron a separarme de él. Con la mayor rapidez que pude, lo hice. Para cuando lo metieron en la ambulancia, Andrew ya había cerrado los ojos.

# 87
# SKY

Las horas posteriores al suceso más traumático que había vivido, fueron de las más extrañas y estaban bastante borrosas. Las ambulancias, las cuales había llamado Andrew mientras yo le apartaba la pistola a Charlie, se los llevaron al hospital de inmediato.

Por alguna razón que no lograba entender, Charlie seguía consciente, mientras que Andrew no. De hecho, de los dos, mi guardaespaldas era el que parecía estar peor. Quizás porque uno disparó para proteger y el otro a matar.

Madison y Matthew llegaron al hospital donde lo estaban operando a los pocos minutos de informarles de lo ocurrido. No tenía ganas, ni fuerzas, ni ánimos de contarles todo, pero tampoco quería estar sola allí esperando.

—Vamos al baño, Sky —me dijo Madison al poco de llegar.

—No, no, Mads, me tengo que quedar porque si sale el médico…

—No vamos a tardar y Matt estará aquí, ¿vale? —me habló con una voz suave y calmada que agradecí.

Una vez en el baño, comprendí por qué quería llevarme allí. Ya no solo mi rostro estaba hecho un desastre debido a mis lágrimas, que habían parado al ver a mis amigos. Mi pelo estaba despeinado y mojado, igual que mi ropa. Pero lo peor fueron las manos, que aún tenían sangre, ahora un poco seca. Con suavidad, Madison me ayudó a acicalarme. Mientras teñía el agua del lavabo de rojo, mi mente no dejaba de enseñarme cómo de mal estaba Andrew la última vez que lo había visto.

Unas horas después, estábamos nosotros tres y Zoe, a quién había avisado Madison, esperando cuando apareció el doctor llamando a sus familiares. Nos pusimos los cuatro de pie.

—La operación ha sido más complicada de lo que esperábamos en un principio. Las lesiones resultaron ser más graves de lo que creíamos, pero la intervención ha ido bien. Por suerte, la bala no ha tocado ninguna arteria importante. Ahora mismo, no podemos hacer nada más por él, solo esperar a que despierte —nos informó.

—¿Cuándo puede ser eso, doctor? —preguntó Matthew.

—No puedo darles un tiempo exacto. Debido a la pérdida de sangre y sus lesiones, podría tardar unas pocas horas, pero también se han dado casos en pacientes que despertaron a los días. Cada persona es diferente.

Escuchar aquello me dejó congelada. Podría despertar en unas horas o en unos días. Una pregunta en mi cabeza se repetía una y otra vez, pero no me atrevía a hacerla en voz alta: ¿Habría alguna posibilidad de que no lo hiciera?

—Por ahora, lo único que les puedo recomendar es que vayan a casa a ducharse. —Clavó su mirada en mí. No le debió de gustar verme con la sudadera manchada de sangre—. Aquí va a estar bien cuidado y si hubiese algún cambio, llamaríamos al contacto de emergencia. Así que pueden marcharse sin ningún temor.

No quería irme y dejarle solo en ese hospital. No quería irme y no estar cuando él despertara. Pero el médico tenía razón. Seguía hecha un asco y necesitaba una ducha caliente. Asentí y nos volvió a dejar solos.

Fueron mis amigos quienes me llevaron a casa. Zoe se quedó en el hospital por si escuchaba algo. Al pasar por donde hacía unas horas había estado Andrew tirado me puso enferma. Me revolvió todo el cuerpo y sentí un escalofrío. Inspeccioné sin querer el lugar, esperando encontrar las manchas de sangre, pero no vi nada.

—Llamé a una empresa de limpieza para que cuando volvierais no estuviese aún manchado —me despejó la duda mi amiga. Le apreté la mano más fuerte a modo de gratitud y entramos dentro.

Mientras iba hacia la ducha, acompañada por Madison, descubrí lo curiosa que era la vida. Mi vida había cambiado repentinamente, pero la casa permanecía igual, como si nada hubiese ocurrido.

El agua me sentó bien, ya no solo para quitarme los restos de sangre que continuaba teniendo, sino que me permitió poder llorar

un poco más. Necesitaba liberar ese nudo en la garganta que aún no se había deshecho desde que Andrew había recibido el disparo. Algo más calmada, y con la ayuda de mi mejor amiga para secarme el pelo, me preparé para salir.

Durante el trayecto hacia el hospital, Madison me informó de algunas cosas. Como que Zoe había llamado a los padres de Andrew antes de ir al hospital y que estaban a punto de llegar.

—Dios… —logré decir.

Desde que lo vi tendido en el suelo desangrándose, no había estado centrada y había perdido por completo la cabeza. No había llamado a la ambulancia y tampoco a sus padres para informarles de lo que había pasado. Me sentí una persona horrible e inútil.

—No te preocupes, Sky. Es normal, ¿vale? —intentó tranquilizarme—. Aterrizan en poco más de una hora. En cuanto Matt nos deje, va hacia el aeropuerto y los trae —me explicó. Mis amigos lo tenían todo controlado. No sabía qué habría hecho sin ellos.

Y así fue como ocurrió, un par de horas después, vi aparecer a los Cooper acompañados por Tom y Matthew. Cuando Amelia me vio, vino a mí rápidamente y nos fundimos en un abrazo.

—Lo siento, lo siento mucho —me disculpé con ella, dejando escapar algunas lágrimas.

—Ay, cariño, no digas eso. Tú no tienes la culpa de nada, ¿me escuchas? ¿Tú estás bien? —asentí y me agarró de la cara, echó un vistazo rápido y se aseguró de que decía la verdad. Físicamente, al menos, sí.

Después de darles otro abrazo a su padre y a Tom, nos quedamos en la sala de espera. Zoe había preguntado si podíamos estar dentro de la habitación con él, pero nos recomendaron que hasta que no estuviese despierto, no. Así estaría en silencio y más tranquilo. Por lo que no nos quedaba otra que esperar allí en esas sillas incómodas.

—No has ido a tu reunión —le solté de repente a mi amiga—. Y tú no has ido a entrenar —me dirigí a su novio. Ambos negaron con la cabeza.

—El entrenador ha comprendido que prefiera estar aquí —me explicó Matthew.

—Y yo iba a tener una reunión que se puede aplazar y tener en otro momento en el que no tenga un amigo en el hospital.

—Gracias —les dije a ambos, aunque solo a Madison le estaba agarrando de la mano y solo a ella se la pude apretar.

—Somos una familia, ¿no? —asentí con los ojos vidriosos. Llevaba un rato sin llorar, pero como continuase, volvería a hacerlo —. Pues ya está. Y ahora dime —susurró para que solo pudiera oírla yo—. ¿Os habéis liado en el camerino?

Solté una pequeña risita, de esas que se me escapaban cuando una situación era demasiado absurda. Solo a ella se le ocurriría cotillear de eso en aquel sitio. O quizás lo hacía para distraerme. Tom me miró curioso, pero algo sonriente. Desde que había llegado, estaba tenso. Lo cual era lógico porque estábamos esperando a que su hermano se despertase.

Una vez, Andrew me contó que Tom era lo que Madison para mí: un hermano de otra sangre. Por eso, alguna vez nos habíamos referido a ellos como «tu hermano» o «tu hermana». No tenía confianza con Tom, pero le devolví la sonrisa con la esperanza de que respirase hondo al menos una vez.

—Sí —le respondí a Madison en su mismo tono. Ella abrió mucho la boca.

No hablamos más del tema porque, en efecto, no era el momento de hacerlo, pero aquello dio pie a más conversaciones sin sentido, como qué película le podría poner a Andrew cuando me toque —Madison votó por *Crepúsculo*—, o a qué país deberíamos de irnos de viaje en verano.

Poco a poco, las horas fueron pasando y la gente cercana a Andrew llegando: el equipo de seguridad, su jefe, al cual conocí ese mismo día, y una persona que no esperaba ver.

—¡Neil! —grité, igual demasiado alto para estar en un hospital. Corrí hacia él.

—Señorita Sky —dijo tiernamente y respondiéndome con un abrazo.

—Déjate de formalidades que ya no trabajas para mí y llámame solo Sky —le ordené, siendo contradictoria a mis palabras.

—Bueno, sobre eso… —empezó a decir.

Quizás, durante las primeras semanas, sí que había contado los días que faltaban para que Neil volviera. No tenía una fecha exacta, pero busqué en Internet cuánto se tardaba en recuperar una persona con su lesión y opté por quedarme con la más corta: tres meses. Pero ese tiempo había pasado y mi relación con Andrew cambiado, por lo que no volví a pensar en ello. Por eso, hasta que no dijo esas palabras, no fui consciente de que Andrew no era mi guardaespaldas, sino el sustituto.

—El médico me ha dicho que en un par de semanas puedo reincorporarme al trabajo —anunció.

—¿Vas a volver a ser mi guardaespaldas? —necesité saber.

—Luego te explico, ¿vale? Voy a saludar al jefe.

Y me dejó ahí, de pie, sola, en una sala de espera, sin saber si iba a dejar de trabajar con el chico al que quería.

—Sky, tu teléfono.

Fueron las palabras pronunciadas por Matthew las que me sacaron de mis pensamientos y me hicieron moverme. Al mirar la pantalla, me extrañó leer su nombre.

—Es Christopher —les expliqué.

—¿Quieres que responda yo? —propuso mi amiga.

Era cierto que no me apetecía hablar con él, ni con nadie, ahora mismo, pero debía responder. Negué con la cabeza, me separé un poco del grupo y respondí.

—¿Estás bien? —dijo preocupado nada más contestar.

—Sí, ¿cómo te has enterado?

Según Christopher, desde hacía unos minutos, se había publicado en varios medios la noticia de que habían visto dos ambulancias en mi casa, además de que algunos vecinos oyeron los disparos. En la noticia no decían ni qué había pasado ni quién había salido herido, así que comprendí ese tono desesperado que tenía en su voz.

Después de narrarle un poco por encima los hechos, pareció quedarse algo más tranquilo por mí, pero preocupado por Andrew.

Me preguntó si quería que viniera, pero preferí rechazar su oferta. Ya había demasiada gente en el sitio y no quería más. Me despedí de él prometiéndole que lo mantendría al día de las novedades y colgué.

Unos minutos más tarde, cuando el sol ya se estaba poniendo, apareció una chica joven con su cabello perfectamente recogido en una coleta enfundada en una bata blanca.

—¿Familiares de Andrew Cooper? —preguntó a la nada. Nos pusimos de pie. Todos. Y nos acercamos a ella. La chica soltó una pequeña risa—. Madre mía, son un montón. El señor Cooper se encuentra despierto. —Alivio, eso fue lo que sentí al oír esas palabras. Y a juzgar por los suspiros de los demás, ellos también—. Pueden pasar a verlo si quieren, pero máximo dos personas, por favor. La habitación es la seiscientos trece.

Se lo agradecimos todos y, mientras vi cómo se marchaba, dio media vuelta y regresó a nosotros.

—Casi se me olvida, disculpen. Ha dicho que le gustaría ver a Sky.

Las miradas se volvieron a mí, hasta la chica me miró antes de irse, ahora sí de una vez por todas. Podría haber aceptado que quería verme y pasar a su habitación inmediatamente, pero no lo hice. Había algo dentro de mí que tenía tanto miedo, que se sentía tan culpable, que no pude aceptar ese privilegio.

—Pasad vosotros primero —les dije a sus padres.

—Cariño, pero él ha pedido verte —me recordó suavemente Amelia.

—Sí, pero lo veo todos los días a todas horas —intenté sonar graciosa—. Id vosotros, por favor —le pedí.

Era una excusa absurda, pero no puso objeción y fueron. Después pasó Tom, luego Madison y Matthew, su jefe, su equipo en tres turnos y, por último, Neil.

—Sky, está vivo y eso es lo único que importa —me recordó el que fue mi guardaespaldas.

Tenía razón. Andrew estaba vivo y eso era lo único que debía de importar.

# 88
# ANDREW

Las camas de los hospitales podían parecer cómodas, pero no lo eran. O al menos, en la que estaba. Cuando al despertar no vi a nadie, me molesta reconocer que me asusté un poco. No por el dolor que sentía en el pecho. Ni porque estuviese en el hospital. Sino porque pensé que algo le había pasado a Sky, pero una enfermera muy amable me explicó que, para asegurarse de que estaba tranquilo, no se permitía a gente en mi habitación.

Se lo agradecí y, después de decirme que iría a comunicarle a mis familiares que había despertado, le pedí un pequeño favor: quería ver a Sky. Necesitaba saber que estaba bien. Necesitaba que viera que estaba bien. De las últimas cosas que recordaba era su cara asustada y necesitaba quitarme esa imagen de la cabeza y reemplazarla por otra totalmente distinta con urgencia.

Poco a poco, fueron entrando todos los que estaban esperando. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero al ver a mis padres y a Tom, supe que el suficiente para que les diese tiempo a coger un vuelo tan largo. No esperaba tampoco ver al señor Clark, mi jefe. A mi equipo de seguridad sí, pero porque sabían que les iba a preguntar sobre Charlie.

Según me comentaron, se encontraba en el mismo hospital custodiado por la policía, pero grave. Por lo visto, consiguieron extraerle la bala del pulmón, pero esa noche había sufrido complicaciones y las siguientes horas serían críticas para él.

Tras el incidente, obtuvieron una orden y pudieron acceder a su teléfono. Por lo visto, además de varios álbumes llenos de fotografías a escondidas de Sky, encontraron mapas digitales con los lugares marcados donde habíamos estado desde que comenzaron las amenazas. Si se recuperaba, ningún abogado podría liberarle de

lo que se le venía encima. Tenía sentimientos contradictorios. Me alegraba saber que no había matado a Charlie, pero tampoco me importaría si no pasase de esa noche.

Cuando me volvía a encontrar solo, la puerta de la habitación se abrió. Esperaba verla a ella, pero, en su lugar, me encontré con el hombre al que le debía la vida. Porque si no fuera por él, nunca habría conocido a Sky. Y conocerla me había cambiado la vida por completo.

—¡Neil! —dije sorprendido. Me hizo ilusión comprobar que estaba tan bien. Caminaba recto y seguro.

—Madre mía, pasas tanto tiempo con la señorita Sky que hasta has reaccionado igual a cuando me ha visto —explicó bromista.

Aunque a todos los que habían entrado les había preguntado por ella, estaba genial saber un poco más de cómo estaba Sky.

—¿Qué te trae por aquí? —quise saber.

—No todos los días disparan a un compañero, Andrew —comentó, por si no fuese consciente de lo que había pasado.

—Es lo que tenía que hacer para proteger a Sky —respondí quitándole importancia. Aunque el dolor que estaba sintiendo no era de poca importancia.

—Esto no tendría que haber pasado —me informó. Asentí porque tenía razón. No tendría que haber llegado tan lejos.

Cuando vi a Charlie apuntando a Sky, debí de haber tenido la cabeza más fría, pensar mejor en la situación. Quizás no mostrarme y buscar un ángulo en el que poder disparar, o pedir refuerzos. Pero en su lugar, corrí hacia ella, dejé que me viera y le apunté. No solo me puse en peligro a mí, sino que también a Sky. Por primera vez, mis sentimientos hacia ella me habían hecho hacer mal mi trabajo, porque nadie piensa con claridad cuando la vida de su ser querido está en peligro. Si volviese a ocurrir, si tuviera que elegir quién recibía la bala, no habría duda: sería yo. Porque jamás me perdonaría perder otra vez a la mujer que quería.

—Tendríamos que haber sido capaz de encontrar a ese tipo antes —continuó, sacándome de mis pensamientos—. Medio año sin saber nada de él. ¿Cómo fue capaz de esconderse de todo el

mundo? —Sonó alterado. No era el único al que le importaba Sky en esa habitación.

—Me han dicho que, por el GPS de su móvil, saben que estuvo en una casa alejada de la civilización, perteneciente a un amigo suyo muy influyente —le expliqué—. Nuestro equipo no lo pudo encontrar porque no sabían dónde buscarle.

—Sí, eso lo sé, pero es un compositor de medio cuarto, Andrew. Si una persona como él es capaz de hacer todo esto, ¿de qué va a ser capaz una con más recursos, dinero o ingenio?

Me daba la sensación de que eso ya no iba de Charlie, ni de Sky, ni de mí. Así que, con curiosidad y tacto, pregunté.

—¿Va todo bien?

—No —dijo automáticamente—. El mundo cada día es más peligroso. Internet, redes sociales, acosadores… nada es seguro —soltó.

—Para eso estamos nosotros, ¿no? Para garantizar la seguridad de nuestros clientes.

Suspiró y se movió un poco por la habitación.

—En unas semanas vuelvo a trabajar —comentó—. El médico dice que todo está genial y que no tengo ningún problema en volver a incorporarme —añadió.

—Vale…

—Pero no voy a volver, Andrew. —Aquello sí que era una sorpresa—. Durante este tiempo, he disfrutado cada día porque estaba con mis chicas. Por eso, he estado hablando con Jonathan y voy a pasar de ser guardaespaldas a jefe de seguridad. Así, tendré un despacho en la oficina, un horario mejor y más tiempo para estar con ellas.

—Porque el mundo puede cambiar de la noche a la mañana —declaré.

Neil asintió. No era padre y no podía comprender del todo ese sentimiento, pero sabía lo que era querer vivir en un mundo donde nada ni nadie le hiciera daño a quienes quería. Pero no se podía controlar a una especie completa, solo quedaba disfrutar del tiempo que se tiene con ellos.

—Espero que no te suponga una molestia tener que seguir trabajando para la señorita Sky —mencionó con una mirada que no lograba descifrar.

—No, todo bien. Me cae bien.

Le lancé una sonrisa que fue correspondida. Se sentó en uno de los sillones, puso un rostro serio y me hizo una pregunta que no me esperaba.

—Y ahora, Andrew, ¿podrías explicarme por qué la llamas por su nombre?

Por lo visto, le gustó mi cara de sorpresa porque soltó una risa. Imité su gesto, aunque doliera. No sabía cómo, pero Neil lo sabía. Lo había descubierto. Tan solo le había hecho falta venir un día y hablar conmigo unos minutos para darse cuenta de que Sky no era una clienta. Que lo que sentía por ella, no era nada profesional. Y se lo conté. Se lo conté todo.

# 89
# SKY

Cuando Neil se marchó, Madison, que no se había despegado de mí, me animó a subir. Aún tenía miedo de lo que me fuera a encontrar, pero todos me habían asegurado de que estaba bien, así que estaba algo más tranquila. Sacando fuerzas de algún lugar inexistente de mi cuerpo, caminé hacia la puerta de su habitación. Choqué los nudillos levemente y, sin esperar respuesta, pasé.

Lo primero que vi al entrar, fue a un Andrew algo desmejorado en la cama tumbado conectado a varias máquinas. Nada más verme, su rostro mostró una sonrisa sincera, de esas que me encantaban. La habitación era individual, gracias al seguro que Zoe pagaba, y amplia. De día, debía de ser muy luminosa.

—Hola —saludó.

—Hola —logré decir. Mi voz sonó quebrada, así que me obligué a recomponerme. No quería mostrar un espectáculo, y menos delante de él.

—Puedes acercarte, Sky, no muerdo. —Bromeó. Aunque, tenía razón. Me daba tanto miedo romper alguna cosa a la que estaba conectado, que mantenía las distancias. Pero obedecí. Eso sí, no demasiado.

—¿Cómo estás?

—Como si me hubieran pegado un tiro en el pecho —bromeó.

Incrédula, abrí la boca.

—Que sepas que, si estuviese en condiciones, te habrías ganado un empujón por eso, pero no va conmigo lo de pegar a personas convalecientes —le informé, a la vez que me metí con él.

—No me hagas reír, por favor, que duele —dijo entre risas.

Todo aquella era una locura. Estaba en el hospital, visitando a mi guardaespaldas, después de que le hubiese alcanzado una bala que

tenía mi nombre. Por eso, quizás, me uní a él en las risas. Al menos hasta que me fijé mejor en él.

No solo tenía varios tubos saliendo de él, sino que su color de piel había cambiado. Ahora, se veía más pálido. Seguramente, a la pérdida de sangre. Su pelo estaba desaliñado y su barba seguía estando perfectamente recortada, pero no peinada, como a él le gustaba tener. Era una versión de Andrew nueva para mí.

—Sky, deja de mirarme así. Ya sé que estoy fatal. Ahora, dime algo que no sepa. Dime una mentira.

Su tono de voz, algo cansado, era el mismo tono juguetón que siempre. Tardé unos segundos en comprenderlo. «Dime una mentira» era una de las frases icónicas de *Burlesque*. Sonreí al descubrirlo, ya no solo que le había gustado un musical, por fin, sino que le había gustado una de mis recomendaciones. Una respuesta quiso escaparse de mi boca, y no puse ninguna resistencia.

—Que no te quiero.

Nuestras miradas no habían dejado de cruzarse desde que había entrado a la habitación. Continuamos en silencio, con la vista clavada en el otro, un rato más. Fue él el encargado de romperlo esta vez.

—Sky, yo tampoco te quiero. —Soltó con la sonrisa más bonita del universo.

O quizás no lo era y solo me lo parecía a mí porque Andrew acababa de confesarse. Acababa de decirme lo que sentía, de una vez por todas. Mi cabeza estaba a mil cosas y a ninguna a la vez. Mis sentimientos contradictorios por las últimas horas, seguían a flor de piel. Pero si algo sí sabía, si algo sí entendía, era que Andrew acababa de decirme que me quería y que eso era lo único que importaba.

Me acerqué a él despacio, junto cuando Andrew me hacía un hueco en su cama. Me senté a su lado y, en un movimiento que le hizo soltar un leve quejido por el dolor que sentía, logró acercarse lo suficiente a mí. Nuestras miradas volvieron a encontrarse durante un segundo que pareció eterno, hasta que nuestros labios se unieron en ese beso que llevábamos esperando casi veinticuatro horas. Ese

beso era el primer paso real hacia lo que ahora éramos. El inicio, por fin, de nuestra nueva historia juntos.

12 de mayo de 2024

Querido amigo,

Me complace anunciarte que, desde hace unas semanas, ¡tengo novio! Sí, es Andrew, ¿qué esperabas?

De verdad, estoy aún que no me lo creo.

No sé si es porque mi historia con Andrew es un poco distinta, o porque es el primer chico por el que he sentido algo así tan fuerte, pero me siento en una nube de la que nadie puede bajarme (ni quiero).

Cuando le dieron el alta a Andrew, volvió a casa. A la mía. Su familia se ha quedado unos días en su piso (yo tampoco sabía que nunca había llegado a romper el contrato con la casera) y han venido todos los días de visita. ¡Los adoro! Amelia es increíble, me está enseñando a hacer algunos platos que le quedan buenísimos. Harry es un fanático de los musicales, al contrario que su hijo, así que hemos hecho muchos maratones. Y Tom actúa de hermano mayor, por lo que me vigila demasiado en lo que digo y hago, pero sé que le caigo bien porque mi novio (¡ah!) me lo ha dicho.

Por cierto, ¿sabías que Andrew tiene tan, pero tan buena relación con su familia que A LOS CINCO MINUTOS de estar saliendo se lo contó? Porque yo no, pero así pasó. ¡No me dio ni tiempo a decírselo a Mads!

Cuando salí de la habitación, fui a la sala de espera donde estaban los demás que quedaban, su familia, Mads y Matthew, y le vi la cara de preocupación a mi amiga, así que le pregunté.

—¡Me he enterado de que sales con Andrew por sus padres! —dijo simulando estar enfadada.

Por supuesto que no lo estaba, que solo me tomaba el pelo, pero aquello me pilló por sorpresa porque no supe cómo reaccionar por dos razones:

1. No se lo había podido contar a mi amiga.
2. Su familia estaba LITERALMENTE al lado mío en ese momento.

Sí, fue extraño recibir la enhorabuena en una sala de hospital, pero… yo creo que eso va mucho con nosotros.

—Cariño, no sabes cuánto me alegro de tenerte en la familia. No parábamos de oír tantas cosas buenas de ti que, si no se confesaba él, lo íbamos a hacer nosotros por él —me dijo la que ahora es mi suegra.

Sé que mis mejillas se volvieron rojas porque estaba pasando mucha vergüenza y porque, de repente, tenía demasiado calor.

En cuanto a Charlie, finalmente murió. Y eso es lo raro, porque una parte de mí se alegra de que esté lejos de nosotros para siempre, pero otra siente lástima. No culpa. Lástima porque lo conocía. He hablado con Andrew, al que no le quito el ojo de encima, y está bien, y sé que dice la verdad. También me alegra saber que no se siente culpable, como tampoco lo hago yo.

Por otro lado, tengo las redes sociales que echan humo. No solo Christopher leyó el artículo, por supuesto. Zoe me recomendó hacer un pequeño comunicado explicando, por encima, lo ocurrido. Lo que empezó siendo un texto sin detalles, acabó en 1.783 palabras. Que, por si no lo sabes, es demasiado. Pero a Zoe le pareció correcto y, tras su aprobación, lo publiqué. No tardé en recibir mensajes de ánimos de los seguidores y de asociaciones que condenan el acoso. Por supuesto, sigo teniendo *haters*, que amenazan con convertirse en el siguiente Charlie, pero mi equipo de seguridad, ahora dirigido por Neil, los tienen a todos controlados.

Así que, de momento, no tengo guardaespaldas. Al menos, hasta que mi novio se recupere del todo. No quiero que se esfuerce y se lesiones. Solo quiero que esté bien. A mi lado y bien.

Con cariño,

Sky, la chica que nunca creyó llegar tan lejos, pero aquí está.

# 90
# SKY

Después de unas semanas bastante movidas, el evento benéfico era justo lo que necesitaba. Como el concierto fue tan bien, y Charlie ya no era una amenaza, el señor Scott decidió continuar con la organización y, junto a Zoe, lo hicieron posible.

Finalmente, la lista que les di les había ayudado por dónde comenzar. También decidieron invitar a más personas, como sanitarios y enfermos de la ELA, además de más celebridades. Confié plenamente en ellos y, por eso, no sentí la necesidad de revisarla.

Porque a mí solo me importaba que estuvieran mis tres personas favoritas: Madison, Matthew y Andrew. Con el paso del tiempo, Matthew se había ganado un trocito de mi corazón. Era una sensación maravillosa la de congeniar tan bien con el novio de mi mejor amiga. En general, nuestro grupo, ese que a simple vista podía parecer tan diferente, había conseguido encajar a la perfección. Quizás Andrew no lo decía mucho, pero sabía que adoraba a Madison y que a Matthew lo consideraba un muy buen amigo.

Fui de las primeras personas en entrar al gran salón donde iba a tener lugar el evento. Los techos altos me hicieron sentir pequeñita, como Alicia en el País de las Maravillas. Las luces violetas se reflejaban en las lámparas de araña que colgaban del techo, haciendo que toda la instancia fuese de ese color. Las mesas redondas, que estaban colocadas a los lados perfectamente simétricas, ya estaban listas para recibir a los invitados. Y todo ello, haciendo que un pequeño escenario quedase al final de la sala centrado.

Algo por lo que también me había preocupado y por lo que estuve un poco más encima de Zoe, era el espacio. Quería que hubiese suficiente para tener mesas con comidas laterales, pero también para un cáterin con sus camareros caminando por ahí, preocupándose de los estómagos de los asistentes. Y, a su vez, necesitaba que hubiese un espacio grande y despejado para todas aquellas personas que optasen por bailar. Y gracias a mi maravilloso equipo, lo tuve.

No podía hacer otra cosa que seguir asombrada por aquel sitio. Una parte de mí, sintió un poco de miedo al comprobar de lo que habían sido capaces en tan poco tiempo. No sabría que habrían hecho de haber tenido más.

A Andrew, el cual no se había separado de mí en ningún momento, también parecía gustarle lo que veía. O quizás solo estaba haciendo su trabajo, al cual se había reincorporado hacía una semana, y estaba analizando y comprobando que cada salida tuviera a uno de sus hombres. Para mi sorpresa, la seguridad de aquella noche iba a ser más de la que imaginaba. Esperaba que, al no tener ya un acosador en paradero desconocido, solo vendrían dos hombres más, pero no. Cuando se presentaron ocho personas trajeadas con pinganillos en sus orejas unas horas antes en casa, supe que habría bastante vigilancia.

—Estás guapísima. —Me sorprendió la voz de mi amiga por detrás. Después de saludarnos con un abrazo, tanto a ella como a su novio, le eché un vistazo de arriba abajo.

Madison sí que estaba preciosa. Llevaba un vestido corto negro, con unos tirantes anchos y muy ajustado. Me encantaba verla de esa manera, llena de confianza en sí misma. La Madison de hacía un año, estaba segura que habría rechazado llevarlo. Pero la de ahora, la que tenía frente a mí, sabía con certeza que había sido ella misma la que lo había propuesto. Me sentí orgullosísima de mi hermana mayor.

—Dijo la chica preciosa —la piropeé con sinceridad.

Aunque yo también me sentía increíble con la ropa que llevaba. Unas horas antes, me había enfundado en un vestido largo plateado, con unos tirantes muy finos, con un escote casi hasta el ombligo y

con una apertura en uno de los lados de la falda. Pero gané mucha más seguridad cuando, durante todo el trayecto, Andrew había aprovechado para dejar en ese hueco de mi piel su mano. Ese día, descubrí las ventajas que tenía ir de copiloto y lo mucho que me gustaba hacerlo.

Para cuando me quise dar cuenta, los invitados habían comenzado a llegar. Al principio, fui saludándolos uno a uno, pero después de un rato, la gente que entraba se iba directa hacia sus conocidos, por lo que omitían venir a saludarme. Así que, aceptando que ahora estarían más pendientes de sus amigos que de mí, hice lo mismo y me fui con los míos.

Por supuesto, Andrew no se había separado de mí ni un segundo. Y me encantaba tenerle cerca. Aún teníamos una charla pendiente, pero que ninguno de los dos se había atrevido a mencionar. Cuando estuvo en el hospital, me dijo que se lo había contado a Neil y que le soltó un «ya veremos qué hacemos» antes de marcharse. Porque, igual, no le permitían ser mi guardaespaldas y mi novio al mismo tiempo. Pero las semanas habían pasado y todavía no le habían dicho nada, así que, por eso, llevaba todo el rato en su posición de guardaespaldas —tras de mí—, en lugar de la que me gustaría: junto a mí.

En una de estas que estaba hablando con Madison, me giré un poco para verle mejor. Sabía que no se había ido, pero quería asegurarme de que estaba bien, ahí, conmigo. Él no se dio cuenta, ya que seguía centrado en todo nuestro alrededor. Menos en mí. Su postura era recta, demasiado recta para una persona que había recibido un balazo hacía poco más de un mes. Se le notaba tenso, o igual solo era el dolor que debía de estar sintiendo en esa posición. Me gustaba que fuera mi guardaespaldas, pero me preocupaba por él y no había necesidad de que estuviese así.

—Relájate —le pedí. Él clavó sus ojos marrones, con ese toque verde que me encantaba, en mí.

—Estoy trabajando —me anunció, como si aquello fuese la excusa perfecta.

—Sé que te duele, Andrew. Cambia esa postura o tendré que despedirte. —No fue una amenaza, solo le estaba informando de lo

que podría pasar.

Él me lanzó una sonrisa y obedeció. Le correspondí imitando su gesto y me dispuse a continuar hablando con nuestros amigos. Noté su cuerpo apoyado un poco sobre mí. Y, haciéndome cosquillas en el oído, me susurró con una voz grave:

—Luego en casa probamos qué posturas me van mejor, ¿de acuerdo?

—Idiota —murmuré, aguantándome las ganas de soltar una carcajada.

Mi espalda volvía a estar libre, por lo que eso solo quería decir que Andrew había vuelto a su sitio.

—No sé qué le has dicho, tío, pero se ha puesto roja —comentó Matthew. Le lancé una mirada, de esas que podrían matar, pero él no me prestó atención porque estaba centrado en mi guardaespaldas.

Mi amiga y su novio rieron, mientras él mío soltaba el aire para evitar hacerlo en su puesto de trabajo. Yo, por el contrario, me llevé las manos a las mejillas para descubrir si tenía razón. Sí, la tenía. Por suerte, ninguno de los dos volvió a sacar el tema y continuamos charlando con normalidad.

Madison y yo llevábamos una semana trabajando, por fin, en nuestra primera canción juntas. No llevábamos mucho, pero habíamos encontrado el sonido y el tema: amigos que se convierten en familia. Se nos daba bien componer juntas, además de que era divertido. Tanto su productor como el mío, estaban expectantes por lo que podría salir de nosotras.

—¿Nerviosa? —quiso saber mi amiga. Estaba a escasos minutos de subirme a ese pequeño escenario para hablar.

Fue idea mía hacerlo, de hecho, pero me arrepentía a cada segundo que pasaba. Cuanto menos quedaba, más lo hacía. Estaba muy nerviosa por subirme a ese escenario en concreto. Porque no iba a cantar, sino a hablar de mí, de mi vida, de mi familia. Llevaba cerca de dos semanas escribiendo el discurso, o, al menos, intentándolo. Me lo había aprendido y había ensayado frente al espejo y a Andrew más de mil veces. No quería fastidiarla y eso era lo que me ponía nerviosa.

—No sé, ¿qué opinas? —respondí burlona elevando mi mano y haciéndola temblar.

—Que no estás para robar panderetas, pero seguro que para hablar sí. —Bromeó.

—Muchas gracias, amiga —recalqué la última palabra.

—De nada, amiga. —me imitó.

Un rato después, ya me encontraba con el señor Scott pasándome el micrófono. Respiré hondo mientras me colocaba en el centro. Los asistentes, que ya estaban sentados en sus sitios, clavaron sus ojos en mí. Sabía que gracias a los altavoces me iban a oír a la perfección, pero no me habría importado que no lo hicieran. Por si acaso.

—Buenas noches a todos. Muchas gracias por venir —empecé a decir las palabras que tan bien me sabía—. Para quienes no me conozcan, me llamo Sky Gallagher y, entre otras cosas, soy cantante. Lo cual es curioso porque en mi casa yo era la única con oído para la música. —Se oyeron algunos murmullos de risas que acompañaron a mi sonrisa—. Mi abuela una vez me contó que, cuando era muy pequeña, vi a mi madre triste por una película que estaba viendo y decidí ponerme a cantarle una de sus canciones favoritas para animarla. —Escuché un «oh, qué bonito» en alguna parte—. También recuerdo el esfuerzo que tuvo que hacer mi madre para que yo, su única hija, tuviese clases de piano y canto. Les podría contar muchísimas cosas buenas que hizo, porque mi madre era así: una persona que lo daba todo por sus seres queridos.

Poco a poco, se me estaba formando un nudo en la garganta. Intenté sonreír para evitar emocionarme, pero no estaba funcionando.

—Esta noche estamos todos aquí reunidos por una causa. Por desgracia, vivimos en un mundo donde hay muchísimas enfermedades raras o poco comunes que no tienen tratamientos. Aún. Una de ellas es la esclerosis lateral amiotrófica, comúnmente conocida como ELA. Y la cual, por desgracia, fue la causante por la que crecí sin mi madre. —Una lágrima rebelde se escapó, pero la atrapé rápidamente—. Sé de buena mano lo que es ver a un ser querido luchar con esta enfermedad todos los días. Recuerdo ver a

mi madre tomarse la medicación y aun así no sentirse bien, frustrarse por no poder llevarme a una audición o fingir que todo iba bien para que su hija de once años no se preocupase más de lo que estaba al verla en el hospital ingresada y con cables que salían de ella.

Tuve que hacer una breve pausa. Aún dolían demasiado esos recuerdos. Solté un poco de aire, para intentar tranquilizarme y, con la voz algo quebrada, continué.

—Mi madre era una persona increíble y muy buena madre, de verdad. Me habría encantado tener más tiempo con ella, pero, debido a su enfermedad, no pude hacerlo. —Solo tenía que aguantar las ganas de llorar unos segundos más, el discurso estaba a punto de finalizar—. Por eso, aquí, esta noche, vamos a estar recaudando fondos para su investigación. Para que ningún niño más tenga que crecer sin sus padres. Muchas gracias a todos por venir.

Ahora sí, los asistentes aplaudieron y aproveché para bajarme de allí. A paso ligero, caminé hacia una de las puertas que daba a uno de los baños unisex. Gracias a lo que iba a pasar en el escenario, sabía que estaban vacíos. No quería que nadie me viera llorar, y eso era justo lo que necesitaba hacer.

—Sky, ¿estás bien? —Me sorprendió la voz preocupada de Andrew.

No había sido consciente de que me seguía hasta ese momento. Lo miré con los ojos vidriosos y a punto de romper a llorar. Fui sincera y negué con la cabeza.

—Ven aquí —me ordenó, pero fue él quien se acercó a mí. Tiró suavemente de mi brazo y me envolvió en uno de sus abrazos—. Si quieres que nos vayamos, nos vamos. No es como que seas la anfitriona y te estén esperando ni nada de eso.

Aquella broma me calmó, o quizás fuera su aroma, ese que ya podría reconocer entre tanta gente. Pero no dije nada, solo me quedé en esa posición. Abrazada a él, con cuidado de no hacerle daño, sintiendo sus brazos alrededor de mi cuerpo y algunos besos en mi sien. Y relajándome, porque ese era uno de los efectos que tenía Andrew sobre mí.

# 91
# ANDREW

—¿Necesitas algo? —quise saber al separarnos del abrazo. No querría haberla dejado nunca, pero no podíamos pasar el resto de la noche allí encerrados.

Sky me miró fijamente, sonrió y asintió. Sus ojos ya no tenían rastro de las lágrimas que habían caído hacía unos instantes. Me contagié por su rostro.

—Sí, una cosa.

—¿El qué?

—Quédate a mi lado toda la noche —me pidió.

No comprendía lo que quería decir, había estado con ella todo el tiempo.

—No a mi espalda, Andrew, a mi lado. Junto a mí. No necesito a Andrew el guardaespaldas, quiero a Andrew mi amigo, mi novio, mi idiota.

Sonreí más aún, si eso era posible. No tuve que pensármelo dos veces. Sky me necesitaba a su lado y eso era justo lo que iba a hacer. Me quité el pinganillo que llevaba en la oreja y me acerqué a ella hasta volver a romper la distancia que teníamos. Le di un beso suave en los labios y la agarré de la mano. Aunque no saldríamos de allí con las manos entrelazadas, porque nadie más que nuestros amigos y mi jefe sabían lo nuestro, lo hice como una promesa. Que estaría con ella a su lado siempre. Pasase lo que pasase.

—¿Así mejor? —le pregunté.

Ella se puso de puntillas y volvió a darme un beso rápido.

—Así mejor.

Salimos de aquel baño después de asegurarse de que su maquillaje estaba perfecto, y nos dirigimos hacia nuestros amigos. Era extraño no caminar tras ella, sino junto a ella. Pero era una

sensación que me gustaba. Mientras íbamos a la par, no pude dejar de mirar a nuestro alrededor. Costumbre de mi profesión.

El lugar estaba repleto de personas que estaban disfrutando, bailando y donando, según la pizarra que llevaba el contador. Todo eso era gracias a Sky y sentí orgullo. De que la culpable de eso, fuera mi chica. Mía.

Al llegar con nuestros amigos, Sky se puso a charlar con Madison, mientras que Matthew me apartó de ellas.

—¿Algo que contar? —preguntó.

—¿Sobre qué?

—No sé, tío, pensaba que éramos amigos —dijo con un tono dramático—. ¿Tú y Sky empezáis a salir y me entero por otras personas?

Solté una carcajada ligera. Si algo había aprendido en esas últimas semanas, era que reírme hacía que me doliese la herida, pero, por cosas de la vida, en ese tiempo no dejaba de hacerlo. Era un dolor leve, una pequeña punzada, que soportaría si aquello me recordase que era feliz.

—Lo siento mucho, Matthew —me disculpé de verdad—. Se lo conté a mis padres y…

—Sí, sí, ellos se encargaron de contárnoslo a los demás. —Sonó falsamente ofendido.

—¿Puedo hacer algo para compensártelo?

—Solo sigue así de feliz con ella.

Matthew era un gran amigo y gestos como aquel, no hacían otra cosa que confirmarlo. Me dio un abrazo y un ligero toque en la herida, haciendo que me quejase. Me lo merecía por no contárselo.

Volvimos a unirnos a nuestras chicas, que estaban charlando sobre algo de sus canciones. De nuevo, con las voces de ellas, eché un vistazo rápido a nuestro alrededor. Al mirar a la pista de baile, encontré a una chica morena mirando hacia nosotros. Danielle, junto a su novio, había sido invitada al evento y Sky no lo sabía. Y yo tampoco. Algo cabreado con mi equipo por no pasarme la lista al completo, hice contacto visual con ella, quien apartó rápidamente la mirada y se giró hasta darnos la espalda.

No sabía si Danielle Reed sería una amenaza en un futuro, pero no dejaría de observarla hasta descubrir cuáles eran sus intenciones con Sky.

# EPÍLOGO
# SKY

—¡Cumpleaños feliz! —comenzaron a canturrear mis amigos.

Me hacía mucha ilusión celebrar mis veinticinco años con ellos, aunque estuviéramos en junio y hubiese sido hacía un mes. Porque no podría haber imaginado mejores invitados que ellos: mi familia. Quizás estaba algo sensible, como en todos mis cumpleaños, pero estaba agradecida por todo lo que tenía. Porque los tenía a ellos.

Cuando perdí a mi madre y a mi abuela, pensé que iba a estar sola para siempre. Que podría encontrar a alguien que me quisiese, pero nunca que me hiciese sentir que tenía una familia como la que anhelaba. Pero años después, ahí estaba yo, viendo a Madison, Matthew y a Andrew cantarme el cumpleaños feliz mientras las velas del pastel me iluminaban el rostro.

—¡Pide un deseo! —me recordó Madison antes de soplarlas.

—¿Servirá aun yendo un mes tarde?

Mis amigos se rieron, pero no respondieron. Así que decidí cerrar los ojos para concentrarme mejor. Tenía todo lo que jamás podría haber imaginado y más. Un novio al que quería con locura, una mejor amiga que era mi hermana mayor y, por consiguiente, un cuñado con el que podía hablar de todo en cualquier momento. Por no hablar de un padre, que estaba empezando a conocer. Aun así, le hice caso y pedí un deseo: Que siempre estemos los cuatro juntos.

Expulsé todo el aire que pude reunir y apagué las veinticinco velas a la vez. Menos mal. Me habría muerto de vergüenza si no lo hubiese hecho. Además, decían que daba mala suerte.

Después de comer aquel rico manjar de chocolate y nata, me levanté de la silla y con la euforia del momento anuncié:

—Y ahora, ¡a ver *Mamma Mia*!

Mi amiga, que también había estado deseando eso desde que vio lo que tenía, soltó un gritito de emoción y me acompañó al sofá del salón.

—¡Ya me estoy arrepintiendo! —gritó Andrew para que le oyese con claridad.

Había sido él quien me había regalado el DVD de una de mis películas favoritas. Fue él quien buscó la edición especial con escenas extras.

Mientras esperábamos a los chicos, Madison se fijó en los nuevos marcos que habían situados debajo del televisor.

—¿Qué es eso?

—Cuando Andrew se mudó aquí por primera vez, cada uno hizo unas normas de convivencia para el otro —le recordé.

Mi amiga, que era igual de cotilla que yo, se levantó para leer las de Andrew, que nunca le llegué a enseñar.

—Anda, pusisteis los dos lo de la habitación, ¡y dos veces! —comentó sorprendida.

—Sí, fue una bonita casualidad —respondió Andrew mientras tomaba asiento junto a mí.

Yo sonreí y le lancé una sonrisa a Madison, que ya había vuelto a su sitio del sofá, junto a su novio.

—Venga, Mads, di lo tuyo.

Ella, imitando mi gesto, soltó:

—¡Fue el destino!

Los cuatro nos reímos. Porque no sabía si había sido una casualidad o el destino, pero estaba claro desde un principio que Andrew y yo estábamos hechos el uno para el otro.

# EPÍLOGO
# ANDREW

Mientras las chicas cantaban a pleno pulmón una de las canciones de ese musical, y Matthew se limitaba a mover los labios, no podía dejar de pensar en lo afortunado que me sentía. Me había ido a Estados Unidos para escapar de un dolor que nunca creí que se calmaría. Y, un año después, estaba en casa de mi novia —donde también vivía—, con mis amigos y sufriendo viendo una película.

En realidad, cuando le regalé aquel DVD a Sky, sabía que me condenaba a mí mismo a verla tantas veces como ella quisiera, pero si amarla implicaba verla mil veces, lo haría sin rechistar. Porque la quería. La quería de verdad.

Y eso fue lo que le dije al señor Clark unos días atrás. Después del evento, me daba pavor reconocer que me había gustado estar a su lado y no detrás, como siempre. Porque para estar junto a ella, tendría que renunciar a mi trabajo, y eso era algo que no quería. Porque quería estar allí para siempre.

—Es cierto que algunas decisiones que tomamos las debemos hacer sin sentimientos. Debemos actuar por el bien de nuestro cliente y si hay sentimientos de por medio, se podría complicar un poco la situación —comenzó a decirme—. Pero también es cierto que protegemos mejor a quienes queremos.

Aquello me sorprendió porque, si estaba entendiendo lo que me estaba diciendo, no solo no iba a tener que abandonar mi trabajo, sino que no tenía ningún problema en mi relación.

—Neil me habló de vosotros dos hace unas semanas. Supongo que preparándome para esta charla. Me dijo que ambos os hacéis bien y que ella confía ciegamente en ti. Creo firmemente que no hay mayor privilegio en este trabajo que eso mismo, la confianza del

cliente. Por eso, si quieres seguir siendo el guardaespaldas de la señorita Gallagher, no voy a ser yo quién se interponga.

Sabía que era mi jefe y que debía de mostrarme serio y formal, pero una sonrisa se me escapó al oír eso. Se lo agradecí y, nada más llegar a casa, se lo conté a Sky. Acordamos que seguiríamos trabajando juntos, pero que también la acompañaría a los eventos e iría junto a ella. A su lado.

Cuando nuestros amigos se marcharon de casa y nos dejaron a los dos solos, no podía dejar de fijarme en ella. En lo afortunado que era por tenerla en mi vida. Ella fijó sus ojos marrones en mí y, con una mirada que ya reconocía las intenciones que ocultaba, habló.

—Creo recordar que tengo muchos, muchísimos, diarios vacíos gracias a ti —asentí. Ella se acercó y entrelazó sus brazos detrás de mi cuello—. Y también creo recordar la propuesta que me hiciste para los que no fuese a utilizar.

Sonreí porque sí, nunca lo olvidaría. Cuando le propuse que se los heredase a sus hijos, un pensamiento fugaz me mostró un mundo donde ella y yo teníamos hijos juntos. Y no me había desagradado la idea. De hecho, me encantaba pensar que en un futuro no muy lejano hubiese una pequeña Sky o un pequeño Andrew por ahí.

—Pues creo que, ya que hoy estamos celebrando mi cumpleaños, me gustaría ir practicando —soltó con mucha sensualidad.

—¿Solo porque es tu cumpleaños?

—*Nope* —negó con la cabeza—. Siempre.

—Que así sea.

Sin darle tiempo a reaccionar, junté nuestros labios en un beso que se convertiría en una promesa. La promesa de que estaríamos juntos para siempre. De que no tardaríamos mucho en formar nuestra propia familia.

¡ESPERA!

**Hay más...**

Andrew y yo íbamos a entrar a la ducha de mi habitación cuando el timbre de la casa sonó.

—¿Esperas a alguien? —preguntó.

—No.

Al ver a mi novio desnudo frente a mí, supe que me tocaba a mí ir a ver quién era.

—No tardes mucho, anda —suplicó antes de darme otro beso en los labios. Si por mi fuera, no me habría movido de allí.

Me puse rápidamente una camiseta de Andrew que me quedaba demasiado larga, que tapaba todo lo justo y necesario, y bajé a la puerta. Gracias a los cambios en la seguridad que había hecho Andrew, mi telefonillo ahora disponía de videocámara y así fue como descubrí que se trataba de Danielle.

Extrañada, abrí y esperé a que viniese a mí. Después de aquel mensaje hacía unos meses, no habíamos vuelto a tener contacto. Supe que estuvo en el evento benéfico, porque me lo dijo Andrew, pero no me acerqué a ella. También que íbamos a coincidir en unos premios en unas semanas, pero tenía intención de ser cordial como ella pidió.

—Hola —saludó.

—Hola, ¿qué haces aquí? —pregunté intentando no sonar brusca.

—Mi padre me ha enseñado los resultados de las pruebas de paternidad.

Esos que llegaron hacía casi dos meses y que confirmaban que Christopher era mi padre, como bien había creído mi equipo desde un principio.

Asentí y la dejé pasar a dentro porque parecía algo serio. Con un poco de suerte, Andrew no bajaría desnudo para comprobar que estuviese bien y sorprendería a Danielle. Tomó asiento en el sofá y yo en el sillón. Así podíamos vernos mejor las caras.

—Tenías razón. Eres mi medio hermana —anunció.

Quizás pensaba que no lo sabía y por eso había querido venir.

—Sí, lo sé.

Ella asintió, pero se la notaba luchar para encontrar las palabras adecuadas.

—Estuve en el evento que hiciste hace unas semanas —me informó—. Escuché tu discurso y… Cuando viniste a casa, no me comporté como debí y lo siento. Últimamente estoy sometida a bastante estrés y… —intentó explicarse—. No es justo que no vayas a conocer a tu padre por mi culpa.

«Mi padre» era una expresión a la que no estaba acostumbrada. Para mí, seguía siendo Christopher. Quizás en un futuro sí que lo llamaría papá, pero, por el momento, seguiría dirigiéndome a él por su nombre.

—No es por tu culpa, Danielle —le hice saber. A fin de cuentas, solo me pidió que no hablase con ella.

—Lo sé, pero me siento culpable, Sky. Si nos llevamos bien, quizás podamos quedar todos juntos cuando estés en Los Ángeles y mi… —se corrigió—, nuestro padre no tenga que dividirse.

Solté una sonrisa. Iba a ser complicado. Para las dos. Ella tenía que aprender a compartir a su padre. Yo a tener uno. Pero lo conseguiríamos. Por supuesto que lo íbamos a hacer.

—Me parece muy buena idea.

Ella también imitó mi gesto.

—Entonces…, ¿eres mi medio hermana? —preguntó, aunque era más bien una confirmación.

—Parece que ahora tienes una hermana mayor. —Dejé escapar una pequeña risa nerviosa.

—¿Y ahora qué hacemos?

Habíamos empezado con mal pie en aquella discoteca. Si queríamos cambiar las cosas, debíamos conocernos primero.

—¿Qué te parece si empezamos por presentarnos?

# SOBRE LA AUTORA



Laura Huro (Barcelona, 1997) es una apasionada de las letras y la música. Cuando no está jugando a videojuegos con pop-rock en sus oídos a todo volumen, la puedes encontrar sumergida en uno de sus libros o escribiendo el que le gustaría leer.

En 2015, se aventuró a crear un blog para compartir con el resto del mundo su pasión por la literatura. Años después, se adaptó a los tiempos y abrió su cuenta en Instagram, decisión que cambió su vida, ya que sus amigos, esos que son su familia, los encontró ahí.

Todo ese camino la condujo a escribir su primer libro y cumplir uno de sus mayores sueños. En 2025 publicó *Cuando el destino quiera*, dando así el salto definitivo al mundo editorial.

Encuentra a la autora en redes sociales como **@laurahuro97**.

---

[1] Estrellas perdidas.

*[2]* Fuisteis las estrellas perdidas en mi cielo, Ahora estoy sola, preguntándome por qué. Como el viento que susurra un adiós, Os habéis ido, y yo me quedo para llorar.

[3] En mi cabeza.

[4] Con amor, yo.

[5] ¿Lo soy?

[6] Fuera de mi mente.

[7] Perdida y encontrada.

[8] Tú no eres él, tú no eres el que conocía, no me haces sonreír de la misma manera que lo hacía él.

[9] No te atrevas.

[10] Obtendrás lo mejor de ambos mundos, sin las sombras, sin el cabello, puedes ir a cualquier lugar.

[11] Todo el mundo dice que el tiempo lo cura todo, pero ellos no sienten el silencio cuando cae la noche. He creado esta vida, pero está demasiado claro… no significa nada si no estás tú.

[12] Sin ti aquí

[13] Sin ti.

[14] Te echo de menos en el silencio de estas líneas, en cada palabra, brilla tu recuerdo. Guardaste mis secretos, atrapaste mis lágrimas, me guiaste a través de todos mis miedos.

[15] Estoy tan enamorado de ti que apenas puedo respirar.

[16] Un poco menos de conversación y un poco más de tocar mi cuerpo.

[17] No puedo mantener mis manos quietas.

[18] Quiero decir, podría, pero ¿por qué querría hacerlo?

[19] Encontré un hombre en quien puedo confiar, y chico, creo en nosotros, me aterra amar por primera vez.

# AGRADECIMIENTOS

No me creo que esté escribiendo los agradecimientos de mi segunda novela porque no ha sido nada fácil. **Cuando el silencio se rompa** llegó a mí por sorpresa, mientras escribía la historia de Madison. Quería que Sky fuera un personaje secundario que todos amasen, pero me enamoré tanto de ella que supe que debía de ser la protagonista de su propia historia.

Gracias a Sky, con quién me siento tan identificada, por ayudarme a entenderme un poco mejor. Es raro decir esto, pero ha sido gracias a un personaje que he creado yo misma que he aprendido a llevar mejor el duelo por perder a mis seres queridos.

Gracias a mi familia, por apoyarme e interesarse siempre por cómo llevo la escritura de cualquier historia y cuándo verá la luz.

A mis amigos, Fer, Jesús, Nago, Bea, Roma, Javi y Julio, gracias por darme la motivación diaria para seguir escribiendo.

A mi prima Judit, por aceptar mis «He tenido una idea» y haber sido la encargada de hacer los inicios de capítulo más bonitos que he visto. Que sepas que nunca voy a superar tus apuntes en el otro libro.

A mis lectoras, esas que nunca creí tener, por haberle dado la oportunidad a una escritora novel y autopublicada. Vuestras reseñas son las que me ayudan a callar al impostor y a seguir escribiendo.

A Marisa M. R., Michelle Durán, Raquel Tirado, Myriam M. Lejardi, Rocío Mañana Bouzón, Andrea Tomé, Sònia Meseguer, Ona Spell, entre muchas otras más, por ser escritoras a las que admiro y que me inspiran cada día a continuar escribiendo.

Y, por último, pero no por ello menos importante, a ti. Porque de entre todos los libros que hay en el mercado, te decantaste por un guardaespaldas–cantante escrito por una desconocida. Espero que

Sky y Andrew te hayan enseñado que el amor se puede encontrar cuándo y dónde menos se busca.

Nos leemos pronto. Muy pronto. Lo prometo.